

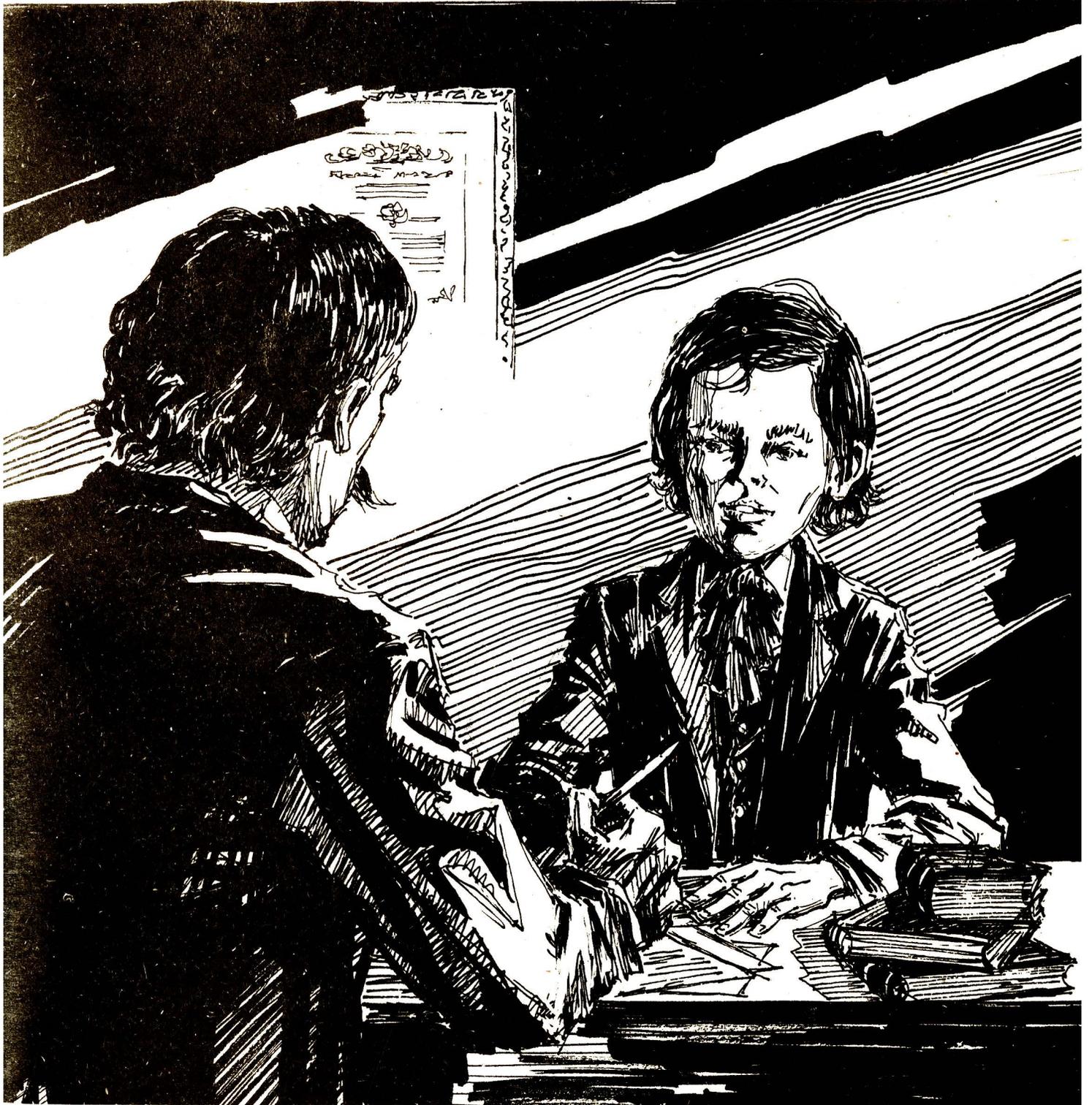
P R E A M B U L O

En el curso de 1976, año centenario de la muerte de Juan Pablo Duarte, Fundador de la República Dominicana, el periódico "Listín Diario", de Santo Domingo, publicó en su página editorial, a propuesta del Instituto Duarteño, con ilustraciones del dibujante Gonzalo Briones, una biografía del patricio dividida en cincuenta y dos episodios sabatinos que se iniciaron el 3 de enero y terminaron el 25 de diciembre.

Estos episodios fueron una síntesis, con algunas variantes, de la obra "Vida de Juan Pablo Duarte" por Pedro Troncoso Sánchez, editada en 1975 como volumen XI del Instituto Duarteño. Su publicación fue un servicio prestado a la sociedad por el mencionado Instituto y el "Listín Diario" con el deseo de difundir en el pueblo dominicano durante el Año de Duarte, mediante un órgano de la prensa escrita de amplia circulación, el conocimiento de la vida, doctrina y obra del primero de los Padres de la Patria.

Esos cincuenta y dos episodios, con sus respectivos dibujos, se recogen ahora en este libro en una nueva forma de continuar la difusión del insigne prócer, sobre la convicción de que dar a conocer y mantener vivos los ejemplos dejados por los grandes hombres es un excelente factor de educación de los pueblos, sobre todo cuando esos ejemplos fueron de sacrificio en la sustentación de altos ideales, como es el caso de Juan Pablo Duarte.

Episodios Duartianos



Juan Pablo Duarte nació el 26 de enero de 1813 en una casa de la calle principal del barrio de Santa Bárbara de la ciudad de Santo Domingo. Sus padres: Juan José Duarte, comerciante español nacido en Vejer de la Frontera, provincia de Cádiz; y Manuela Diez y Jiménez, oriunda del Seybo, de padre castellano y madre seybana.

Eran los tiempos de la llamada “España Boba” y gobernaba interinamente la recuperada colonia el capitán general Manuel Caballero a consecuencia del fallecimiento del caudillo reconquistador brigadier Juan Sánchez Ramírez, quien gobernaba en Santo Domingo desde 1809, después de la retirada de los franceses.

La primera noticia que se tiene del progenitor de Juan Pablo Duarte en el país dominicano es de 1799. Su matrimonio con la dama criolla fue probablemente al siguiente año. Es pues posible que viniera al país después de firmado en Basilea en 1795 el tratado de paz franco—español por el cual la Madre Patria cedió a Francia la parte española de la isla de Santo Domingo.

No deja de ser significativo que en aquel momento de desgracia y éxodo de la población dominicana, cuando parecía que se iba a consumar la sustitución de la primera comunidad hispana del Nuevo Mundo por otra de distinta naturaleza, es cuando moviéndose contra la corriente viene y funda hogar el futuro padre de quien va a rescatar el país del destino de perdición originado en aquel tratado.

Al llegar Juan Pablo al mundo, sólo tenía un hermano:

Vicente Celestino, quien había nacido unos diez años antes en Mayagüez, Puerto Rico. Los esposos Duarte—Diez habían formado parte de las emigraciones dominicanas a aquella isla en los días aciagos de las invasiones haitianas capitaneadas sucesivamente por Toussaint Louverture y Jean Jacques Dessalines en 1801 y 1805. Verosímilmente retornaron a Santo Domingo cuando, terminada en 1809 la guerra emprendida por el brigadier Juan Sánchez Ramírez el año anterior contra los franceses, el país había quedado reintegrado a la corona de España.

De nuevo en la capital dominicana y bajo los sucesivos gobiernos españoles de Sánchez Ramírez, Caballero, Urrutia, Kindelán y Real, Juan José Duarte trabajó tesoneramente en su negocio de efectos de marina y ferretería en general en la zona portuaria del río Ozama. Su establecimiento era el único de su género en la ciudad y por eso prosperó. En esta época le nacieron al matrimonio Duarte—Diez, además de Juan Pablo, dos de los cinco hijos llegados a mayores: Filomena y Rosa y otros fallecidos en la infancia.

Como buen español que era, Juan José Duarte no vio seguramente con agrado que el primero de diciembre de 1821 el país se sumara, bajo la jefatura de José Núñez de Cáceres, al formidable movimiento de independencia que envolvía a casi todo el orbe hispanoamericano. No obstante ello, él fue el único comerciante peninsular que se negó a firmar un manifiesto de adhesión a Haití que en febrero de 1822 le sometieron compatriotas del mismo oficio para presentarlo a Jean Pierre Boyer, presidente vitalicio del vecino país y quien había dispuesto la ocupación de la parte española de la isla considerándola porción integrante del territorio haitiano.

Este rasgo del padre de Duarte lo presenta como hombre capaz de sostener con sacrificio la sinceridad de sus sentimientos.

Juan José lamentaba profundamente que Santo Domingo quedara bajo el dominio de Haití y no podía autorizar con su firma un documento en que se decía lo contrario, alentado más bien por un sentimiento de venganza. La noticia de este gesto de Juan José Duarte ilustra con elocuencia el ambiente moral que respiró desde su infancia el héroe redentor dominicano. Debió ser difícil por años la situación que la entereza de aquel hidalgo

le había creado ante el poder usurpador. Sin embargo, no optó por una nueva emigración como tantos otros pudientes lo hacían, como si presintiera la misión que iba a cumplir su segundo hijo.

La prontitud con que se bautizó a Juan Pablo, el 4 de febrero de 1813, pregonaba los escrúpulos cristianos de sus progenitores. El sacramento le fue administrado en la iglesia parroquial de Santa Bárbara. Sus padrinos fueron Luis Méndez y Vicenta de la Cueva, buenos amigos de la familia que seguramente no sospecharon entonces que por causa de este apadrinamiento sus nombres iban a quedar grabados en los anales patrios dominicanos.

Desde las primeras lecciones con su madre y con la señora Montilla, reveló ser Juan Pablo lo que la moderna psicología pedagógica llama un superdotado. De la escolita mixta de párvulos de la señora Montilla pasó pronto a la escuela primaria de varones, en donde se distinguió por la rapidez con que progresaba. Luego fue admitido en la escuela secundaria de Manuel Aybar. En ésta completó su aprendizaje de gramática y aritmética.

Dice su hermana Rosa, en sus famosos Apuntes para la biografía del patricio, que sus maestros lo presentaban como modelo de aplicación y buena conducta, lo que le valió el honor de ser el primer decurión de su curso. Estas precoces virtudes de Duarte fueron el primer indicio de su innata y extraordinaria conciencia moral. Dice también Rosa Duarte en sus Apuntes que su hermano, ya mayorcito, estudió teneduría de libros en la escuela del profesor Aybar, lo que le permitió ayudar desde muy joven a su padre en los menesteres comerciales.

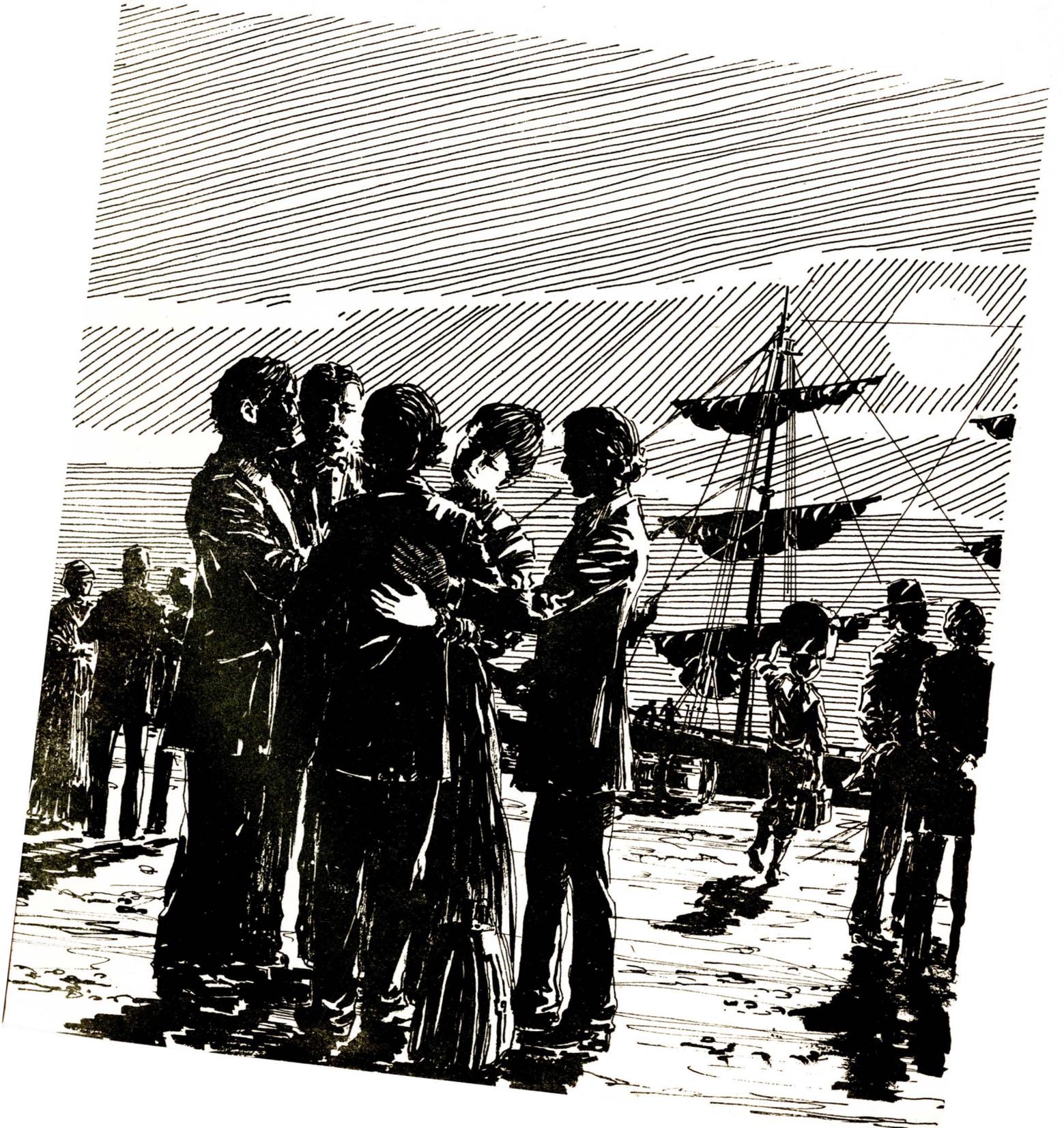
En la continuación de sus estudios, Juan Pablo recibió clases de filosofía y derecho romano con uno de los más sabios profesores de la época, antiguo rector de la Universidad de Santo Domingo, cerrada en 1824: el doctor Juan Vicente Moscoso, llamado el Sócrates dominicano. La salida de éste del país, prácticamente acosado por el gobernador haitiano Borgeλλά, quitó a Duarte la posibilidad de seguir estudios a alto nivel, como a todos sus contemporáneos en la ciudad de Santo Domingo. Sólo dispuso del recurso de la autodidáctica y a ella se dedicó con fervor, ayudado por sacerdotes de alguna cultura como los doctores Bonilla y Gutiérrez. "Los pocos conocimien-

tos que adquirió fueron debidos a su amor al estudio”, dice la meritoria hermana.

Juan Pablo crecía físicamente y también crecía su vocación intelectual, pero ésta se frustraba en la pobreza cultural del medio. Ante su voluntad de conocer y de formarse ¿qué se podía hacer? “Si este muchacho viviera en Europa, sería ya un sabio”, decía el presbítero doctor Gutiérrez, y esta opinión la compartían sus padres, sus otros maestros, todos cuantos le conocían.

En eso se le presentó a Juan Pablo la oportunidad de viajar al Norte de América y a Europa. Pablo Pujols, un comerciante catalán amigo y vecino de Juan José Duarte y antiguo juez del Tribunal de Comercio, decidió volver a su patria y convino en llevarse al prometedor muchacho para que conociera mundo y ampliara sus estudios.

En el próximo folletín se dará cuenta de este primer viaje de Juan Pablo Duarte, de importancia decisiva para sus futuras actuaciones y para el destino de la patria dominicana.



Informados de que Pablo Pujols preparaba un viaje a la Madre Patria, Juan José y Manuela, a iniciativa del primero, comunicaron a Juan Pablo la posibilidad de solicitar al amigo llevárselo a viajar con él para que recibiera en Europa la ilustración que no podría adquirir quedándose en su país.

De antemano sabían que Juan Pablo aceptaría gustoso la idea y que también sería del agrado del vecino colega, quien apreciaba las excelentes dotes del adolescente.

Hechos los arreglos de lugar, una noche del año 1830 embarcaba Juan Pablo Duarte, en compañía de su tutor ocasional, en un bergantín español que se dirigía al puerto norteamericano de Nueva York.

Todo en la nave le era familiar. Como su padre era comerciante en artículos navales, con establecimiento cercano al muelle, él solía visitar ése y otros barcos cuando de tarde en tarde arribaban al Ozama. Conocía como un marino los elementos de que se componía una embarcación y a cada cosa le sabía su nombre. También conocía las voces convencionales de mando y las que designaban los diferentes lugares de a bordo.

Apenas durmió aquella noche en su reducido camarote y muy temprano en la mañana siguiente salió sobre cubierta enfrentando con éxito el continuo cabeceo del bergantín mientras fijaba la vista en la costa de su país, en que alternaban blancas playas coronadas por cocoteros y oscuros arrecifes.

Fuertemente asido al pasamano, observó que el capitán salía de su cámara y cambiaba un saludo con su protector, que

inmediatamente se convirtió en animada conversación. Dio unos pasos hacia ellos entre tímido y amistoso, llamando la atención del capitán, quien lo midió de pies a cabeza con una mirada nada simpática. En su nueva posición pudo oír Juan Pablo cuanto conversaban los dos peninsulares. Hablaban del país que acababan de dejar y todavía tenían ante su vista. Se referían concretamente a la situación que padecían los dominicanos, sometidos al poder de Haití. El marino no la comprendía. Para él era inexplicable y bochornosa y Pablo Pujols trataba de hacérsela entender: el Estado independiente de Haití era mucho más poblado que Santo Domingo y heredaba la riqueza de la próspera colonia francesa que antes había sido, al tiempo que el formidable armamento dejado por la fracasada expedición enviada por Napoleón a la isla para someter a Toussaint Louverture a principios de siglo. El país dominicano, muy empobrecido durante la nueva era española iniciada en 1809 y después de haber quedado a su propia merced por haber querido ser independiente a fines de 1821, languidecía despoblado y arruinado, víctima de sus pasados infortunios, lo que aprovechó a principios de 1822 el astuto presidente vitalicio de Haití, Jean Pierre Boyer, para extender la soberanía haitiana a toda la isla.

Pero al navegante no lo convencía nada. No se conformaba con que una comunidad hispanoamericana aceptara el dominio impuéstole por ese otro pueblo de diferente origen.

Notando el capitán que el joven Duarte escuchaba con interés sus comentarios, se dirigió a él con hosquedad y le dijo:

—¿No te da pena, muchacho, decir que eres haitiano?

Este inesperado ataque le crispó los nervios, causándole un profundo sentimiento de vergüenza. Le dolió que aquel hombre a quien debía respeto y obediencia fuera tan cruel con él, al tiempo que se sintió impotente para defenderse. Sólo atinó a responderle:

—Yo soy dominicano.

—¡Quiá! Tú no tienes nombre —le repuso el despiadado marino. —Ni tú ni tus compatriotas merecen tenerlo porque cobardes y serviles inclinan la cabeza bajo el yugo de antiguos esclavos.

Estas nuevas expresiones de inaudito menosprecio lo desesperaron y lo dejaron como petrificado, pero tuvieron la virtud de revelarles repentinamente, como la luz cegadora de un

rayo, con una intensidad antes no experimentada, toda la increíble realidad de la desgracia que padecía su pueblo.

Juan Pablo no dejó de pensar en aquel terrible momento, como objeción in mente, que la esclavitud era más deshonrosa para los esclavizadores que para los esclavizados, pero la gratuita e inesperada grosería del lobo de mar, en cuanto injuria a su país, le produjo una impronta en su alma que nunca más se borró y fue en lo adelante el incentivo de su vida.

Su estado de ánimo le impidió articular palabra para responder nuevamente a su interlocutor, y a poco bajó silencioso a su camarote. Allí, encerrado en sí mismo y sintiendo que la sangre le golpeaba las sienes, Duarte formuló in pecto un grave juramento: consagrar cuerpo y alma a rescatar su país de la ignominia. Invocó a Dios, Uno y Trino, y lo hizo testigo de su promesa. Después se serenó y durmió.

Con la retirada del joven, para el Capitán y para Pujols, que estupefacto y apenado había presenciado la escena, quedó terminado el incidente. Para Juan Pablo sus consecuencias nunca terminaron, y para los dominicanos perdurarán por los siglos.

Andando el tiempo, en las postrimerías de su vida, refiriéndose a aquel momento, escribió el patricio una nota a su hermana Rosa, de prístina importancia para la historia de la República Dominicana:

“Juré en mi corazón no pensar ni ocuparme sino en procurar los medios para probarle al mundo entero que teníamos un nombre propio, dominicano, y que éramos dignos de llevarlo”.

Rosa Duarte por su parte ha dejado el siguiente testimonio en sus Apuntes, que destaca la trascendencia de aquel rápido episodio para el destino de Duarte y del pueblo dominicano:

“Juan Pablo nos dijo varias veces que el pensamiento de libertar su patria se lo hizo concebir el capitán del buque español en donde iba para el Norte de América en compañía de don Pablo Pujols”.

El narrado incidente marca el inicio de la historia de Duarte como fundador de la República. Fue su nacimiento como patriota. La ofensa del capitán del barco fue la ocasión para que en la persona de Juan Pablo Duarte se realizara más tarde una hazaña de la facultad humana de la libre voluntad. En tal modo estaba formado su espíritu que bastó un oscuro incidente que

en cualquier ser humano no hubiera tenido mayores consecuencias para que él se constituyera en el primer motor de un cambio de rumbo en el destino del pueblo dominicano, en un momento de la historia en que parecía que las circunstancias geográficas y sociales lo conducían fatalmente a su transformación.

Como se verá en los próximos folletines, las deslumbradoras experiencias vividas por Duarte adolescente en las flamantes ciudades de Nueva York, Londres, París y Barcelona no fueron suficientemente fuertes para hacerle olvidar su patriótico propósito ni para concebir la idea de huir de la desgracia de su país y quedarse disfrutando de la buena vida en el extranjero con los recursos de que disponía, como tantos otros habían hecho. Mantuvo viva su promesa y en su ausencia no alimentó mayor anhelo que el de regresar pronto para entregarse a la propuesta obra de redención.



Quince días más de navegación y ya está Juan Pablo desembarcando en un muelle de la isla de Manhattan, cerca de Battery Place. La ciudad de Nueva York lo maravilló. Un puerto enorme; muchos barcos; mucha gente; mucho movimiento. ¡Cuánta prosperidad!

¡Qué contraste con mi ciudad! —pensó. —Quién la viera algún día como esta Nueva York.

En el recorrido al hotel, en un carruaje de dos caballos, vio en la central calle de Broadway altos edificios de hasta seis pisos, profusión de vehículos, grandes carros llenos de mercancías tirados por percherones, afanosos transéuntes, muchachos vendiendo periódicos, almacenes inmensos, librerías, teatros, cafetines, muchos anuncios comerciales y, formando contraste con tanta modernidad, místicas iglesias góticas rodeadas de cementerios.

La estancia de Duarte y Pujols en la urbe atlántica fue bastante larga. Posiblemente alquilaron una pieza amueblada. Nos lo hacen presumir las expresiones de Rosa Duarte cuando dice: “En Nueva York siguió aprendiendo el inglés y empezó a estudiar Geografía Universal con Mr. Davis, que le daba clases a domicilio”.

Esta fugaz mención del paso de Duarte por Nueva York sólo señala su dedicación al estudio. Aprender era la razón de su viaje. Es cuerdo imaginarlo en librerías y bibliotecas, más que en paseos y diversiones.

La referencia a su estadía en Londres, El Havre, París,

Bayona y Barcelona es más fugaz todavía en los Apuntes de Rosa; sólo consigna estudios de idiomas, pero tuvieron que impresionar fuertemente a aquel despierto joven proveniente de un país paupérrimo y atrasado las capitales de Inglaterra y Francia, entonces mucho más grandes que Nueva York y rebosantes de arte, historia y cultura, muy diferentes entre sí y cada una con su encanto típico.

Testimonios acerca de aquella primera ausencia de Juan Pablo también los dejaron Félix María del Monte, José Gabriel García, Fernando Arturo de Meriño, Emiliano Tejera y el patriota puertorriqueño Andrés Salvador de Vizcarrondo, quienes trataron personalmente al patricio y recibieron directamente de él sus informaciones. Según éstos, los estudios de Duarte entonces abarcaron filosofía, historia, derecho, ciencias políticas y geografía.

Quien más noticias nos trae es Del Monte. Noticias que más conciernen al efecto que tuvieron en la mente de Duarte sus experiencias europeas que al aspecto descriptivo de las mismas. Es natural que sea así, dadas las inquietudes que abrigaba y el estado de conciencia en que se movía.

Es atendible la versión que hace Del Monte en sus "Reflexiones Históricas" de los pensamientos y comentarios de Duarte ante lo que sucesivamente captó en Londres, París y Barcelona, si se considera que el propio cronista declaró en su discurso del 27 de febrero de 1884 ante los repatriados despojos del Fundador de la República: "Conocí demasiado a ese adalid de la libertad dominicana. Fue uno de mis más íntimos amigos, mi discípulo, mi compañero en La Trinitaria, en la Sociedad Filantrópica; en el hecho de armas de la plaza de la Catedral el 24 de marzo del 43".

La certeza de este estrecho vínculo entre ambos amigos la veremos confirmada en la carta del apóstol a Del Monte de fecha 2 de mayo de 1865, cuyo texto saldrá en un próximo folletín.

Dice entre otras cosas el poeta cronista:

"... miró funcionar de cerca cada una de las ruedas de la máquina política de tres estados esencialmente distintos. En Inglaterra observó... aquellas instituciones especiales del gran pueblo, ... al que siguen en su primitiva solidez desafiando... la corriente corrosiva de los siglos. En aquella antítesis humana contempló... con su fisonomía peculiar... al insular orgullo-

so... Vio la combinación feliz de un gobierno conservador colocado entre las exigencias populares y las demasías del Trono.

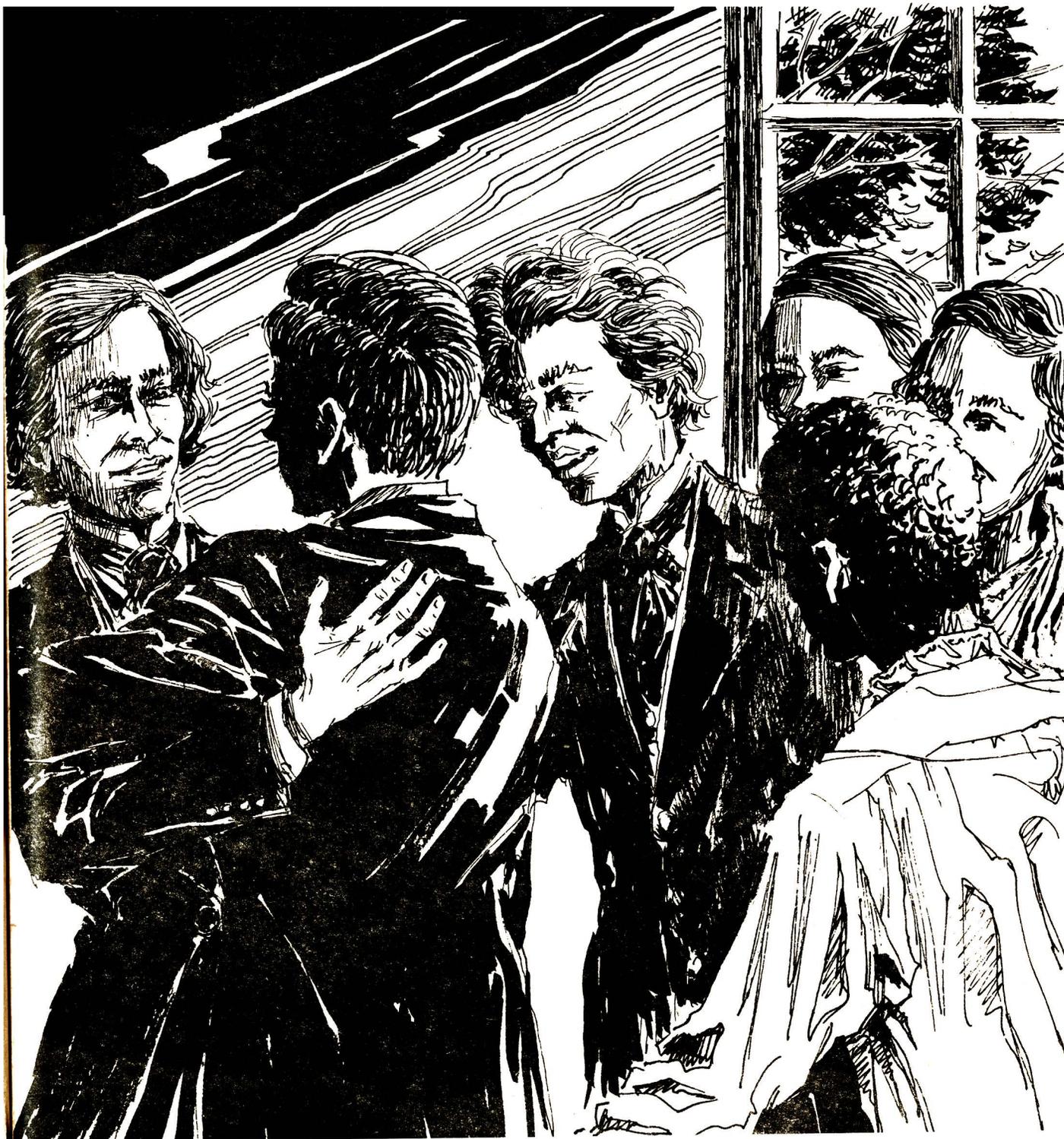
...Asistió a las célebres sesiones del Parlamento, donde recordó al Senado Romano cuando merecía el dictado magnífico de Congreso de Reyes; asistió a las sesiones criminales y experimentó más de una vez el júbilo de ver con asombro aquel jurado que vanamente ensayaron a trasplantar otras naciones en cuyo suelo no es más que planta exótica y raquítica... Su genio filosófico y un tanto concentrado se avino mucho con aquel carácter severo pero eminentemente nacional del británico y aun cuando la civilización francesa, los encantos de París, la ciudad de los placeres, tendiesen a modificar sus impresiones, es seguro que siempre dominaron en su ánimo aquellas otras... En el pueblo francés estudió el eclecticismo social: la ligereza de carácter, la sed de aventuras, el puntillo de honor... la idolatría por la igualdad... En Londres había visto 3,000 municipales que llenaban dignamente las exigencias de la policía en una ciudad de cerca de 3,000,000 de almas, en tanto que en París contemplaba un ejército colosal demasiado inquieto y voluble, imponiéndose a las masas... En Londres le asordaban los rumores del comercio y de la industria fabril; en Francia el ruido de las discusiones y a veces el de los motines... En España había visto una nación sin unidad de idiomas, de usos, costumbres y legislación: aquella desmembración histórica malamente incrustada a un todo, más bien que reconstruída por la política... En la patria clásica de la inquisición nuestro joven viajero sintió que le asfixiaban las cenizas que el verdugo había olvidado de aventar a tiempo... No sin rubor y un tanto pesaroso estudió el joven Duarte estos terribles contrastes, que no poco deslumbraban la patria de sus abuelos. Una experiencia dolorosa venía a persuadirle que aquellas tres naciones, aun constituídas, figuraban en el espacio político europeo tres círculos concéntricos de los cuales el máximo es Albión, el medio Francia y el mínimo España...”

Refiriéndose José Gabriel García a la estancia de Duarte en Barcelona, dice por su parte:

“...en aquel foco de ilustración y de trabajo, aprendió la lengua latina con la misma perfección que su propio idioma; dio con marcado provecho un curso completo de filosofía; estudió

con fruto las matemáticas puras y mixtas; y en punto a humanidades adquirió conocimientos bastantes para figurar como literato en cualquier parte, sin contar con el aprendizaje de otras materias de mero adorno que le dieron toda la fisonomía y la cultura de un cumplido caballero. Coincidiendo la conclusión de sus estudios con el desarrollo de los sucesos políticos que agitaron a la monarquía española durante la menor edad de la reina Isabel II, encontró su espíritu vasto campo para inspirarse en las doctrinas liberales que sirvieron de origen a la forma de gobierno del Estatuto Real en 1834; de manera que meditando de continuo acerca de la triste situación que atravesaba su patria, esclavizada ignominiosamente a un poder degradante, los puntos de analogía muy marcados que por lo común existían respecto de las dificultades entre los pueblos fronterizos, le sugirieron en un viaje de observación que hizo a los Pirineos la patriótica idea separatista que, presentándole claro en la imaginación el horizonte político de Quisqueya independiente, le dictó la noble resolución de ponerla en práctica a su regreso a América, aun a costa, si era necesario, del sacrificio de su vida”.

Sin duda el espectáculo de una frontera que compartía un pueblo independiente de habla española con otro pueblo independiente que hablaba en francés avivó en Duarte el juramento que había hecho en su corazón de entregarse de lleno a la empresa de dar a su patria igual independencia frente al exótico y colindante Haití.



La ausencia de Duarte no fue tan larga como él y sus padres se lo propusieron. Pasado un año en el extranjero, su creciente deseo de regresar lo movió a considerar que era suficiente lo aprendido en la capital catalana y así se lo comunicó a su tutor. La experiencia sufrida en los primeros días de viaje había determinado un rápido cambio en su carácter y en sus planes. Su ambición ya no era tanto cultivar su espíritu como dedicarse en cuerpo y alma a la redención de su pueblo. Lo había jurado en su corazón.

Cuando emprendió por propia cuenta el camino de retorno a Santo Domingo, Juan Pablo no era el adolescente de poco tiempo atrás. En él se operaba una evolución extraordinaria. Tenía apenas diecinueve años pero había adquirido las características psíquicas —si bien no corporales— de una definida adultez.

En el puerto de Barcelona tomó uno de los barcos que hacían el servicio regular con los puertos de las posesiones españolas en las Antillas y tras el largo crucero oceánico desembarcó radiante de gozo en San Juan de Puerto Rico. Le pareció que estaba ya en su propia tierra. La gente, su habla y su estilo; las casas, la pobreza del pueblo, el clima húmedo y caliente, el azul pálido del cielo, el fuerte sol y los aromas de la tierra y sus frutos, todo le recordaba a su amado y sacrificado Santo Domingo.

Era tal su impaciencia que no esperó una ocasión que lo llevara directamente a su ciudad natal sino que aprovechó un

barco que en seguida zarpaba para la vecina isla danesa de Saint-Thomas, en donde estaba seguro de encontrar una más pronta oportunidad que en Puerto Rico para trasladarse a Santo Domingo, debido a la frecuencia del tráfico que su país sostenía con aquel puerto libre. En efecto, una vez en Carlota Amalia, no tardó en dar con una goleta que se dirigía a Santo Domingo con carga, y en ella fue admitido como pasajero.

Cuando al cabo de dos días de navegación vislumbró la tierra dominicana, la emoción no le cabía en el pecho y no despegaba los ojos de ella mientras el barco costeaba con buen viento de Este a Oeste rumbo al puerto del Ozama.

Los padres de Juan Pablo sabían que estaba de regreso, por carta recibida de Barcelona, pero sin tener noticia de la nave en que llegaría. Pensaban sin embargo que retornaría vía Saint-Thomas, que era lo normal en aquella época en gente que venía de Europa. De modo que, atentos como estaban todos a las señales del vigía de la Torre del Homenaje, cuando oyeron un buen día la campana anunciando la llegada de un buque y vieron luego la posición convencional de los discos del semáforo, indicativa de que una goleta danesa llegaba de Saint-Thomas, corrieron al muelle con la esperanza de que en ella venía Juan Pablo.

La goleta se situaba frente a la ciudad de Santo Domingo y ya no eran playas, rocas y palmeras lo que Duarte veía sino la añorada villa de su infancia, cada vez más cerca. Entonces sintió que una honda pena interfería en su alegría. Ante su vista sobresalían las moles imponentes del Homenaje, la catedral, San Francisco y otras construcciones coloniales, entre una apretada arboleda, pero ¿qué cosas percibía en el primer plano, inmediato a la costa? Era el espectáculo de la más deprimente pobreza. Arrimados a los antiguos batiportes, eran sórdidos bohíos hechos de yaguas, que le trajeron de golpe a la mente la condición miserable en que vivía la población dominicana.

Otro puñal de amargura sintió en su pecho cuando pudo vislumbrar los colores del lienzo que flotaba en el asta de la torre militar, más arriba del semáforo y la campana del vigía. Allí estaban los mismos colores azul y rojo del usurpador que él había dejado al ausentarse.

Cuando saltó al pequeño y destartado muelle, después de los trámites policiales y aduanales, y se vio rodeado del cariño

de los suyos, en las lágrimas de su emoción estaba presente sin duda la dicha de estrechar en sus brazos a los padres, hermanos, parientes y amigos, pero más que eso había una candente inconformidad ante la situación de su país. Viendo la alegría de quienes lo recibían, casi no se la explicaba. En todos veía las señales de la dureza con que los trataba la tétrica realidad. Tostados y envejecidos encontró a los mayores, y con la impronta de la desnutrición y la ignorancia a los jóvenes.

La ciudad se le presentó más triste y abandonada que como la recordaba. San Juan de Puerto Rico y Carlota Amalia, aun con el sello de pobreza que les vio, eran ciudades flamantes y llenas de vida al lado de Santo Domingo. El puerto inactivo y desolado, las calles desiertas y enyerbadas, las casas deshabitadas y arruinadas en su mayoría.

Al llegar a la morada paterna abarcó de una sola mirada llena de amor aquellas paredes, aquellos muebles, aquel patio sombreado y florido, la tinaja de agua fresca bajo la piedra filtrante, las hamacas, los mosquiteros, el canasto colgando del techo, las sillas mecedoras. Todos estos detalles domésticos que tan familiares le eran contribuyeron a despertarlo bruscamente a una íntima realidad que ya le hacía recordar como un sueño su temporada europea.

Mientras él observaba el natural crecimiento de sus hermanas menores y amigos de la adolescencia, todos veían en él a un hombre delgado y de estatura mediana, frente amplia, cabello lacio crecido, de mirada algo triste, nariz larga y un poco desviada, puntiagudo el óvalo de la cara rasurada, con aspecto infantil y con un atuendo que cabalmente correspondía a la moda romántica de aquellos días; cuello alto y ancha corbata saliendo de entre la ostentosa solapa del casaquín, y rojo chaleco de brocado.

Entre los amigos que concurrieron a saludarle se encontraban Juan Isidro Pérez, de quince años; Ramón Mella, de dieciséis; José María Serra, de trece; Felipe Alfáu, de trece; Jacinto de la Concha, de trece; Tomás de la Concha, de dieciocho; Félix María Ruiz, de diecisiete; Juan Nepomuceno Ravelo, de diecisiete; y Félix María del Monte, de dieciséis. También viejos amigos de más edad que Duarte, como Benito González y Wenceslao de la Concha, ambos de veintiún años.

Reunidos al conjuro de la llegada de aquel compatriota

prestigiado por el aprendizaje que acababa de cumplir en los centros de la civilización, quizás esperaron instintivamente de él una luz que los guiara en la oscuridad en que vivían.

Uno de los más viejos amigos de Duarte, antiguo preceptor suyo, el doctor en medicina Manuel María Valverde, de treinta y siete años, le dijo:

—Desde que llegaste has hecho muchas preguntas, pero casi no has hablado de ti mismo. Dinos, ¿qué fue lo que más te impresionó en los países que has visitado?

Juan Pablo aprovechó aquella pregunta para dar salida al sentimiento que desde su arribo le ahogaba y apenas podía contener en su pecho. Respondió firmemente mirando intensamente a las caras de quienes lo rodeaban:

—Fue la lucha que se libra en Barcelona por conquistar los fueros y libertades de Cataluña. Me afectó hondo porque nosotros los dominicanos también tenemos fueros y libertades que hacer valer. Nuestro derecho a vivir en libertad y dignidad nos ha sido arrebatado. Yo he venido a consagrarme a conquistar ese derecho nuestro, y necesito la colaboración de todos.

¡Qué diferente fue esta respuesta de la que todos esperaban! Una respuesta que apagó las sonrisas y puso adustez en los semblantes.

Las palabras de Duarte fueron directas a tocar una zona muy sensible del alma de aquellos amigos. Era la hoja de acero candente que hacía contacto con una vieja herida.

Mientras los más jóvenes miraban estupefactos a Juan Pablo, Valverde le dijo:

—Si vienes a dirigir esa lucha, cuenta conmigo.



La valiente declaración del joven que no había perdido su tiempo en el extranjero produjo gran impacto en los presentes. Puede decirse que en aquel momento se inició un espontáneo movimiento de aglutinación en torno a Duarte, decisivo para el futuro del país dominicano, que tanto peligro corría como comunidad de fisonomía propia llamada a realizar por sí misma su destino.

Los jóvenes mejor dotados de la ciudad se colocaron sin darse cuenta bajo el implícito liderazgo de Duarte y se reunían con él frecuentemente en el almacén de su padre frente a la puerta de la Atarazana. Allí oían sus prédicas y cambiaban informaciones e ideas de interés general. Juan Pablo les trasmitía sus conocimientos acerca de las ciencias que había estudiado y les prestaba libros. También practicaban la esgrima. Más tarde aprovechó la ilustración de los presbíteros doctores José María Sigarán y José Antonio de Bonilla para asociarlos a sus afanes docentes.

Al grupo se incorporó otro joven dominicano de gran valía, Francisco del Rosario Sánchez, llamado a ocupar con el tiempo un lugar preeminente y glorioso en la preparación y realización de la independencia, al igual que Ramón Mella. Lo presentó Pedro Alejandrino Pina y bien pronto advirtieron todos que con su concurso el grupo ganaba en optimismo y cohesión.

La época era de gran penuria cultural y docente, a la que se agregaba el desaliento causado por el fracaso de la misión desempeñada en 1830 en la capital de Haití por Felipe Dávila y

Fernández de Castro, quien a nombre del gobierno español había exigido la devolución a España de la parte oriental de la isla de Santo Domingo. Este reclamo, hecho por la vía diplomática, fue vigorosamente rechazado por los haitianos, quienes en previsión de una acción de guerra española para capturar por la fuerza el territorio que no había podido obtener en forma pacífica, reforzaron la defensa militar de la Isla y tomaron unas cuantas medidas vejatorias contra los dominicanos, en particular contra sus personajes más representativos.

Por esta causa habían tenido que ausentarse el arzobispo Pedro Valera y Jiménez, el sabio profesor y ex-rector de la Universidad de Santo Domingo Dr. Juan Vicente Moscoso, el predicador y maestro doctor Bernardo Correa y Cidrón, y otras personas ilustradas como Bernardo Tirado, Martín de Mueses, el Padre Mueses y sus dos sobrinos Juan y José de la Cruz Jiménez; Tomás Troncoso, Miguel Veloz y los miembros de la familia Abreu. Refiriéndose a este éxodo dice José María Serra en sus Apuntes para la historia de los Trinitarios:

“Muchas fueron las familias (que se ausentaron) esta vez y muy grande la tristeza que este acontecimiento produjo en la ciudad, en donde difícilmente ya en lo adelante podrían encontrar los padres, maestros para sus hijos que les proporcionaran conocimientos menos rudimentarios que los que se enseñan en las escuelas”.

Por su parte, Félix María del Monte, en sus ya citadas “Reflexiones Históricas” trae el dato de que algunos de los discípulos de Juan Vicente Moscoso, que eran unos 125, habían decidido seguirlo en el destierro. Debe suponerse que fueron los más aprovechados. Fue un tesoro cultural que se perdió, porque muy pocos regresaron.

La función que se impuso Duarte al regresar de Europa fue pues la de contribuir a llenar urgentemente el gran vacío cultural que encontró.

El 31 de diciembre de 1833 fue un día movido en la decadente ciudad de Santo Domingo. Al siguiente día iban a cumplirse los treinta años de la independencia de Haití y con este motivo se realizaban inusitados preparativos para celebrar la fecha como nunca se había hecho desde el día en que se consumó la ocupación del territorio dominicano por las fuerzas haitianas.

Por expresas instrucciones recibidas de Puerto Príncipe, el gobernador haitiano general Alexis Carrié aprovechó sus buenas relaciones con el vicario general Portes e Infante para concertar un extraordinario programa de celebraciones. El propósito era, evidentemente, provocar una manifestación elocuente de que los dominicanos aceptaban complacidos ser parte integrante del Estado haitiano. Fue un momento de alarma y de prueba para Duarte y el grupo de jóvenes en que se fraguaba un espíritu nacional dominicano. Ellos consideraron la intención oculta en aquellos preparativos e hicieron lo posible para que las celebraciones no tuvieran las resonancias populares que sin duda se perseguían.

El primero de enero de 1834, muy temprano, el acompasado retumbar de los cañones del fuerte de Santa Clara anunciaba a la población el comienzo de las solemnidades. Al son de pífanos y tambores salieron de la Fuerza, con banderas desplegadas y bayonetas en alto, los regimientos 31 y 32 y se formaron en la plaza de Armas. Llevaban los soldados y oficiales el morrión y las charreteras de los días de gala. También ocuparon lugares en la plaza el batallón de artillería, la gendarmería y la guardia nacional. Alguna gente acudió a curiosear y se acomodó en los alrededores. A las siete, saliendo del inmediato palacio gubernamental, hizo acto de presencia en la plaza el gobernador Carrié acompañado de su séquito militar, con bicornios y plumas bicolors al estilo francés republicano, grandes sables y luciendo dorados caireles y medallas. También le seguían funcionarios civiles y personas notables de la ciudad. Después de los honores de ordenanza, la comitiva se situó frente al llamado Altar de la Patria, que consistía en un redondel enverjado de unos tres metros de diámetro, edificado en el centro de la plaza, dentro del cual se erguía una palma real sembrada por el anterior gobernador como símbolo de la libertad del pueblo haitiano. El general subió a un pequeño estrado. Un redoble de tambores impuso silencio y el gobernador leyó un discurso de circunstancia. Hizo un elogio de los dominicanos suponiéndolos leales ciudadanos de la República de Haití. Invitó a todos a deponer los odios y formar un solo pueblo de hermanos y a no hacer caso a quienes trataban “de establecer divisiones en la República”. Reclamó la adhesión de todos al Jefe del Estado para que “este lazo libre a la sociedad de los males que la acechan”.

Duarte tomó estas palabras como una velada alusión a la latente inconformidad de la juventud. Viendo él las tropas formadas, de que hacían parte muchos dominicanos, concibió la idea de que de esos mismos cuadros, organizados bajo el pabellón haitiano, podía salir la fuerza militar que necesitaba la causa de la liberación. No aceptaba la idea de que la salvación estaba en conseguir la protección de alguna potencia. Confiaba en que el pueblo dominicano podía expulsar al ocupante y constituirse en república independiente.

Otros actos se cumplieron en el curso de aquel día de fiesta haitiana, que los dominicanos observaron con marcada frialdad. Andando los días la actitud de la juventud cobró forma de resistencia activa en que descolló Ramón Mella. A consecuencia de provocaciones de grupos de haitianos en lugares en que se reunían dominicanos, hubo serios lances callejeros. “En esos lances —dice Ml. de Js. Galván en sus Elogios a Mella— terciaba inopinadamente la espada de Ramón Mella, quien asumía entonces el carácter de principal actor de la fiesta, castigando duramente a los atrevidos agresores y haciéndoles huir bien escarmentados. . . Era que instintivamente, Mella, como Francisco Sánchez, Pedro A. Pina, Juan Isidro Pérez, Remigio del Castillo y los demás jóvenes de la distinguida falange que después se ilustró tan gloriosamente. . . sintieron muy temprano la vocación patriótica. . .”.



Consecuente con la idea concebida mientras veía formados en la plaza de Armas los cuerpos militares y policiales, Juan Pablo se hizo de un uniforme e ingresó en la Guardia Nacional. Su capacidad lo puso pronto en el cargo de furrier de su compañía. Las funciones de la Guardia eran mayormente policiales pero su organización era militar. Provistos del armamento reglamentario, Duarte y sus amigos realizaban sus ejercicios con la mira puesta en el día en que este entrenamiento les sirviera para conquistar la independencia.

En el mismo año de 1834 una de esas graves perturbaciones de los elementos vino a agravar la situación económica; la llamada tormenta del Padre Ruiz, que alcanzó a la ciudad de Santo Domingo el 23 de septiembre. En momentos en que, ante enorme concurrencia, se daba sepultura al cadáver del ilustre sacerdote en la iglesia de Santa Bárbara, el mal tiempo cobró fuerzas de ciclón y produjo grandes daños en la ciudad y campos aledaños.

“De resultas de este contratiempo —dice José G. García en su Compendio de Historia de Santo Domingo— los campos quedaron desolados y la miseria pública se hizo insoportable; el comercio sufrió considerablemente con el naufragio de algunos buques y la pérdida de grandes partidas de maderas que las crecientes de los ríos arrastraron al mar; el caserío de madera y yaguas quedó arruinado por el viento, el cual fue tan fuerte que arrancó de raíz árboles seculares hasta entonces respetados por otros temporales”.

Nada hizo el Estado haitiano en socorro de los damnificados dominicanos, lo que aumentó el disgusto general y dio lugar a nuevas emigraciones. Duarte aprovechó esta circunstancia desgraciada, así como las coincidentes medidas impositivas tomadas en 1835 por el gobierno usurpador para pagar su deuda a Francia, para redoblar su prédica en favor de la liberación. Las tertulias, las lecciones y los paseos eran ocasiones en que él hacía religión patriótica a los amigos, siempre en el sentido de la pura y simple independencia, esgrimiendo el argumento de que ésta era la única garantía de los derechos y libertades. Ellos lo oían con suma atención y poco a poco su dialéctica los inclinaba hacia la doctrina de la autodeterminación y los alejaba de la idea que absorbían en sus hogares y en todas partes de que la paternal tutela de una gran potencia era nuestra única salvación.

En 1836 ocurrió a Duarte lo natural e inevitable en un mozo de veintitrés años: el ennoviamiento. Se enamoró de María Antonia Bobadilla y ella le correspondió. En la Casa de Duarte se conserva la sortija que él le regaló. En calidad oficial de prometidos participaron ambos como padrinos en el bautizo de un hijo de Vicente Celestino, en el mes de diciembre, según constancia auténtica.

No piense el lector que en lo adelante seguirá el curso de estos amores, de los que apenas hay memoria. La total entrega de Duarte al ideal de patria libre no le dejó margen al disfrute del aspecto amatorio de la vida. La falta de información al respecto parece indicar que aquellas relaciones perdieron consistencia y naufragaron en el torrente de su fervor nacionalista.

Desde 1837, mientras en Haití tomaba cuerpo el sentimiento de protesta contra el régimen boyerano, alentado principalmente por el diputado Hérard Dumesle, Duarte continuaba su discreto apostolado en la ciudad de Santo Domingo. La gente madura y conservadora lo oía como a un iluso pero algunos jóvenes tomaban su palabra como la base sobre la cual podía edificarse una patria libre.

En la primera mitad del año 1838 observaba Juan Pablo que el latente espíritu de rebeldía hacía progresos en unos cuantos amigos inteligentes y animosos. Entre ellos descollaban Francisco Sánchez y Ramón Mella, quienes hacían viajes frecuentes al

interior del país, al igual que Vicente Celestino. También se destacaban por su compenetración con las ideas de Duarte, Juan Isidro Pérez y Pedro Alejandrino Pina. Los otros eran Benito González, Félix María Ruiz, José María Serra, Jacinto de la Concha, Felipe Alfau, Juan Nepomuceno Ravelo, los sacerdotes Bonilla y Carrasco, Pedro Pablo de Bonilla, Félix María del Monte, Pedro Antonio Bobea, Juan Nepomuceno Tejera y Epifania Billini.

Un día llegó Serra furioso a la tertulia que algunos sostenían en torno a Juan Pablo en el almacén de Juan José Duarte y contó que el gobernador Carrié había cometido una injusticia al dar a su hijo Samí el cargo de jefe de gendarmes, por fallecimiento del capitán Miura, pretiriendo a Wenceslao de la Concha, a quien correspondía por escalafón.

Este hecho debilitaba la posición de los dominicanos en los cuerpos armados y dio lugar a protestas y a que Serra escribiera y distribuyera una hoja anónima en que atacaba al poder interventor e incitaba a la revuelta. La calzaba con el pseudónimo "El dominicano español" y se reprodujo y circuló hasta en los pueblos cercanos de San Cristóbal, Baní y Azua. Para contestar estos ataques apareció otra hoja anónima denominada "La Chicharra", que defendía al gobierno.⁵

Duarte participaba en la redacción y distribución de las hojas subversivas y advertía que el debate soliviantaba la conciencia pública. Esta situación le hizo pensar que había llegado el momento de dar forma y organización al difuso sentimiento de inconformidad. Juan Pablo acariciaba hacía tiempo un proyecto revolucionario que lo obsesionaba noche y día. El tiempo que le dejaban libres sus deberes comerciales y la confección de los anónimos lo empleaba en prepararlo. Su meta era la expulsión de los haitianos y hacer del pueblo dominicano una república independiente. Le daba vueltas a su mente en busca de una combinación viable y eficaz. Quería estar seguro de que no era una quimera irrealizable el fin que perseguía. Sin duda el mejor modelo se lo ofrecía la famosa Conspiración de los soles y rayos de Bolívar, organizada en Cuba en 1822 y cuyos detalles conocía por dominicanos regresados de la vecina isla.

El núcleo de la trama debía ser una sociedad secreta que se compusiera de un director y ocho miembros, cuyo primer objetivo sería la conquista de prosélitos bajo grave juramento.

Los comprometidos sólo conocerían y quedarían vinculados a su iniciador, jurando a su vez comprometer a dos más. De esta manera se formaría una red conspirativa que iría penetrando en todos los rincones de la ciudad, especialmente entre los dominicanos enrolados en los cuerpos armados y en la juventud apta para combatir. Luego se extendería a las cabeceras de distritos y a los demás pueblos, hasta cubrir completamente el país.

Disponiendo así la conjura, se formarían células de tres y un iniciado que por desgracia se convirtiera en delator sólo podría denunciar a sus dos compañeros de célula puesto que a los otros adeptos los ignoraría. Una vez estuvieran en poder del director y sus ocho compañeros, componentes del núcleo central, las informaciones necesarias sobre el número, importancia y ubicación de los comprometidos, se impartirían las órdenes para un levantamiento general, simultáneo y coordinado, en todo el territorio de la antigua parte española de la isla de Santo Domingo.

“Chico —le dijo Duarte a Serra cuando ya había madurado su plan—, un gran pensamiento tengo que comunicarte. Dejemos por hoy la escritura y escucha. Nada hacemos, querido amigo, con estar excitando al pueblo y conformarnos con esa disposición, sin hacerla servir para un fin positivo, práctico y trascendental”. “. . . Es menester formar una sociedad secreta revolucionaria; todo lo tengo meditado”.



“— ¿Por qué debemos los dominicanos estar sometidos a otra nación, sin pensar en constituirnos nosotros mismos? ¡No! ¡mil veces no! ¡No más humillación! ¡No más vergüenza! ¡No más dominación! ¡Viva la República Dominicana! ”

Así le habló con vehemencia a su amigo José María Serra cuando fue a su casa a comunicarle su plan de independencia. Sus ojos le brillaban intensamente y los labios le temblaban.

“Lo vi como transfigurado”, dice el cronista.

El proyecto de Duarte no estaba dirigido solamente contra Haití. También se enfrentaba a la predominante opinión de que no era viable una nación dominicana independiente. Representaba asimismo una posición política de avanzada liberal opuesta a concepciones tradicionales.

Después que Juan Pablo confió al amigo todos los detalles del plan, se dio cuenta Serra de lo que significaba para su autor. Por eso dice en sus Apuntes: “Tenía Duarte organizada la idea con tanta proligidad y con tanta previsión, que bien se conocía que el proyecto bullía en su cabeza desde mucho tiempo; entonces me expliqué esas distracciones habituales en que caía y de las cuales se reponía mediante una sonrisa llena de satisfacción”.

Las mismas confidencias tuvo Duarte en esos días con Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, Benito González, Félix María Ruiz, Jacinto de la Concha, Juan Nepomuceno Ravelo y Felipe Alfau. Estos siete y Serra eran los amigos de confianza que para entonces estaban en la ciudad y con quienes pensaba

constituir el núcleo central de la trama revolucionaria. A todos los citó para reunirse con él en la morada de Pérez, frente a la Iglesia del Carmen, el lunes 16 de julio a las once de la mañana.

En el vecino templo tendrían lugar ese día las celebraciones en honor de la Virgen María, que incluían una concurrida procesión. Duarte pensó que para asegurar el secreto de la reunión era preferible realizarla a plena luz solar en el escenario de la fiesta que en un sitio apartado o en horas de la madrugada.

Los nueve jóvenes se sentaron en torno a una mesa cuando el rumor del gentío, el sonido de las campanas, la música callejera y el estruendo de cohetes les indicaron que salía la procesión.

Duarte expuso a sus amigos la finalidad de la invitación que les había hecho. Se trataba de dejar constituida la sociedad revolucionaria en proyecto. Sus miembros debían quedar comprometidos, bajo grave juramento, a ofrendar persona, vida y bienes por la libertad de la Patria o morir en la demanda.

—Estamos convencidos de que entre dominicanos y haitianos no hay fusión posible. Somos y seremos dos pueblos diferentes. Nuestro destino es ser independientes, absolutamente independientes. Nada de pensar en protección extranjera para librarnos de Haití. Nuestra sociedad se llamará La Trinitaria porque se compondrá de grupos de tres y la pondremos bajo el amparo de la Santísima Trinidad. Nuestro lema: Dios, Patria y Libertad. Cada uno de nosotros tendrá un nombre secreto, sólo conocido de nosotros. Tendremos nuestros toques de comunicación, que significarán: Sí, No, Confianza y Sospecha. Valiéndonos de estos toques nos identificaremos y sabremos si corremos o no peligro. Aquí les entrego copias del alfabeto criptográfico que nos servirá para los mensajes escritos relacionados con la trama. Ustedes deberán aprenderlo de memoria. Cada trinitario estará obligado a hacer propaganda constantemente, incansablemente, y sumar prosélitos entre quienes puedan ofrecer una contribución positiva. Los ganados para la causa no deberán tener reuniones, que son siempre imprudentes, y no conocerán de la conjuración más que a aquél que a ella lo ha inducido, con el cual quedará en comunicación y obligado bajo juramento a cumplir sus instrucciones. Para sufragar a los gastos crearemos un fondo al cual todos nosotros contribuiremos.

Al llegar a este punto la peroración de Juan Pablo, los ocho amigos hicieron manifestaciones de aprobación y cada uno se

suscribió con una suma. Duarte las recibió y de hecho quedó convertido en el tesorero de la agrupación en ciernes, función que se agregó a su implícita presidencia.

—Estos pesos van a trabajar a la casa de mi padre desde ahora mismo. El conoce mi proyecto y está de acuerdo. Como Uds. saben, la ferretería, motonería y cordelería de mi padre, diestramente dirigida por él y mi hermano Vicente, está bien acreditada y recibe buenas ganancias. El fondo perteneciente a la Trinitaria entrará libre de todo gasto y se acrecentará con beneficios considerables, que se acumularán al capital.

Después de una pausa prosiguió:

—Amigos míos, estamos aquí para ratificar el propósito que habíamos concebido de conspirar y hacer que el pueblo se subleve contra el poder haitiano, a fin de constituirnos en Estado libre e independiente con el nombre de República Dominicana. La cruz blanca que llevará nuestra bandera dirá al mundo que el pueblo dominicano, al ingresar en la vida de la libertad, proclama la unión de todas las razas por los vínculos de la civilización y el cristianismo. . . La situación en que nos colocaremos será muy grave, y tanto más, cuanto que entrando ya en este camino, retroceder será imposible. Ahora bien, en este momento hay tiempo todavía de rehuir el compromiso. Por tanto, si alguno quisiera separarse. . .

Los presentes no lo dejaron concluir la frase. Todos a una lo interrumpieron en confuso tropel, fogosamente, ratificando su decisión de consagrarse a la causa de la libertad de su patria.

—Pues bien; presten ahora este juramento irrevocable.

Diciendo esto tomó el pliego en que lo había redactado y les entregó copias. Cada uno lo leyó de pie levantando la mano derecha:

“En el nombre de la Santísima, Augustísima e Indivisible Trinidad de Dios Omnipotente, juro y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una república libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana; la cual tendrá un pabellón tricolor en cuartos encarnados y azules atravesado por una cruz blanca. Mientras tanto seremos reconocidos los Trinitarios con las palabras sacramentales Dios Patria y

Libertad. Así lo prometó ante Dios y el mundo. Si tal hago, Dios me proteja, y de no, me lo tome en cuenta; y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición si los vendo”.

Duarte quiso que este juramento tuviera la fuerza moral de un pacto de sangre e hizo que sus compañeros lo firmaran anteponiendo una cruz, trazada con el propio crúor.

“Cuando signó el último —dice Serra en sus Apuntes—, con el pliego abierto en la izquierda y señalando las cruces con la diestra”, dijo Duarte: “No es la cruz el signo del padecimiento; es el símbolo de la redención. Queda bajo su égida constituida la Trinitaria, y cada uno de sus nueve socios obligado a reconstituirla, mientras exista uno, hasta cumplir el voto que hacemos de redimir la patria del poder de los haitianos”

Con esta ceremonia se inició un movimiento de radical nacionalismo llamado a convertirse en la incontrastable corriente de opinión y acción que rectificó el rumbo de la comunidad dominicana hacia su perpetuación como Estado soberano.



Francisco del Rosario Sánchez, Ramón Mella y Vicente Celestino Duarte no figuraron entre los fundadores de la Trinitaria pero bien pronto quedaron incorporados a la sociedad secreta con la misma profundidad y participación que los nueve fundadores, no obstante lo inicialmente acordado. Eran tan hondos los nexos que los ligaban!

Tanta preponderancia adquirieron estos tres próceres en los trabajos del grupo que los tres, junto con Pina y Pérez, fueron nombrados coroneles, por la misma sociedad, quedando así investidos de una autoridad superior a la de los demás trinitarios. Por sobre ellos sólo estaba Juan Pablo, reconocido como general en jefe de los ejércitos de la latente república y director general de la revolución.

La labor de adoctrinamiento y conquista de adeptos se realizaba sigilosamente y poco a poco se extendía a todo el país. A medida que los Trinitarios informaban a su jefe las adquisiciones, Duarte las anotaba en forma enigmática: Como a cada Trinitario se le había asignado un determinado color, él anotaba “tantos amarillos, tantos verdes, tantos azules”, etc., es decir, tantos conquistados por Pérez, tantos por Sánchez, tantos por él mismo, y así sucesivamente.

La actividad desplegada por Juan Pablo personalmente desde su clandestina posición de jefe revolucionario fue extraordinaria. A esta etapa de su vida corresponde la descripción del autorizado historiador Emiliano Tejera cuando dice: “Amistades, relaciones, conciudadanía, todo lo aprovechó en bien de su

empresa. Excitó a los indolentes, animó a los tibios, templó a los fogosos, convenció a los errados, y pronto tuvo el placer de notar que la Patria tenía campeones decididos y que no era un sueño su esperanza de redimirla”.

Para dar una idea de cómo fue de intensa la dedicación de Duarte al ideal de libertad y dignificación para su pueblo, el mismo honesto escritor dice: “Amor de madre, cariño de hermanos, afectos juveniles tan caros al corazón, ilusiones de perpetuidad cimentadas en un heredero de nuestra sangre y de nuestras virtudes ¡alejaos, alejaos para siempre!”

La mayoría de los invitados a unirse al movimiento correspondía con entusiasmo a la invitación, porque era como sembrar en suelo abonado. Gentes de todas las edades, razas y condiciones se sentían sometidas a la vida degradante impuesta por el extraño dominador y sólo la sensación de impotencia las obligaba a aceptarla pasivamente. Cuando se enteraban por su iniciador de que una asociación secreta comunicaba fuerza operativa al generalizado sentimiento de inconformidad, su satisfacción era inmediata y no vacilaban en sumarse al movimiento.

Mientras crecía el número de adeptos el fondo de la Trinitaria aumentaba, al tiempo que sus gastos. Los Trinitarios y sus neófitos entregaban sus contribuciones pero los mayores aportes salían de la familia Duarte. Este fondo permitía que los Trinitarios y muchos adeptos dejaran sus ocupaciones por días en viajes al interior del país para extender la conspiración. Poco se sabe de estos movimientos por falta de documentación y de crónicas con testimonios. Sin embargo, su importancia puede colegirse por la magnitud de los posteriores sucesos de 1843 y 1844, que pusieron de manifiesto lo profunda y extendida de la red conspirativa. Escasamente se tienen noticias de que Sánchez hizo labor en la región oriental y Mella en el Cibao. Duarte por su parte se hizo inscribir como agrimensor y salía a pueblos y campos con el también agrimensor Ricardo Miura en aparentes trabajos profesionales y en realidad para sumar a la trama personas de valía.

A la conquista de prosélitos se agregó otra fase de la preparación de la independencia: la instrucción militar. Los Trinitarios y principales adeptos de Santo Domingo eran miembros de la Guardia Nacional y como tales poseían sus

uniformes y sables. También podían portar pistolas y mosquetones. Esta circunstancia los convertía en soldados potenciales del futuro ejército libertador. Al entrenamiento práctico agregaron el estudio teórico de la estrategia y la táctica, así como el aprendizaje de la esgrima, que ya desde antes practicaban en el patio del almacén de Juan José Duarte, al lado de la Atarazana. Allí, a la sombra de la mole abovedada alternaban sus lecturas con lecciones de florete, la mente puesta en el día en que el estallido de la revolución que fraguaban los pusiera a combatir en el campo de batalla. En aquella época, no obstante la preeminente utilización de las armas de fuego y el progreso de la artillería, el arma blanca tenía todavía enorme importancia en el arte de la guerra. La tenía en proporción a la frecuencia con que se combatía cuerpo a cuerpo o a caballo. Ya veremos que esta importancia era aun más grande que en otras partes en el país dominicano, en donde las batallas contra el agresor occidental iban a ganarse superando la ventaja numérica y el mejor armamento con la mayor destreza del criollo en el uso del arma blanca.

La conspiración crecía en el resto del 1838 pero Duarte y sus compañeros sabían que todavía no era cuerdo aventurarse en una acción libertadora. Se imponía esperar, esperar con paciencia la ocasión propicia. Había que contener a los impacientes y contrarrestar el desaliento. Mientras en Haití se mantuviera el fuerte régimen de Jean Pierre Boyer, con su gran ejército disciplinado y bien armado, era casi imposible confiar en la victoria. Según las noticias, la oposición al gobierno haitiano en la parte occidental de la Isla era cada vez más fuerte y aumentaba el número de los descontentos, cansados ya de las arbitrariedades del viejo dictador. Era mejor aguardar a que este proceso avanzara e hiciera crisis, que habría de hacerla pronto, para entonces aprovechar el deterioro del poder ocupante y decidir el levantamiento.

Un día se supo que en Puerto Príncipe se había atentado contra la vida del Sr. Inginac, hombre de confianza de Boyer, y que este suceso había producido honda conmoción de incalculables consecuencias. También llegó el rumor de un serio altercado entre senadores y diputados gobiernistas y opositores en el congreso haitiano. Eran noticias que alentaban a los

Trinitarios y les hacían concebir la esperanza de un cercano final del régimen boyerano, que debilitaría las fuerzas de Haití.

Pero pasaba el tiempo y no se producía la crisis política que ellos ansiaban para lanzarse a la lucha. La prolongada espera hacía difícil contener el desaliento. Por eso fue penoso para Duarte y los Trinitarios el año de 1839. Después de alimentar por algún tiempo la ilusión de que los días de Boyer estaban contados, los patriotas se sentían desanimados y les parecía que aquel déspota era incommovible. Sin embargo, bastaba cualquier noticia o simple rumor que significara empeoramiento de la situación política de Haití para que en ellos renaciera la esperanza. Tal fue cuando se supo que el valiente diputado opositor Hérard Dumesle había sido reelegido presidente de la Cámara de Diputados, en su tercera legislatura, un hecho indicativo, al parecer, de que disminuía el férreo control de Boyer sobre los ánimos en su país. Otra nueva prometedora de aquellos días fue la de un serio debate entre el gobierno y la Cámara con motivo de la interpretación de un texto constitucional, que puso a prueba la fortaleza de Boyer y que éste cortó con una medida arbitraria, lo cual aumentó el disgusto general y la impopularidad del dictador.



Corría el mes de julio de 1839 cuando se produjo un hecho de importancia para el acariciado ideal de los Trinitarios. De una goleta llegada de la isla de Saint Thomas desembarcaba un sacerdote de estatura pequeña, movimientos rápidos y tez trigueña. Pertenecía a la Orden de los Ministros de Enfermos o Monjes Agonizantes. Era el Padre Gaspar Hernández.

Limeño de nacimiento y residente en Puerto Rico desde febrero de 1830, era hombre culto y de temperamento apasionado, destinado a desempeñar un valioso papel en el empobrecido ambiente dominicano. Había sido capellán de la guarnición española que durante la guerra de Independencia tuvo que desocupar la ciudad de Lima el 7 de julio de 1821, y pasado con el mismo cargo a la provincia peruana de Jauja hasta que la suerte de la guerra, adversa a España después de la batalla de Ayacucho, lo obligó a salir de su país y refugiarse en Puerto Rico con otros compatriotas que prefirieron fijar residencia en tierra española de América no azotada por el vendaval de la Independencia.

Tal vez las diligencias que realizaba el vicario general Portes e Infante para aliviar la falta de sacerdotes y de profesores de alto nivel, determinaron indirectamente que el sabio y aguerrido presbítero se trasladara a Santo Domingo.

— ¡Dios mío, cuánta pobreza! —susurró el Padre Hernández mientras se trasladaba a pie, acompañado de un guía que le cargaba el reducido equipaje, desde el muelle hasta la residencia del vicario. — ¿Es ésta una ciudad o un cementerio abandona-

do? —dijo para sí observando las casas señoriales en ruina y la desolación en las calles cubiertas de maleza. — ¡Este país agoniza después de haber sido la opulenta sede de un Virrey de las Indias!

Y luego viendo los desharrapados soldados y gendarmes al servicio de Haití en la calle de la Fortaleza y en la casa de gobierno, frente a la Plaza de Armas, sintió su corazón oprimido y pensó:

— ¡En qué abismo ha caído el primer asiento colonial de España en América! ¿No podrá la Madre Patria rescatarlo de esta situación ignominiosa? ¿Puedo yo hacer algo? Yo, que he prometido a Dios dedicar mi sacerdocio a los enfermos, según las reglas de mi venerado fundador, San Camilo de Lelis ¿podré prestarle mis auxilios a este pueblo agonizante?

El vicario general lo recibió como a ángel bajado del cielo, una vez verificados sus papeles. Lo puso al corriente de la penosa situación de la Iglesia y la enseñanza en el país y en seguida le encomendó el curato de la parroquia de San Carlos, inmediata a los muros de Santo Domingo en la dirección del Noroeste.

La llegada de un personaje de aquella categoría no podía pasar desapercibida por el exiguo vecindario de la vetusta ciudad, y menos por el grupo selecto de los Trinitarios, atento siempre a cuanto ocurría en ella. Ellos fueron en su busca sin tardanza, al tiempo que el teólogo sudamericano ardía en deseos de entrar en contacto con la juventud dominicana.

Sabedor de que se trataba de un maestro, el director de la secreta sociedad revolucionaria se dirigió una mañana a visitarlo, con la esperanza de ver en el recién llegado a la persona que podría cubrir un tanto el vacío cultural que de años atrás padecía Santo Domingo.

Ya en su presencia, en la sacristía de la iglesia de San Carlos, lo que Duarte vio ante sí fue a un cura sin prestancia física alguna, muy diferente de como se lo había imaginado. De estatura extremadamente baja, de muy poco más de cuarenta años, “ojo inquieto y centelleante, cara ovalada, color algo moreno y lleno de las marcas indelebles que deja la viruela brava en la epidermis de sus víctimas”.

Después de los saludos de rigor entraron en la materia que a ambos interesaba. Juan Pablo le expuso la necesidad de

instrucción en que se encontraba la generación joven dominicana y le señaló lo oportuna que era la presencia de un erudito profesor como él para cubrir esa necesidad. El Padre Gaspar manifestó al visitante su total disposición a ofrecer lecciones de algunas asignaturas fundamentales a cuantos quisieran aprender.

La visita fue ocasión para que Juan Pablo enterara al sacerdote de las vicisitudes sufridas por el pueblo de la parte española de la isla de Santo Domingo, especialmente desde la ejecución del Tratado de Basilea, y de la situación de bochornosa dependencia que en aquel momento padecía, para por fin confiarle, bajo promesa de secreto, la labor que dirigía tendiente a sacudir el yugo que oprimía a los dominicanos y a fundar una república independiente.

Luego entraron en el detalle de las clases en proyecto, que serían de Latinidad, Filosofía, Teología, Moral, Historia y Derecho Político, y podían ser impartidas en un bohío inmediato a la iglesia.

Días después el Padre Hernández se veía ya rodeado de la más selecta juventud de Santo Domingo, de la juventud que deseaba superarse. Todos los Trinitarios y otros jóvenes acudieron con entusiasmo a los cursos del nuevo profesor. Aquel bohío era en esencia una universidad, seguramente la más pequeña y humilde del mundo, pero quienes la constituían no estaban imbuidos de menor espíritu universitario que en las grandes y opulentas.

Ponderando el vicario general la importancia que habían cobrado las actividades docentes del presbítero limeño, no tardó en trasladarlo al curato de la Catedral. Desde entonces las clases se ofrecieron en una amplia sala de la sacristía del templo de Regina Angelorum en la calle de la antigua y clausurada Universidad (hoy del Padre Billini). En cuatro horas matinales se desarrollaban los cursos.

Eran las clases de Historia las que principalmente aprovechaba el maestro para estimular las conciencias en el sentido de una reivindicación del honor dominicano. Se valía de referencias a hechos históricos gloriosos para espolear los sentimientos de rebeldía de sus alumnos dándoles una justificación doctrinal. Félix María del Monte, uno de los más brillantes discípulos, dejó testimonio escrito en sus "Reflexiones Históricas" de cómo utilizó en el sentido indicado los pasajes del suicidio de Lucrecia

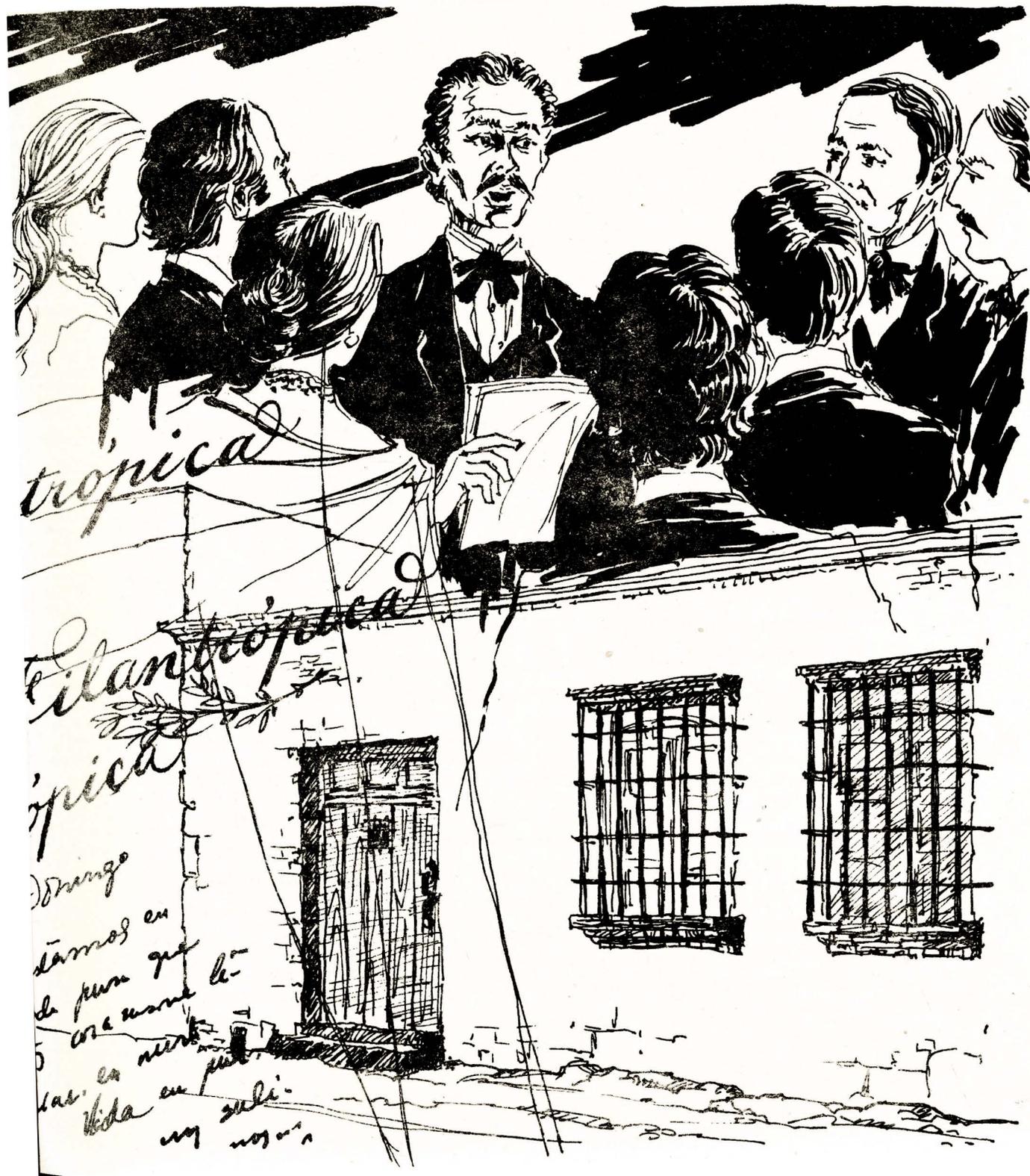
y de la inmolación de Virginia, de la historia de Roma. También tomó como pretexto el ardiente profesor la presentación del famoso contraste de la culta Grecia sometida a la poderosa y tosca Roma, para traer a la consideración de sus oyentes el caso análogo de la antigua Atenas del Nuevo Mundo dominada por los caudillos de Haití.

Atento al desarrollo de estos temas, y a la viva reacción que provocaban, pensó Duarte en la conveniencia de representar algunas obras teatrales de Alfieri, Martínez de la Rosa y Eugenio Ochoa traídas por él de Barcelona, muy a propósito para avivar el sentimiento del honor, las ansias de libertad y la disposición a conquistar estos bienes por medios heroicos.

Según el mismo testimonio de Del Monte, las clases del Padre Gaspar daban lugar a vehementes diálogos entre maestro y alumnos en que se discurría “sobre los derechos imprescriptibles del hombre, sobre el origen del poder en las sociedades, sobre las formas de gobierno, sobre la índole de las constituciones, sobre el sufragio de los pueblos, sobre el principio legítimo de la autoridad, sobre la soberanía de la razón. . .”.

El Padre Hernández oía con benevolencia y amplitud de criterio las opiniones, a veces alocadas, de sus discípulos y como un nuevo Sócrates los ayudaba a sacarlos de sus confusiones y a que dedujeran conclusiones correctas.

Fue sin duda un momento auroral en el oscuro destino dominicano aquél en que una nueva escuela, arrimada a una sacristía, rasgaba las sombras de la rutina y la ignorancia.



La subterránea actividad revolucionaria de los Trinitarios y sus comunicados directos e indirectos en todo el país y la labor docente de nivel superior en que estaba empeñada la juventud de Santo Domingo, gracias al Padre Gaspar Hernández, fueron los aspectos de más rango histórico en la vida dominicana en el resto del 1839.

En Haití, después de la brutal exclusión de los siete diputados que osaron enfrentarse a Boyer desde sus curules, sólo se registraba el sordo fermento de los inconformes, contenidos por la fuerza, y el consiguiente aumento de la impopularidad del dictador. El malestar político haitiano se advertía en la ciudad de Santo Domingo en la forma de una división entre el elemento oficial y una facción disidente encabezada por el profesor y hombre de armas August Brouard.

Una misma causa asimilaba en aquel año de pesada quietud los sentimientos de haitianos y dominicanos: la tiranía de Boyer, con la diferencia de que a los primeros los avocaba al derrocamiento del autócrata para sustituirlo por un régimen de libertad, y a los segundos los avivaba el anhelo de desembarazarse de Haití y consumir la separación de esta parte de la Isla.

De “política de salvaje desconfianza” “que se traducía en medidas restrictivas y de exclusión” califica José Gabriel García la implantada por Boyer en la porción dominicana, refiriéndose a los años 1839 y 1840. También la caracteriza como “sistema de opresión y arbitrariedad que en su nombre ejercían” los jefes de los diferentes departamentos en que estaba dividida.

Por su parte el historiador haitiano Price—Mars, hablando de la misma época, dice: “El presidente, paralizado por su soberbia, se contentaba con sus victorias de Pirro y no se daba cuenta de que el fuego ardía bajo las cenizas. La oposición se tornaba cada vez más profunda, mientras parecía sofocada”.

A la altura ya de 1840 se impone mencionar una tercera actividad de los Trinitarios. En aquellos días ellos fundaron otra sociedad que no era secreta como la Trinitaria pero con el mismo designio revolucionario: La Filantrópica. Equivalía a la adopción de una nueva táctica para el adoctrinamiento y la propaganda, accesible a una mayor cantidad de gentes y dirigida a levantar el ánimo público. Era un modo de volcar hacia el pueblo, en forma comprensible, las lecciones recibidas en el claustro de Regina Angelorum y sus consiguientes efectos morales.

La Sociedad Filantrópica fue fundada y funcionaba en la morada de Pedro Alejandrino Pina en la calle del Tapao (hoy 19 de Marzo), en la casa que con el tiempo sería la residencia del historiador García. A sus sesiones se invitaba a todo el mundo. Eran públicas, según el testimonio de Rosa Duarte, y en ellas se pronunciaban “discursos” que “algunos del pueblo se aplicaban a oír y algunas veces aplaudían con entusiasmo”. El lema de la nueva agrupación era “Paz, Unión y Amistad”.

Lamentablemente no se conserva el texto de aquellos discursos, pero en cuenta de lo que en la época eran las ideas filantropistas debieron ser prédicas orientadas a estimular el amor entre los hombres y defender sus atributos de libertad y dignidad no importa su raza y condición, sobre el fundamento de la esencial igualdad de todos los seres humanos. Siempre dio Duarte ejemplos de amor y comprensión y nunca de odio. Fue muy clara su posición anti—racista y su condena de la esclavitud. Cuando juzgó a los haitianos lo hizo con respeto y hasta con admiración. En el proyecto de Constitución que más adelante redactará, mencionará “los deberes que impone la filantropía” al hablar de la justicia debida a los extranjeros.

La creciente dedicación de Duarte al trabajo de edificar una patria había determinado la extinción de sus relaciones amorosas con María Antonia Bobadilla pero andando el tiempo los ojos de otra linda muchacha hija de catalanes: Prudencia Lluberes, pugnaban por sobreponerse a su fervor nacionalista.

Esta segunda novia recibió, como la primera, su promesa de matrimonio simbolizada en una sortija. Ella lo amaba y admiraba pero tuvo que ejercer por largo tiempo la virtud de la paciencia ante la entrega del novio a su ideal, antes de que los sucesos de 1844 los separaran para siempre. Hasta el fallecimiento de Prudencia en 1893, todavía soltera, el recuerdo de Juan Pablo fue su culto.

La cuarta modalidad del trabajo de Duarte y compañeros fue el teatro. Al efecto fundaron la Sociedad Dramática. No bastaba la secreta conquista de prosélitos y la prédica apostólica a reducido número de personas, para el fin liberador que perseguían. Era necesario llegar a la masa en forma atrayente e inculcarle ideas de rebeldía con obras teatrales bien seleccionadas. "Se comprendió la necesidad de comunicar a las masas cierto aliento, cierto entusiasmo preparatorio, que es necesario para que la idea sea acogida por la multitud", dice en sus Reflexiones Históricas Félix María del Monte.

Ellos mismos podían ser los actores, y para los papeles femeninos no faltarían damas dispuestas a hacer de actrices. Para la escenografía, la utilería, los trajes, las luces y las sillas, pedirían la cooperación de las familias y la contribución de artistas, carpinteros y sastres. En cuanto al local, bien podía servir cualquier casa grande ya utilizada antes como teatro.

Sabían que el dominicano gustaba del arte escénico. Por eso esperaban que la gente correspondiera a su esfuerzo. De este modo cumplirían su finalidad de sacudir el marasmo reinante, avivar en el pueblo el sentimiento de patria y estimular la disposición al sacrificio.

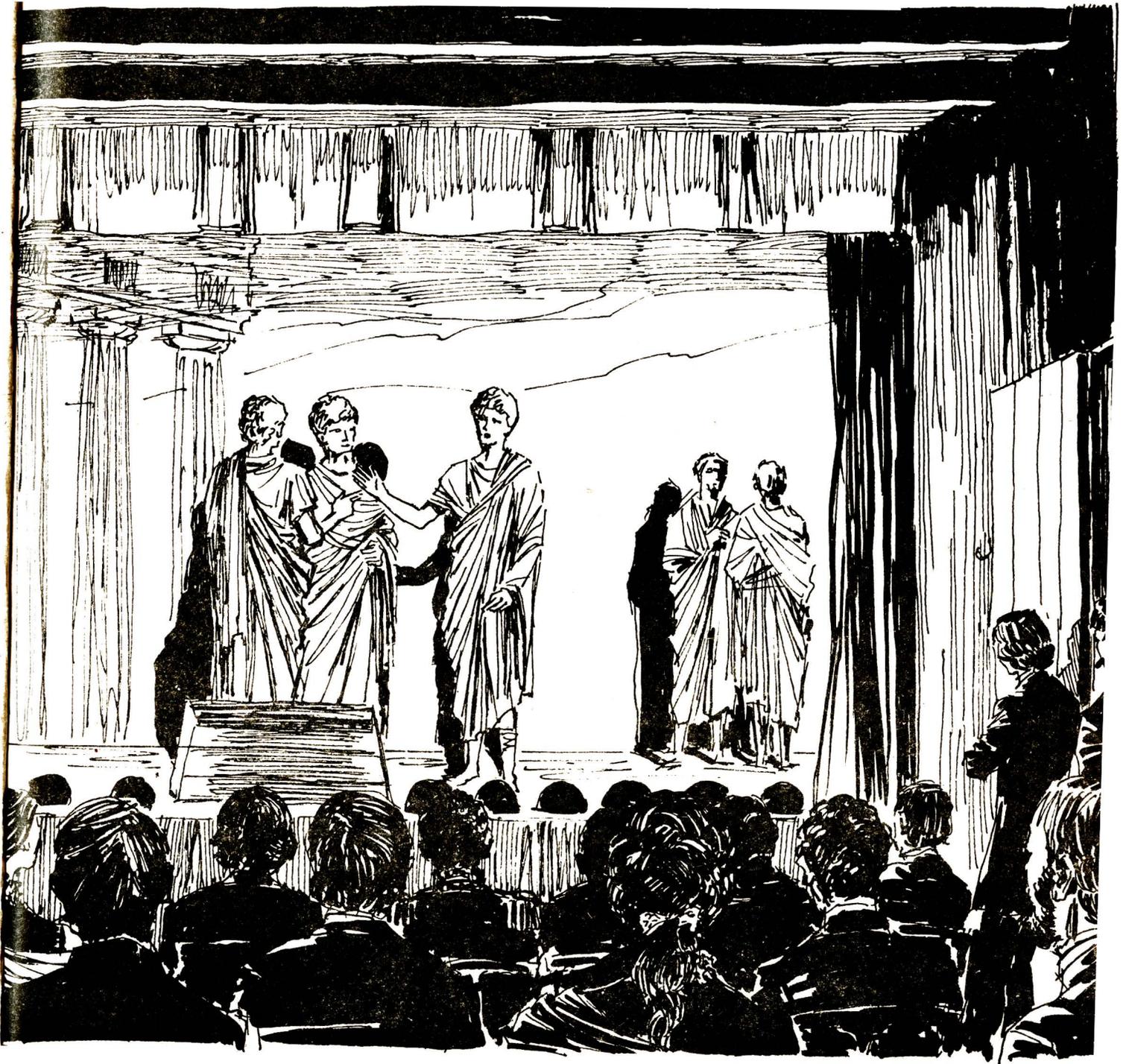
Para la primera función eligieron la tragedia en cinco actos "Roma Libre" de Vittorio Alfieri, en traducción de Antonio Saviñón. La seleccionó Duarte por la fuerza dramática con que presentaba el amor de patria, el odio a los tiranos, una sublime vocación de sacrificio, la inflexibilidad de la justicia y el castigo de los traidores. El mismo Juan Pablo serviría de apuntador y el primer actor sería Juan Isidro Pérez. Otros papeles estarían a cargo de Pedro Alejandrino Pina, Félix María del Monte, Tomás Troncoso, Francisco Martínez de León, Joaquín Lluberés, Remigio del Castillo, Juan Evangelista Jiménez, Luis Betances, Fernando y José María Serra, Silvano Pujols, José María Pérez Fernández, Manuel y Wenceslao Guerrero, Manuel Dolores

Galván, Jacinto de la Concha, José García Fajardo, Joaquín Gómez y Juan Bautista Alfonseca.

Con excepción del de Cecilia Baranis, posiblemente una actriz extranjera, no ha pasado a la posteridad ninguno de los nombres de las jóvenes que desempeñaron los papeles femeninos.

Tenían ya el permiso de la autoridad, el tablado y la concha, el telón de boca, las candilejas y reflectores, los decorados, los trajes, las improvisadas butacas, en fin, todo o casi todo cuanto requería el espectáculo, lo que les permitió fijar la fecha del estreno. Los ensayos eran diarios y la representación se anunciaba mediante volantes impresos de pomposa literatura, que se distribuían en la ciudad y en la cercana villa de San Carlos.

La gente esperaba ilusionada el prometido grandioso espectáculo, lo que aumentaba el empeño de los responsables. Era forzoso quedar bien, para corresponder a aquella expectativa y, sobre todo, para lograr lo que se proponían, que era levantar el espíritu público. Si fracasaban, el resultado iba a ser contraproducente por aquello de que “de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso”. Este era su temor y al mismo tiempo su acicate.



Llegada la noche fijada para la función, la concurrencia fue extraordinaria. El más grande acontecimiento de la ciudad de Santo Domingo en muchos años. La gente acudía de todas direcciones y compraba su boletín de entrada al precio de cuatro y tres reales. Entre los asistentes estaba el coronel haitiano de artillería Santillana, de ascendencia española y buen conocedor del idioma castellano. El gobernador Carrié le había encomendado rendir un informe sobre el hecho que con tanto alborozo se preparaba.

Un preludio musical y un discurso inaugural con escenificación alegórica fueron los números iniciales. Después se presentó la tragedia de Alfieri.

Duarte, dentro de la concha, dirigía y apuntaba. Pérez y Pina, personificando con trajes talares a Junio Bruto y a Colatino respectivamente, actuaron en la primera escena.

Colatino, transido de dolor porque Lucrecia, su bella esposa, se había quitado la vida tras haber sido violada por Sexto, hijo del tirano rey Tarquino, quería a su vez suicidarse pero Bruto lo convence de que debe vivir para vengar la ofensa y salvar a Roma de la tiranía.

Duarte ponía fuego en la mirada cuando quedamente decía, y Juan Isidro repetía con fuerza, versos como éstos:

“Patria, sí, que fundar contigo hoy quiero,
o en tanta empresa perecer contigo
víctimas ambos en la lid cayendo”.

O cuando exclamaban:

“Todo nos grita: ¡libertad o muerte!
¡No nos queda otra elección!”

“¡Libres o muertos
todos seremos! ¡Todos!”

A medida que el drama se desenvolvía la excitación del auditorio aumentaba, expresada en sonoros aplausos. La pieza era rica en frases y situaciones que se correspondían con las reprimidas ansias patrióticas de los concurrentes.

En los actos siguientes tiene lugar el alzamiento popular contra el rey Tarquino, encabezado por Bruto y Colatino, y luego la victoria de éstos, que son aclamados cónsules. Después se ve a Mamilio, admitido en Roma como emisario del rey depuesto para ajustar la paz, en el momento de convencer a los jóvenes Tito y Tiberio, hijos de Bruto, de que siendo inminente la revancha de Tarquino ellos deben firmar su adhesión al rey como el único medio de salvar a su padre de terrible castigo. Apenas firman Tito y Tiberio, son sorprendidos y hechos presos por Colatino, haciendo fracasar el contra-golpe. Colatino entera a Bruto de la traición de sus hijos y el cónsul sin vacilar los condena a muerte. El pueblo, iracundo, pide los nombres de los traidores y Colatino vacila en decirle que entre ellos están los hijos de Bruto. Cuando al fin lo sabe por el propio Bruto, pide a éste que los perdone pero el cónsul se muestra inflexible en tanto su corazón desfallece de dolor. La sentencia se ejecuta en el momento en que cae el telón.

Los Trinitarios quedaron tan satisfechos del efecto moral de la primera función que la repitieron y luego presentaron “Un día del año 23 en Cádiz” de Eugenio de Ochoa, en un teatro que con la ayuda generosa del comunicado Manuel Guerrero improvisaron en las ruinas de la cárcel vieja frente a la plaza de Armas. Esta segunda obra mostraba una situación semejante a la sufrida por los dominicanos. Dramatizaba un episodio de la lucha española contra el ejército francés que ocupaba la península ibérica y apoyaba al repuesto rey Fernando VII.

“La coincidencia de hablar nosotros el español y los haitianos el francés, establecía ante los ojos del pueblo tan

estrecha relación —dice José María Serra en sus citados Apuntes— que cuanto los poetas españoles proferían en contra de los franceses, otro tanto refería éste a los haitianos”.

La obra era en prosa y describía la confrontación entre el anciano don Ricardo, timorato y conformista, y su hija Leonor, tocada por juvenil espíritu de rebeldía. En ella interviene Eduardo, un joven desafecto, herido y perseguido, a quien el anciano esconde. Es un revolucionario que sueña con el día de la libertad, personificado por Juan Isidro Pérez. Se siente tan mal herido que exclama: “Puede que mi vida no alcance siquiera hasta la resurrección de la libertad”.

Luego, en diálogo con Leonor: “Oh! Vivimos en unos tiempos bien aciagos, amiga mía; en una época de lágrimas y de desesperación. Los nombres de patria, libertad, honor nacional, tan dulces para el corazón de los buenos, están proscritos como palabras infames. . .”.

Estas y otras frases encontraban cálida resonancia en los independentistas dominicanos, quienes en la sala manifestaban bulliciosamente su emoción. La exaltación llegó al clímax cuando el viejo Ricardo se adhirió al fin a las ideas patrióticas de los jóvenes y manifestó su molestia por la presencia de las tropas francesas en Cádiz. Las alusiones eran tan directas a la situación dominicana, y tan grande el alboroto, que la autoridad haitiana quiso ver si lo dicho por los actores era igual a lo escrito en el libreto. Si hubieran comprobado alguna diferencia, los Trinitarios habrían ido a la cárcel.

La tercera obra presentada fue “La Viuda de Padilla” por Francisco Martínez de la Rosa, una tragedia de factura literaria grandilocuente que se refiere a la última actuación y muerte de la viuda de Juan de Padilla, jefe de los comuneros castellanos, que defendió a Toledo al declararse emancipada del emperador Carlos V y derrotó a los imperiales en Torrelobatón, pero vencido más tarde en Villalar fue hecho prisionero y degollado. La trama es toda una exaltación de los valores del honor y la libertad, y tiene momentos arrebatadores que Duarte encontró a propósito para promover la disposición al heroísmo en sus conciudadanos.

En base a recientes investigaciones realizadas en el Instituto Duartiano, es válido creer que quien hizo el difícil papel de la viuda heroína fue una dama llamada Cecilia Baranis.

No fueron seguramente las tres citadas las únicas obras teatrales montadas por los Trinitarios. En las viejas crónicas hay indicios de que también representaron el Segundo Bruto, de Alfieri; otras obras de Martínez de la Rosa; sainetes españoles y comedias escritas por Pedro Alejandrino Pina y Pedro Antonio Bobea. De una de las “reprises” de “Roma Libre” se conserva en el archivo del historiador García un volante anunciador impreso. La hoja se refiere a “la libertad de la Patria”, a “la sacrosanta libertad”, a “la libértad triunfante”, pero un pasaje muestra la forma en que tenían que adaptarse los empresarios a la amarga realidad para no suscitar sospechas y contar con la aprobación oficial. Sin ésta no había teatro ni por consiguiente se producía el efecto moral perseguido. Tan ostensible fue este efecto, que el cronista Del Monte comenta: “Ya había pueblo, y a guisa de poder se colocaba frente a frente de la autoridad”.

El pueblo de Santo Domingo correspondió dignamente a la campaña de los creadores de la República por la vía del teatro, como por la cátedra y la persuasión directa. La aspiración menos socorrida entre los dominicanos en 1838, como era la de independencia pura, se convirtió en el momento decisivo de 1844 en la fuerza social más poderosa.

A la hora de la acción en la Puerta del Conde, en los sucesivos pronunciamientos de las poblaciones del país y en los campos de batalla, como veremos más adelante, no un hombre, no un grupo, no una élite, sino el pueblo todo, en masa compacta, va a ser el primer personaje en el logro de la meta trazada por Juan Pablo Duarte la mañana del 16 de julio de 1838.



En 1840 y 1841 Santo Domingo no era ya una ciudad tan mortecina como en años anteriores. Se estudiaba, se enseñaba, se discutía y se protestaba en el ambiente universitario dirigido en la sacristía de Regina Angelorum por el presbítero Gaspar Hernández, secundado por los padres Sigarán y Bonilla. La Sociedad Filantrópica y la Sociedad Dramática eran activos centros de cultura y, como consecuencia, los sentimientos revolucionarios tomaban forma y adquirían vigor.

Otro aspecto de las actividades dominicanas en que influía la presencia de Duarte es la Masonería. Las noticias son escasas, pero se sabe que Juan Pablo se inició joven en el misterio de las logias y llegó a alcanzar el grado de maestro. En el plano de las comprobaciones concretas sólo existe el dato —extraído de viejas minutas por el historiador de la Masonería Haim H. López—Penha— de que en 1843 era “arquitecto decorador” de la logia Constante Unión No. 8. Puede establecerse, además, que la Masonería influyó en Duarte si se observa la organización que dio a la Trinitaria, con signos, toques y palabras, y que él a su vez influyó en las logias si se advierte la cantidad de patriotas masones que le ayudaron.

A la par que en los ambientes dominicanos, en el sector haitiano de la ciudad de Santo Domingo crecía la efervescencia. Se producían serias y visibles divisiones entre sus componentes en 1841. Había una fracción disidente que llamaba “absolutistas” a los del grupo gubernamental, en tanto que ellos se consideraban liberales reformistas. Esta fracción opositora

propuso candidatos a diputados de las “comunes” de la parte oriental y ganó las elecciones en Santo Domingo y otros pueblos. Los diputados opositores electos fueron Alcuis Ponthieux y Dominique Benoit.

En 1841 viajó Duarte a Curazao y Venezuela. En la isla holandesa realizó diligencias comerciales y en Caracas patrióticas. La residencia de sus tíos maternos Mariano y José Prudencio Diez en la capital venezolana y sus buenas relaciones le facilitaron convocar una reunión de dominicanos emigrados y amigos venezolanos y pedir a éstos su apoyo moral y material al proyecto de liberación. “Cuando volvió a Santo Domingo —dice Rosa Duarte en sus Apuntes— puso en conocimiento de sus amigos las buenas disposiciones que tenían los dominicanos y algunos venezolanos en Caracas respecto a sus ardientes deseos de independencia”. Estas buenas disposiciones las confirmaron más tarde enviando contribuciones en favor de la República.

El año de 1842 no fue menos movido. El resultado de las elecciones había sorprendido a Boyer. No sólo en Santo Domingo las ganaron los opositores. También resultaron nuevamente elegidos diputados los dos principales líderes del bando opuesto al gobierno: Dumesle y Saint-Preux, al tiempo que salían periódicos en Puerto Príncipe que sustentaban ideas reformistas. Boyer se creyó en la necesidad de apelar a la arbitrariedad y la fuerza para contener la oleada enemiga. Ponthieux y Benoit, expulsados de la Cámara de Diputados, volvieron a Santo Domingo y formaron con Etienne Desgrottes y otros un frente contrario al gobernador Carrié, lo que dio lugar a persecuciones, prisiones y expulsiones. Los Trinitarios aprovechaban estas rivalidades entre los haitianos para intensificar su preparación revolucionaria. La corriente pro independencia se iba abriendo paso en todas partes.

En esta sazón sobrevino el terremoto del 7 de mayo de 1842, que causó ingentes daños en Santiago y La Vega y en las poblaciones haitianas del Noroeste, lo cual empeoró la situación económica en toda la Isla. Esta penosa circunstancia —como lo señala el historiador García— contribuyó a preparar los ánimos para recibir con entusiasmo el plan revolucionario que bajo la inspiración de Duarte fraguaba “la numerosa falange separatista, la cual había ido minando la parte española desde la fundación de la Trinitaria”.

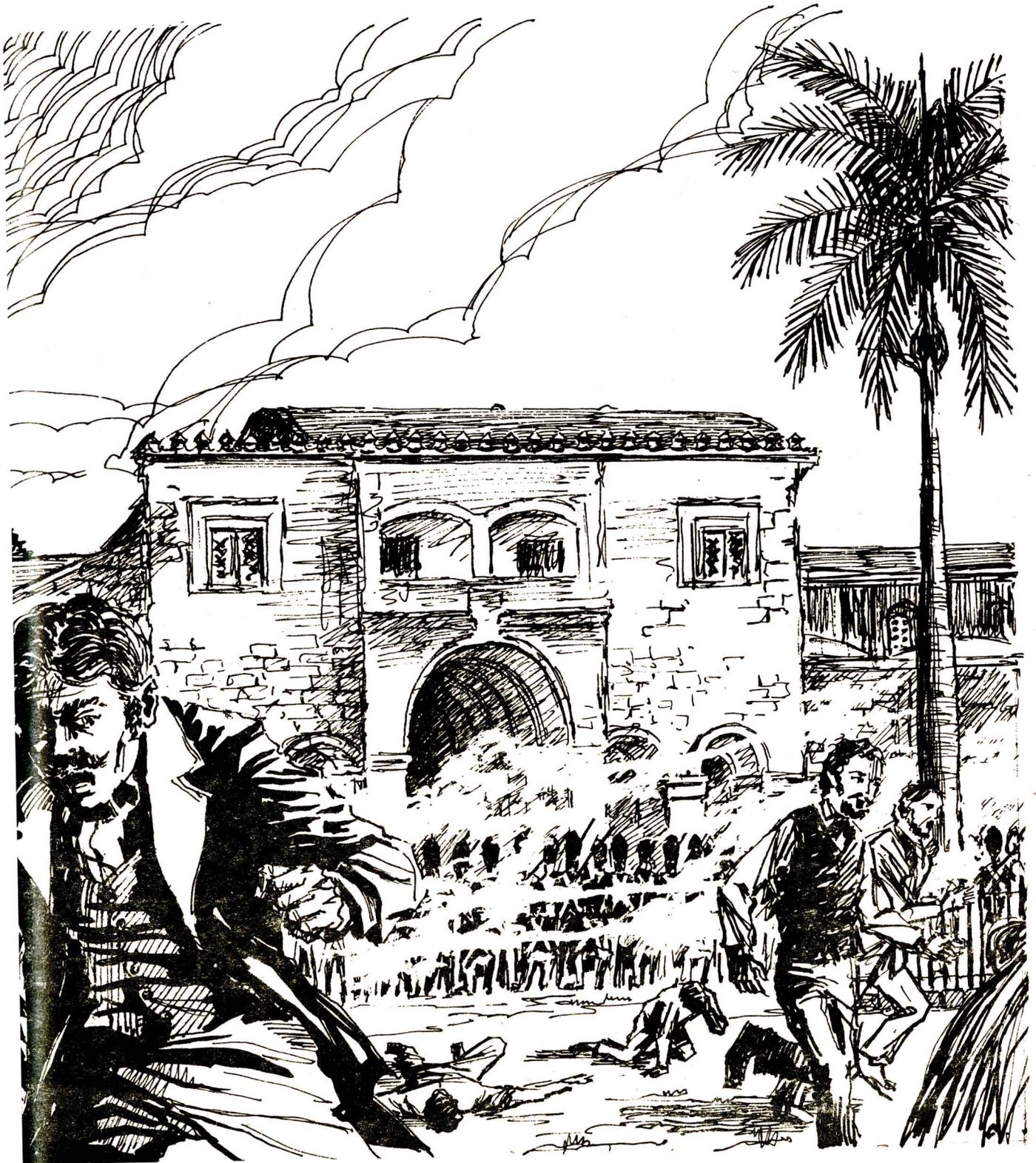
Es significativo que en el mismo año de 1842 fuera elegido Juan Pablo, por sus compañeros de cuerpo, capitán de la Guardia Nacional. Este hecho ilustra la progresiva penetración de la idea independentista en los cuarteles, al tiempo que avanzaba la campaña proselitista en todas las poblaciones. En los cuerpos armados había ya muchos dominicanos iniciados en el secreto movimiento, que veían en las charreteras del capitán Duarte las insignias del general en jefe del latente ejército de la patria irredenta.

Las noticias sobre las actividades de trinitarios y comunicados fuera de la ciudad de Santo Domingo hasta 1842 son pocas y confusas, por falta absoluta de pruebas documentales y escasez de testimonios. Tenía que ser así, tratándose de una labor subversiva. Sólo se sabe que Duarte recorría pueblos y campos en aparentes trabajos de agrimensura; Sánchez realizaba diligencias en Los Llanos y el Seibo; Mella en villas y secciones del Cibao; Pina en San Carlos y, con don Pedro Valverde y Lara, en San Cristóbal y Baní; Serra en Baní, en donde comprometió a Jacinto de Castro y José A. Billini; Vicente Celestino Duarte en Monte Plata, Los Llanos Abajo (Guerra), Boyá, Bayaguana y, con el Padre Carrasco, en Los Llanos; Félix María Ruiz en Azua; Benito González, con Pedro Valverde y Lara, en San Carlos, San Cristóbal y Baní; Manuel Leguisamón y Silvano Pujols en Puerto Plata, y Juan Evangelista Jiménez en La Vega.

Basada en un testimonio de Emiliano Tejera, puede hacerse una distribución geográfica de algunos de los "cien y cien" cabecillas comprometidos en todo el territorio dominicano a finales de 1842. Esta distribución abarca la capital y los cuatro puntos cardinales, resultado espléndido de la proliferación de células conforme al plan originalmente adoptado por Duarte y los Trinitarios. Hela aquí:

Santo Domingo: Manuel Ma. Valverde, Juan Alejandro Acosta, Manuel Jimenes, Esteban Roca, Angel Perdomo, Agustín Perdomo, Juan Contreras, Manuel Dolores Galván, Joaquín Lluberes, Jacinto Brea, Francisco J. Abreu, Ildefonso Mella, Juan Andrés Pina, Wenceslao de la Concha, Fernando Serra, Luis Betances, Tomás Troncoso, José María Pérez Fernández, Manuel Guerrero, Wenceslao Guerrero, Alejandro Bonilla, Manuel Aybar, Silvano Pujols, Fernando Gómez Gratereaux, Francisco Sosa.

San Carlos: Eduardo Abreu, Juan Pina.
 Bayaguana: Manuel Hurquerque.
 Monte Plata: Manuel Hurquerque.
 Los Llanos: Antonio Sosa, Bernabé Sandoval, José Brea,
 Juan Ramírez.
 El Seibo: Norberto Linares, Manuel Leguisamón, Juan
 Esteban Aybar, Joaquín Lluberes.
 Higüey: Remigio del Castillo, Nicolás Rijo, Juan Rijo,
 Vicente Ramírez.
 Cotuí: José Valverde, el presbítero Puigvert.
 La Vega: José Concepción Tabera, Felipe Vásquez, Gómez
 Villa, José María Frómata, Pbro. José Eugenio de Espinosa.
 Moca: José María Imbert, Francisco Salcedo, Jerónimo de
 Peña, José Contreras.
 San Francisco de Macorís: Manuel Ma. Castillo Alvarez, José
 de Peña, Ildefonso Mella, Juan Bautista Ariza, Baltazar Paulino,
 Alejo Jerez, Esteban de Aza, Pbro. Salvador de Peña, José
 Nazario Brea, Jacinto Brea.
 Santiago: Sebastián Valverde, José D. Valverde, Domingo
 Daniel Pichardo, Rafael Servando Rodríguez, Juan Luis y
 Román Franco Bidó, Jacinto Fabelo, Manuel Morillo, José
 Mella Veloz, Pedro Juan Alonso, Pablo Paz del Castillo.
 Puerto Plata: Pbro. Manuel González de Regalado y Muñoz.
 Región Noroeste: Marcelo Carrasco.
 San Cristóbal: Félix Mariano Lluberes.
 Baní y Yaguata: Luis Alvarez, Lorenzo Santamaría, Jacinto
 de Castro, José A. Billini, Modesto Díaz, Manuel de Regla Mota.
 Azua: Antonio Duvergé, Francisco Soñé, José Tomás
 Ramírez.
 Neiba: Domingo Ramírez, José Ignacio Perdomo, Pbro. José
 Santiago Díaz de Peña.
 Bánica: Juan Contreras.



En 1842, mientras progresaba entre los dominicanos la trama separatista, en Haití se formaban importantes focos revolucionarios en torno a los diputados depuestos, especialmente a Hérard Dumesle. En el viaje de retorno de éste a su hogar, entre Miragoane y Los Cayos, el destituido presidente de la Cámara Baja se vio rodeado de multitud de simpatizantes que pedían a gritos el derrocamiento de Boyer para dar paso a la reforma constitucional. En Los Cayos el mismo Dumesle fundó y presidió la Sociedad de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que lanzó un manifiesto de agravios exponiendo los defectos que era necesario corregir en la Constitución de 1816. El manifiesto incitaba a tomar las armas contra el presidente vitalicio y formar un gobierno provisional de cinco miembros con el encargo de convocar a elecciones de constituyentes que llevaran a cabo las ansiadas reformas.

Conocedor de esta situación, comisionó Duarte al Trinitario Juan Nepomuceno Ravelo para que se dirigiera a Haití y ofreciera a los jefes del movimiento subversivo la cooperación de la Parte del Este. La idea de Juan Pablo era asegurar la caída de Boyer, o al menos un estado de guerra que facilitara la empresa de expulsar a los haitianos y fundar la proyectada República Dominicana.

Ravelo regresó sin haber logrado establecer los necesarios contactos y tuvo Duarte que enviar otro emisario secreto: Ramón Mella, quien llegó a Los Cayos el 26 de enero de 1843, víspera del estallido de la revolución de la Reforma en la

hacienda de Praslin, capitaneada por el jefe de ejecución del movimiento, comandante Riviere Hérard. Mella se vio con éste y volvió a Santo Domingo con el compromiso de mover la parte española en favor de la revolución.

En Haití la lucha armada iniciada el 27 de enero culminó el 13 de marzo con la renuncia y embarco del viejo dictador Boyer y el 21 del mismo mes con la entrada de las tropas triunfantes en Puerto Príncipe, encabezadas por el jefe de ejecución Riviere Hérard. Sin embargo, en la parte dominicana seguían gobernando las autoridades del régimen depuesto. La paz no se había alterado. Sólo después del regreso de Mella y del revolucionario Benoit a la ciudad de Santo Domingo fue cuando se hizo ostensible la actividad subversiva.

Dándose cuenta de lo que ocurría, y aun conociendo el cambio operado en la parte haitiana, el gobernador del departamento Alexis Carrié se dispuso a resistir. Temía que tras la caída del régimen vendría la separación de la región hispanoparlante. Ordenó el estado de alarma y la movilización de las fuerzas bajo su mando. También despachó emisarios a otros pueblos de la jurisdicción con el encargo de alertar los jefes locales contra una supuesta trama para enarbolar la bandera colombiana, como en 1821, y restablecer la esclavitud. Pensaban los haitianos que confundiendo a las autoridades y el pueblo con esta falsa especie se desalentaría la conjura separatista.

A consecuencia de estas medidas hubo persecuciones en Baní contra el trinitario Pina y Pedro Valverde y Lara, en Puerto Plata contra Manuel Leguisamón y Silvano Pujols y en La Vega contra Juan Evangelista Jiménez. En Santo Domingo fueron allanadas las casas de Pina y de su padre, lo que dio lugar a que el trinitario Serra enterrara en una botella, en el patio de su casa, los papeles de la Trinitaria (el Instituto Duartiano ha realizado búsquedas para encontrarla). También sufrieron los efectos de la vigilancia y la censura los directores de las funciones teatrales de la Sociedad Dramática.

En aquella atmósfera caldeada combinó Duarte con los conspiradores haitianos una acción que obligara a Carrié a entregar el mando. Fijaron el 24 de marzo para un levantamiento popular reformista. Ese día Sánchez, Mella, Pina y Pérez, a caballo, se dieron cita en la plazuela del Carmen con grupos de

comprometidos, mientras los revolucionarios haitianos se reunían frente a la residencia de Desgrottes en la calle de los Plateros (hoy Arzobispo Meriño). Unos y otros formaron una sola masa mal armada dispuesta a marchar sobre la fortaleza.

Algunos dominicanos no percatados de que aquel movimiento era sólo un paso previo para luego emprender la expulsión de los haitianos se adelantaron a los acontecimientos y gritaron: “¡Viva la independencia!” Entre tanto agentes del gobernador infiltrados en la muchedumbre exclamaron maliciosamente “¡Viva Colombia!” con objeto de crear perplejidades y confusiones. Esta situación obligó a Juan Pablo a salir a la calle, en su cabalgadura, antes del momento en que él debía actuar y gritar estentóreamente: “¡Esta es la Reforma!”

Definido así por el caudillo el sentido de la poblada, Desgrottes se unió a Duarte y ambos encabezaron la marcha en dirección de la plaza de Armas y la fortaleza por la calle del Caño (hoy Isabel la Católica). Al llegar a la plaza vieron que allí estaba en formación de batalla el regimiento 32, dispuesto a cerrarles el paso. A su frente se destacaban a caballo el octogenario general Pablo Aly, comandante de armas, y el coronel Charles Coussin, jefe del regimiento. Los revoltosos se detuvieron a distancia y esperaron órdenes. El choque era inminente y el ambiente se llenó de presagios trágicos. El general Aly se adelantó y preguntó:

—Señores ¿qué intenciones traen ustedes?

—Queremos la libertad —respondió Desgrottes.

—¿La libertad? ¡Ah! ¡Ya ustedes la tienen! —exclamó Aly con arrogancia. Y diciendo esto volvió grupas desdeñosamente.

Sonó un tiro, y otro y otro. Luego descargas cerradas y algún fuego graneado. La plaza se llenó de humo y se vació de gentes. La tropa dejó de disparar. De parte de ella resultaron muertos el coronel Coussin y tres soldados. También hubo heridos, entre ellos el teniente Emilio Parmentier. De parte de los revolucionarios un solo muerto: un valiente joven venezolano llamado Toribio. En cambio muchos fueron los heridos, entre los cuales la historia recuerda a Adolphe Nouel, Pedro Ramón de Mena, José Bruno Cordero, Alejandro Taní y Juan Ramón, “un pobre muchacho que vendía por las calles mechas de azufre”, dice el historiador García.

Juan Pablo se ocultó en la casa de su tío José Díez y en la

madrugada del 25 requirió su montura y viajó a San Cristóbal. En el camino se le unieron Desgrottes y otros. Llegado al pueblo mencionado requirió al comandante Esteban Roca, español enrolado en el ejército haitiano y comprometido por Duarte en la trama independentista. Roca le prometió influir en el comandante de armas Araújo para que se uniera al movimiento y marchara sobre la capital con su batallón y contingentes de Baní y Azua.

Después de alguna resistencia el comandante Araújo accedió, lo que permitió a los jefes de la revolución formar una fuerza de ataque. El 26 le fue intimada la rendición a Carrié, quien prefirió embarcarse con su familia dejando el gobierno a cargo del Consejo de Notables. Este abrió las puertas de Santo Domingo al triunfante movimiento el día 29.

En aquella fecha entraron victoriosos por la Puerta del Conde, amalgamados circunstancialmente con los cabecillas haitianos, los patriotas Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez, Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez, preludiando así el glorioso acontecimiento que once meses más tarde protagonizaría el segundo de ellos, junto con Ramón Mella, en el mismo terreón almenado.



Los jefes de la revolución se reunieron en el palacio y recibieron la adhesión del general Pablo Aly. Convinieron en nombrarlo gobernador del departamento de Ozama en sustitución de Carrié. Etienne Desgrottes fue nombrado comandante de las armas.

Para elegir los miembros de la Junta Popular de Santo Domingo, prevista en el manifiesto revolucionario, acordaron convocar al pueblo a "una asamblea general y pública". Al efecto se llamó e inscribió a los ciudadanos que estaban en capacidad legal de ser electores. En el día señalado éstos depositaron sus votos en comicios bien organizados y resultaron electos Juan Pablo Duarte, Manuel Jimenes, Pedro Alejandrino Pina, Remigio del Castillo, Félix Mercenario, Alcius Ponthieux y Jean Baptiste Morin. Ponthieux quedó hecho cargo de la presidencia de la Junta Popular y Ramón Meila de la secretaría. A Juan Isidro Pérez se le nombró secretario del jefe del departamento.

Como consecuencia de su propia estrategia, aquí tenemos pues a Duarte y los Trinitarios en la rara posición de funcionarios haitianos, libremente elegidos por una mayoría de electores dominicanos. Ahora podía urdir con más facilidad, en unión de Sánchez y Vicente Celestino Duarte, su trama patriótica. Ahora estaban más al corriente de los sucesos de Haití y podían viajar en el territorio oriental sin suscitar sospechas. Al menos en los primeros días, sus colegas haitianos

los trataban con alguna consideración por su eficaz ayuda en el triunfo de la causa reformista.

Las ocultas diligencias para el segundo golpe: el de la independencia dominicana, estaban bastante adelantadas en el Cibao y en distrito de Azua, pero en la región seibana faltaba comprometer a los hermanos mellizos Pedro y Ramón Santana, fuertes hateros con recursos y hombres. Como supiera Juan Pablo que los Santana no tenían fe en el triunfo de un movimiento independentista y se inclinaban a apoyar una solicitud de protección a España u otra potencia para librar al país del dominio haitiano, resolvió ir él mismo al Seibo con el propósito de convencerlos de lo primero y obtener su adhesión al tramado golpe.

Manifestó a Ponthieux su deseo de visitar las poblaciones del distrito de Santo Domingo, que se extendía hasta Cabo Engaño, para instalar en ellas las nuevas juntas populares. El propio Duarte preparó y sometió a la firma de Ponthieux una orden de ruta y una carta credencial.

El 8 de abril salió de viaje con su edecán Joaquín Lluberés y se detuvo unos días en Bayaguana, en donde organizó la elección de los miembros de la junta local. Esta era su misión visible. La oculta era comprometer a las personas más influyentes de Bayaguana para la proclamación de la república.

Después pasó a San José de los Llanos a los mismos objetos aparente y verdadero.

En el Seibo se presentó el 3 de mayo, siempre acompañado de Joaquín Lluberés. Era justamente la fecha más grande de los seibanos: el día de la Santa Cruz. Encontraría fácilmente a quienes quería ver: Linares, Leguisamón y los hermanos Santana. También a los parientes de su madre. Tendría igualmente la oportunidad de orar ante aquella cruz que para él no era signo de padecimiento sino de redención, bajo cuya égida quedó constituida la Trinitaria.

En el bullicio de la fiesta, como el día del Carmen en 1838, se reunió con los amigos y Joaquín Lluberés le presentó a Ramón Santana. Contra todas las probabilidades, no pudo verse con Pedro durante su permanencia en la población.

Como en Bayaguana y Los Llanos, Duarte dirigió el procedimiento para la elección de los miembros de la Junta Popular del Seibo.

Por no confiar los hermanos Santana en una solución al problema dominicano que no fuera la protección de una gran potencia, tuvo Duarte que realizar un gran esfuerzo para convencer a Ramón Santana, y por su intermedio a su hermano gemelo, de que la liberación era posible por los propios medios y con una ayuda extranjera que dejara intacta la soberanía de la proyectada república.

Al término de sus entrevistas con Ramón, éste lo abrazó y le prometió influir en Pedro para que ambos juraran por su honor y su conciencia —según la fórmula trinitaria— cooperar con sus personas, vidas y bienes a la separación definitiva del país, respecto de Haití, y a la fundación de una república independiente.

Juan Pablo se sintió satisfecho y regresó a Santo Domingo. Hablando de esta gira por el Este dice Rosa Duarte en sus Apuntes: “Todos lo recibieron contentos; unos como delegado de la Popular de Santo Domingo y otros como al jefe y director de la revolución. La Divina Providencia, protectora de la causa de la Patria, le favoreció proporcionándole la oportuna ocasión de formar legalmente las juntas populares con miembros patriotas y de más capacidad”.

La apariencia de armonía que Duarte había dejado en la ciudad entre los reformistas haitianos y los dominicanos se había disipado como pompa de jabón. Las reuniones de la Junta Popular de Santo Domingo sólo sirvieron para poner de manifiesto el abismo que había entre uno y otro grupo. Este malestar se extendía a los sectores de la ciudad en donde se asociaban dominicanos y haitianos. El Padre Gaspar Hernández contribuyó no poco a estimular los sentimientos de rebeldía desde el púlpito de la hermita de la Misericordia.

Como en el meollo de la pugna estaba el reclamo dominicano de autonomía, unos se inclinaron a aceptar el cambio hacia un régimen liberal y los más ansiaban la independencia. Entre los haitianos hubo divisiones también pero cuando notaron la tendencia dominicana a la separación, se unieron otra vez.

Duarte recibió los dardos que en aquellos días candentes le lanzaba el frente haitiano, en que había dominicanos, pero no desmayó en la preparación de su empresa. Por su parte Sánchez, Mella, Pérez y José Diez ganaron el concurso de antiguos militares como José Joaquín Puello y Emilio Parmentier. Este

hecho coincidió con la elección de Duarte a la jefatura de la Guardia Nacional, lo que revelaba mayor penetración de la idea separatista en la fuerza armada.

Un día supo Duarte que Ramón Santana estaba en Santo Domingo e inmediatamente se valió de Joaquín Lluberes para invitarlo a su mesa. Los enemigos hicieron lo posible por evitar la entrevista, que al fin se logró días después a las dos de la madrugada en la casa de Juan Pablo. Ramón le aseguró el concurso de él y de su hermano Pedro, en hombres, armas y dinero, a la causa de la independencia. Era el eslabón que le faltaba para concertar la acción. En su calidad de jefe supremo de la conspiración nombró coroneles a ambos Santana.

Al despedirse en la mañana —testifica Rosa Duarte—, Ramón abrazó a Juan Pablo y le dijo: “El día del peligro me hallará usted a su lado, y desde hoy trabajaré con empeño en atraer partidarios a la causa de nuestra independencia”.

Haciendo honor a su palabra, los hermanos Santana formaron un contingente de seiscientos lanceros y macheteros que a la hora de la prueba jugó un papel decisivo.



En la parte haitiana de la Isla se producían las condiciones caóticas esperadas por Duarte, que vendrían a favorecer la trama libertadora dominicana. Una ruptura entre el jefe de ejecución de la revolución de la Reforma y los organizadores más ilustrados de la misma era inminente. Riviere Hérard se convertía de hecho en un nuevo dictador, que acogía a antiguos absolutistas para aumentar su poder personal.

Una de sus medidas fue enviar a Santo Domingo como delegado especial a un personaje conocido: August Brouard, profesor y hombre de armas, quien se sobrepuso a la autoridad del recién nombrado gobernador, general Pablo Aly.

El 8 de junio de 1843 un grupo de ciudadanos reclamó a la Junta Popular de Santo Domingo el prometido reconocimiento de derechos a la Parte del Este. Se resumían en la libre observancia de la religión católica, apostólica y romana, y en la conservación del idioma, usos y costumbres de sus habitantes. El asunto se debatió y fracasó debido a la intolerancia haitiana, lo que puso en evidencia la insinceridad con que fueron proclamados los principios de la revolución de la Reforma. Esta experiencia determinó una ampliación del frente separatista. Tan excitados quedaron los ánimos en la ciudad de Santo Domingo después del duelo verbal trabado entre el trinitario Pedro Alejandrino Pina y el haitiano Jean Baptiste Morin, y tan ostensible el ambiente de rebeldía, que el comisionado Brouard no tuvo disimulo en exclamar: "La separación es un hecho".

La reforma de la Constitución había sido anunciada por los cabecillas de la revolución y para el 15 de junio de 1843 fue fijada la elección popular de los colegios llamados a elegir los diputados a la Asamblea Constituyente.

Duarte comprendió que la consulta comicial podía tener importancia decisiva. Había que convertirla en la gran ocasión para poner de evidencia que la mayoría de la parte española estaba por la independencia. Al efecto promovió la postulación de candidatos apoyados por el movimiento secreto que él acaudillaba para oponerlos a los candidatos oficiales. El triunfo de su partido significaría el predominio de una voluntad separatista en el país.

El debate pre-electoral fue violento. Juan Pablo y sus seguidores dejaron de hecho sus funciones en la Junta Popular y dirigieron la facción opositora. Aparecieron unas hojas denominadas “El Grillo” y “El Alacrán” que atacaban a los duartistas y falsamente les imputaban perseguir la unión con Colombia y el respetablecimiento de la esclavitud. Los Trinitarios respondieron desde otras hojas que intitularon “El Grillo Dominicano” y “El Alacrán sin Ponzóna” llamando traidores, absolutistas, retrógrados, utilitaristas, hombres de dos caras y “amañezados” a quienes apoyaban la candidatura oficial. También ilustraban al público sobre los irrenunciables e imprescriptibles derechos de los dominicanos.

Este sañudo intercambio de injuras entre dominicanos no fue del agrado de Duarte. El quería una campaña de altura para convencer a los equivocados en lugar de recíprocos insultos desde la distancia. De aquí surgió la idea de una entrevista entre Juan Pablo y Manuel Joaquín del Monte, líder de los enemigos de la separación. El encargado de concertarla fue el duartista Pedro Valverde y Lara.

El encuentro tuvo lugar en la llamada “Casa de los dos cañones” —hoy la ocupa el Hostal Nicolás de Ovando—, en la calle de las Damas. Estuvieron presentes Pina, Valverde y otro trinitario.

El coloquio fue largo y encendido. Duarte trató de convencer a su ilustrado interlocutor de que el destino de la parte española de la Isla era, ineludiblemente, ser una nación independiente, con tanto derecho a serlo como Haití, por ser un país distinto de éste. Le aseguró que así lo deseaba la mayoría del pueblo

dominicano y así lo lograría si todas las fuerzas se unían en el común propósito. Se refirió a la importancia de la consulta electoral que se avecinaba como señal de la verdadera voluntad dominicana, que sólo era la de ganarla para facilitar su independencia, y a la necesidad de que al concurrir a ella los ciudadanos no antepusieran razones de conveniencia partidaria al legítimo derecho del pueblo dominicano de ser libre y soberano.

—“Todo pensamiento de mejora —le dijo Juan Pablo— en que el sentimiento nacional se postergue a la conveniencia de partidos debe siempre reprobarse, porque puesto en ejecución constituye delito de lesa patria”. “La política no es una especulación. Es la ciencia más pura y la más digna, después de la filosofía, de ocupar las inteligencias nobles”.

Al maduro Del Monte no lo persuadieron las razones y reclamos de unión del joven caudillo. Expuso a éste su convicción de que la Isla debía continuar políticamente indivisible, dentro de la cual la parte española podía gobernarse a sí misma defendiendo su idioma, su religión, sus costumbres y la igualdad de derechos no importa la raza. Le aseguró que cualquier intento de separación culminaría en fracaso trágico, dada la fuerza de la República, y su creencia de que sólo bajo el amparo de una gran potencia podría Santo Domingo separarse de Haití.

La entrevista terminó con sólo el acuerdo de no revelar lo tratado. Si alguna noticia le llegó a Brouard no procedió de Del Monte sino de gente que seguía los pasos de los separatistas.

El lugar escogido para la celebración de la asamblea electoral fue la plazuela contigua a la iglesia del antiguo Convento de los Dominicos, donde hoy se levanta la estatua de Duarte. Las elecciones fueron reñidas. Juan Pablo y sus lugartenientes Sánchez, Mella, Pina y Pérez dirigían a caballo la comparecencia de sus partidarios a la urna. En el bando contrario estaban Tomás Bobadilla, Manuel Joaquín del Monte y José María Caminero capitaneando a los suyos.

Cuando Duarte se dio cuenta de que las diligencias de sus poderosos enemigos ponían en peligro la libre expresión de la voluntad popular, desplegó el máximo esfuerzo para que no quedara burlado el querer de la mayoría y malparados sus ulteriores fines redentores. Francisco Sánchez y el presbítero

Pedro Carrasco se dirigieron apresuradamente a los partidos de Monte Plata, Boyá y el Ozama, que estaban a cargo del capitán Juan Fernández, iniciado en la trama independentista, y de aquellos lugares enviaron doscientos hombres guiados por Manuel Cabral Bernal, quienes con sus votos determinaron el triunfo de los candidatos duartistas.

Los electores elegidos fueron Pedro Pablo de Bonilla, Pedro Valverde y Lara, Juan Nepomuceno Ravelo, Félix Mercenario, Pablo Pichardo, Carlos Moreno, José Pichardo, Manuel Antonio Rosas y Fermín González. No sólo en Santo Domingo ganaron los duartistas. También ganaron en “los demás centros principales” del país, “donde se adueñaron de casi todas las municipalidades”. Los oficialistas no salían de su asombro ante este resultado, indicativo de que el pueblo quería su independencia.

El comisionado Brouard miraba perplejo desde su despacho la animación que reinaba en la plaza de Armas, en donde, en sus mismas barbas, se vociferaba contra Haití. “La separación es un hecho”, repetía.

Rosa Duarte describe con palabras certeras la emoción y el vaticinio de aquel momento: “La parte española, hoy República Dominicana, era un volcán; sólo esperaban una ocasión propicia para proclamar la libertad”.



A pesar del tono fatalista de la exclamación de August Brouard, no se quedó quieto el comisionado. Se reunió con Desgrottes y Aly para examinar la situación y tomar decisiones. Convinieron en enviar un expreso al jefe de ejecución, general Riviere Hérard, urgiéndolo a que apresurara su visita a la parte española de la Isla acompañado de una fuerza imponente. Pensaban que la sola presencia de esta fuerza aplacaría el fermento independentista.

También trataron de halagar a la población tomando medidas de carácter económico tendientes a estimular el comercio, abaratar artículos de primera necesidad y alentar las construcciones.

El Santo Domingo de 1843 no era ya la comunidad sufrida de 1838. Ahora era un pueblo puesto de pie, movido por su instinto de conservación y el deseo de gobernarse por sí mismo; era un pueblo activado por un candente incentivo que comenzó siendo un juramento en un corazón y luego una palabra, una prédica y un compromiso: de amigo a amigo, de grupo a grupo, que se hizo muchedumbre en irreversible proceso de redención.

A finales de junio ya sabían Duarte y los Trinitarios que el nuevo gobernante de Haití se dirigía a territorio dominicano al frente de ocho regimientos. Hérard se anunciaba —al igual que Boyer en 1822— como mensajero de paz que venía a darse un fraternal abrazo con sus compatriotas del Este. Los conjurados estaban seguros de que en realidad venía a interrumpir por la

fuerza la evolución hacia la independencia, y se pusieron en estado de alarma.

El sector conservador prefirió aprovechar la ocasión para reiterar directamente al jefe haitiano su aspiración a un mejor trato para la parte del Este. Al efecto se redactó una petición para que fuera firmada por la mayor cantidad de dominicanos.

Los autores de la petición provocaron una reunión de la morada de Duarte con la intención de convencerlo de que debía firmarla e invitar a los suyos a hacerlo. Al joven caudillo lo rodeaban Sánchez, Pina, Pérez, los Valverde “y otros dignos hijos de la Patria”, a los que se agregó una numerosa concurrencia. Juan Pablo calificó de “absurda y maligna” la iniciativa y se negó a firmar. “Apoyado por los más ilustrados —dicen los Apuntes de Rosa Duarte—, en vano les demostró (a los autores de la petición) que (los dominicanos) estaban en el derecho de independizarse sin para ello tener que obtener el consentimiento de los opresores”. La reunión se deshizo después de “un debate de algunas horas” y la diligencia fracasó, no obstante lo cual “los mal aconsejados” recogieron algunas firmas.

Mientras la alarma cundía en Santo Domingo, emisarios de Duarte partían hacia diferentes puntos del país para transmitir a los comprometidos la consigna de estar alerta en previsión de un posible levantamiento general. Parecía una locura, pero el patricio estaba decidido a precipitar los acontecimientos. La misión más arriesgada era la de Ramón Mella en la región del Cibao, la primera que visitaría Riviere después de cruzar la antigua frontera por Dajabón. Otra parte del ejército haitiano entraría por el Sur.

Al iniciarse el mes de julio y avanzando las cohortes del general Hérard en dirección de Santo Domingo, tuvo lugar en la residencia de José Diez, en la llamada “casa de los balcones dorados” —hoy parte del Museo de las Casas Reales—, una reunión de urgencia de Duarte y sus partidarios. Estaban los lugartenientes del caudillo, Sánchez, Pina, Pérez y Vicente Celestino Duarte nombrados coroneles por la sociedad secreta La Trinitaria, y los patriotas José Joaquín Puello, Jacinto de la Concha, Félix María Ruiz, Benito González, Pedro Pablo de Bonilla, Juan Esteban Aybar, Gavino Puello, Pedro Valverde y Lara, Julián Alfau y José de la Cruz García.

Juan Pablo quiso convencerlos de que era posible lanzarse a la acción no obstante la presencia del ejército haitiano en territorio dominicano:

—Riviére viene dispuesto a aniquilarnos y lo hará si no nos adelantamos. El pueblo está maduro para un levantamiento general contra el cual nada podrán los soldados haitianos. Habrá sacrificios pero la patria se salvará.

La autoridad moral de Duarte era grande y sus más allegados lo apoyaron. No repararon en el riesgo que implicaba una revolución en aquel momento, pero los que tenían conocimientos militares, como los Puello, Aybar y Alfau, callaron y se miraron moviendo significativamente la cabeza.

José Díez los observaba a todos y comprendió la necesidad de que cada uno, a su turno, expusiera su opinión, dada la gravedad del asunto planteado. Así se lo dijo a Duarte y éste asintió. Entonces Díez ofreció la palabra a Aybar.

Este dijo que él estaba allí en representación del contingente que para la empresa libertadora podía aportar la región seibana, que sería muy importante, pero que a decir verdad no se sentía competente para asumir la responsabilidad de movilizarlo en las actuales circunstancias.

Julián Alfau se mostró más preciso cuando le tocó el turno de hablar:

—Estoy de corazón con la idea separatista. Mis hijos Felipe, Antonio Abad y Julián, a quienes represento, lo están también. Ustedes lo saben. Pero creo una locura pensar en pronunciamientos estando en marcha un ejército de doce mil hombres, que no tardaría en sofocarlos. Por esta razón les declaro con toda franqueza que no consentiré en que mis hijos tomen parte en tan temeraria tentativa.

A su turno José Joaquín Puello, en su nombre y en el de su hermano Gavino, abundó en consideraciones de carácter militar para concluir adhiriéndose a la opinión de Alfau y agregando que por mucho que hiciera Riviére para destruir el partido separatista, como que las ideas y los sentimientos no mueren, podría reconstituirse en el futuro el movimiento de liberación, con mejores perspectivas de triunfo.

Faltando la necesaria unanimidad de pareceres, Duarte tuvo que ceder en su valiente empeño y todos convinieron en

reconocer la grave dificultad que se oponía a iniciar una lucha patriótica en aquellos momentos.

A sugerencia de Alfau, y antes de disolverse la reunión, los presentes juraron por su honor guardar la más absoluta reserva respecto de la reunión y de lo tratado en ella. Así lo hicieron, pero alguien ajeno a la secreta asamblea se percató de lo ocurrido y lo comunicó mediante escrito anónimo al cabecilla reformista Pedro Ramón de Mena, quien convalecía de herida recibida la tarde trágica del 24 de marzo.

En la hoja, calzada con el pseudónimo “La Chicharra”, estaban los nombres de todos los concurrentes y se conjeturaba la finalidad de la reunión.

Tanta gente vio la hoja y la hizo objeto de comentarios, que la especie llegó a oídos de August Brouard. Dispuesta por éste una rápida investigación, pudo pronto tener en sus manos el malhadado anónimo y, apreciando la gravedad del hecho denunciado, se lo envió a Santiago al general Riviére con un expreso bien escogido, Joseph Tatin, sub—delegado de Hacienda en San José de los Llanos, a la sazón en Santo Domingo.



A pesar del fracaso de su pequeña asamblea, Duarte, Sánchez y Vicente Celestino no permanecieron en la inactividad de quien se rinde ante la fatalidad. Calcularon que siendo el procurrente seibano una región por donde no pasarían las huestes de Riviére, y en que no había guarniciones propiamente haitianas, además de ser tierra de hombres tradicionalmente aguerridos, era el sitio estratégicamente más adecuado para continuar los preparativos de la revolución independentista.

Al Seibo se fueron en consecuencia los dos últimos mientras Juan Pablo, con Pina y Pérez, enfrentaban los hechos en la ciudad de Santo Domingo.

Faltándoles dinero para sus diligencias revolucionarias, Juan José Duarte, padre del jefe del movimiento e identificado con su ideal, donó a éste el 6 de julio una casa, en la calle Las Mercedes, como un medio de ampliar los recursos de los patriotas.

La denuncia remitida por Brouard a Riviére —de que se habla en el episodio anterior— produjo su efecto inmediato. En Santiago fueron apresados Rafael Servando Morel, Jacinto Fabelo, Manuel Morillo, José Mella Veloz y Pedro Juan Alonso, sospechosos de separatismo, pudiendo escapar el militar español Pablo Paz del Castillo. En Moca ordenó Hérard la prisión de Francisco Antonio Salcedo y lanzó una proclama contra “el criminal pensamiento de destruir la unidad de la nación”. En La Vega destituyó al comandante Manuel Machado. En San Francisco de Macorís hizo presos al padre Salvador de Peña,

Manuel Castillo Álvarez, José de Peña, Idelfonso Mella, Juan Bautista Ariza, Baltazar Paulino, Alejo Jerez y Esteban de Aza, reponiendo al destituido comandante Charlot. En el Cotuí dio con Ramón Mella y lo encarceló junto con el padre Puigvert, a quienes envió a Puerto Príncipe junto con los demás prisioneros.

Desde la villa mencionada el jefe haitiano emprendió viaje a Santo Domingo, donde las autoridades urgían su presencia. El 11 de julio acampó en el cercano paraje de La Isabela y al siguiente día hizo su entrada en la ciudad, seguido por unos ocho mil hombres. Inmediatamente se iniciaron las persecuciones contra los denunciados enemigos de la unidad política de la isla.

Duarte se escondió en la casa de José Ginebra, en la calle de La Atarazana, y luego pasó a la morada de María Baltasara de los Reyes, madre del comunicado Juan Alejandro Acosta, cerca del fuerte de Santa Bárbara, en un lugar llamado el Cachón.

Eran las siete de la noche del 13 de julio cuando se presentó Francisco Sánchez en la casa de la familia Duarte—Diez, que encontró rodeada de soldados haitianos. Había llegado precipitadamente de Los Llanos, al enterarse de lo que ocurría en la ciudad. Tenía la ropa empapada porque no queriendo cruzar el Ozama por la barca había ganado a nado la otra orilla montando en su cabalgadura.

Preguntó por Juan Pablo y al notar la vacilación en la respuesta del padre de su caudillo, le dijo:

—Don Juan, quiero saber dónde está Juan Pablo porque nos liga un juramento sagrado. Si usted desconfía de mí, le probaré que no soy de los traidores lanzándome con este puñal sobre esas tropas que cercan su casa.

—Cómo puedo desconfiar de ti, Francisco, —le repuso Juan José—. Es que la tribulación me tiene anonadado viendo la persecución que se ejerce contra mi hijo y no dando con un lugar seguro para ocultarlo. El quiere reunirse contigo. Dimé en qué parte lo esperas.

—En la plaza del Carmen, frente a mi casa.

—Esta misma noche, a las diez, lo verás allí.

Francisco se sentó en una butaca y maquinalmente se puso a exprimir la falda de su levita. Notando el padre de Duarte que Sánchez estaba todo mojado, le preguntó la causa, a lo que Francisco respondió contándole lo ocurrido en el río, agregando:

—Desde que supe que llegaba Riviére monté a caballo y pensando los peligros que corría Juan Pablo no me he detenido ni para comer.

No sin antes ingerir algún alimento y un poco de vino, siguió Sánchez el camino a su casa atacado por un acceso de tos.

Juan José envió a Joaquín Llubes al escondite de Juan Pablo para comunicarle su acuerdo con Sánchez. Llubes volvió diciendo que unos cincuenta hombres protegían a Duarte en el vecindario de María Baltasara y que ésta se oponía a que saliera de su casa.

A la residencia de los Duarte—Diez llegó también el joven Pedro Ricart, enviado por los Ginebra para decir a Juan José que habiendo sabido los haitianos el paradero de su hijo se formaba en la plaza de Armas la tropa que iba a buscarlo, por lo cual le recomendaban cambiarlo de escondite.

Juan José se encaminó entonces a la casa de María Baltasara, acompañado de su nieto Vicente, hijo de Vicente Celestino. La humilde vivienda en que se escondía el perseguido estaba rodeada efectivamente por unos “cincuenta hombres ocultos dispuestos a morir peleando si lo iban a buscar”.

Una vez identificados, en la oscuridad de la noche, por quienes protegían a Juan Pablo, fueron hechos pasar a su presencia Juan José y Vicente. Setenta y cinco años tenía el padre de Duarte y era visible el desgaste de su organismo, así como el sufrimiento de aquellos días pintado en su rostro. El hijo le abrazó conmovido en tanto el anciano, jadeante todavía por el esfuerzo de la subida, le decía:

—Francisco Sánchez te espera a las diez en la plaza del Carmen, y con él tus amigos, aquellos con quienes te liga un juramento. Ya falta poco. No dejes de ir. Tu padre te manda salgas de un lugar en que sólo puedes encontrar la muerte cierta, que quitaría la vida a tu afligida madre.

El respeto reverente a sus progenitores y la mención del juramento movieron inmediatamente a Duarte a decidir su traslado. Convenció a sus leales protectores de que yéndose él se evitaba una catástrofe y a cada uno dio un abrazo con palabras de agradecimiento. Luego se despidió de María Baltasara asegurándole perpetua gratitud. Recogió sus pocas pertenencias y protegido por la oscuridad se dirigió sigilosamente al lugar de la cita bordeando la muralla en dirección del Oeste, en

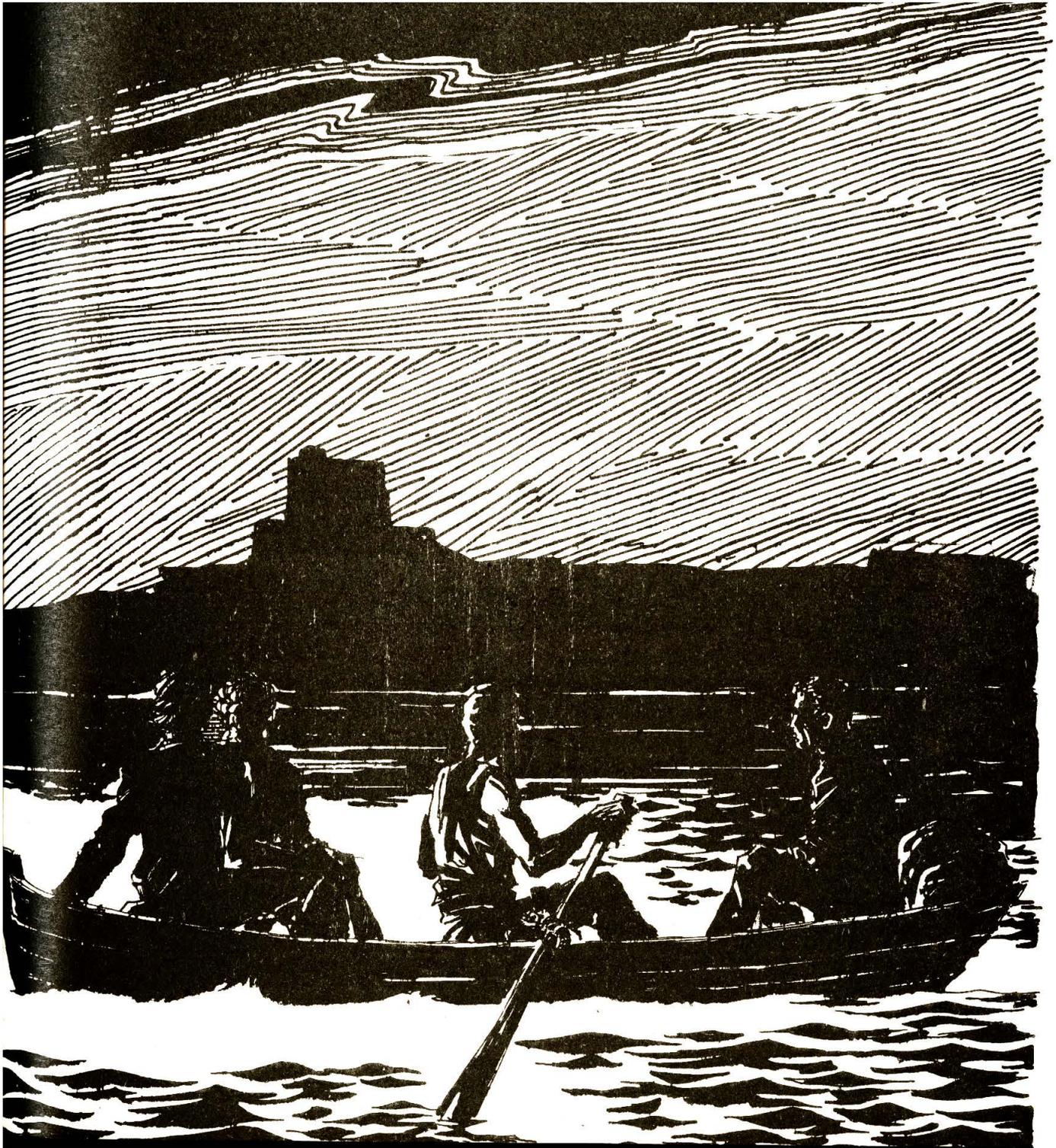
compañía del padre y el sobrino. Caminaban del lado de la ciudad, por la franja de terreno que en aquella época era todavía dominio público entre las piedras centenarias y las casas. Pasaron junto a los fuertes de Santa Bárbara, San Antón, San Francisco y San Miguel. Al llegar al de San Lázaro torcieron a la izquierda hasta la plazuela inmediata, frente a la iglesia dedicada al mismo bienaventurado. Juan José se detuvo y con voz ahogada dijo:

—Hasta aquí te acompaño, hijo. Dios te bendiga.

Se abrazaron en silencio reprimiendo la emoción que amenazaba con dominarlos. No era hora de desahogos sentimentales. Mientras así unían sus corazones, ignoraban que nunca más volverían a verse. Después dijo adiós al pequeño Vicente.

Notando Juan Pablo que el adolescente le seguía, se detuvo en actitud interrogante. El padre se acercó y le explicó:

—Mando que te acompañe para a su vuelta saber quedas en seguridad al lado de tus amigos.



Al llegar Juan Pablo a la plazuela del Carmen divisó en la obscuridad tres siluetas humanas que le eran familiares.

—Soy Arístides; Dios, Patria y Libertad— dijo quedamente.

—República Dominicana— respondieron Sánchez, Pina y Pérez.

Los cuatro se confundieron en un abrazo.

Faltando sólo Ramón Mella y Vicente Celestino, allí estaban una vez más los Trinitarios; los Trinitarios por excelencia; los que habían hecho de su juramento sustancia de su espíritu; los hermanos en el fervor, la intrepidez, la perseverancia y la inteligencia; los amigos entrañables dispuestos de corazón a luchar por la patria independiente o morir en la demanda; los más amenazados y perseguidos por el dominador. Se encontraban a un paso del lugar en que cinco años antes habían empeñado su palabra, la palabra sagrada por la cual comenzaban a padecer.

Intercambiaron informaciones. Mella y los comprometidos del Cibao presos. Vicente en Los Llanos preparando el movimiento. Riviére tomando medidas para desbaratar la conspiración. Las cabezas de ellos cuatro puestas a precio.

Pasaron a la morada de Sánchez, frente a la plazuela. Resolvieron ocultarse por separado y juntarse la noche siguiente. A Duarte lo hospedó Luciano de Peña, padre de la novia de Sánchez; a Pina Dolores Cuello y a Juan Isidro José Arias. Sánchez permaneció en su casa con fiebre alta y persistente tos, consecuencia del chapuzón en el río.

La noche del 14 se vieron en la casa del enfermo y estudiaron las noticias traídas por sus agentes secretos. Se les buscaba empeñosamente y estaban en la cárcel Juan Nepomuceno Ravelo, Pedro Pablo de Bonilla, Félix Mercenario, Narciso Sánchez (padre de Francisco), Luis Betances, José María Leyba Ramírez, Manuel Leguisamón, Silvano Pujols, Manuel José Machado, Pedro Valverde y Lara, Gabriel José de Luna, Juan Ruíz, Ignacio de Paula y Alejandro Disú Batigní, sindicados de separatistas. Al separarse mudaron de asilo y no pudieron reunirse la noche del 15 debido a la intensidad de la vigilancia. Sánchez empeoró y fue trasladado a la casa de su tía María Trinidad, la futura heroína de la Puerta del Conde.

Estando refugiados los otros tres en la residencia de Manuel Hernández supieron que esbirros de Riviére esperaban su salida para prenderlos. El aviso les llegó de Dolores Sterling, esposa de un oficial haitiano que vivía en frente. Cuando al fin pudieron salir, Pina se fue a su casa y Duarte y Pérez a la morada de Jaime Yépez. Duarte se separó después de Juan Isidro y se escondió casi frente a su propia casa, en la morada de Eusebio Puello, en donde estuvo varios días. Desde ahí pudo ver a los suyos sin que éstos supieran de él.

Un día se dio cuenta de que militares haitianos allanaban su casa paterna. Alarmado se asomó irreflexivamente a una ventana y fue visto por alguien que lo denunció al teniente que dirigía la operación. Afortunadamente el oficial no dio crédito al denunciante. Luego saltó de patio en patio hasta parar en la vivienda de Teodoro Ariza, donde estuvo atento al allanamiento que sucesivamente se practicó en el almacén de su padre, en presencia de éste.

A continuación pasó Duarte a la residencia de Juan Alejandro Acosta, que ya hospedaba a Pina. Ambos se enteraron de que la salud de Sánchez empeoraba. El 29 de julio se trasladaron al bohío del puertorriqueño José Botello, en donde consideraron la posibilidad de embarcarse clandestinamente y al respecto enviaron mensajes a Francisco y a Juan Isidro. El adepto Esteban Roca quedó hecho cargo de conseguir un barco, diligencia en que colaboraron Felipe Alfau, José Mateo Perdomo y el comandante del puerto, Juan Evertsz. Mientras tanto el padre de Juan Pablo vendía apresuradamente una casa que poseía en el llamado "solar del Almirante" (muy cerca de la

casa de Diego Colón) para subvenir a las necesidades de los fugitivos.

El 30 de julio estaba bien planeada la salida. Los perseguidos debían pasar a la margen oriental del Ozama y esperar el día 2 de agosto para embarcarse en una balandra inglesa que los esperaba en el ante-puerto. En la noche pasaron Duarte y Pina al otro lado del río ayudados por Juan Alejandro Acosta, Tomás de la Concha, Epifanio Billini, Valentín Calero, José Mateo Perdomo, Felipe Alfau y Juan Luis Duquela, quien condujo el bote. Sánchez “no pudo ni quiso irse” y Pérez quedó en reunírseles más tarde.

En Pajarito (hoy Villa Duarte) quedaron alojados en la casa del español Pedro Cotes. Desde este nuevo escondite, antesala de su forzoso exilio, podían ver Duarte y Pina la torre del Homenaje y sobre ella, dominando el espacio, la bandera bicolor de Haití. Esta visión torturó a los patriotas en los tres días de espera. Siempre la habían visto como una afrenta; ahora era un símbolo que hacía burla de ellos y pregonaba su fracaso. También un acicate a su decisión de continuar la lucha.

—¿Cuándo querrá Dios que veamos en esa torre la cruz blanca de la redención y de la unión de las razas? ¿Cuándo querrá que tengamos el nombre y el derecho soberano que nos pertenece? ¿Cuándo nos permitirá cumplir nuestro juramento? se preguntaban Duarte y Pina batallando contra los asaltos de la desesperación y la tristeza.

—Este exilio nos facilitará ir a Venezuela, que disfruta de su independencia, y pedir a los compatriotas de Bolívar que nos ayuden a conquistar la nuestra. Espero que sus contiendas internas no sean un obstáculo. Cuando llegue a Caracas me valdré de las vinculaciones que contraí en el 41 para iniciar mis diligencias— pensaba Juan Pablo.

La suerte de Sánchez era una preocupación que no se apartaba de su mente. Muy poca esperanza tenían en que pudiera reunírseles en compañía de Pérez.

Forjando planes y tejiendo ilusiones emplearon las horas en la casa del buen amigo peninsular hasta después del tramonto del 2 de agosto de 1843.

“A las ocho de la noche —dice Duarte en nota transcrita por su hermana Rosa—, abrumados por el pesar de dejar en la otra orilla, rodeados de peligros, a nuestros compañeros Juan Isidro

Pérez y Francisco Sánchez, luchando con una grave enfermedad”, se dirigieron al bote que los iba a conducir fuera del puerto para abordar la nave que los llevaría a la isla de Saint Thomas. Hasta el embarcadero los acompañaron Acosta y Duquela. Este último, diestro y fornido marinero, los conduciría al costado de la balandra.

En ese momento se produjo un hecho que disipó momentáneamente la tristeza de los fugitivos. En el bote los aguardaba Juan Isidro, acompañado por Francisco Martínez de León. A los abrazos sucedieron las preguntas por Sánchez. La respuesta no fue nada alentadora. Francisco seguía mal. Los tres cubrieron su dolor con un silencio que sólo interrumpía el rumor de los remos en el agua, manejados por Duquela. Navegaban por el centro del río hacia la desembocadura. Un aire quieto y cálido rozaba sus rostros. Pudieron identificar, entre otros veleros, atracada al muelle todavía, la balandra que los pondría a salvo en tierra extraña. Aisladas luces mortecinas del lado de la ciudad interrumpían tímidamente la lobreguez reinante, en tanto la mirada de Duarte, dirigida hacia lo alto, se clavaba en la única estrella visible en el cielo nublado.



—Bienvenidos a bordo, caballeros, soy el capitán Finlay.

Así les dijo a Duarte, Pina y Pérez el marino inglés que los recibía en su pequeña nave para que escaparan de la persecución haitiana la noche del 2 de agosto de 1843.

Al fin estaban los fugitivos fuera del alcance del general Rivière pero el momento no era para sentir alivio. Su trabajo de años culminaba en una huida, en un destierro, mientras su compañero Sánchez se moría; Mella, los hermanos Santana y otros patriotas padecían prisión, y ellos dejaban en situación desventurada a sus padres, hermanos, novias y amigos.

¿Podrían ellos continuar la lucha desde el extranjero? Tan pronto como llegaran a puerto seguro tenían que establecer comunicación con los comprometidos quedados en tierra dominicana y combinar con ellos el retorno con armas en un punto conveniente de la costa, para la empresa revolucionaria. Ese punto debía elegirse en la región oriental, en que mejor se desenvolvían Sánchez y Vicente Celestino.

Era evidente la complacencia del capitán Finlay por tener en su barco a aquellos patriotas que no aceptaban el dominio haitiano en su país. En tanto pasaban las horas de aquella noche, en espera de que el viento de tierra moviera la balandra, los Trinitarios permanecían en cubierta compartiendo sus insomnios, poblados de tristezas, proyectos y esperanzas. Tenían a Santo Domingo en frente, invisible y callada. Sólo la luz cambiante del faro denunciaba su cercanía y parecía decirles que todas las navegaciones conducen a una salvación.

Vino la mañana del 3 de agosto y todavía no se levantaba una brisa favorable, manteniéndose ante su vista “durante el día —dice el propio Duarte en sus notas autobiográficas— la ciudad objeto de nuestra temura”.

Desde el momento en que zarparon, a media mañana, siete días estuvieron navegando antes de llegar a la pequeña isla de Vieques, adyacente a Puerto Rico. Después siguieron a la isla danesa de Saint—Thomas, en donde desembarcaron el día 11.

Allí no podían quedarse. Su meta era Venezuela; la hermana Venezuela les proporcionaría la ayuda que necesitaban. El 18 fueron admitidos como pasajeros en la goleta venezolana “La Nueva Felicidad”, capitaneada por Nicolás E. Damers, y el 23 desembarcaban en La Guaira, desde donde se trasladaron a Caracas. En la capital venezolana fueron huéspedes de José Prudencia Diez, tío materno de Duarte.

En seguida orientaron sus diligencias para conectarse con los patriotas que dejaron en Santo Domingo; para pedir la solidaridad del presidente, general Carlos Soublette, de Venezuela, así como de compatriotas y amigos, y para continuar su propio adiestramiento militar. Con José Patín y Mariano Diez reanudaron sus ejercicios de esgrima.

Pasaba el tiempo y no lograban correo desde Santo Domingo en respuesta al suyo. Los desesperaba esta falta de noticias. Ignoraban la expulsión de los sacerdotes Gaspar Hernández y Fray Pedro Pamiés; el nombramiento de Felipe Alfau para sustituir a Duarte en la comandancia de la Guardia Nacional; la drástica sustitución de empleados públicos ordenada por Rivière, y las medidas militares tomadas por éste en la región seybana. Lo que más anhelaban ellos era una noticia sobre Sánchez.

Duarte contrajo amistad con dos caraqueños de prestancia: el licenciado Manuel López Umeres y el doctor Montolío, ambos profesores universitarios de derecho. Con ellos discurría sobre los principios del derecho público y sobre la esencia de las leyes.

Ambos juristas se empeñaron en que Juan Pablo completara estudios para que mediante examen en la Universidad de Caracas obtuviera el doctorado en derecho.

—“Laudable consejo —dice en sus notas—, que me evidenciaba el grande afecto, la estimación que les merecía; consejo y ofrecimiento que si bien agradecí, no me fue posible aceptar,

pues que mi pensamiento, mi alma, yo todo, no me pertenecía; mi carísima patria absorbía mi mente, llenaba mi corazón y sólo viviría para ella”.

Llegó un momento en que se impuso celebrar una asamblea con compatriotas y amigos venezolanos para tomar acuerdos. Tuvo efecto en la residencia de José Prudencio Diez. En ella, una dama dominicana bien vinculada en Caracas, doña María Ruiz, ofreció a Duarte ponerlo en contacto directo con el presidente Soubllette. También se organizaron colectas entre particulares y se convino en que Pina y Pérez debían pasar a Curazao para asegurar la correspondencia con Santo Domingo.

En ejecución de este último acuerdo, el 24 de noviembre “salieron para la Guaira —anotó Duarte— los señores Pina y Pérez; más allá del Calvario nos despedimos, y volví a Caracas acompañado de mi tío Prudencio y don José Patín”. En La Guaira embarcaron los dos Trinitarios en el bergantín español “Elvira”. A bordo encontraron al compatriota nacido en Canarias Pablo Paz del Castillo, quien sin ellos saberlo gestionaba secretamente un movimiento para que España recuperara Santo Domingo.

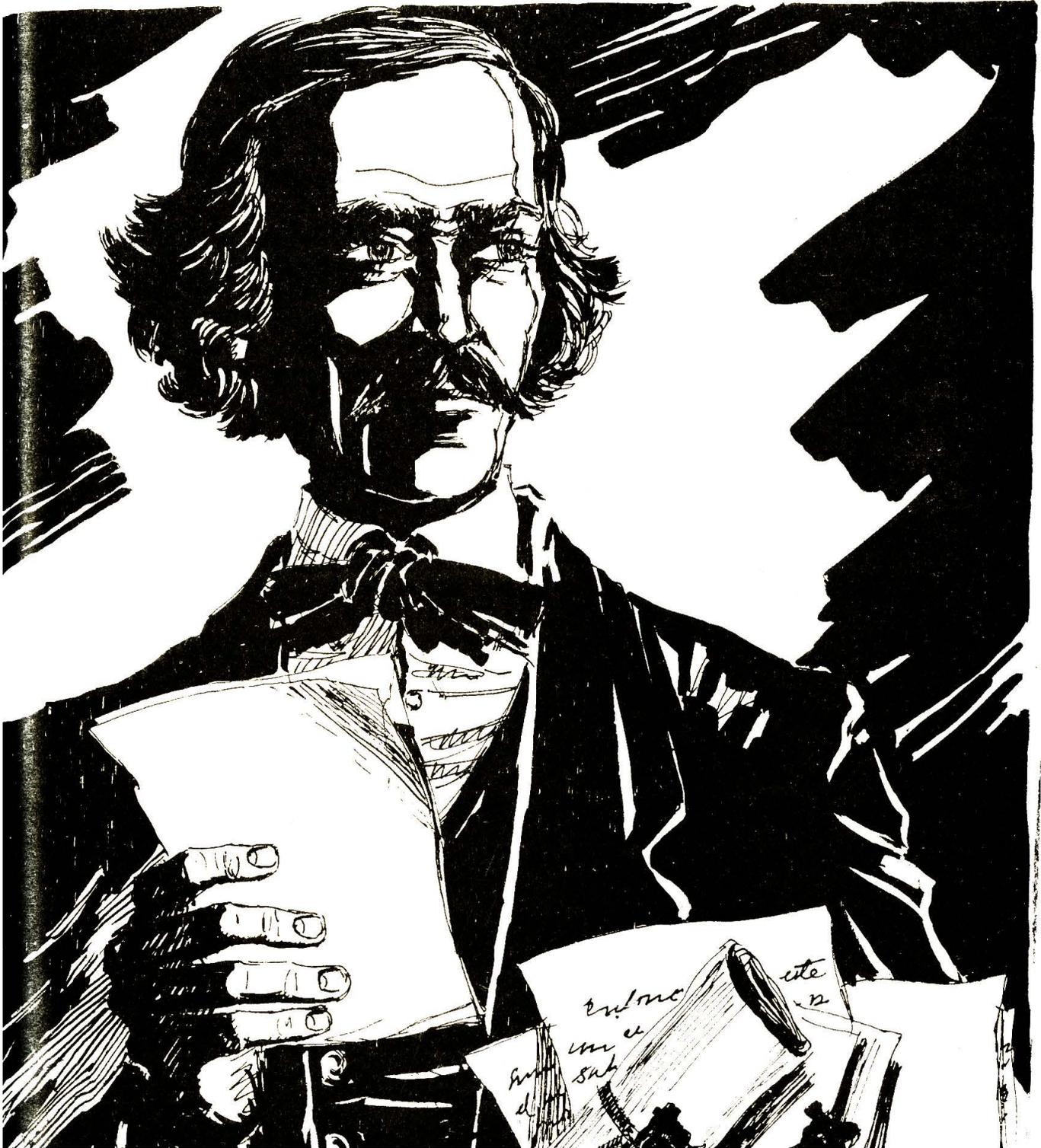
Por diligencias de doña María Ruiz, Duarte fue recibido por el jefe del Estado venezolano en la Casa Amarilla. El héroe presidente lo trató con afabilidad y Juan Pablo le hizo una descripción de la situación increíble en que se hallaban los dominicanos, solicitándole su apoyo moral y material a la causa de su liberación.

No sabemos si las palabras de Duarte le llegaron hondo a Soubllette y por posteriores consideraciones de orden político tuvo éste que frenar sus íntimos sentimientos y deseos, o si no logró el patricio conmover el espíritu del curtido militar y gobernante, que ya había sido presidente y ministro de la guerra. El estadista se mostró gentil con su visitante y, hombre avezado a las lides humanas, hizo uso de palabras elocuentes para ofrecer al patriota la más decidida ayuda del gobierno venezolano al movimiento de independencia dominicano.

La ayuda ofrecida no se hizo efectiva nunca. Andando el tiempo, después de reiteraciones y esperas, tuvo Duarte la impresión de que el ofrecimiento de Soubllette, que en un primer momento lo llenó de ilusiones, no pasó de ser una manera agradable de complimentarlo. Dice el propio Duarte:

“Elogió de la manera más digna mi noble propósito y me ofreció su cooperación en todo lo que estuviera a su alcance, ofrecimiento que no pasó de palabras”.

Y agrega: “Mi intención no es inculpar al esclarecido patriota; culpo tan sólo al destino; los insuperables obstáculos que en mi patria se oponían a mis pasos me siguieron en el destierro, haciendo todos mis esfuerzos infructuosos”.



Apenas llegados a Curazao, Pina y Pérez tuvieron la fortuna de dar con el amigo venezolano Buenaventura Freites, quien llevaba cartas de Santo Domingo para Duarte. Ya habían sabido algo de sus respectivas familias por las hermanas Lavastida, que se dirigían a La Habana, pero anhelaban noticias sobre la situación política de su país.

No vacilaron en abrir las misivas dirigidas a su maestro y jefe. Una estaba suscrita por Sánchez y Vicente Celestino y otras dos por los hermanos Jacinto y Tomás de la Concha respectivamente. Se enteraron de su contenido y abrumaron a Freites con sus preguntas.

Así supieron que la propalada noticia de la muerte de Sánchez había sido una estratagema para facilitar la prosecución de la trama independentista; que este patriota, secundado por Vicente Celestino, Manuel Jimenes y José Joaquín Puello, dirigía certeramente el movimiento clandestino; que un venezolano amigo de Duarte, Blas Bruzual, había sido expulsado de Santo Domingo como extranjero indeseable; que el resultado de las elecciones del 15 de junio había sido arbitrariamente anulado por Riviére, para que los diputados a la Asamblea Constituyente por la Parte del Este fueran gente que él consideraba adicta a Haití, contándose entre ellos a Buenaventura Báez, Manuel María Valencia, Pablo López Villanueva, Remigio del Castillo, el Pbro. José Santiago Díaz de Peña, Manuel Ramón Castellanos, Miguel Antonio Rojas, Federico Peralta, Juan Nepomuceno Tejera, Francisco Javier Abreu,

Alcius Ponthieux y Dominique Benoit; que una nueva división territorial había sido dispuesta por decreto del 11 de julio de 1843 con el vano propósito de estimular la fusión entre las comunidades haitiana y dominicana; que al regresar a Puerto Príncipe el 7 de agosto, Riviére se había llevado los regimientos 31 y 32, compuestos por dominicanos, y había dejado en Santo Domingo los regimientos 12 y 20, integrados por haitianos; que elementos del sector negro de Haití se habían levantado contra Riviére, quien era del sector mulato, y éste los había vencido; que una rebelión militar dirigida por el coronel Dalzon había sido dominada gracias a la actitud pasiva de los regimientos 31 y 32; que por agradecimiento y en un gesto destinado a ser grato a los dominicanos, Riviére había dispuesto el retorno de dichos regimientos a Santo Domingo y la libertad de Mella y demás patriotas; que en septiembre una proclama redactada por Sánchez y difundida en el país había producido efectos morales muy favorables a la causa de la independencia.

Buenaventura Freites siguió viaje a Caracas el 27 de noviembre y el 30 puso en manos de Duarte la correspondencia procedente de Santo Domingo y cartas de Pina y Pérez.

La de Sánchez y Vicente Celestino era del 15 de noviembre y decía:

“Juan Pablo:

Con el señor José Ramón Chaves Hernández te escribimos con fecha 8 de noviembre imponiéndote del estado político de esta ciudad y de las necesidades que tenemos de que nos (consigas) auxilios para el triunfo de nuestra causa. Ahora aprovechamos la ocasión del señor Buenaventura Freites para repetirte lo que en las otras te decíamos, por si no hubieran llegado a tus manos.

Después de tu salida todas las circunstancias han sido favorables, de modo que sólo nos ha faltado la entera combinación para haber dado el golpe. A esta fecha los negocios están en el mismo estado, por lo que te pedimos, así sea a costa de una estrella del cielo, los efectos siguientes:

2,000, 1,000 o 500 fusiles a lo menos.

4,000 cartuchos, 250 libras de pólvora, 3 quintales de plomo.

500 lanzas o las que pudieras conseguir.

Los utensilios de guerra que pudieras.

Sobre el dinero, tú sabes más que ninguno lo que puede necesitarse; en conclusión, lo esencial es un auxilio por pequeño que sea, pues éste es el dictamen de la mayor parte de los encabezados.

Esto conseguido, deberás dirigirte al puerto de Guayacanes, siempre con la precaución de estar un poco retirado de tierra, como una o dos millas, hasta que se te avise o haga seña, para cuyo efecto pondrás un gallardete blanco si fuere de día y un farol arriba del palo mayor si fuere de noche.

Determinado todo esto, procurarás, si te fuere posible, comunicarlo a Santo Domingo para irte a esperar a la costa el 9 de diciembre o antes, porque es necesario temer a la audacia de un tercer partido o de un enemigo nuestro, estando el pueblo tan inflamado.

Ramón de Mella se prepara a ir para allá aunque nos dice que va para Saint Thomas y no conviene que te fíes de él, pues él es el único que en algo nos ha perjudicado nuevamente por su ciega ambición e imprudencia.

Aquí se ha ordenado el ejercicio de la Guardia Nacional, y una tarde, por haber salido de la línea un soldado, el señor coronel Alfau le dio de fuetazos, pero se escapó de un bayonetazo milagrosamente y ha tenido el triste desengaño de verse acometido de casi todo el primer batallón y no ver más que a su hermano Abad en su defensa.

A Juan Isidro Pérez y Pedro Pina que reciban todas las expresiones de cariño que podríamos hacerles si los viéramos y que no les escribimos por separado por falta de tiempo.

Juan Pablo, volvemos a repetirte la mayor actividad, a ver si hacemos que el mes de diciembre sea memorable para siempre.

Dios, Patria y Libertad.

Francisco Sánchez -- Vicente Celestino Duarte".

Las cartas de Jacinto y Tomás de la Concha contenían

encendidas palabras de afecto a Duarte y discretas referencias al progreso de los trabajos conspirativos bajo la dirección de Sánchez, además de otros puntos concernientes a la situación en Santo Domingo.

La carta de Pina expresaba optimismo: “. . . verá Ud. lo que ha progresado el partido duartista, que recibe vida y movimiento de aquel patriota excelente, del moderado, fiel y valeroso Sánchez, a quien creíamos en la tumba. . . El partido reinante le espera a Ud. como general en jefe, para dar principio a ese grande y glorioso movimiento revolucionario que ha de dar la felicidad al pueblo dominicano. . .”. Al referirse a la enfermedad del padre de Juan Pablo le dice: “Si este pobre anciano no puede recobrar la salud, démosle al menos el gusto de que vea, antes de cerrar los ojos, que hemos coadyuvado de todos modos a darle salud a la patria”.

La carta de Juan Isidro estaba dirigida a José Patín y Prudencio Diez. Les urgía a ellos, a Duarte y a Mariano vender sus prendas para reunir dinero. “¡Así lo exige el honor!” “¿Para cuándo se reservan los sacrificios?” les preguntaba. También se refiere a la enfermedad de Juan José Duarte y a Rosa. Y más adelante les dice: “. . . he resuelto quedarme aquí aguardando a Juan Pablo, en la inteligencia de que si no vuela no me encuentra aquí”.

Una mezcla de sentimientos produjo en Duarte la lectura de estas cartas. Por un lado la alegría de las buenas noticias y excelente disposición de sus amigos. Por el otro el dolor de pensar que no vería más a su padre.



Desde el día en que recibió cartas de Santo Domingo y Curazao redobló Duarte sus diligencias en Caracas. Hondamente identificado con lo expresado por Pérez, sabía que la hora era de sacrificio. Envió nuevos mensajes a Soubllette, realizó nuevas visitas, reuniones y colectas, él y sus amigos vendieron objetos preciosos. Pasaron los días y veía que lo reunido era poco en relación con las exigencias de una expedición libertadora. La ayuda grande y decisiva sería la que esperaba del presidente de Venezuela, pero no le llegaba. Cuando se convenció de que nada iba a conseguir, preparó su traslado a Curazao.

El 15 de diciembre viajó al puerto de La Guaira a esperar un barco que lo condujera a la isla holandesa. “Sale de Caracas sin esperanza, con la muerte en el corazón y sostenido sólo por su inquebrantable fe en la Providencia”, pone Rosa Duarte en sus Apuntes. Se fue resuelto a enviar un expreso a su padre, si aún vivía, pidiéndole poner sus haberes todos a disposición de los conjurados. Una vez libertada la Patria, habría lugar de rehacer el patrimonio a fuerza de trabajo.

En La Guaira se embarca el 20 y el mismo día está en Curazao. Está febril, pero su resolución es firme. Se abraza con Pina y Pérez y en el mismo muelle recibe la temida noticia: su padre ha muerto. El fallecimiento había ocurrido el 25 de noviembre.

La noticia lo aturde pero pronto se repone. Al hijo adolorido se sobrepone el patriota e inicia sus diligencias para fletar una nave que lo lleve a la playa de Guayacanes con el material

reunido, conforme lo recomendado por Sánchez y Vicente Celestino. La causa necesita los bienes de la familia. Ahora tendrá que pedírselos a su madre viuda y hermanos. Saca balance y comprueba que no tiene suficiente dinero. Entonces piensa en trasladarse a Saint Thomas. Altas temperaturas y convulsiones lo vencen en la noche. Juan Isidro y Pedro Alejandrino le llevan un médico.

—Fiebre cerebral —diagnostica el facultativo, e indica una gran dosis de quinina.

Juan Pablo temblaba bajo las frazadas. En su delirio repetía: En Guayacanes, en Guayacanes en diciembre.

Postrado en el lecho vio transcurrir las Navidades y Año Nuevo. En la misma forma cumplió sus treinta y un años el 26 de enero. Al iniciarse febrero las fiebres le disminuyeron. También el dinero. El día 4 estuvo más fuerte y se dispuso a escribir. Estaba ayuno de noticias. No conocía el plan de Buenaventura Báez y el cónsul francés Levasseur para librar al país de los haitianos e implantar un régimen de protectorado a cargo de Francia, con cesión de Samaná; ni estaba enterado del regreso a Santo Domingo de los regimientos 31 y 32 a solicitud de Báez. Tampoco sabía que el 16 de enero los Trinitarios se habían unido con la facción opuesta para lanzar un documento declarando el propósito del pueblo dominicano de separarse de Haití y constituir un Estado libre y soberano.

Duarte estaba seguro de que su familia en duelo aportaría lo necesario para la empresa libertadora y le escribió. Tenía por delante la carta en que los suyos lo llamaban. Las partes de la carta de Juan Pablo en que había expansiones sentimentales se ignoran. De ella se ha salvado únicamente la parte que interesa al acervo moral de la República; la que es perpetua lección de patriotismo puro. La salvó Rosa Duarte. Hela aquí:

“El único medio que encuentro para reunirme con Uds. es independizar la Patria; para conseguirlo se necesitan recursos, recursos supremos, y cuyos recursos son, que Uds. de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente ofrendemos en aras de la Patria lo que a costa del amor y trabajo de nuestro padre hemos heredado. Independizada la Patria puedo hacerme cargo del almacén, y a más, heredero del ilimitado crédito de nuestro padre, y de sus conocimientos en el ramo de marina, nuestros

negocios mejorarán y no tendremos por qué arrepentimos de habernos mostrado dignos hijos de la Patria”.

Cuando esta carta llegó a manos de Manuela Diez, la abnegada madre de Duarte, ella reunió a sus hijos e íntimos y les comunicó su deseo de acceder a lo pedido por Juan Pablo. También Vicente Celestino, Filomena y Rosa. Sólo Francisca, la más pequeña de las hijas, objetó que si nada les quedaba, de qué vivirían.

Vicente Celestino deliberó con Sánchez, Mella y José Diez y contestó a la niña:

—Quienes de este grupo sobrevivan trabajarán para que no les falte el pan.

La decisión de la familia Duarte abrió el campo de las disponibilidades y movió a otras familias a tomar decisiones parecidas. Como hacían falta municiones, la primera consecuencia del ofrecimiento de los Duarte fue entregar todo el plomo que para el forro de los barcos existía en el almacén de la Atarazana, y utilizarlo en la fabricación de balas. A este trabajo se dedicaron durante días las hermanas y sobrinos de Juan Pablo, dirigidos por Vicente Celestino y por Tomás de la Concha, novio de Rosa. Los proyectiles fabricados los repartió Vicente en Los Llanos y otras poblaciones orientales.

Estaban tan adelantados los preparativos de la insurrección, que a poco pudo abandonarse la idea de esperar el desembarco de los exiliados en Guayacanes y combinarse el golpe para ser ejecutado en la propia ciudad de Santo Domingo.

Duarte, Pina y Pérez fueron informados el 28 de febrero de la aceptación de la familia al pedido de Juan Pablo y de que la situación era favorable a un muy próximo estallido. Había ocurrido el día anterior pero ellos no podían saberlo. También quedaron advertidos de la posibilidad de que una nave fuera desde Santo Domingo en su busca.

Los tres se mantuvieron en tensa espera de nuevas noticias en los días subsiguientes.

El 5 de marzo se presentó en el puerto de Willemstad un buque con bandera desconocida para los curazoleños. Movidos por un presentimiento Pina y Pérez corrieron al muelle y vieron que se aproximaba la Leonor, un bergantín—goleta que hacía viajes entre Santo Domingo y Curazao, llevando en su asta el

pabellón, concebido por Duarte. Presa de indecible emoción corrieron en busca de su jefe.

— ¡Juan Pablo! . . . ¡Ahí está la Leonor con tu bandera! . . . ¡con nuestra bandera!

Duarte dio gracias a Dios y salió precipitadamente. Juan Isidro y Pedro Alejandrino tomaron un bote y pronto estuvieron a bordo de la nave. Los recibieron con los brazos abiertos el trinitario Juan Nepomuceno Ravelo y el joven marino Juan Alejandro Acosta. También Enrique Duarte, un hermano de Pina y otros jóvenes patriotas.

— Venimos por ustedes. El 27 de febrero estalló nuestro movimiento en Santo Domingo. Francisco Sánchez proclamó la República Dominicana en la Puerta del Conde al grito de Dios, Patria y Libertad. Todos vitoreamos a Duarte como el caudillo de la independencia. Al otro día capituló Desgrottes y ocupamos la Fortaleza. Después la Junta Gubernativa dispuso traerlos. Don Abraham Coën nos facilitó esta nave y Juan Alejandro reclamó el honor de capitanearla. Ya deben haberse pronunciado por la Separación todos los pueblos. Lo urgente ahora es disponer de armas para sostenerla.

Tan pronto como atracó al muelle de Curazao el bergantín Leonor, con la noticia de la independencia dominicana, subió a bordo Juan Pablo y se unió en un abrazo con Ravelo y demás recién llegados. Luego recibió el pliego en que oficialmente se le comunicaba el acontecimiento, que decía:

“Dios, Patria y Libertad, República Dominicana
Santo Domingo y marzo 2 de 1844 y 1o. de la Patria
La Junta Central Gubernativa

A nuestros compatriotas Juan Pablo Duarte, Pedro Pina y Juan Isidro Pérez.

Compañeros:

El día 27 de febrero último llevamos al cabo nuestros proyectos. Triunfó la causa de nuestra separación por la capitulación de Desgrottes con todo su distrito. Azua y Santiago deben a esta hora haberse pronunciado.

El amigo Ravelo, portador de la presente, les dará amplios detalles de lo sucedido, y les informará de lo necesario que es el armamento y los pertrechos.

Esperamos que apenas llegue ese buque a Curazao procurarán que su despacho se haga tan pronto como sea posible para tener el imponderable gusto de abrazarnos. Y no dejen de traer los pertrechos y el armamento, pues los necesitamos por temor de una invasión.

Felicidad.

Bobadilla — Ramón Mella — Echavarría — Valverde —
Félix Mercenario — Moreno — El Secretario de la Junta:
Pujols.

El Jefe de Operaciones Militares interino: Fco.
Sánchez. Aunque está la oblea rompida fuimos nosotros
mismos

Mella y Sánchez”.

Según lo prometía este documento, Juan Nepomuceno Ravaelo hizo su extenso relato a Duarte, Pina y Pérez, que pudiera sintetizarse así:

En enero de 1844 el frente duartista y el sector político dirigido por Tomás Bobadilla que le hacía la oposición se unieron y acordaron trabajar para convertir el país en un Estado libre y soberano. Producto de este acuerdo fue la “Manifestación de los pueblos de la Parte Este de la Isla Española o de Santo Domingo sobre las causas de su separación de la República Haitiana”, fechada el 16 del mismo mes. El regreso de los regimientos 31 y 32 y el apoyo del cónsul francés Saint Denys al proyecto separatista facilitaron la preparación del golpe, que pudo fijarse para el 27 de febrero. Ese día en la noche, conforme lo resuelto en junta, celebrada el 24 en casa de Sánchez, la mayoría de los comprometidos se reunieron en la Puerta de la Misericordia en torno a Ramón Mella. En momentos en que pareció fracasar la combinación, éste disparó al aire su trabuco y exclamó: “La suerte está echada. No podemos retroceder”. Esta resuelta actitud de Mella alentó a sus seguidores, que ocuparon la Puerta del Conde junto con otros grupos capitaneados por Francisco Sánchez, Tomás Bobadilla, Manuel Jimenes, Remigio del Castillo, José Joaquín Puello y Eduardo Abreu. En lo alto del baluarte Sánchez proclamó la independencia al grito de “Separación, Dios, Patria y Libertad, República Dominicana”, enhestó la nueva bandera y ordenó el toque de una diana. Cuando los insurrectos preparaban el asalto a la Fortaleza una patrulla haitiana se acercó a la Puerta del Conde y fue rechazada a tiros. En la Fortaleza se dispararon tres cañonazos en señal de alarma, a los que contestaron los patriotas con otros tres cañonazos en señal de desafío. A la misma hora Juan Alejandro Acosta y su grupo tomaban posesión de la comandancia del puerto. En la Puerta del Conde

se formó la primera Junta Central Gubernativa, compuesta por Francisco Sánchez, Ramón Mella, José Joaquín Puello, Remigio del Castillo, Wenceslao de la Concha, Mariano Echavarría y Pedro de Castro y Castro. Al amanecer del 28 el pueblo en masa acudía al baluarte a apoyar la proclamación de la República mientras el comandante haitiano Desgrottes enviaba cerca de los alzados una comisión de oficiales para tomar conocimiento directo y preciso de la finalidad del alzamiento. La contestación de los patriotas, enviada por escrito a media mañana, decía que el pueblo dominicano había tomado “la firme decisión de ser libre e independiente, sin que ninguna amenaza sea capaz de retractar su voluntad”. El cónsul francés se constituyó en mediador y habiendo obtenido del comandante Desgrottes la promesa de no resistir envió un mensajero a los patriotas que preparaban el asalto a la Fortaleza, para decirles: “Detengan la marcha. El general Desgrottes capitulará. Su situación es sumamente precaria”. En el curso del mismo día se firmó la capitulación, en virtud de la cual entregaron la Fortaleza y se embarcaron las autoridades haitianas. Los separatistas ocuparon en seguida el arsenal y los cuarteles y en medio de la mayor alegría enhestaron en la torre del Homenaje la bandera de la cruz blanca. Se despacharon emisarios a los diferentes puntos del país para disponer los pronunciamientos por la independencia, los cuales se llevaron a cabo en todas partes sin incidentes dignos de mención. El rico comerciante Abraham Coën facilitó la Leonor para repatriar a los próceres exiliados y el capitán Acosta reclamó el honor de capitanearla. Otras medidas iniciales fueron la movilización general, la recolección de armas, el nombramiento de Sánchez como gobernador del distrito de Santo Domingo, el de Mella como delegado del gobierno en el Cibao y el de Puello como comandante de las armas, así como la incorporación de Castillo en el ejército. Estas designaciones obligaron a recomponer la Junta, que quedó formada por Tomás Bobadilla, quien la preside, y por los vocales Manuel Jimenes, Manuel María Valverde, Félix Mercenario, Carlos Moreno, Mariano Echavarría, José María Caminero, Francisco Xavier Abreu, José Tomás Medrano y José Ramón del Orbe. El secretario, Silvano Pujols.

Ravelo informó por último que la Junta le había entregado mil pesos fuertes para la compra de material bélico en Curazao,

si fuera posible. Este aporte se agregaría a lo ya obtenido por Duarte y sus lugartenientes.

Juan Pablo dijo: “Benditos sean los que han realizado transformación tan gloriosa. Ahora todos debemos propender a hacer que esta libertad sea fecunda en bienes”.

Al término de la reunión los jubilados dominicanos se entregaron a realizar las diligencias acordadas. En estos andenes se dieron cuenta de que la noticia llevada por la Leonor se había difundido y suscitaba la simpatía de los curazoleños. Duarte, Pérez y Pina eran muy conocidos y gozaban del aprecio de todos en la ciudad.

El cónsul de los Estados Unidos en Curazao se acercó al primero y, sobre el supuesto de que iba a ocupar la presidencia de la República, se interesó en conocer la forma bajo la cual se constituiría el nuevo Estado, sus tarifas de importación y exportación y las bases de los tratados internacionales que tuviera en mira. Por su parte un redactor de la Gaceta de Curazao obtuvo y publicó el 9 de marzo una información relativa a la independencia dominicana y a la probable elección de Duarte para el primer puesto de la nación.



El 8 de marzo dejaba la Leonor el puerto de Willemstad y se dirigía de regreso a Santo Domingo. A bordo estaban Duarte, Pina y Pérez rodeados de los amigos que ahora constituían un séquito y felices de pensar que, en pocos días, de aquella nave pasarían a la tierra de sus añoranzas, convertida en nación libre que defendía a mano armada sus derechos. De tiempo en tiempo, sin embargo, les asaltaba la duda de que una invasión haitiana pudiera ser rechazada por los dominicanos.

Duarte aprovechaba el ocio de la navegación para dar forma a un proyecto de Constitución de la nueva república. Como caudillo de la revolución, se sentía obligado a contribuir a estructurarla conforme a los principios sustentados por la Trinitaria.

“Dios, Patria y Libertad —escribió—, Nos, los infrascritos, nombrados por los Pueblos, Representantes legítimos de la Nación Dominicana, reunidos en augusta Asamblea Legislativa, en el nombre de Dios, Supremo Autor, árbitro y regulador de las naciones, y en uso de las facultades que para ello se nos han conferido, visto el proyecto de Ley Fundamental sometido a nuestra consideración por... hemos adoptado y decretamos la siguiente Constitución del Estado”.

Después de esta introducción redactó un primer capítulo acerca de “La Ley”, con artículos relativos a los elementos esenciales de las leyes, a las condiciones formales de su validez, a la ratificación por el “Gran Consejo Nacional” de los tratados internacionales, a la aprobación de las ordenanzas de los

“Grandes Municipios” por el Congreso Nacional y a las disposiciones emanadas de las autoridades nacionales, municipales y locales, las que no eran válidas si extralimitaban las respectivas atribuciones y facultades.

El viaje fue lento, por causa de los vientos contrarios, lo que aumentaba la impaciencia de los viajeros. En la misma medida crecía el ansia de los familiares y amigos que los esperaban en la patria redimida.

El 14 en la noche divisaron el faro del puerto de Santo Domingo. El vigía de la torre del Homenaje, de nombre Pedro, vislumbraba a su vez la nave y bajaba al muelle para confirmar que era la Leonor. En horas de la madrugada desembarcaba de un bote el capitán Juan Alejandro Acosta y se dirigía a la casa de los Duarte en la calle de Santa Bárbara. Pedro el vigía se dio entonces jubilosamente a la tarea de tocar a las puertas del vecindario anunciando a viva voz la llegada de Duarte. “¡Albricias! ¡albricias!”, repetía.

“Los vecinos se levantaron iluminando sus casas y adornando con banderas las ventanas —dice Rosa Duarte en sus Apuntes—. A esa hora se veían aparecer por todas partes luces y como por encanto se iluminaba la ciudad; de todas partes corrían a felicitar a la familia”.

Avisados Sánchez y Vicente Celestino, provocaron a esa hora una reunión de la Junta Central Gubernativa. Mella estaba en el Cibao. Luego tomaron con Acosta el bote de la Leonor y una vez a bordo se abrazaron con los recién llegados, a quienes inmediatamente enteraron de la inquietante situación reinante. Un ejército haitiano avanzaba, por el Norte y por el Sur, en territorio dominicano amenazando con malograr la conquistada independencia. Tropas dominicanas compuestas por los efectivos de los antiguos regimientos 31 y 32 y de las guardias nacionales, los hombres que se enrolaban y los contingentes formados por Pedro Santana en el Este y Ramón Mella en el Cibao preparaban la defensa. Una flotilla de guerra se improvisaba bajo el mando de Juan Bautista Cambiaso. La Junta Gubernativa había aprovechado el interés de los franceses por el país para solicitar una ayuda por la vía del cónsul de Francia en Santo Domingo, Jusereau de Saint-Denys. Sánchez y Bobadilla pensaban que el mejor dique para contener la agresión haitiana

sería una severa admonición del gobierno francés.

En la mañana las autoridades civiles y militares, el vicario apostólico acompañado del clero, y el pueblo en general acudían al muelle para dar la bienvenida a quien todos reconocían como el apóstol y caudillo de la independencia. La idea más generalizada era que Duarte presidiría el gobierno pero Bobadilla y Santana, que no eran tan nacionalistas como Duarte y tenían ya una mayoría en la Junta, se proponían seguir gobernando y perseguían la protección de Francia a cambio de ceder a ésta la bahía y península de Samaná.

Una parte de las tropas que guarnecían la Fortaleza bajó también al muelle para rendir honores máximos a Duarte. El bergantín—goleta atracó temprano al pequeño desembarcadero y Juan Pablo fue ovacionado por la muchedumbre. Monseñor Portes e Infante lo recibió diciéndole:

—“ ¡Salve al Padre de la Patria! ”

La tropa presentó armas mientras cornetas y tambores entonaban un saludo y el pueblo vitoreaba. En la Fortaleza se disparó una salve de veintiún cañonazos.

El grupo se dirigió a pie al palacio de gobierno, en la plaza de Armas o de la Catedral, seguido de la tropa y el pueblo, que aclamaba a Duarte sin cesar. En el palacio recibió el saludo de Bobadilla y demás miembros de la Junta. A Duarte lo rodeaban su hermano Vicente Celestino, Sánchez, Pina, Pérez, Ravelo, Serra, Ruiz, González, Valverde y muchos febreristas. Alfau andaba con Santana, quien ese día se encaminaba a Azua al frente del improvisado ejército expedicionario del Sur, dispuesto a cerrar el paso al enemigo. Este avanzaba victorioso después de haber rechazado, el día 14, en la Fuente del Rodeo, cerca de Neyba, una avanzada dominicana dirigida por Fernando Taveras.

Duarte habló a los componentes del gobierno. Manifestó su intenso júbilo por el triunfo de la causa nacional; expresó su acatamiento a la autoridad constituida; dijo que no aspiraba a gobernar sino a combatir en el campo de batalla, para lo cual ponía su espada al servicio de la República.

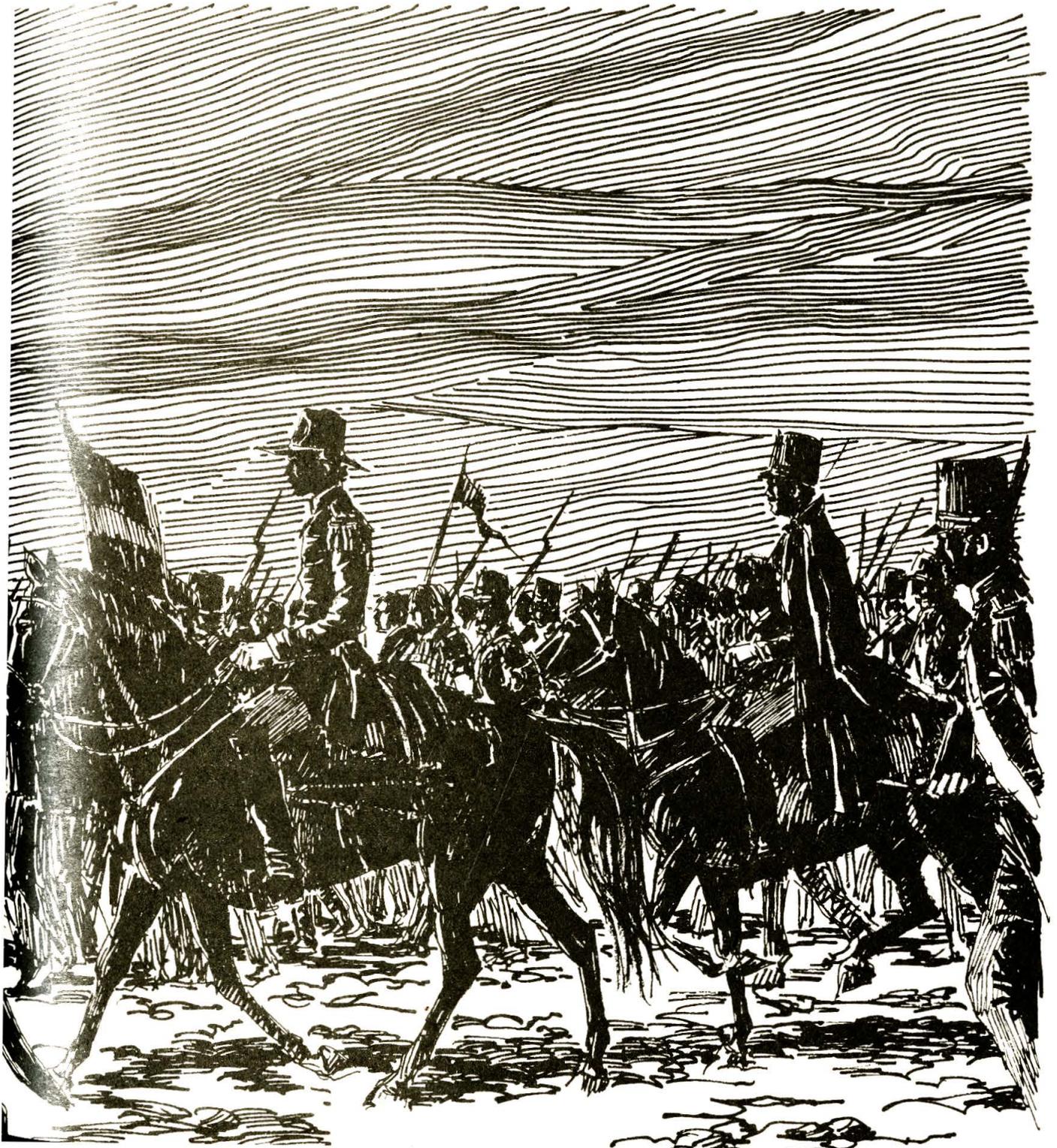
Contrariamente a lo esperado, a Juan Pablo no se le ofreció la presidencia de la Junta. Bobadilla le anunció que la Junta lo nombraba Vocal de la misma y le confería el grado de general de brigada. Duarte acató esta decisión y prestó juramento.

Después asistió con sus amigos y miembros del gobierno a un Te Deum en la Catedral. Terminada esta ceremonia se dirigió a su casa, en donde lo aguardaba la autora de sus días, con quien se confundió en un prolongado abrazo. Lágrimas, sonrisas y palabras entrecortadas fueron en aquel momento la expresión de dos sentimientos contradictorios: la dicha de volver a ver al hijo amado tras el triunfo de su ideal, y el dolor del fallecimiento del esposo, enterrado en la vecina iglesia de Santa Bárbara.

Notando este contraste dijo Fray José Antonio de Bonilla: “Querida señora, los goces no pueden ser completos en la tierra. Si su esposo viviera, hoy sería para usted un día de perfecto júbilo, que sólo en el cielo puede disfrutarse. Dichosa la madre que ha podido dar a la Patria un hijo que tanto la honra”.

Sánchez por su parte formó una bandera y colocándola en la ventana exclamó: “Hoy no hay luto en esta casa. No puede haberlo. La Patria está de plácemes; viste de gala. Don Juan mismo, desde el cielo, bendice y se goza en tan fausto día”.

“Aquel día —dice la hermana cronista—, tan caramemente pagado, no se cerró en mi casa la puerta de la calle. . . no se cansaban de abrazarle, verle y oírle” en un continuo entrar y salir de gentes hasta entrada la noche.



Del 16 de marzo de 1844 en adelante, Juan Pablo Duarte no será ya el eje de los acontecimientos dominicanos, como lo fue desde el 16 de julio de 1838. Esa posición la ocuparán los que antes se le oponían y gente que se agregó después del triunfo de la causa nacional. La República era el fruto de su fe y esfuerzos, y de quienes lo siguieron, pero ese fruto lo tomarán otros con ánimo excluyente y lo desnaturalizarán.

Tampoco será Duarte, en lo adelante, el hombre de voluntad de acero que demostró ser en la dirección de la brega puramente patriótica. Para la pugna por el poder político no estaba hecho. Su vocación era la de darse a los demás y no la de servirse de los otros. Sólo volverá a mostrar bríos titánicos cuando vea en peligro la independencia o destruida la República.

En lo que sigue, después de su llegada a Santo Domingo, será un desdeñado, un perseguido y un proscrito. “Mi Jesús Nazareno” lo llamará Francisco Sánchez viéndolo llevar su cruz con beatitud cristiana.

Lograda la meta de su sacrificio, y recibido en triunfo por el pueblo, no participará en la vendimia y nada reclamará para sí que no fuera un puesto en el frente de combate.

Por eso lo vemos el 16 en la mañana dirigirse con sus compañeros a palacio para inquirir noticias y asumir su papel en la defensa como un subordinado del gobierno.

El grueso del ejército haitiano, bajo el mando del propio presidente Rivière Hérard, avanzaba en dirección de San Juan de la Maguana; algunas divisiones encabezadas por el general

Pierrot penetraban por el Norte, y otras dirigidas por el general Souffront ganaban terreno en dirección de Neyba. Ya se había trabado un primer combate en la Fuente del Rodeo, con suerte adversa para los dominicanos, y otro de iguales consecuencias en las Cabezas de las Marías. Pedro Santana esperaba a pie firme a los invasores en Azua, con las tropas colectadas a su paso desde el Seibo y con la ayuda y los contingentes de Antonio Duvergé, Feliciano Martínez, Juan Esteban Ceara, José Leger, Vicente Noble, Matías de Vargas, Nicolás Mañón y Marcos de Medina. Ya habían salido por mar desde Santo Domingo un cuerpo de tropa encabezado por el coronel Manuel Mora en dirección de la bahía de Neyba, y un nuevo contingente salía de Baní bajo el mando de Manuel de Regla Mota.

Duarte y Pina formaron una columna con jóvenes de la ciudad y alrededores y esperaban del gobierno equipo y dinero para marchar al frente. En eso se recibieron nuevas malas noticias. Las columnas de Mora y Regla Mota habían sido derrotadas en Las Hicoteas y una vanguardia capitaneada por Lucas Díaz había sido desalojada del paso del río Jura. La noticia recibida el día 20 fue espléndida: el ejército expedicionario parapetado en Azua había rechazado la víspera el asalto del enemigo y obligaba a éste a replegarse hasta la margen occidental del Jura.

Esta noticia tuvo enorme importancia para la moral de los dominicanos. Rompía el mito de la invencibilidad haitiana. Eran batibles por las solas fuerzas dominicanas sin necesidad de apoyo militar extranjero. Pero la información llegada el 21 causó sorpresa y alarma. Después de su victoria, Santana se había retirado a Baní. Los miembros de la Junta no se explicaban esta conducta del jefe militar y ya veían a los haitianos poner sitio a la capital. Duarte y compañeros abogaron por la sustitución de Santana pero Bobadilla y Caminero lo defendieron. Debían contar con él para su petición del protectorado de Francia. Posiblemente Santana había resuelto acampar en Baní esperando la cooperación francesa para emprender una contra-ofensiva con más seguro éxito.

El forcejeo dio lugar a una solución media: dejar a Santana en su cargo y enviar a Duarte al frente, con su división, como co-director de la campaña. También despachó el gobierno una flotilla de guerra a la bahía de Ocoa.

Bien temprano en la mañana del 22 salían Duarte y Pina de la Fortaleza con sus tropas; desfilaban por la calle del Conde y se detenían en la puerta de San Genaro. Allí les impartió su bendición el vicario Portes e Infante y Duarte pronunció una breve arenga. El pueblo les ofreció un alentador saludo de despedida mientras cometas y tambores entonaban toques marciales. La moral era excelente.

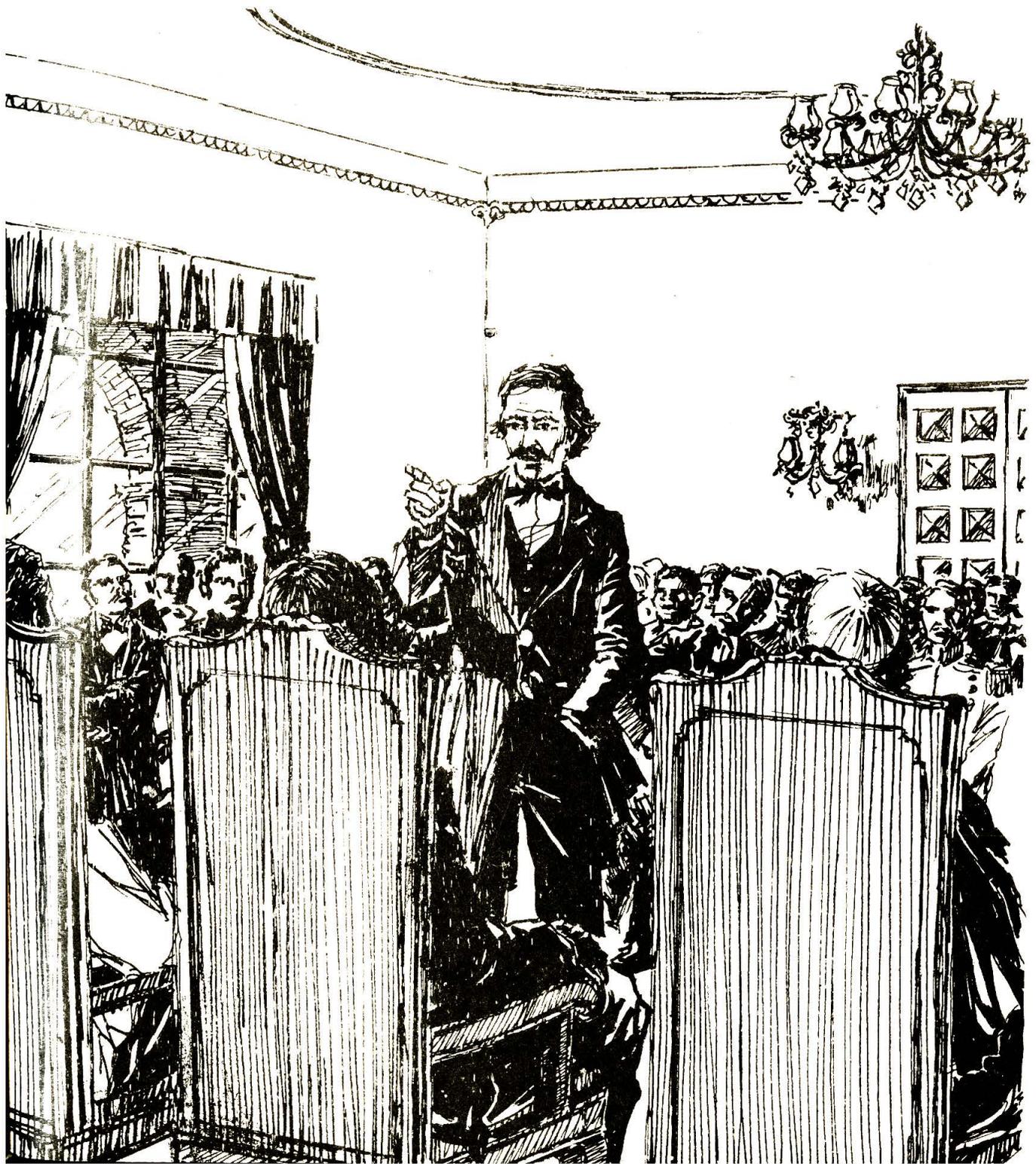
Juan Pablo confiaba en que su refuerzo, más la flotilla y un contingente de San Cristóbal dirigido por el comandante Araújo, haría posible la recuperación de Azua y rechazar al enemigo hasta la frontera.

El 23 a prima noche se veía Duarte con Santana en Baní y le exponía su plan de campaña. El hatero se le mostró reservado y reticente. Al parecer no le convencieron las razones del patricio ni los refuerzos llegados, para acordar el ataque a Azua. Prefería esperar una ayuda mucho más efectiva, que no podía ser sino la de los franceses. La división comandada por Duarte y Pina acampó en Sabana Buey y comenzó sus aprestos de ofensiva. En los días subsiguientes discutieron varias veces ambos jefes y no llegaban a un acuerdo. Juan Pablo envió sucesivos expresos a la capital pidiendo autorización al gobierno para actuar por propia cuenta. Santana por su parte solicitaba a las autoridades dejarlo solo en el mando y urgía el desembarco de los franceses.

El primero de abril propuso Duarte a Santana dar él un rodeo para sorprender a los haitianos por la retaguardia mientras el otro caudillo atacaba a Azua de frente, pero el segundo mantuvo su actitud pasiva. Cuando la oficialidad y tropas subordinadas a Duarte se enteró de esta nueva negativa pidieron clamorosamente marchar solos al asalto sin esperar la autorización del gobierno pero Juan Pablo prefirió no romper la disciplina y enviar otro expreso al gobierno reiterándole su petición. La respuesta que recibió el 4 de abril fue negativa. La Junta le ordenaba regresar a la capital con sólo sus oficiales "avisándole al general Santana".

Tuvo Duarte que frenar su disgusto y, como buen militar, acatar la orden de su gobierno. Una vez en la capital el 12 de abril su contrariedad quedó un tanto mitigada con la noticia del triunfo de las armas dominicanas en la batalla de Santiago, librada el 30 de marzo. Esta victoria lo alentó para proponer a la Junta enviarlo al Cibao y preparar con Mella una expedición que

atravesara la Cordillera Central y cayera sobre los invasores en el valle de la Maguana. Al mismo tiempo devolvía al gobierno, con una exacta rendición de cuentas, la cantidad de ochocientos veinte y siete pesos fuertes, de la cantidad de mil que le había entregado para los gastos de la campaña. Este dinero se le había dado sin recibo y nadie le había pedido tal cuenta, pero él sabía que no le pertenecía y la República lo necesitaba. Ni un centavo dedujo para sí y probablemente agregó dinero de su talego a pesar de lo mal parados que habían quedado su patrimonio y el de su familia en la preparación de la independencia. Tratándose de la Patria y fiel a su juramento trinitario, a ella pertenecían su persona, su vida y sus bienes.



Como vocal de la Junta y en su calidad de comandante del departamento de Santo Domingo, Duarte insistía en la necesidad de una acción ofensiva en el distrito de Azua, igual a la emprendida en el Norte, en donde después de la victoria lograda por el general Imbert los generales Mella y Villanueva causaban serios reveses a los haitianos en retirada.

El 15 de abril se supo que el coronel Antonio Duvergé, con la cooperación de los coroneles Felipe Alfau y Cherí Victoria, habían rechazado en las lomas del Memiso una columna enemiga que se dirigía al Maniel, con lo cual habían trastornado seriamente el avance haitiano hacia Baní. El mismo día se libraba en el puerto de Tortuguero el primer combate naval por la independencia, ganado a la flotilla haitiana por los capitanes Cambiaso y Maggiolo. Otro suceso feliz en el mes de abril lo fue la llegada de una partida de seiscientos fusiles nuevos comprados en Saint Thomas, que se sumaron a los recompuestos en el arsenal de Santo Domingo para el ejército del Sur.

Contrastando con estas buenas noticias, la Junta recibía de Santana una comunicación del día 14, de tono pesimista, en que daba por segura la pérdida de Maniel e insistía en la urgencia de una protección extranjera para “asegurar la victoria”.

El 19 de abril dictó la Junta un decreto declarando formalmente la guerra a Haití, y el 20 otro decreto disponiendo el embargo de los bienes pertenecientes a haitianos. Una nueva decisión del gobierno autorizó la planeada ofensiva desde el Cibao contra las tropas haitianas posesionadas del distrito de

Azua, que eran una terrible amenaza a la ganada independencia y seguían siendo no atacadas por el general Santana.

Para tratar de este problema y de todos los de la guerra, reunía Duarte con frecuencia en aquellos días la comisión militar que él presidía como comandante del departamento de Santo Domingo y que componían los generales Francisco Sánchez, Manuel Jimenes y José Joaquín Puello y el coronel Toribio Mañón. El deseo de Juan Pablo era dirigir o al menos participar en la expedición que debía prepararse en el Cibao para sorprender a los enemigos en el Sur, pero Bobadilla, presidente de la junta de gobierno, influyó en ésta para negárselo. No quería que Duarte superara en prestigio a su caudillo, con quien contaba para el proyecto de protectorado francés. Paradójicamente, el artífice de la República era ahora un subordinado de su antiguo adversario, cuyas órdenes debía acatar.

El designado para dirigir la operación lo fue Mella, el glorioso lugarteniente de Duarte, como para atenuar el mal efecto de la negativa, pero aun así los duartistas interpretaron el hecho como una nueva señal de una rivalidad que era necesario sobreponer. Santana y Bobadilla se apoyaban en el ejército expedicionario del Sur, pero Duarte gozaba de las simpatías del pueblo y podía contar con el respaldo del Cibao y de la guarnición de la capital. Estas fuerzas se pondrían en movimiento, llegado el caso.

En la segunda mitad de mayo de 1844 el peligro haitiano había pasado y los dominicanos podían dedicarse a restaurar su maltrecha economía y acabar de estructurar el nuevo Estado. En el norte de Haití el derrotado general Pierrot se había rebelado contra su gobierno y Riviére Hérard había tenido que abandonar el terreno dominicano que ocupaba, y no para volver a su capital sino para tomar el camino del destierro, acosado por otro levantamiento efectuado el 3 de mayo en Puerto Príncipe. La liberación de Azua, que no quiso emprender Santana, fue obra, como se ve, de los propios haitianos. Se cumplía así el vaticinio de Duarte cuando en 1843 decidió apoyar la revuelta haitiana contra Boyer previendo que tras la caída de la dictadura pasaría Haití por un período de perturbaciones favorable a la independencia dominicana.

Libre de enemigos la República, había que dotarla de una

Constitución y un gobierno que asegurara su paz y prosperidad desechando el intento de ponerla bajo protección extranjera con sacrificio de Samaná y de derechos soberanos. Así pensaban los jóvenes liberales inspirados en la doctrina trinitaria.

Pero el sector conservador, dominado por Bobadilla, Santana y Caminero, se movía en la dirección reaccionaria. El triunfo de la República por sus propios medios no detuvo sus maquinaciones con el almirante francés De Moges y el antiguo cónsul de Francia Saint Denys. Ellos seguían acariciando el proyecto de protectorado como la mejor solución para el futuro del país.

Duarte y los trinitarios no dejaban de reconocer que el interés de Francia por la antigua colonia española de Santo Domingo y la presencia de sus barcos en aguas dominicanas eran un freno a la agresividad haitiana, pero ahora más que nunca se resistían a consentir en el sacrificio en que se pensó cuando era una dramática incógnita la capacidad del país para defenderse de la nación vecina. Ellos creían en la posibilidad de lograr de los franceses una ayuda compatible con el honor nacional.

El 20 de mayo manifestó Pedro Santana por escrito al Cónsul francés su apoyo militar a la idea del protectorado y en seguida Bobadilla urdió una estratagema para forzar una solicitud en el mismo sentido. Invitó a los miembros de la Junta, al vicario Portes e Infante, a las principales autoridades civiles y militares, a los comerciantes y a cuantas personas representaban un valor en la ciudad de Santo Domingo, para una reunión en palacio en la mañana del domingo 26.

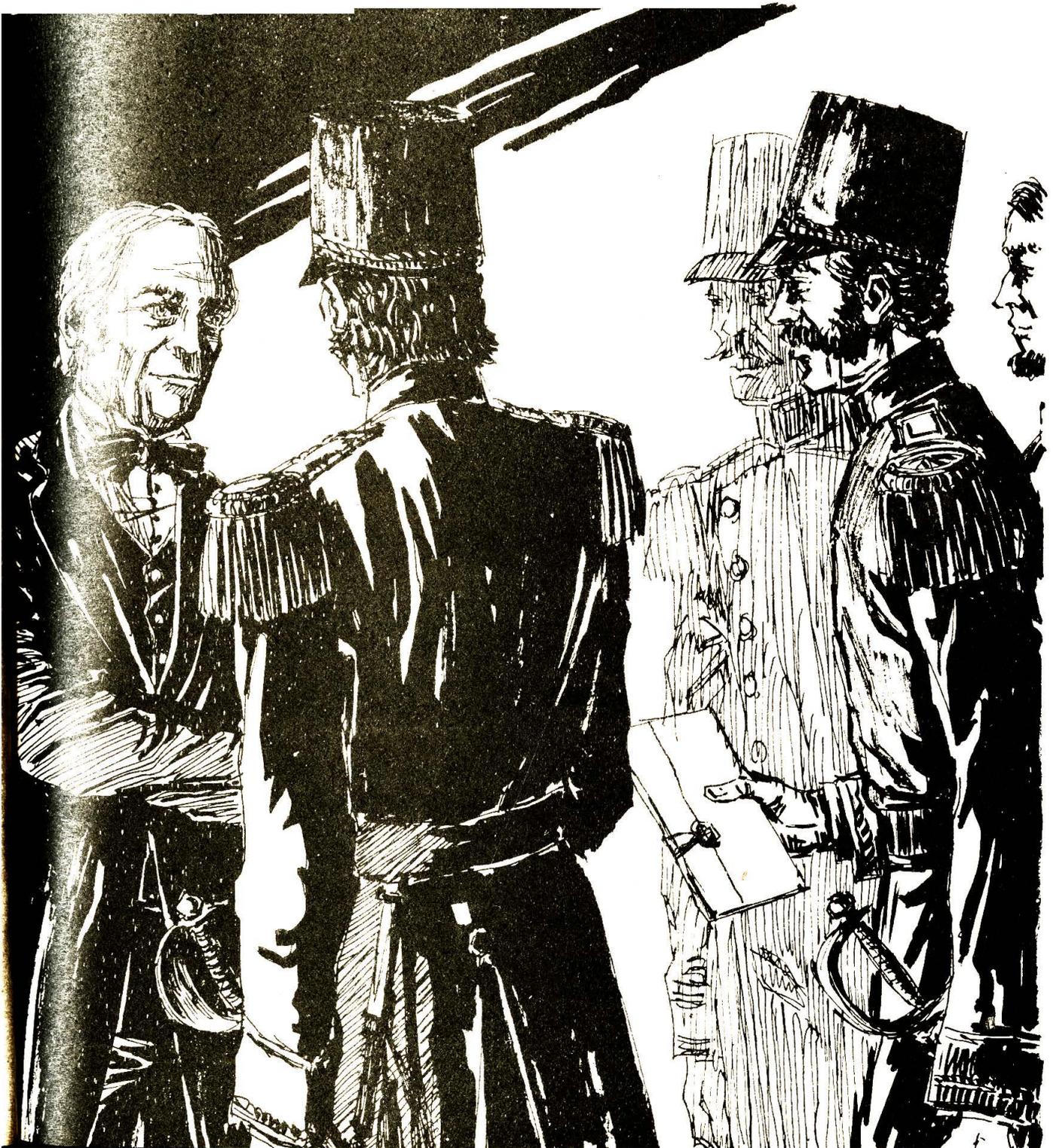
Llegado este día y ante una concurrencia imponente, Bobadilla leyó un bien meditado discurso. Dijo que sólo “la mano invisible de la Providencia” había llevado a los dominicanos a la victoria y que no había seguridad en el futuro; que “una nación naciente debía solicitar el apoyo de todas las naciones, para entrar en rango con ellas” y no “vivir aislada en medio de la gran familia de que se compone el género humano”. Agregó que “en las circunstancias y por una consecuencia natural de otros antecedentes”, el gobierno había pensado en solicitar el auxilio de una nación europea. Descartó la conveniencia de que esta nación fuera España, Estados Unidos o Inglaterra para convenir en que la Francia era, por varias razones que enumeró, la más indicada para “subvenir a las necesidades en que nos encontramos”. Acto seguido propuso instar a los representantes

de dicha nación a que “en nombre de su gobierno acepten como un hecho cumplido y consumado la independencia de la República Dominicana tomándola bajo su protección” . . . “sin perjuicio de un tratado solemne sobre las bases propuestas tan luego como se presenten plenipotenciarios de Su Majestad el Rey de los franceses”.

Tras las palabras de Bobadilla se levantó el vicario para apoyar las intenciones de la Junta. Un desfile de adhesiones y una rápida aprobación a lo propuesto hubieran seguido a la intervención de la autoridad eclesiástica si Duarte no se pone en pie y con tonante verbo no hubiera manifestado su decidida oposición y su protesta. Sabía Juan Pablo la realidad que se ocultaba bajo las sutiles palabras del presidente de la Junta. No era posible que después de proclamada la República, libre, independiente y soberana, y sostenida a costa de la sangre dominicana en los campos de batalla se cayera en una nueva condición de dependencia.

Las fogosas palabras de Duarte hirieron la sensibilidad patriótica de una mayoría de los presentes y la combinación de Bobadilla se vino al suelo.

El triunfo del ideal nacionalista duartiano en aquella memorable mañana del 26 de mayo de 1844 fue uno de los momentos más brillantes en la vida del insigne patricio.



Fracasado su intento de conseguir por sorpresa la aprobación de una solicitud de protección a Francia, Bobadilla reunió a la Junta en la tarde del mismo día 26 de mayo. En ella se manifestó conciliador tratando de llegar a un acuerdo transaccional con Duarte, pero éste se mostró igualmente irreductible, apoyado por otro vocal de la Junta: Manuel María Valverde, hijo y homónimo de su viejo amigo.

Se debatía abiertamente en el gobierno, en la plaza pública y en la intimidad de los hogares si la separación respecto de Haití había sido consumada para ser realmente independientes los dominicanos o para pasar a depender de otra nación más grande y civilizada que la anterior dominadora.

Duarte y Bobadilla, cada uno por su lado, comprendieron que era indispensable continuar haciendo esfuerzos para salir del impasse. Había que salvar la unidad nacional y contar con un apoyo extranjero para enfrentar el peligro común. En eso estaban de acuerdo. Lo que los dividía era el modo de concebir la ayuda exterior.

Saint Denys no salía de su asombro ante el resultado de la reunión del domingo 26. Él estaba seguro de que la planeada gran asamblea iba a ser el primer paso cierto y positivo hacia la concertación del protectorado. Ese día se dio cuenta de que no había auscultado bien el ambiente político dominicano. No sabía cómo informar de su fracaso al gobierno francés, después de haber escrito informes optimistas a su ministro de asuntos extranjeros Guizot. Al fin se resolvió a no referirse a lo

ocurrido. En la nota que envió a París el 27 de mayo habla sencillamente del curso de las negociaciones y alude a Duarte y demás opositores al proyecto de protectorado en términos despectivos, tratando de minimizar su importancia. Avanza la impresión de que los dominicanos se pondrían de acuerdo para introducir reformas a la propuesta del 8 de marzo. No menciona directamente los sucesos de la víspera pero la cita despreciativa de Duarte y este último vaticinio, destinado a preparar a su ministro para una nueva noticia, revelan que conocía las dificultades que encontraba su proyecto.

Los días posteriores fueron de intensa actividad en el palacio y de una indisimulada ingerencia del cónsul Saint Denys en la política Dominicana. En sus entrevistas con los representantes de una y otra tendencias urgía a que se llegara a un pronto acuerdo y amenazaba con retirarse él y el almirante De Moges con sus barcos, y desentenderse de la suerte de la República Dominicana. Los patriotas sabían que un alejamiento de los franceses envalentonaría a los haitianos y malograría la esperanza de conseguir los recursos que tanto necesitaba la nación para enfrentar una nueva eventual embestida del poder vecino. De aquí que, frente a ellos, el instrumento de presión psicológica empleado por el cónsul era innegablemente eficaz.

El 28 presentó Bobadilla a Duarte, como fórmula conciliatoria, otro proyecto de entendido con los franceses menos comprometedor que el anterior. Pareció a los conservadores que iba a ser aprobado por los nacionalistas pero Duarte, aún compartiendo la preocupación causada por la actitud del cónsul, lo rechazó igualmente insistiendo en que sólo debía haber cláusulas de reconocimiento y suministro de recursos sin que la compensación incluyera cercenamiento del territorio nacional.

Las discusiones continuaron al tiempo que el conflicto entre los dos grupos enfrentados presentaba implicaciones militares. Como se sabía que el general Santana estaba dispuesto a imponer por las armas el protectorado y la cesión de Samaná a Francia, del lado duartista hubo reunión de oficiales. Había que constituir una fuerza que pudiera neutralizar la influencia del jefe del ejército expedicionario del Sur y poner en jaque a la Junta. Así podía llegarse a una solución compatible con el honor nacional. Consecuencia de este movimiento de aglutinación fue la solicitud dirigida al gobierno el 31 de mayo, firmada

por cincuenta y cinco oficiales de la guarnición de Santo Domingo. Por medio de este instrumento fue formalmente solicitado el ascenso de Duarte a general de división y su nombramiento como comandante en jefe del ejército, y el ascenso de Sánchez, Mella, Villanueva y Puello. El histórico documento dice:

“Atendiendo al mérito conocido de los generales Duarte, Sánchez y Mella al celo que manifiesta en el desempeño de su encargo el coronel Joaquín Puello, hemos convenido en pedir a la Junta Central: que el primero sea elevado al grado de General de División, Comandante en Jefe del Ejército, y creemos no ser injusta esta promoción, pues ha sido el hombre que desde muchos años está constantemente consagrado al bien de la Patria, y por medio de sociedades, adquiriendo prosélitos y públicamente regando la semilla de la separación ha sido quien más ha contribuido a formar ese espíritu de libertad e independencia en nuestro suelo; en fin él ha sufrido mucho por la Patria, y su nombre fue invocado inmediatamente después de los nombres Dios, Patria y Libertad; siempre considerado como el caudillo de la revolución. Verdad es que en el momento del pronunciamiento no estuvo con nosotros, pero eso prueba que más encarnizada fue la persecución que hubo contra él; el tiempo de su expatriación lo empleó en solicitar auxilios para la Patria, pero necesario era que antes hubiese un pronunciamiento, y no pudo conseguir lo que anhelaba.

“El segundo, el constante y valeroso general Sánchez, que desde un estrecho aposento vencía todas las dificultades que se presentaban para la consecución de la noble empresa y que se puso a la cabeza de los bravos el 28 de febrero, junto con los beneméritos Jimenes, Mella y Puello, queremos sea elevado al grado de General de División.

“El General Mella, cuyas disposiciones para la guerra son conocidas y cuya consagración a la causa le ha sido tan favorable, que también sea elevado al grado de General de División. El mismo grado merece el muy distinguido General Villanueva.

“Por último, el Coronel Joaquín Puello, públicamente adherido a la revolución y cuyo celo en el desempeño del mando de la plaza merece un ascenso por premio, queremos sea elevado el grado de General de Brigada.

“También pedimos a la Junta: que tome providencia sobre la emisión de una corta cantidad de billetes para pagar las tropas, durante el tiempo que media para la reunión de la Constituyente, que dispondrá lo que convenga”.

Firmaron esta petición Juan Alejandro Acosta, R. Rodríguez, Feliciano Martínez, Eugenio Aguiar, W. Guerrero, Andrés Piñeiro, P. Valverde, P. Martínez, Eusebio Puello, por Pedro Aguiar, Jacinto de la Concha; Marcos Rojas, Cesáreo Prado, Salazar, Carlos García, José Parahoy, Antonio Díaz, Miguel Dezapes, Leandro Espinosa, Ventura Gneco, R. Echavarría, Pablo Miniel, Silvestre García, Vito Díaz, Barbarín Martínez, Jesús Arias, Pedro Díaz y Castro, Juan de Dios Díaz, J. A. Sanabia, Hipólito de los Reyes, Dionisio Rojas, Juan Erazo, Jacinto de la Concha, Pedro Celestino Fajardo, Santiago Barrientos, Alexandre D. Batigni, Feliciano Berroa, C. Rodríguez, J. B. Alfonseca, Pedro Agapito, L. Deborde, M. Moscoso, por José Girón, Ventura Gneco, Hipólito Darravite, Florencio Chacón, Manuel Ascensión, A. Guillot, Fabián Ríos, Mauricio Brea, José Álvarez, Joseph Pupon, Pablo García, Troncoso, Salustiano González y Francisco Garijo.

La principal intención de los firmantes fue poner a la Junta en el caso de reconocer la razón que había para atribuir a Duarte una autoridad militar superior a la de Santana y para equiparar a éste con Sánchez y Mella.



La exposición dirigida a la Junta Gubernativa por la oficialidad de la guarnición de Santo Domingo el 31 de mayo de 1844 fue una toma de posición contra los propósitos antinacionales del grupo de Bobadilla y Santana y un intento de rectificar la conducta observada por el gobierno con Duarte desde su regreso. Tiene además el valor de ser el primer documento en que aparecen reunidos los nombres gloriosos de Duarte, Sánchez y Mella, y presentados como los tres principales autores de la independencia.

Caminero, en funciones presidenciales, recibió la petición y la Junta no resolvió nada por el momento. No la iba a acoger, seguramente, pero aplazó la decisión. No era aconsejable añadir un nuevo motivo de enojo entre los dos grupos que trataban de entenderse. Los partidarios del protectorado necesitaban unanimidad de votos para que el gobierno francés no viera inconveniente en convertirse en protector de Santo Domingo, paso éste que debía quedar plenamente justificado a los ojos de Inglaterra, España y los Estados Unidos.

El primero de junio las discusiones culminaron en un acuerdo. Cediendo a las exigencias de Duarte, Sánchez y Jimenes, los del otro bando convinieron en preparar una instancia al cónsul francés en que no se mencionara cesión alguna de territorio ni la palabra "protectorado". En el texto aprobado se decía que la República Dominicana había consolidado por sí misma su independencia y que si el país solicitaba a Francia "relaciones estrechas" y "protección política" era sólo

“provisionalmente” para ayudarlo a seguir consolidando la conquistada independencia. En cuanto a Samaná hubo acuerdo en consentir la ocupación provisional de la bahía por barcos franceses si las circunstancias lo exigían, en el entendido de que un posterior tratado fijaría definitivamente los respectivos derechos.

La nota fue firmada por Duarte y Sánchez junto con Caminero, Bobadilla, Mercenario, Medrano, Jimenes y Moreno y entregada en la misma fecha al señor Saint Denys. Los cercanos hechos posteriores pondrán en evidencia que la firma de los dos primeros, remate forzado de una negociación, no fue sino una concesión táctica momentánea mientras planeaban sacar de la Junta a los “afrancesados” y cortar así de raíz la amenaza contra la soberanía.

La petición a Francia, tal como quedó redactada, en realidad no satisfizo ni a los nacionalistas ni a los patrocinadores del protectorado. Saint Denys la encontró poco satisfactoria, pero al menos reflejaba el deseo de los dominicanos de pactar con su país para que los ayudara a encaminar su destino. De aquí podría él partir para volver al proyecto original, con la connivencia del grupo reaccionario.

Los días siguientes fueron de gran tensión bajo aparente calma. Los afrancesados esperaban ansiosos la respuesta de Saint Denys, pero los trinitarios pensaban que no habiendo en aquellos momentos una emergencia nacional frente a Haití, lo procedente era ganar en alguna forma el control del gobierno para alejar a quienes en mala hora se les habían unido y desnaturalizaban el ideal de pura independencia.

La información que llegó de ultramar en aquellos días fue adversa a los protectoralistas; se supo que el gobierno francés rechazaba un plan propuesto en abril por el cónsul Levasseur para establecer relaciones pacíficas entre las naciones dominicana y haitiana bajo garantía francesa y para la cesión de Samaná a Francia. Esta noticia era buena para el patriotismo pero no tranquilizó del todo a los trinitarios nacionalistas. Del propio Saint Denys recogieron la impresión de que este rechazo era “el resultado accidental y momentáneo de las complicaciones de la política europea” y no descartaba “la esperanza de volver a las primeras proposiciones en un porvenir poco lejano”.

El 7 de junio se rompió la aparente calma y aumentó la

ebullición en el grupo de los independentistas radicales. Ese día, por sorpresa y sin la presencia de Duarte, la Junta negó el solicitado ascenso para los fundadores de la República y para Villanueva y sólo concedió el de Puello a general de brigada. La resolución fue firmada por Bobadilla, Caminero, Medrano, Echavarría y Mercenario.

Esta decisión fue la prueba que necesitaban los patriotas para convencerse de las intenciones exclusivistas de los conservadores y de la persistencia de éstos en sus planes proditorios. Si para lograr la separación fue útil su concurso, ahora era necesario expulsarlos del gobierno para sostener los principios de julio de 1838 y febrero de 1844.

Un hecho que estimuló las diligencias rectificadoras de los trinitarios fue la nota que en el palacio se recibió al día siguiente, 8 de junio, del representante oficioso de Inglaterra, Theodore Stanley Heneken. En ella se anunciaba que el gobierno inglés protestaría contra la ocupación de Samaná por cualquiera fuerza que no fuera dominicana.

Esa noche se reunieron secretamente Duarte, Sánchez, Pina, Pérez, Valverde y Jacinto de la Concha y planearon cuidadosamente la acción que debían ejercer al amanecer del día siguiente para limpiar la Junta de los elementos antinacionales. Con ellos estaban el recién ascendido general José Joaquín Puello y los oficiales de la guarnición de Santo Domingo.

Puello ordenó el acuartelamiento de las tropas y Sánchez convocó a los febreristas puros para que estuvieran en la Fortaleza al rayar el alba. Los cañones de la Fuerza, el arsenal, la puerta del Conde y las murallas fueron puestos bajo la responsabilidad de militares antiguos esclavos, a quienes se les había dicho que el protectorado de Francia traería como consecuencia el retorno de la esclavitud.

A la tenue luz de la aurora y al toque de la diana se formó el batallón y se agruparon los conjurados en el patio de la Fortaleza. Los jefes del movimiento estaban en el balcón del viejo edificio de la Comandancia.

Duarte pronunció una arenga precisando las causas y objetivos de la acción. Hombres faltos de fe ocupaban posiciones de gobierno y tramaban con extranjeros la merma de la soberanía dominicana y del territorio nacional. El pueblo les iba

a retirar su confianza expulsándolos de la Junta Gubernativa para sustituirlos con patriotas y someterlos a juicio.

Puello encomendó a los capitanes Pedro Valverde y Lara y Santiago Barrientos notificar a Bobadilla y Caminero, a nombre del pueblo y el ejército, su destitución de la Junta. Al capitán Rafael Rodríguez lo encargó de reducir a prisión a los destituidos y además a Buenaventura Báez, Manuel Joaquín del Monte, Francisco Javier Abréu, Valentín Delgado y Francisco Ruiz.

Alguien opinó que a los traidores había que aplicarles el condigno castigo. Estas palabras alarmaron a Sánchez, quien dijo: "No hay que ir tan lejos". A aquella alma grande y generosa le era difícil pensar en fisilamientos.

A media mañana el grupo salió a la calle y se encaminó a la sede del gobierno seguido de una multitud que crecía por momentos y manifestaba ruidosamente su adhesión al movimiento. Toda la ciudad quedó pronto sacudida por la onda del acontecimiento.

Los perseguidos tuvieron tiempo de asilarse o de ocultarse y no se practicó ninguna de las detenciones ordenadas.

En el palacio la Junta quedó reconstituida bajo la presidencia de Sánchez y la inclusión de Pina y Valverde en lugar de los depuestos. Pérez fue nombrado secretario y Duarte comandante del departamento.

El gobierno anunció que proseguiría sus contactos con el cónsul francés en interés de obtener el apoyo de Francia, pero bajo pautas compatibles con la integridad y soberanía de la nación.



Después de la acción del 9 de junio de 1844, la primera medida de la Junta fue dirigirse al jefe del ejército expedicionario del Sur, general Pedro Santana, en su cuartel general de San Juan de la Maguana, para comunicarle la reorganización de la misma y plantearle la necesidad de alejar algunos de sus lugartenientes, cuya influencia Ramón Santana considera perturbadora.

También se le comunicó el cambio operado al comandante de la región norteña, general Ramón Mella, quien estaba identificado con los autores del movimiento rectificador.

Antes del 9 de junio el general Santana había solicitado licencia al gobierno para atender sus quebrantos de salud y la Junta había designado a Francisco Sánchez para substituirlo, pero al enterarse de la expulsión de sus amigos Bobadilla y Caminero volvió sobre su decisión de entregar el mando y retirarse a descansar.

Ya no era Santana en aquellos días el simple jefe de un ejército, subordinado al gobierno. Era en realidad un caudillo militar ciegamente obedecido por sus seguidores y en condiciones de actuar como un poder independiente. No hizo caso a lo dispuesto por la Junta y dispensó su protección a los oficiales señalados como indeseables.

La conducta de Santana dio a los miembros del gobierno la medida de su propia inestabilidad y de la necesidad de imponer cuanto antes su autoridad en el campamento santanista. Sánchez debía trasladarse a San Juan de la Maguana pero siendo

ahora presidente de la Junta no podía dar la espalda a los asuntos del gobierno. La Junta llamó entonces el coronel Esteban Roca para que interinamente ocupara la jefatura del ejército del Sur.

El 15 de junio de 1844, perfilándose el conflicto entre la Junta y Santana ocurrió repentinamente en la ciudad de Santo Domingo una de las muertes más inoportunas de la historia dominicana: la de Ramón Santana, hermano gemelo del caudillo y persona muy apreciada por Duarte y partidarios debido a sus altas dotes morales. Con este fallecimiento desapareció el hombre más llamado a mediar para dar solución al problema nacional de aquel momento decisivo. Faltando el valioso enlace de Ramón Santana, a mediados del año inicial de la República, no pudo evitarse una ruptura de largas y lamentables consecuencias.

Al dolor que produjo en Pedro Santana la noticia de la muerte inesperada de su hermano gemelo se unió la sospecha de que había sido envenenado por orden de los nuevos gobernantes. No era razonable esta versión, puesto que Ramón Santana desaprobaba la actitud de Pedro y procuraba la concordia entre ambos grupos.

El mismo 15 de junio, a instancias de Mella, fue nombrado Duarte delegado del gobierno en el Norte para sustituir a los tres designados anteriormente por Bobadilla y arreglar la situación reinante en el Cibao, calificada de alarmante por Mella.

Juan Pablo se preparó para cumplir su nuevo encargo pero antes se dedicó con Sánchez y demás miembros de la Junta a estudiar y contestar la nota de protesta del inglés Heneken, todavía sobre el tapete desde la víspera del golpe patriótico del día 9. El 18 de junio la contestación estuvo lista y dice así:

“Acusamos a V. recibo de su nota fecha 8 del corriente cuyo contenido nos manifiesta la protesta que en nombre del Gobierno Británico hace V. contra la ocupación de la península y bahía de Samaná por cualquiera fuerza extranjera.

“Nosotros creemos inadmisibile una protesta de semejante naturaleza, pues dicha península y bahía de Samaná corresponden a nuestro territorio, y el pueblo dominicano como libre y soberano tiene la entera disposición de lo que es suyo.

“Sin embargo, después de la reforma operada en el cuerpo de esta Junta creemos poder asegurarle que en nada tendrá que

inquietarse el Gobierno de S. M. Británica sobre una ocupación extranjera de dicha península de Samaná, pues hallándose el pueblo entero opuesto a toda intervención extranjera en nuestra política, nos parece que deben disiparse por consecuencia los motivos de la protesta.

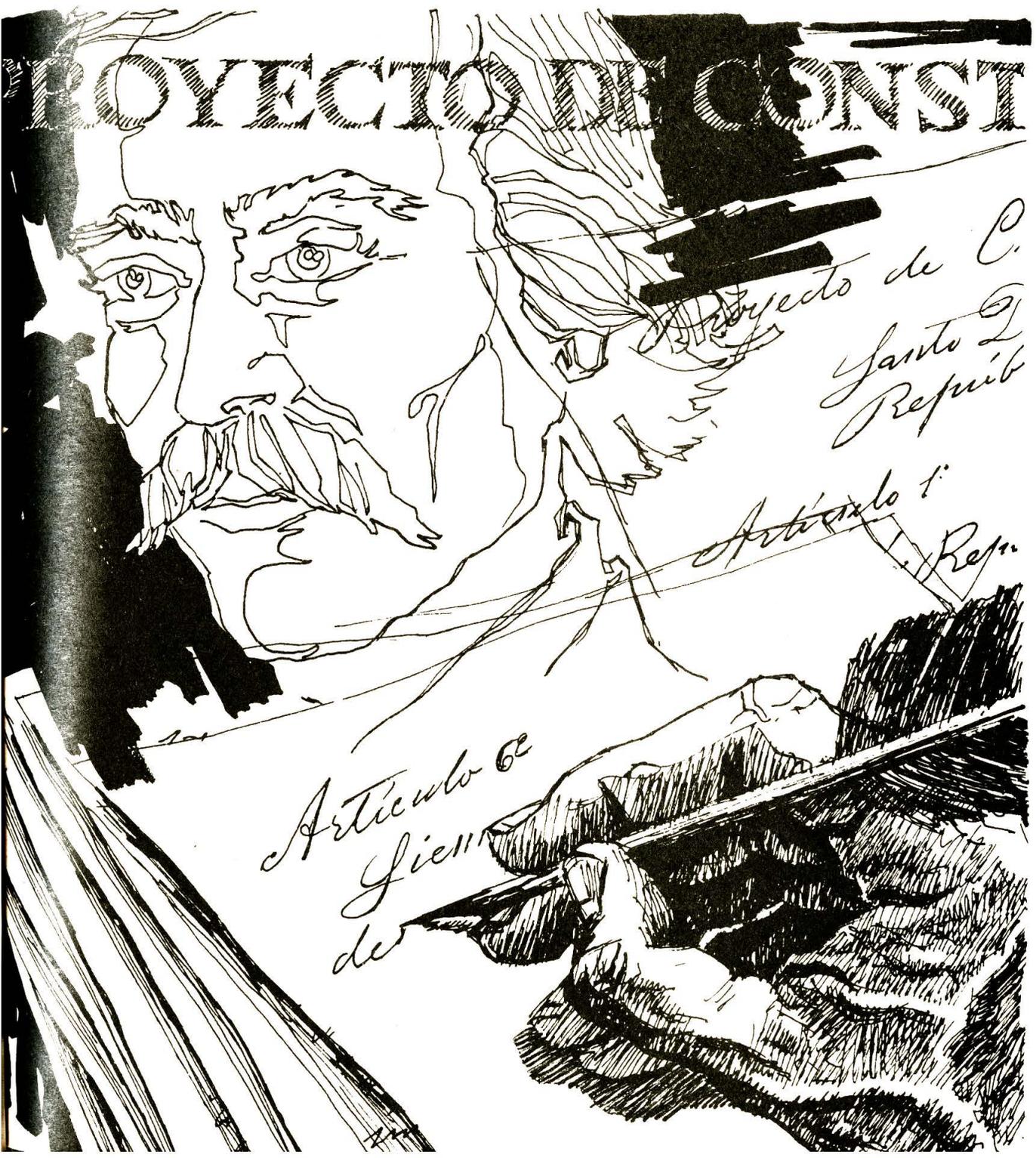
“Nos es muy sensible el no tener el honor de dirigirnos en la actualidad a un agente reconocido y esperamos que V. se servirá manifestar al Gobierno de S. M. Británica el deseo sincero que tenemos de entrar en relaciones recíprocas de comercio y amistad que podrán en lo venidero cederse y proporcionar unas fuentes de utilidad para ambos pueblos”.

Firmaron esta nota el presidente del cuerpo gubernativo, Francisco Sánchez, y los vocales Juan Pablo Duarte, Pedro Alejandrino Pina, Félix Mercenario, J. M. Ramírez y J. Tomás Medrano.

Como muy bien se advierte, al redactarla, Juan Pablo y Francisco del Rosario consideraron en primer lugar la necesidad de formular una salvedad. La preocupación del representante oficioso de Inglaterra favorecía su posición nacionalista, pero ellos no podían dejar de decirle que su carta era una intromisión en un asunto que sólo era incumbencia de la República Dominicana. En segundo lugar, no podían decir nada que se contradijera con lo expresado en la nota de la Junta del primero de junio a Juchereau de Saint Denys; pero al mismo tiempo debían puntualizar que la acción del 9 de junio había significado un cambio a fondo en la orientación del gobierno dominicano. Su contestación al inglés venía pues a constituir un documento explicativo de los alcances de la solicitud al francés; un documento que fijaba en forma explícita el límite implícitamente marcado en lo solicitado, según el criterio de la nueva Junta. Este límite estaba expresamente señalado en la afirmación de que ciertamente una ocupación extranjera en la península de Samaná no la habría. El anterior señalamiento confirma la tesis de que la firma de la nota del día primero del mes por Duarte y compañeros sólo fue un paso táctico en el camino de su lucha en defensa de la autarquía e integridad dominicanas. Había por último que aprovechar la oportunidad que les brindaba Heneken para reiterar por su conducto al gobierno británico el deseo del nuevo Estado de ser reconocido

y su disposición a cultivar con Inglaterra relaciones de amistad y comercio provechosas para ambos países.

En el último párrafo de la nota de la Junta se advierte el anhelo de una solidaridad inglesa con el esfuerzo dominicano por asegurar la independencia. Los trinitarios querían, seguramente, que la vinculación de la recién fundada República con el mundo exterior no fuera únicamente la establecida entre el gobierno y los franceces empeñados en obtener una ventaja en la isla con miras a su completa dominación como en 1802. Sin duda pensaban que la presencia en Santo Domingo de un representante oficial de los intereses ingleses neutralizaría las apetencias del representante de los intereses franceces, y viceversa, poniendo un valladar a los designios haitianos y facilitando el encauzamiento del país como entidad soberana.



PROVINCIA DE CANTO

Artículo de C.
Santo L.
República

Artículo 1.
República

Artículo 62
de la
Constitución
de la
República

En junio de 1844 Duarte se sintió alentado por renovadas esperanzas y trabajó en su proyecto de Constitución. Quería que el gobierno echara adelante los trámites para la elección de diputados a la Asamblea Constituyente de modo que ésta se reuniera cuanto antes y dotara a la nación de una adecuada estructura jurídica.

Producto de sus temores y del deseo de cerrar el paso constitucionalmente a los peligros que amenazaban al país fue la redacción que dio a nuevos artículos de su proyecto. En el marcado con el número 6 puso:

“Siendo la Independencia Nacional la fuente y garantía de las libertades patrias, la Ley Suprema del Pueblo Dominicano es y será siempre su existencia política como Nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención o influencia extranjera, cual la concibieron los Fundadores de nuestra asociación política al decir (el 16 de julio de 1838) DIOS, PATRIA Y LIBERTAD, REPUBLICA DOMINICANA, y fue proclamada el 27 de febrero de 1844, siendo desde luego, así entendida por todos los pueblos, cuyos pronunciamientos confirmamos y ratificamos hoy, declarando además que todo gobernante o gobernado que la contrarie, de cualquier modo que sea, se coloca ipso facto y por sí mismo fuera de la ley”.

Entre los artículos 7 y 12 previó la vigencia de las leyes irrevocables, derogables y reformables; la fuerza de las leyes en dcuso; la irretroactividad de las leyes; la prohibición de juzgar con arreglo a leyes posteriores al delito; el principio de que no

hay pena sin ley y el de la libertad de hacer cuanto la ley no prohíbe.

Dedicó los artículos 13 y 14 a la obligación de todo dominicano de acudir en ayuda de quien invocara el favor a la ley, especialmente de los agentes públicos.

En el artículo 15 quiso dejar bien sentado el principio de que el derecho de mandar y la obligación de obedecer sólo los consagra e impone la ley.

En los artículos 16 y 17 ratifica y amplía lo preceptuado en el 6.

Como corolario del 15 propone que todo tratado internacional celebrado por una autoridad ilegítima sea radicalmente nulo, adelantando así la base constitucional que permitiera anular cualquier tratado antinacional impuesto por un gobierno de fuerza.

Su constante preocupación ante la falta de conciencia nacionalista de muchos de sus conciudadanos, le hace insistir con variantes, en los artículos 18 y 19, en el precepto del copiado artículo 6.

En los artículos 20 y 21—bis consigna la garantía de las libertades y derechos individuales como obligación esencial del Estado.

En los artículos 21 y 22 determina con precisión las condiciones para ser dominicano, aplicando el principio del *jus soli*.

Dedica los artículos 23 y 24 a la división del territorio dominicano, en lo político, lo judicial, lo eclesiástico, lo militar, lo naval y lo económico.

En el artículo siguiente reconoce la religión católica como predominante en el país pero “sin perjuicio de la libertad de conciencia y tolerancia de cultos y de sociedades no contrarias a la moral y caridad evangélicas”.

En otro artículo señala los atributos esenciales de todo gobierno: “Puesto que el Gobierno se establece para el bien general de la asociación y de los asociados, el de la Nación Dominicana es y deberá ser siempre y antes de todo, propio y jamás ni nunca de imposición extraña, bien sea ésta directa, indirecta, próxima o remota; es y deberá ser siempre popular en cuanto a su origen, electivo en cuanto al modo de organizarle,

representativo en cuanto al sistema, republicano en esencia y responsable en cuanto a sus actos”.

Una parte muy significativa del proyecto duartiano de Constitución es la que se refiere a los Poderes del Estado, cuya división concibe cuatripartita, poniendo el “Poder Municipal” junto con los Poderes Legislativo, Judicial y Ejecutivo, y haciendo figurar en este último en el lugar postrero. En esta colocación del órgano de gobierno se advierte la aspiración de Duarte de evitar el exceso de mando a que tienden los gobernantes. A ellos va dirigida la última parte del mismo artículo, cuando dice que “los Poderes. . . habrán siempre de ser constituidos, so pena de ilegitimidad, con arreglo a la Constitución y no de otra manera”.

En capítulo intitulado “Disposiciones Generales” puso un artículo que prohíbe recompensar a los delatores y traidores aun cuando convenga su traición. Otro reconoce el derecho a indemnización por daño causado en la aplicación de una ley, y otro dispone que sólo los tribunales competentes determinados con anterioridad por la ley, y no por comisiones ad hoc, pueden pasarse causas civiles o criminales. Al proponer este último precepto fue un vidente del futuro que quiso evitar las condenas a muerte por comisiones militares, como serían los casos de María Trinidad Sánchez, los Puello, Duvergé, Tomás de la Concha, Francisco del Rosario Sánchez, Pedro Guillermo y de tantos otros.

Otras disposiciones dicen:

“Ningún poder de la tierra es ilimitado, ni el de la ley”.

“Todo poder dominicano está y deberá estar siempre limitado por la ley y ésta por la justicia, la cual consiste en dar a cada uno lo que en derecho le pertenezca”.

“Toda ley supone una autoridad de donde emana y la causa eficiente y radical de ésta es, por derecho inherente, esencial al pueblo e imprescriptible de su soberanía, en virtud de cuyos poderes sus Delegados reunidos en Congreso o Asamblea legislativa establecen la regla que viene a llamarse ley”.

En una nota puesta por Duarte al dorso de la novena hoja del proyecto anuncia un propósito que todavía, a la altura de los tiempos que corren, es un anhelo que parece inalcanzable. Dice la breve nota:

“Acerca de la inamovilidad de los jueces y de otros funcionarios públicos se hablará en la segunda parte”.

Detalles como este último revelan que Juan Pablo no tuvo tiempo de completar la redacción de su proyecto; que éste no pasó de ser un conjunto de anotaciones rápidas destinadas a darles una forma definitiva. Los avatares de su vida se lo impidieron y así quedó el manuscrito, que se conserva en el Archivo de Duarte, bajo la custodia de los descendientes de Federico Henríquez y Carvajal. Es también evidente que parte de este manuscrito se ha perdido.

Sin duda se prometió Duarte volver sobre el proyecto a su regreso del Cibao, pero los sucesos que pronto iban a desarrollarse lo obligarían a nunca más ocuparse en él. Serán otras las experiencias que le tenía reservadas su destino. Juan Pablo va a estar muy lejos de la Patria en el momento de discutirse y adoptarse un proyecto de Ley Fundamental que no será el suyo.

Quedó sin una consagración formal el proyecto de Constitución del Padre de la Patria, pero hoy, en el corazón de cada hijo de esta tierra, debiera estar grabado como el código moral dominicano y como un comprometedor ideal de derecho público.



Con la misma fecha del 18 de junio de 1844 que llevaba la contestación del gobierno al representante oficioso de Inglaterra recibió Duarte un oficio de la Junta Central Gubernativa comunicándole su decisión de enviarlo al Cibao con encargo de “intervenir en las discordias intestinas y restablecer la paz y el orden necesarios para la prosperidad pública”. La iniciativa para este nombramiento partió de Ramón Mella.

Las mentadas discordias no eran sino pugnas entre personas que deseaban conservar los cargos que ocupaban desde antes de la independencia y los que aspiraban a suplantarlos.

El oficio dispuso que los delegados anteriormente nombrados por la Junta, señores Delorve, Rocha y Pedro de Mena, pasaran sus atribuciones a Juan Pablo y volvieran a la capital.

Duarte emprendió el día 20 el viaje a caballo acompañado de sus leales oficiales Juan Evangelista Jiménez, Félix Mariano Lluberes y Gregorio del Valle. Después de pernóctar en La Isabela siguieron hasta La Luisa, en donde estuvieron hasta el 23, día en que continuaron la marcha entre las lomas de la Mina y el Sillón de la Viuda y por el camino de Cevicos hasta llegar el 24 al Cotui. Aquí los recibieron los antiguos comunicados Padre Puigvert y José Valverde en unión de los concejales y el comandante de las armas. Al siguiente día siguieron viaje acompañados de algunos cotuisanos y entraron en La Vega al anochecer del 25. En esta población una muchedumbre encabezada por el Padre José Eugenio Espinosa y el comandante Manuel Mejía rindió honores a Juan Pablo, quien quedó

hospedado en la casa de las hermanas María del Carmen, María Francisca y Manuela Villa. El 26 se cantó un Te Deum en la iglesia mayor y después una comisión le entregó un “acta de pronunciamiento” en que se pedía para Duarte la presidencia de la República.

Sin dar importancia a esta manifestación, Juan Pablo permaneció en La Vega hasta el 29 viéndose con cuantas personas fue necesario para la solución de los problemas locales, en cumplimiento de la misión encomendádale por la Junta. De La Vega a Santiago, pasando por Burende, Puñal, Arenoso y Marilópez el viaje de Duarte fue un paseo triunfal. Mella y una gran comitiva se adelantaron a recibirle el 30 en Nibaje y luego lo acompañaron en su entrada espectacular a la ciudad por la calle del Sol. Santiago estaba engalanada con banderas y palmas y le tributó una recepción grandiosa, comparable a la que le ofreció Santo Domingo el 15 de marzo, con honores de los que sólo se rinden a un jefe de Estado.

Es evidente que Mella no estaba conforme desde cuando, estando en el Cibao como comandante del departamento, recibió la noticia de la posición secundaria en que había quedado Duarte a su regreso del exilio. A su juicio, el puesto que le correspondía era el de la más alta autoridad de la nación. Pensó que si la capital no había reconocido que con Duarte a la cabeza era como mejor se conducirían los asuntos de la Patria, el Cibao podía hacerlo. Por eso escribió a Sánchez pidiéndole enviar a Juan Pablo para que resolviera los problemas del Cibao. Es fama que después de dar la bienvenida a Duarte en Santiago se dirigió nuevamente a Sánchez diciéndole: “Llegó mi deseado. Te lo devolveré presidente”.

Satisfecho de las grandes muestras de aprecio tributadas a Duarte por el pueblo y representantes de la región, provocó Mella una reunión de autoridades civiles y militares y personas notables en la fortaleza de san Luis. De este encuentro salió un documento que todos firmaron en que se pedía a Duarte aceptar “en su día” la presidencia de la República.

Ajeno a estas diligencias, Juan Pablo se veía con los anteriores delegados del gobierno y conocía de las dificultades que él debía resolver corrigiendo abusos y procediendo a la elección o restablecimiento de los cuerpos municipales, confor-

me a las instrucciones recibidas de la Junta, con la obligación de dar "cuenta y continuada de todas sus operaciones".

El 3 de julio estaban de acuerdo Mella y los generales Imbert, López Villanueva y Francisco Antonio Salcedo, con gran número de adherentes, en solicitar a Duarte "salvar al país de la dominación extranjera, convocar una asamblea constituyente y remediar la hacienda pública". Convinieron también en comisionar a los coroneles Domingo Mallol y Juan Luis Franco Bidó para comunicar lo resuelto a la Junta Central Gubernativa en Santo Domingo.

Al día siguiente hubo gran concentración de autoridades y ciudadanos en la plaza de Armas y fue leída por Mella una proclama en que se decía que llegada la hora de elegir presidente se imponía pensar en Juan Pablo Duarte "como un eficaz llamamiento a la concordia; como una invitación, como un medio de lograr que ante aquel ciudadano integérrimo, de excelsa virtud republicana, que no nutría odios, que no alimentaba venganzas, que era por entero incapaz de mal, depusieran sus rencores los ambiciosos vulgares y la paz definitiva fuera un hecho, para que bajo su salvadora égida pudiera encaminarse el país por vías de necesario adelanto".

En la misma ocasión fue vitoreado con la exclamación de "¡Viva el presidente de la República!" y en lo adelante los generales quisieron tratarlo como al jefe del Estado. Duarte, sin embargo, consideró aquello muy fuera de lugar. Había mucha diferencia entre lo que sucedía en aquel momento y los preceptos de derecho público consignados en su proyecto de Constitución. Además, no podía desconocer lo establecido en el Manifiesto del 16 de enero ni situarse en contraposición a la Junta que lo había enviado, aun aceptando ésta el hecho de buen grado. Interpretó las manifestaciones como una forma inadecuada de expresar el deseo de apoyar su candidatura cuando se celebraran elecciones pero no como el otorgamiento de la investidura presidencial. Al mismo tiempo comprendía que no podía desairar a las claras a aquellos patriotas bien intencionados, que si bien por un camino equivocado sólo buscaban la felicidad de la República.

Hasta nosotros no han trascendido los detalles del hecho, pero debió ser serio el enfrentamiento entre la vehemencia de Mella, empeñado en que su "deseado" aceptara el puesto de

mando que le ofrecía el Cibao y la resistencia de Duarte a aceptar una presidencia por aclamación. Juan Pablo agradecía la prueba de confianza de que era objeto pero sin rechazarla todavía con una manifestación expresa, por consideración a sus amigos, no prestaba juramento, ni constituía gabinete, ni dictaba decreto alguno, ni expedía nombramientos, ni en suma tomaba ninguna de las disposiciones políticas, administrativas o militares propias de un jefe de Estado. Sólo decía que su máxima aspiración se vería colmada si los dominicanos se mostraban justos, en interna paz y armonía, en su defensa contra la agresión externa y los proyectos anti-nacionales, y en la preparación y realización de los sufragios que debían culminar en la adopción de una Constitución para la República y en el establecimiento de un gobierno que fuera la expresión del querer de la mayoría.

En el conflicto de conciencia entre la inflexibilidad de sus principios y la cruda realidad política, Duarte se resolvió por lo primero aun a costa de la decepción y alejamiento de sus perplejos partidarios, y de que sobre su cabeza cayeran los males que sufren los vencidos.



Mientras en el Cibao tenían lugar los hechos que se relatan en el episodio anterior, en la región sureña se producía el primer conato de rebeldía del ejército expedicionario.

Como se recordará, la Junta dispuso enviar a Sánchez a Azua para sustituir en el mando de dicho ejército al general Santana, quien había pedido licencia para atender su quebranto de salud. También se recordará que no pudiendo alejarse de la capital el presidente de la Junta, ésta resolvió encargar provisionalmente el puesto que dejaba Santana al coronel Esteban Roca. El nombrado se presentó en el cuartel general de Azua el 3 de julio y, para su sorpresa, se encontró con que el ejército del Sur se negaba a aceptar la jefatura de un sustituto de su caudillo. Sin duda la disposición de ánimo de Santana y partidarios había cambiado después de definido el enfrentamiento entre los independentistas radicales y los llamados “afrancesados”, sobre todo cuando supieron que la Junta se proponía sustituir a los oficiales santanistas considerados indeseables. La tropa en campaña pidió a gritos a su jefe nato que no se fuera y el coronel Roca se vio obligado a regresar a la capital, quedando el ejército del Sur en estado de rebeldía.

En los mismos días en Santiago la situación presentaba un perfil indefinible. Los comisionados Mallol y Franco Bidó aguardaban los papeles que debían dar cuenta en la capital de la proclamación presidencial de Duarte, pero éste en realidad no ejercía tal presidencia. Los causantes del movimiento no dejaron de reconocer la autoridad de la Junta pero sólo esperaban que

Duarte se resolviera a aceptar el mando para considerar que el gobierno de la nación lo asumía Duarte y no el cuerpo colegiado. Un inevitable sentimiento de perplejidad se extendía, naturalmente, entre quienes decidieron acatar la autoridad suprema del fundador de la Trinitaria. Pedro Ramón de Mena, antiguo delegado del gobierno, aprovechaba hábilmente lo indefinido de la situación para influir en los hombres de armas cibaños en el sentido de retirar su apoyo a Duarte y respaldar al caudillo del Sur.

Juan Pablo sufría el más difícil dilema moral planteado a su conciencia. Veía que la sustitución de los antiguos comisionados había tenido efectos saludables. Sabía que con el apoyo de la región norteña y de la capital a la causa nacionalista que él encarnaba podía consolidarse la soberanía externa en la forma concebida el 16 de julio de 1838 y proclamada el 27 de febrero de 1844. Pero era consciente de que, en el orden institucional interno, sentaría un desastroso precedente abandonar lo acordado en la Manifestación del 16 de enero y los principios democráticos, exponiendo además al país a la guerra civil, que sólo traería división y ruina, favorables al enemigo que acechaba. Decididamente, él rechazaba la idea de ser gobernante en virtud de una simple aclamación reemplazadora de la forma legítima del sufragio. Sus pasos se encaminarían más bien hacia un acercamiento a Santana para que ambos convinieran en ser candidatos a la presidencia y que el pueblo se decidiera por uno u otro en las urnas.

En medio de sus cavilaciones recibió una invitación de los puertoplateños para que visitara su pueblo. Un nuevo pronunciamiento, en Puerto Plata, podía obligarlo a definirse y despejar la situación. Aun temiendo que se repitiera lo de Santiago, Duarte aceptó la invitación. De todos modos, sus deberes de delegado del gobierno le imponían visitar aquella comarca y conocer de sus problemas.

Partió el 8 de julio con sus oficiales y otros acompañantes y el día 10 era recibido en la portuaria ciudad por el anciano general Antonio López Villanueva, comandante de las armas, y por el cura de la parroquia, Dr. Manuel González de Regalado y Muñoz, viejo compañero en la conspiración independentista.

Los hechos se desarrollaron en Puerto Plata en forma análoga a como en La Vega el 25 de junio y en Santiago el 4 de julio,

abrillantada por la prestancia intelectual y moral del Padre Regalado. Durante el Te Deum el sacerdote exhortó desde el pulpito a sus feligreses a tributar “su reconocimiento, adhesión y gratitud hacia el más sano de corazón y devoto de pensamiento de los libertadores de América, ungido por la Providencia para hacer puro y fraterno el sentimiento de los dominicanos y conducir al extraviado destino de la República por los santos caminos de la fe divina y el amor a los sagrados fueros ciudadanos”.

Más tarde en el Ayuntamiento el general López Villanueva entregó a Juan Pablo el pronunciamiento de Puerto Plata en favor de su presidencia. En este acto volvió a hablar el Padre Regalado para pedirle a Duarte “no desmayar en sus virtuales propósitos de salvar la República encomendada desde aquel momento a su honradez y patriotismo, sin ceder sus credenciales de único elegido para conducir gloriosamente los destinos de la tierra recién liberada”.

No obstante el esfuerzo del cura para que el homenajeado se considerara jefe del Estado y no cediera “sus credenciales de único elegido”, Duarte no cambió su actitud inhibitoria y el 20 de julio el patricio dio con la redacción que debía dar a su manifiesto declinando la petición de los diferentes pueblos. Una fórmula que descartaba su presidencia como un hecho realizado pero que la admitía como una posibilidad electoral en el inmediato futuro. Una fórmula, por consiguiente, de rechazo a los pronunciamientos, en la cual sin embargo no había una sola palabra con significación negativa, ni una expresión mortificante para sus amigos, ni nada que pareciera un reproche o una lección. La fórmula de un apóstol empinado por sobre las contingencias del momento y mucho más preocupado por la vigencia efectiva de ciertos valores sociales fundamentales que por tener él el mando que se le ofrecía.

“A los habitantes de Puerto Plata.

“Conciudadanos:

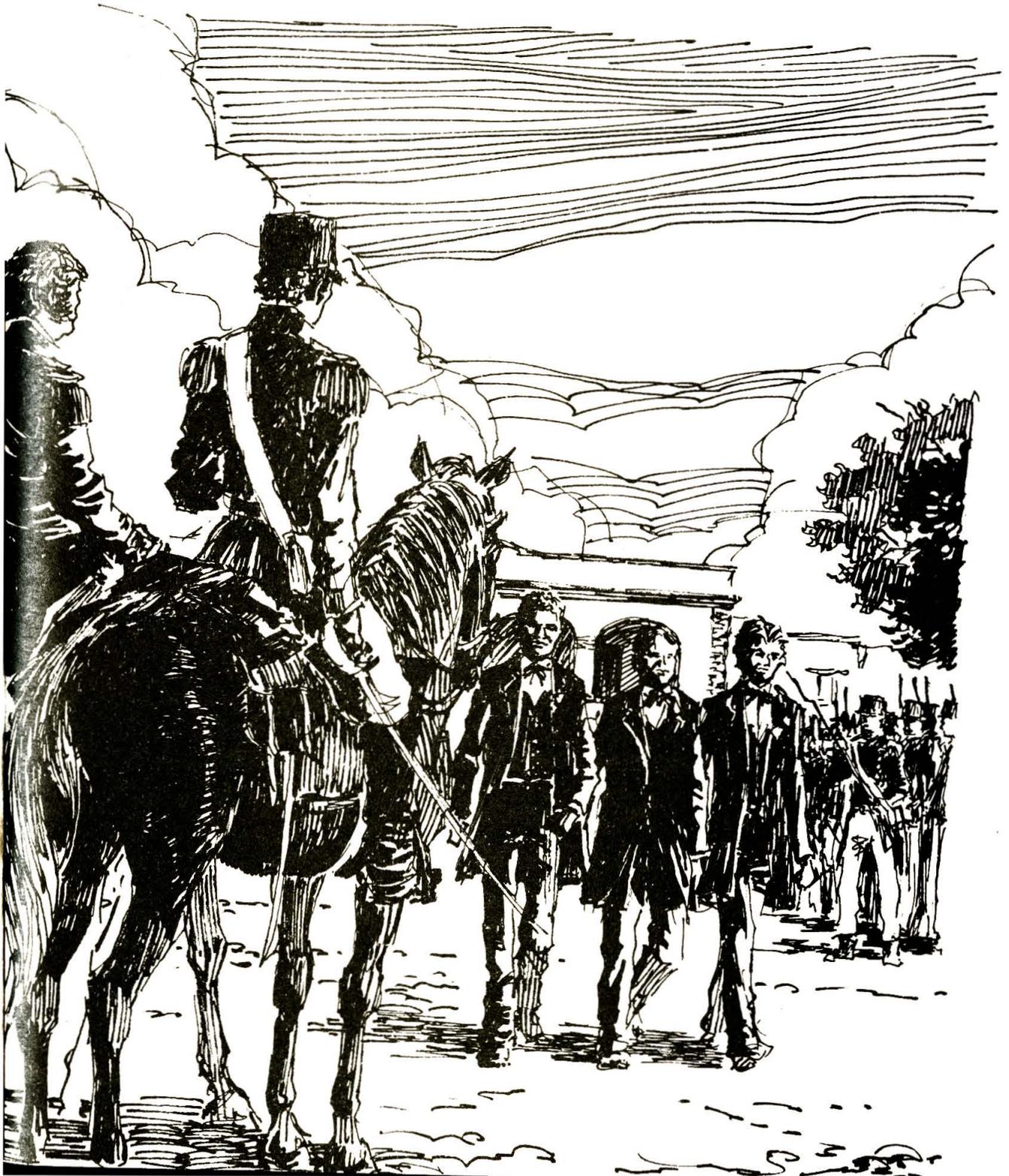
“Sensible a la honra que acabáis de hacerme, dispensándome vuestros sufragios para la primera magistratura del Estado, nada me será más lisonjero que saber corresponder a ella llenando el hueco de vuestras esperanzas, no por la gloria que de ello me

resultaría, sino por la satisfacción de veros, cual lo deseo, libres, felices, independientes y tranquilos, y en perfecta unión y armonía llenar vuestros destinos, cumpliendo religiosamente los deberes que habéis contraído para con Dios, para con la Patria, para con la Libertad y para con vosotros mismos.

“Me habéis dado una prueba inequívoca de vuestro amor, y mi corazón agradecido debe dárosela de gratitud. Ella es ardiente como los votos que formo por vuestra felicidad.

“Sed felices, hijos de Puerto Plata, y mi corazón estará satisfecho aun exonerado del mando que queréis que obtenga; pero sed justos lo primero, si queréis ser felices. Ese es el primer deber del hombre; y sed unidos, y así apagaréis la tea de la discordia y venceréis a vuestros enemigos, y la Patria será libre y salva. Yo obtendré la mayor recompensa, la única a que aspiro: el veros libres, felices, independientes y tranquilos”.

Lo que fue un pronunciamiento lo interpreta como “sufragios”; lo que una aclamación como “esperanzas”, y la otorgada presidencia como “el mando que queréis que obtenga”. Así les dijo que las urnas dirían la última palabra. Les desaprueba el procedimiento adoptado diciéndoles “sed justos” y les promete sentirse satisfecho “aun exonerado del mando”, es decir, aun sin aceptarlo o derrotado en los comicios, si los sabe libres, felices y unidos. Así quiso señalarles el camino correcto a sus amigos de entonces y a los dominicanos de todos los tiempos.



Después de conocido en la capital lo ocurrido en Azua el 3 de julio, sabía Francisco Sánchez que sólo recibiendo del Cibao un decidido apoyo a la línea trinitaria sostenida por él y respaldada por el comandante de la plaza de Santo Domingo, general José Joaquín Puello, podría enfrentar la actitud rebelde de Santana y su oficialidad.

La confianza en este apoyo la fundaba Sánchez en la presencia de Duarte y Mella en la región norteña. Por su parte Mella entendió que con la proclamación de Duarte para la presidencia de la República los asuntos nacionales marcharían por su cauce natural y se consolidaría la rectificación efectuada el 9 de junio. Una tradición sostiene que Sánchez, no obstante su identificación con Duarte, consideró imprudentes los pronunciamientos del Cibao porque inducirían a los amigos de Santana a pasar igualmente por encima de lo pactado el 16 de enero, en provecho de su caudillo.

Así sucedió en efecto. Menospreciada ya la autoridad de la Junta por el ejército del Sur y enteradas de los sucesos del Cibao, las tropas santanistas se movieron amenazadoramente hacia Santo Domingo. Comenzaba así el contra-golpe que para anular los efectos de la acción del 9 de junio venían tramando Santana y Bobadilla con la connivencia del francés Saint-Denis. Su reacción se dirigía contra la Junta de Sánchez tanto como contra la presidencia de Duarte, pues sabían que ambas situaciones eran dos aspectos de un mismo frente.

En su marcha los santanistas se detuvieron en Baní. En la

capital cundió la alarma. La Junta envió a Santana sucesivos mensajeros exigiéndole no entrar con sus tropas en Santo Domingo y acatar su autoridad. Al mismo tiempo la guarnición de la capital se aprestaba a la defensa bajo la dirección de Puello. La guerra civil fue una desastrosa inminencia que alarmó a Sánchez considerando el peligro que implicaba para la seguridad exterior de la República.

En este crítico momento se movió entre los dos bandos el representante oficioso de Francia en aparente papel de mediador pero en realidad con la intención de forzar un desenlace favorable a Santana y el protectorado. Sostuvo enojosas entrevistas con Sánchez y Puello y reiteró su amenaza de retirarse de Santo Domingo y dejar en desamparo al nuevo Estado independiente si el gobierno destituía a Santana. La actitud y la dialéctica del francés ejercieron tal influencia en Puello, que se distanció de Sánchez y decidió no oponer las fuerzas bajo su mando a la entrada del caudillo militar.

Viéndose sin defensa armada, tuvo Sánchez que desistir de toda resistencia y se encaminó a San Cristóbal en procura de un entendido con el jefe en rebeldía. En la entrevista de ambos, que tuvo lugar en la iglesia parroquial, Santana se comprometió a entregar sus tropas al gobierno y retirarse a su casa para atender a sus quebrantos. Según un testimonio de la época, hasta prometió apoyar la presidencia de Duarte. Pero estos propósitos sólo fueron un efecto pasajero del fuerte ascendiente personal de Sánchez.

El ejército expedicionario hizo su entrada en la ciudad, sin incidentes, el 12 de julio y una vez en ella violó las promesas de su jefe. Al son de cornetas y tambores, y con banderas desplegadas, recorrió las calles y luego se alojó en la fortaleza junto a la guarnición de la ciudad, haciendo caso omiso de la expectante Junta, reunida en el palacio, y libertando a personas detenidas por sus actividades reaccionarias.

Al otro día, 13 de julio de 1844, se formaron las tropas en la plaza de Armas. Sánchez, Pina y Pérez estaban en el palacio rodeados de algunos leales. Sin la más mínima protección militar, sólo les quedaba la simpatía de los capitaleños, quienes a falta de armas adoptaron desde aquel día una insignia floral: el impoluto jazmín de Malabar, abundante en los patios de Santo Domingo, a manera de desafío romántico a la fuerza bruta. En

las cabelleras de las muchachas y en las solapas de los jóvenes de la capital dominicana, esa flor fue en lo adelante el símbolo del ideal trinitario, opuesto a las bayonetas de la reacción. Siendo la divisa de “los filorios”, al jazmín de Malabar se le llamó desde entonces “la filoria”. De esta flor dirá Duarte en unos versos:

Es cual rosa de montaña,
de Quisqueya flor sencilla,
que da vida y no mancilla
ni tolera flor extraña.
Rosa, cruz, por fin, y estrella
ante Dios omnipotente,
con que ha iluminado el Ente
de los entes a Quisqueya.

A las once se presentó Santana en la plaza, a caballo, rodeado de los suyos. Tras los toques de saludo hubo gritos de “¡Abajo la Junta! ¡Viva el general Santana! ¡Viva el jefe supremo del pueblo! ”

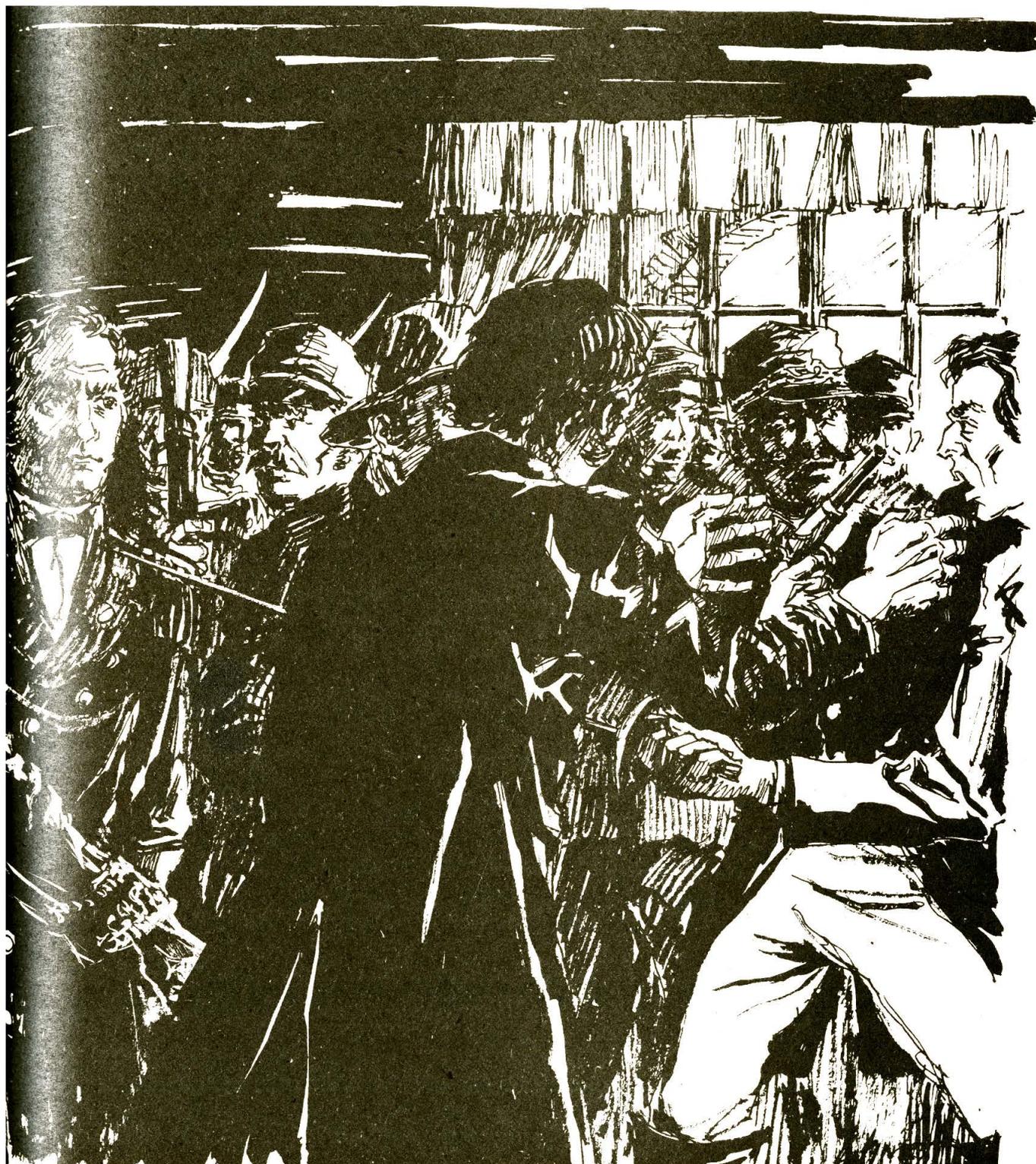
Los trinitarios decidieron bajar a la plaza y enfrentar directamente, solos y desarmados, al general aclamado. El primer movimiento de los insubordinados fue de sorpresa y respeto. Les abrieron paso y cesaron las voces. Se detuvieron ante Santana e intentaron hablar pero algunos sables se desenvainaron y hubo gritos otra vez: “¡Abajo los filorios! ” Esta expresión era un rechazo a su condición de hombres ilustrados, lo cual contribuyó a caracterizar el sentido de aquel momento.

“Era tal la majestad de su porte y la serenidad de sus semblantes —dice Rosa Duarte en sus Apuntes— que a pesar de querer destruirlos, no se atrevían a tocarlos”. Luego agrega: “Ellos, los dignos hijos de mi amada patria, los que tantas pruebas tenían dadas de valor, abnegación y patriotismo, sin darse cuenta del peligro que corrieron, atravesaban las turbas retirándose a sus casas. Al fin el terror invadió la ciudad; todo era confusión y espanto. El pueblo temblaba bajo el imperio del sable”.

Estas palabras las recogió sin duda la cronista, de los propios labios de Duarte, cuando años después rememoraba el suceso según le había sido relatado.

Una proclama lanzada por el general Santana al día siguiente, 14 de julio, dio una primera forma de gobierno de facto a la sublevación militar, pero todavía la situación no se definía. No se tomaba ninguna medida directa contra los inermes miembros de la Junta y éstos volvieron al palacio ese día y el 15, portando apenas sus propias espadas.

La proclama, redactada por Bobadilla y firmada por su jefe, estaba dirigida al pueblo y el ejército. En ella les decía Santana que colocado en la presidencia del gobierno provisional que regía el país desde que “un puñado de patriotas” había dado el grito de separación y libertad, no quería aceptar la autoridad ilimitada que se le había conferido pero sí “la suficiente” para reorganizar la Junta y mantener en ella a quienes legalmente la componían, hasta la formación del gobierno definitivo, jurando no cansarse de gritar a sus conciudadanos: “Amigos, hermanos, indulgencia, paz, unión”.



Bien pronto demostraron los hechos lo lejos que estaban de ser sinceros los deseos de indulgencia y unión expresados por Santana en su proclama del 14 de julio. En la mañana del 15 pasó de la fortaleza al palacio resuelto a definir la situación. Allí estaban Sánchez, Pina y Pérez. El ruido de sables y espuelas les anunció la llegada del jefe militar y acompañantes. La decisión de éstos era imponer una reestructuración de la Junta expulsando a los duartistas. Así se lo expresaron cuando los tuvieron delante. El santanista coronel Juan Ruiz gritó:

— ¡Esta Junta no existe desde que el general Santana fue proclamado jefe supremo!

Juan Isidro Pérez, fuera de sí, dirige duros epítetos a Juan Ruiz. Su indignación le impide medir el peligro. Ruiz le responde con palabras desafiantes y ambos desenvainan sus aceros. Santana trata de evitar el lance y se produce recio forcejeo. La emoción enajena a Pérez. En él se mezclan ahora el valiente patriota y el actor trágico de los días de la Sociedad Dramática.

— “Si Roma tuvo un Bruto, Santo Domingo también lo tendrá!” —exclama. Y rápidamente dirige su espada al caudillo sublevado. Este apenas se inmuta y requiere su sable al tiempo que los de su escolta lo protegen blandiendo machetes, trabucos y pistolas. La conmoción se extiende hasta la plaza.

— ¡Asesinan al general Santana! —es el clamor que desciende desde el palacio.

Los hermanos Felipe y Abad Alfau hacen esfuerzos por

aplacar los ánimos pero el irreflexivo Juan Ruiz los anula ordenando a subalternos acabar con Pérez. Este salta, se hace un claro con su arma y defiéndese con habilidad de espadachín. Cuando la tragedia parece inevitable se mueve Felipe Alfau y libra al antiguo compañero trinitario de una muerte segura. Es su adversario político pero también es el viejo amigo cuya grandeza de alma conoce. Lo agarra fuertemente y baja con él escudándolo. Cuando la tropa santanista formada en la plaza ve salir a Alfau sujetando a Pérez supone en éste al matador de Santana. Y le va encima. Por fortuna ahí está —por puro azar, según su relato— el cónsul Saint-Denys, y Alfau le solicita amparar a Juan Isidro. El francés no vacila en acceder, no obstante ver en Pérez “al enemigo más encarnizado de Francia”, y lo lleva a su casa (hoy residencia del arquitecto Manuel del Monte, en la calle Padre Billini).

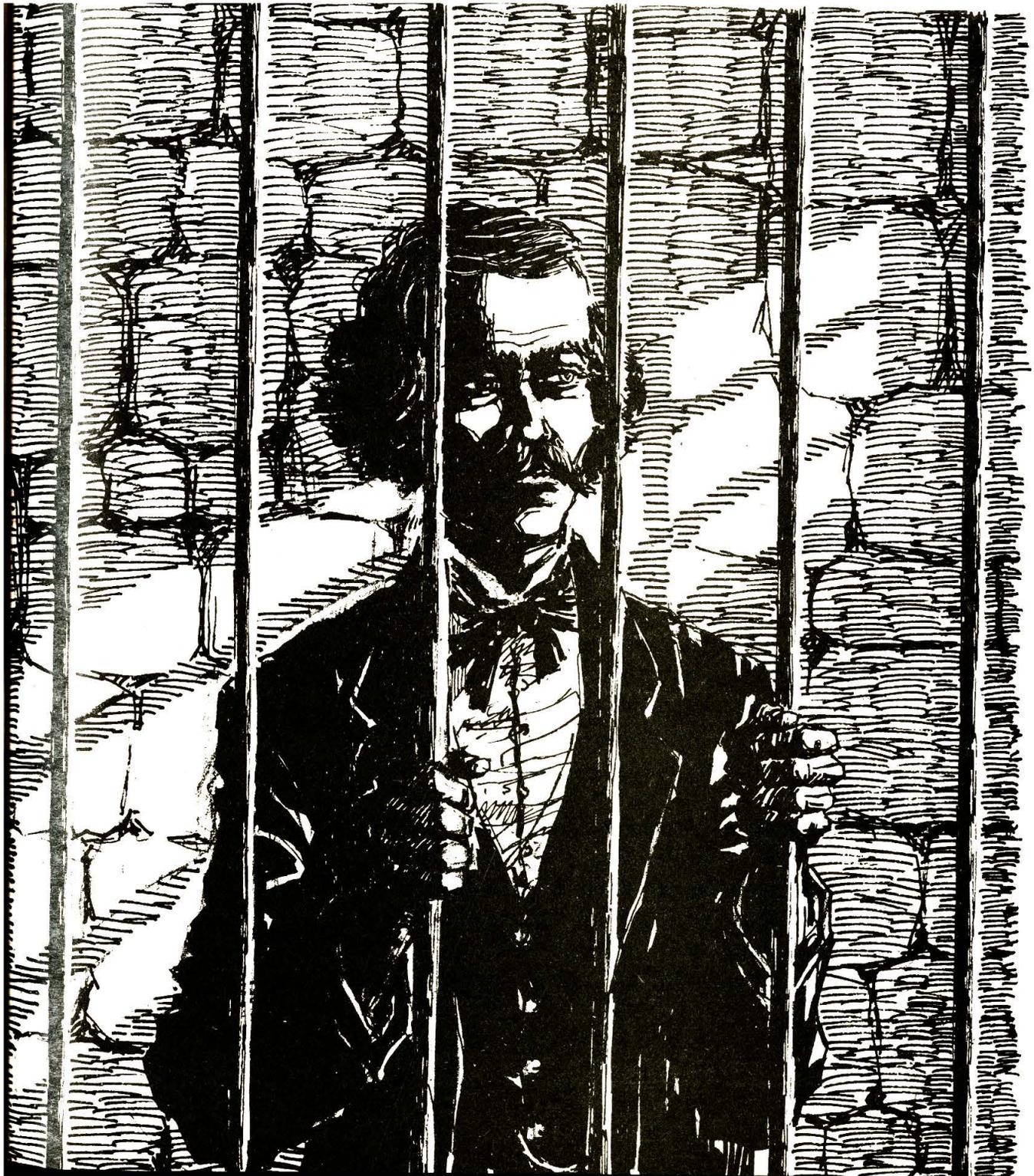
Restablecida la calma, los reaccionarios protectoralistas quedaron hechos cargo, sin ceremonia alguna, del gobierno. Contra toda lógica expectativa, en los días siguientes no renovaron su petición a Francia. Más de una circunstancia concurrieron a ello, pero la principal fue, sin duda, la fuerza moral del nacionalismo de los vencidos duartistas.

El 16 de julio hubo en palacio una reunión promovida por Santana y Bobadilla a la que fue Sánchez invitado. Con la esperanza de que podía volverse a la concordia aceptó concurrir el depuesto presidente. El objeto era formar una nueva Junta. El proclamado jefe supremo leyó una declaración reclamando “todas las facultades necesarias para mantener el orden público y la seguridad de los habitantes, y para tomar todas las demás medidas que fueren precisas a la defensa del país”.

En seguida se dio cuenta Sánchez de que Santana, lejos de propiciar el avenimiento con los duartistas, como lo hacía esperar su proclama del 14, lo que se proponía era iniciar la persecución contra Duarte, Mella y sus partidarios. Se levantó airado y tomó el camino de su casa. El 18 era ya un prisionero en unión de Pina.

Al conocerse en el Cibao los graves sucesos de la capital, la consiguiente conmoción tomó forma en dos corrientes diferentes.

Entre los duartistas el primer impulso fue marchar sobre la capital y someter por la fuerza al ejército del Sur, pero después



Los coroneles Juan Luis Franco Bidó y Domingo Mallol, comisionados por Mella el 3 de julio para notificar a la Junta Central Gubernativa la exaltación de Duarte a la presidencia de la República, llegaron a Santo Domingo el 24 del mismo mes llevando una comunicación fechada el 19. Hacía once días que Santana había entrado en la capital y ocho que no existía la Junta presidida por Sánchez.

Es muy probable que el 19 en Santiago, al enterarse Mella del cambio ocurrido, cambiara un primer mensaje por el que se conoce, en el cual manifiesta a la Junta que “los pueblos y el ejército del Norte, ansiando por un gobierno definitivo, han proclamado Presidente de la República Dominicana al General Duarte, con la condición de que salve el país de la dominación extranjera, convoque la Constituyente y remedie la crisis de la Hacienda Pública”.

Santana saltó de su asiento cuando lo leyó y con Bobadilla se dirigió a la fortaleza. Momentos después el ejército se formaba en la plaza de Armas. Sonaron las fanfarrias para atraer a la gente y un oficial a caballo dio lectura a una violenta proclama. Mediante ella el gobierno denunciaba y condenaba en términos durísimos lo ocurrido en el Cibao y declaraba traidores a la Patria a los generales Duarte y Sánchez, a los coroneles Pina y Pérez y a cuantos apoyaban la presidencia de Duarte.

A continuación de la lectura, algunas voces pidieron la cabeza del proclamado presidente. El mismo día agentes santanistas comenzaron a recoger firmas al pie de un documento

en que se pedía castigo ejemplar a los culpables. La noticia llegó a la casa de los Duarte en Santa Bárbara como una onda de mortal estremecimiento. Doña Manuela y sus hijas temblaron pero pensaron que Juan Pablo estaría bien defendido en el Cibao.

El español Juan Abril se negó a firmar la petición que circulaba en la ciudad y al otro día, previendo que Santana dominaría la situación en todo el país y que Duarte iba a ser aprehendido, como ya lo estaban Sánchez, Pina, Vicente Celestino y otros, para ser fusilado con éstos, preparó otra hoja en que se solicitaba al gobierno la expulsión de los vencidos. Sabía el peninsular que tampoco merecían esta pena pero el objeto era evitar su muerte. Este nuevo documento fue firmado por muchos padres de familia.

La goleta de guerra “Separación Dominicana”, capitaneada por Juan Bautista Cambiaso, fue despachada por el gobierno con destino a Puerto Plata llevando alguna tropa, y con órdenes de prisión contra Duarte y Mella. Santana tenía buenas razones para pensar que la labor de captación de guerreros nortños hacia su causa a que estaba entregado Pedro Ramón de Mena tendría buenos resultados y dejaría sin apoyo militar a ambos paladines.

El 28 de julio llegaba Mella con su séquito a la ciudad de Santo Domingo, ajeno a la actitud recalcitrante de Santana y al terror que reinaba en la capital. Al entrar a la ciudad por la puerta del Conde fue hecho preso y llevado amarrado al palacio de gobierno, no obstante alegar que venía en calidad de parlamento en una misión de concordia y paz. En la puerta del palacio fue cobardemente ultrajado por José Familias, tío materno de Santana, y conducido a presencia de éste.

Indignado al máximo por la arbitrariedad con que habían sido tratados él y los miembros de su séquito, el héroe del trabucazo se las cantó claras al nuevo presidente de la Junta, aun previendo el fin que se le podía tener reservado. Luego fue encerrado en la torre del Homenaje, en cuyos calabozos quedó reunido con sus antiguos compañeros.

Individuos expresamente enviados se acercaron a los cautivos para insinuarles que podían librarse de la muerte o del destierro, y puestos en libertad, si se manifestaban contra Duarte. Todos rechazaron las insinuaciones. La respuesta de Pina ha llegado

hasta nosotros: “Dígale al general Santana que prefiero no sólo el destierro sino la muerte antes que negar al hombre que reconozco como caudillo de la Separación”.

A la diligencia de Juan Abril se agregó una petición directa del principal financista del gobierno, Abraham Coën, al general Santana, que fue decisiva para descartar el fusilamiento de los prisioneros: “Expúselos usted —le dijo— si lo cree necesario, pero no cometa la locura de fusilarlos”.

El 22 de agosto, sin formación de causa y sin oír a los acusados, la Junta dictó una resolución con visos de sentencia judicial por la cual, considerando “necesario obrar a verdad sabida, buena fe guardada y con la primera mira de salvar la salud pública, que es la suprema ley, . . . declara que los generales de brigada J. P. Duarte, Ramón Mella, Francisco Sánchez; los comandantes Pedro Pina, Gregorio del Valle, Juan Jiménez y el capitán J. J. Illás y el Sr. J. Isidro Pérez, . . . han sido traidores e infieles a la Patria, y . . . ordena que todos ellos sean inmediatamente desterrados y extrañados a perpetuidad del país. . .”.

En cumplimiento de lo dispuesto, el 26 de agosto fueron embarcados Sánchez, Mella, Pina e Illás en el bergantín inglés “Capricorn”. En la cárcel quedaron los duartistas Manuel María Valverde, Vicente Celestino Duarte y su hijo Enrique, Félix y Montblanc Richiez, José Ramón Ortiz, Buenaventura Freites, José Diez, Mariano Changas, Rafael Rodríguez y Cesáreo Prado.

El 27 de agosto, estando en el muelle de Puerto Plata la goleta de guerra “Separación Dominicana”, un piquete dirigido por el propio Pedro Ramón de Mena reducía a prisión a Duarte y sus oficiales en la casa campestre de Dubocq. El amigo hospedante los acompañó hasta el fuerte de San Felipe. El Padre Regalado los vio cuando bajaban de las faldas de Isabel de Torres seguidos de sus aprehensores y al respecto ha dejado un conmovedor testimonio.

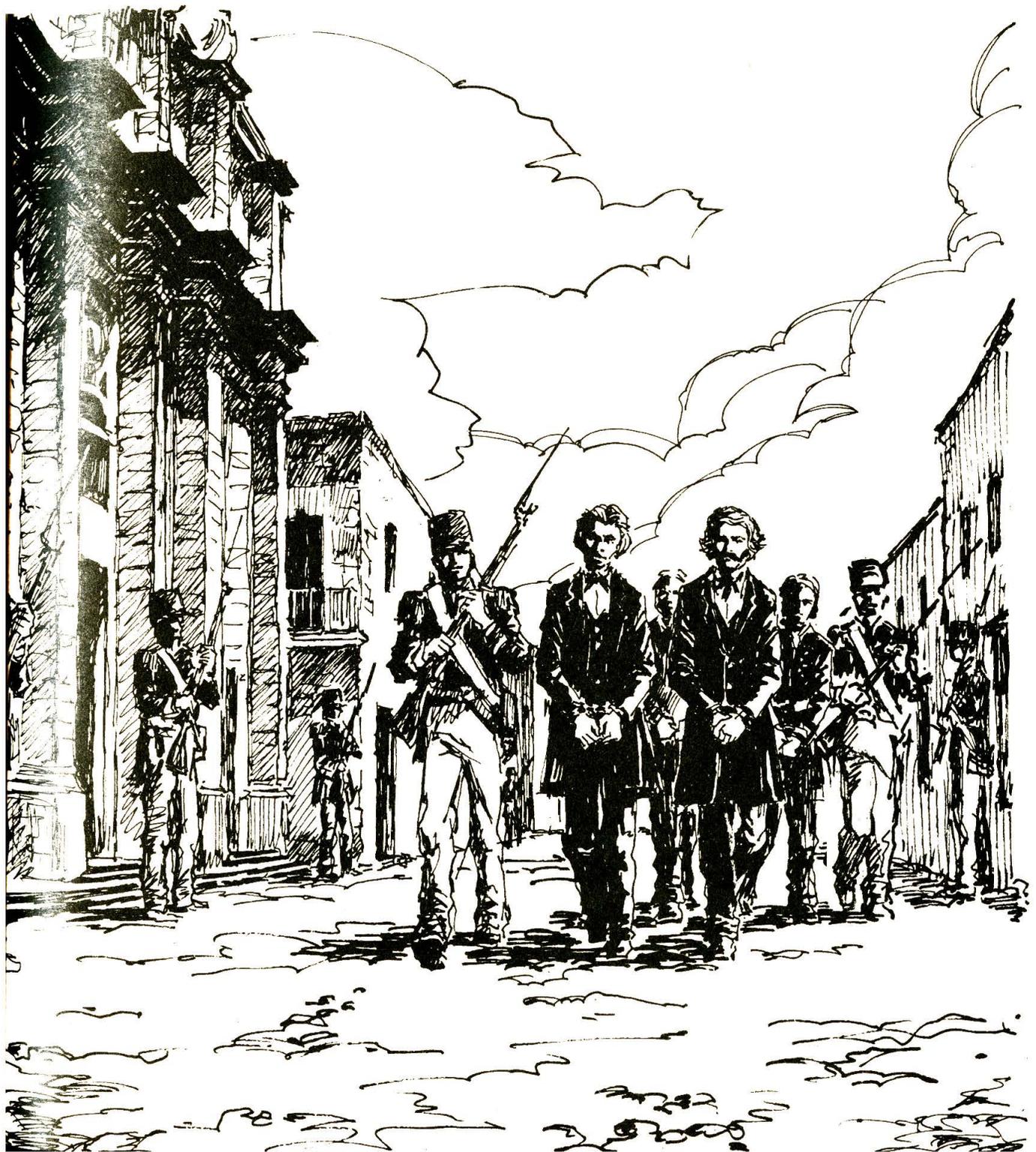
El mismo sacerdote visitó a Duarte al día siguiente en la cárcel y de su visita dejó igualmente una patética constancia escrita:

“Venciendo la repelente rudeza de las autoridades santanistas y como sacerdote que iba a llevar consuelos espirituales a un detenido, encaminéme al fuerte al día siguiente, 28 de agosto, conduciéndoseme a una celda encajonada y sombría del castillo,

que ya me era conocida. No me fue permitido pasar de su vestíbulo al negarme ofendido a que se me registrara. Duarte, al verme, acercó su atormentada cabeza como nimbada de dolor y desventuras contra los enmohecidos barrotes de la puerta. Qué de hondos tormentos agobiaban aquel espíritu. . .”.

El Padre Regalado termina su relato diciendo que después de su conversación con Juan Pablo lo dejó aquella tarde consolado pero que fueron inútiles sus esfuerzos por verlo de nuevo pues se había dado orden de incomunicarlo.

El doloroso trance provocó en Duarte una nueva irrupción de su paludismo. Altas fiebres le acometieron en el llamado “cubo” de Puerto Plata mientras esperaba ser trasladado a la nave que lo conduciría a Santo Domingo, parecidas a las sufridas en el pasado enero cuando desesperaba por obtener recursos para llevar a su pueblo la libertad y decidía poner al servicio de ésta el patrimonio de él y de su familia.



Hacia el 29 de agosto de 1844 ocurrió un hecho tan extraordinario que parece una leyenda. Un hecho de los que más embellecen la historia dominicana. Hasta Juan Isidro Pérez, asilado a bordo de la bricbarca francesa “Euryale” navegando sobre la costa norte de la Isla, ha llegado la noticia de que Duarte, su venerado maestro y jefe, está preso en Puerto Plata y va a ser fusilado. Sostiene una recia discusión con el capitán de la nave para que le permita desembarcar y lo consigue después de amenazar con tirarse al agua. Su determinación es entregarse a las autoridades santanistas para que lo fusilen junto a Juan Pablo.

Se presenta e identifica en el fuerte de San Felipe y como consecuencia ve cumplido su deseo de que lo encierren junto a Duarte. El patricio no sale de su asombro ante lo ocurrido. A su satisfacción de estar con el amado discípulo en aquella increíble prueba de lealtad se sobrepone el dolor de verlo expuesto a la muerte después de haberse puesto a salvo, y se lo reprocha. Juan Isidro le contesta:

“ ¡Sé que vas a morir y he venido a cumplir el sagrado juramento de dar la vida junto con la tuya! ”

Tras las efusiones del primer momento, fue interminable el diálogo sostenido por los dos trinitarios. La fuente de los temas de común interés parecía inagotable. Se contaron sus respectivas vicisitudes e hicieron cuantas evocaciones les eran caras. Hasta rieron en ocasiones recordando episodios jocosos. En el curso de

la conversación obtuvo Duarte noticias de su familia y amigos y de los sucesos de la capital hasta la salida de Pérez.

No tardó el momento en que los prisioneros fueron conducidos a la goleta “Separación Dominicana”. En ella los recibió con muestras de consideración el capitán Cambiaso, no obstante su condición de reos del delito de sedición. A bordo conocieron la resolución de la Junta que los condenaba a destierro perpetuo en vez de a muerte. ¡Declarados traidores a la Patria los creadores de la Patria!

En la madrugada del 2 de septiembre estaba anclada en el Placer del Estudio la “Separación Dominicana”. El movimiento de chalupas entre el muelle y el barco indicó a los vecinos de Santo Domingo que algo inusitado ocurría. Al notar el acuartelamiento de las tropas y un patrullaje especial en las calles de las Damas y Santa Bárbara tuvieron la certeza de que traían a Duarte preso desde Puerto Plata.

A medio día una doble hilera de soldados se extendía desde el muelle hasta la puerta de prevención de la fortaleza y dos piezas de artillería guarnecían la puerta de San Diego. Estas medidas fueron la mejor prueba de la popularidad de los caídos, a cuyas posibles consecuencias sólo cabía oponer el argumento de las armas.

A esa hora no se susurraba solamente que traían a Duarte sino que venían presos “los tres Juanes”: Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez y Juan Evangelista Jiménez. Fray José Antonio de Bonilla fue el encargado de confirmar la terrible nueva a la madre del patricio: “Señora, la mano de Dios está amorosamente sobre vuestra cabeza y sobre vuestra familia. Implórese su misericordia. Juan Pablo está preso y desembarcará esta tarde. Bienaventurados los que lloran”.

A las cuatro de la tarde estaba en el muelle la goleta y de ella salían, rodeados de bayonetas, los condenados. Un silencio de Viernes Santo fue la expresión de la tristeza de la ciudad cuando los vio recorrer a pie la calle de las Damas hasta la fortaleza.

A Juan Pablo, Gregorio del Valle y Juan Evangelista Jiménez se les notaban las señales del quebranto de salud. El único que lucía saludable, no obstante su delgadez, era Juan Isidro Pérez. Su expresión era de orgullo, como feliz de pregonar con su presencia que él compartía voluntariamente la suerte de su venerado caudillo.

En la secular fortificación, el calabozo conocido como “el profeta” fue el alojamiento de los patriotas. En celdas cercanas estaban Vicente Celestino, su hijo Enrique, Rafael Rodríguez, Cesáreo Prado y los hermanos Félix y Montblanc Richiez.

En la cárcel del Homaneje Duarte fue peor tratado que en la de Puerto Plata. Se llegó al extremo de engrillar a aquel campeón de la libertad que sólo había dado ejemplos de nobleza, sacrificio, respeto a los principios y bondad.

El recuerdo de los hierros lacerantes aplicados a sus pies es lo que seguramente hará decir al propio Duarte, en nota que copiará su hermana Rosa: “Echemos un velo sobre los días que transcurrieron hasta mi embarque para Hamburgo. . .”.

Promediaba el 10 de septiembre cuando los detenidos fueron sacados de sus celdas y se les anunció que serían embarcados. A las familias de los presos les fue permitido saludarlos y proveerlos de ropa gruesa y de algunas monedas reunidas entre parientes y amigos. Se les entregaron sendos pasaportes y esperaron.

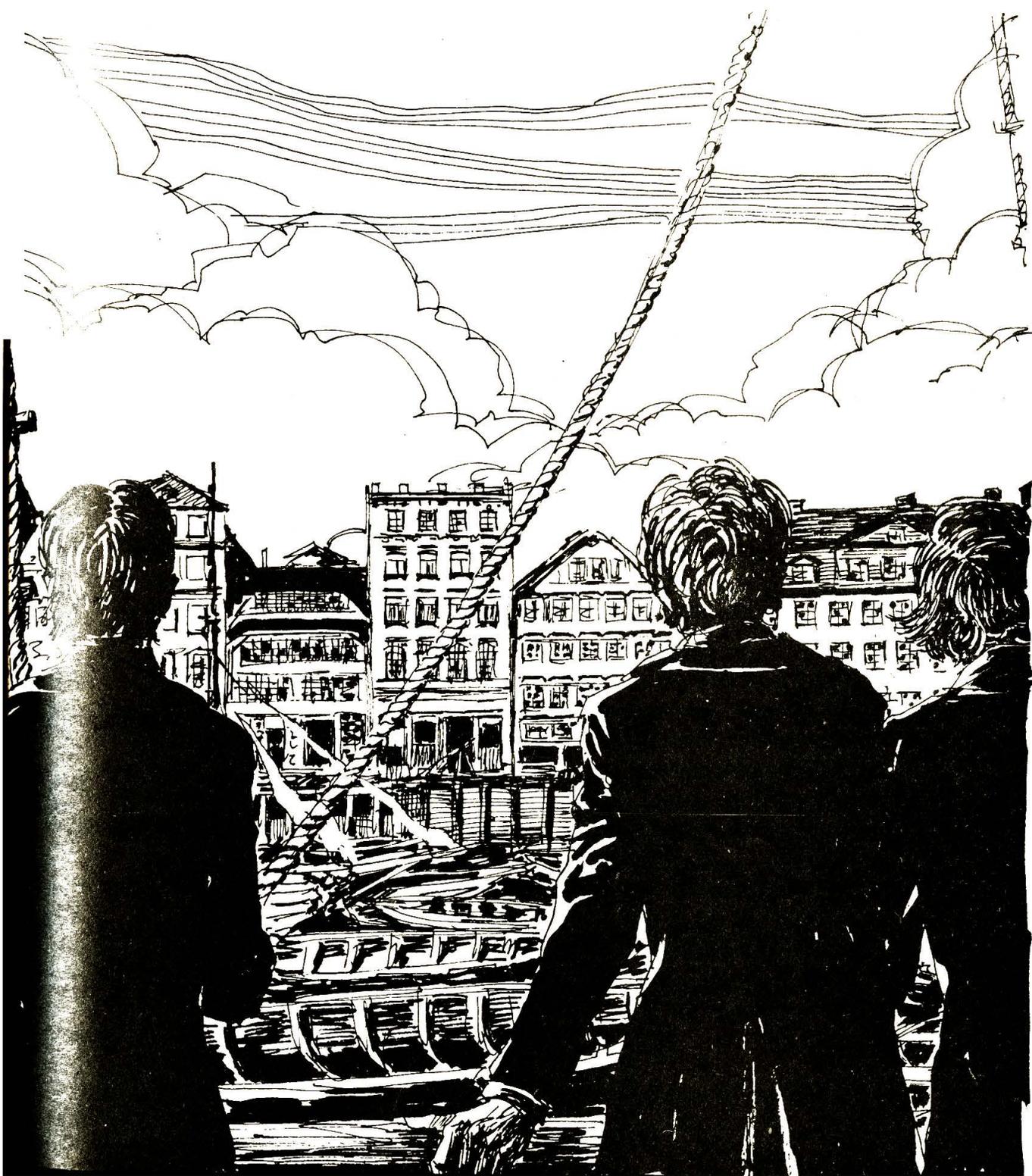
“A las seis de la tarde —relata el propio Duarte—, rodeados de numerosa tropa bajamos al muelle. Yo iba enfermo, con las calenturas que había traído de Puerto Plata. Me apoyaba para poder andar en los brazos de mi hermano Vicente y su hijo Enrique. Al llegar al bote que debía conducirnos a bordo del buque nos hicieron separar, pues los opresores de la Patria, para hacernos más dolorosa la separación nos confinaron a distintos puntos. Mi hermano Vicente y su hijo Enrique fueron confinados al Norte de América”.

En el bote destinado a Duarte estaban Juan Isidro y los hermanos Richiez y los tres fueron llevados a un bergantín que zarpaba esa noche para Hamburgo vía Saint—Thomas. A Vicente, Enrique, Gregorio del Valle y Juan Evangelista Jiménez se les condujo a otro barco que salía rumbo a New York.

La noche había caído y desde el bote que se alejaba vio Juan Pablo desdibujarse en las sombras, como si desaparecieran por siempre, las siluetas de sus seres queridos y los contornos de su ciudad natal, que nunca más volvería a ver.

El recuerdo de aquella noche tenebrosa y de las tristes palabras de despedida, asociado a las reflexiones que le provocó el ver deportados como traidores a quienes más leales habían sido con su pueblo, le inspiró este breve y magistral romance:

Era una noche sombría
y silenciosa y de calma;
era una noche de oprobio
para la gente de Ozama;
noche de mengua y quebranto
para la Patria adorada.
El recordarla tan sólo
el corazón apesara.
Ocho los míseros eran
que mano aviesa lanzaba
en pos de sus compañeros
hacia la extranjera playa.
Ellos que al nombre de Dios,
Patria y Libertad se alzarán;
ellos que al Pueblo le dieron
la independencia anhelada,
lanzados fueron del suelo
por cuya dicha lucharán.
Proscritos, sí, por traidores
los que de lealtad sobraban.
Se les miró descender
a la ribera callada;
se les oyó despedirse,
y de su voz apagada
yo recogí los acentos
que por el aire vagaban.



Cuarenta y seis días transcurrieron antes de que el bergantín llegara a la ciudad libre y hanseática de Hamburgo. Era el 26 de octubre de 1844 y se dejaba sentir incisivamente en la carne de los mal abrigados viajeros el frío anunciador del próximo invierno. Desde cubierta admiraban ellos la belleza y el movimiento de aquel puerto alemán, uno de los más importantes de Europa, al que se llevaba buena parte de la producción tabaquera dominicana. Al fondo podían ver las casas de la ciudad, pintorescas en su estilo nórdico, y las altas torres de las iglesias.

Llenados a bordo los trámites policiales, fueron guiados hasta una cercana "shifferhaus", una hospedería de marineros, frente al muelle en que había atracado el buque. Estaba en la casa No. 12 de la calle "Erste Vorsetzen". Era el hospedaje más económico en que podían alojarse. Duarte, Pérez y los Richiez se valieron del francés o del inglés que poseían para entenderse con Georg Friedrich Schultz, el dueño de la posada.

Para Juan Pablo no era una novedad arreglárselas en una ciudad europea ni tampoco la temperatura otoñal reinante, pero sí lo era para Juan Isidro y los Richiez. Mientras aquél se adaptaba a la nueva situación y planeaba los medios de conectarse con quienes pudieran orientarle para conseguir ocupación, Juan Isidro buscaba la ocasión de embarcarse otra vez para regresar al trópico. No tardó cinco días en conseguirla y se lo comunicó a Duarte rogándole la aprovechara. Juan Pablo prefirió permanecer en Hamburgo, aun a trueque de aumentar

las penas del destierro quedándose solo. Sus fiebres persistían y además deseaba evitar que su traslado a un lugar cercano a Santo Domingo diera lugar a intrigas disociadoras. Con el alma deshecha despidió a su entrañable Juan Isidro y también a los Richiez, que optaron por acompañarlo.

Al quedarse en la ciudad, la Policía de Hamburgo proveyó a Duarte, el 31 de octubre, de una cédula de permanencia que llevaba el número 6412. Con este documento y con sus credenciales masónicas se encaminó a una de las logias de la ciudad y en ella fue recibido el 5 de noviembre e invitado a un banquete. Desde entonces contó con amigos que percatados de su calidad personal y de su condición de patriota perseguido le prodigaron atenciones y lo acompañaron a sitios interesantes de Hamburgo. Uno de sus nuevos amigos lo fue el Sr. Chatt, que le dio lecciones de alemán. También aprovechó Juan Pablo el tiempo estudiando geografía e historia con el auxilio de un gran atlas adquirido por él en una de las librerías que visitó.

El 15 de noviembre de 1844 apareció en el número 272 del periódico hamburgués “*taats—und Gelehrten Zeitung des Amburvischen Unparteüschen Correspondenten*” una información sobre Santo Domingo, reveladora de que Duarte suministró noticias a la prensa, que ésta unió a otras procedentes de otras fuentes. El suelto dice:

“Oímos de Santo Domingo que se ha abandonado por completo la idea de un protectorado francés y que Samaná, cuya ocupación por parte de Francia había sido antes tema de conversación, había sido ocupada por tropas de la joven república. La Asamblea Constituyente ha tomado ya importantes resoluciones. Así, fue levantada la antigua disposición de la Constitución haitiana que prohíbe cualquiera inmigración de colonos. A causa de una reclamación española presentada con motivo de esclavos escapados de Puerto Rico, fue sostenido el fundamento de que todo esclavo era hombre libre al pisar el suelo de la República”.

De la misma época parece ser una composición poética que Duarte intituló “Tristezas de la noche”. En ella dice que “triste es la noche, muy triste” para el marinero que “acosa la tempestad”; para “el infeliz viajero” que “descarrió la obscuridad”; “para el mísero mendigo” que “maldice la sociedad”, y para el patricio en el exilio. Y agrega:

Mas el pobre marinero
espera serenidad,
y al extraviado viajero
aguarda la claridad,
y al infeliz pordiosero
socorre la caridad.
Mientras que del expatriado
no cambia la suerte ruda
y aun la misma muerte cruda
parece que le ha olvidado.

.....

Otra composición de Duarte expulso se llama “Desconsuelo”. En ella contrasta la amistad de muchos que en tiempos anteriores lo habían acompañado, con su actual “falsía”, después que sus enemigos triunfantes “llamáronle infiel, brindándole en burla vinagre con hiel”. En la misma composición alude a la novia, “su amado tesoro” y le pide a la noche que guarde su secreto dolor: “No digas a nadie le has visto llorar”.

Hay una tercera composición en que también se dirige a la noche y le pide que oculte su “acerbo pesar”.

Las notas que dejó el patricio acerca de su breve estancia en Hamburgo revelan que tuvo amigas, en el sentido más inocente de la palabra:

“Debo a la alta sociedad hamburguesa, o si se quiere, a la aristocracia, muchas pruebas de estimación y respeto; el considerar que estaba sufriendo por mi patria me atrajo muchas simpatías, hasta en el bello sexo. Las hamburguesas son afables, pero lo que las hace más amables es que unen la afabilidad al decoro”.

Con el andar de los días Juan Pablo “se puso bueno y muy repuesto” en Hamburgo. Se sabe porque de esa mejoría dieron testimonio Rosa y Francisca Duarte en carta al pintor y comunicado de la Trinitaria Alejandro Bonilla en 1888. La recuperación de la salud de Duarte en el buen clima nórdico tuvo que influir en su ánimo y hacer reverdecer un tanto sus ilusiones, pero la nostalgia era grande, agravada por el creciente frío y por los inevitables momentos de soledad, que él, aun siendo un hombre de treinta y un años, no sabía ahuyentar con tibias y acariciantes compañías. Su vocación era decididamente

ascética. Los amigos y amigas hamburgueses eran gente bondadosa, pero con ellos no podía haber la afinidad, la confianza y la frecuentación que con compatriotas e hispanoamericanos. Además, sus pequeñas reservas disminuían rápidamente y en la ciudad hanseática daba él ya por excluida la posibilidad de encontrar un quehacer remunerativo. En cambio en Venezuela era seguro. Por otra parte, su deseo de mantenerse informado acerca de su patria y su familia lo apremiaba cada vez más. Le había escrito a su madre, pero una respuesta no podía llegarle antes de pasar cuatro meses. Por consiguiente, resolvió viajar de nuevo y acercarse a sus seres queridos y a sus conciudadanos. Tal vez algunos compatriotas, expulsos o en el país, echaban de menos sus orientaciones.

El 30 de noviembre o poco después emprendía Juan Pablo la gran navegación atlántica en sentido inverso a como la había hecho. Se había despedido cumplidamente de sus hermanos masones, de su profesor de alemán, del posadero de la calle Erste Vorsetzen y también de servidores más humildes. En último balance, y a pesar de sus saudades, su permanencia a orillas del Elba había sido más bien grata, hasta donde podía serla en un desterrado.

En sus notas autobiográficas pondrá más tarde:

“Salí de Hamburgo acompañado del recuerdo de los que me honraron con su amistad”.



El viaje de retorno a América, después del mes y días pasados en Hamburgo, hizo patente a Duarte lo azarosa que era la vida de un desterrado. Su meta inmediata era la isla de Saint-Thomas pero pensaba en Venezuela. Este andar sin rumbo y sin destino le inspiró una composición que intituló "La Cartera del Proscrito", en que dice:

Cuán triste, largo y cansado,
cuán angustioso camino,
señala el Ente divino
al infeliz desterrado.
Ir por el mundo perdido
a merecer su piedad,
en profunda obscuridad
el horizonte sumido.

.....
Y andar, andar errabundo,
sin encontrar del camino
el triste fin que el destino
le depare aquí en el mundo
.....

El 24 de diciembre llegó a Saint-Thomas y así pudo abrazarse con compatriotas el día de Navidad y tener noticias frescas de su país. Existía todavía una República Dominicana libre y soberana, sin protectorados ni intervenciones, pero "ni

Riviére había atropellado y expulsado a tantas familias dominicanas como lo estaba haciendo Santana”. De aquí la cantidad de expulsos encontrados en la Isla, todos maquinando conspiraciones, y la esperanza que para ellos significó la presencia de Duarte, a quien quisieron asociar a sus planes.

“Llegué a Saint-Thomas y me encontré rodeado de consejeros”, escribe con irónica tristeza en su cuaderno de notas. Desde su punto de vista eran consejos detestables, cuando no absurdos. Que pasara a Haití en busca de ayuda para derrocar a Santana; que aprovechara el disgusto de España con los “afrancesados” para conseguir su apoyo contra el déspota. . .

“Todos pensaban en favorecer sus intereses; ninguno los de la Patria”, agrega. Y luego: “Mi negativa me atrajo malas voluntades de las que más tarde sufrí las consecuencias”.

Supo que su casa de Santa Bárbara era vigilada pero que el encargado de esta misión era su antiguo subordinado coronel Matías Moreno, que más bien la protegía; que su hermano Vicente y su hijo Enrique estaban en Venezuela; que era buena la Constitución votada el 6 de noviembre anterior, con excepción del artículo 210, el cual daba excesivas facultades al jefe del Estado mientras durara la guerra con Haití; que Santana había sido elegido presidente de la República por dos períodos consecutivos de cuatro años; que Duvergé había desalojado a los haitianos del cerro fronterizo de Cachimán; que se había solicitado la amnistía de los desterrados.

Le entregaron una copia impresa del discurso de Bobadilla en la instalación de la Asamblea Constituyente el 26 de septiembre anterior, en que falseaba los hechos preparatorios de la independencia y lo pintaba a él como un perturbador ambicioso. También “el satánico decreto” del 18 de enero de 1845 que creaba comisiones militares encargadas de juzgar “a verdad sabida y buena fe guardada” a quienes turbaran la tranquilidad pública.

Pero la noticia que ya en marzo lo sumió en el mayor dolor fue la del fusilamiento de Trinidad Sánchez y compañeros. Este crimen oficial había sido cometido el 27 de febrero de 1845. Se les condenó por “sedición” cuando en realidad lo único que persiguieron fue una humanización del régimen y el retorno de los expatriados.

— ¡La heroína de la puerta del Conde fusilada justo en el

aniversario de su gloria, cuando dábamos gracias a Dios por cumplirse un año de la independencia! —exclamó Duarte en el colmo de la desolación.

Desde entonces quiso vivir en soledad, con sólo Dios y su conciencia, y rehuyó el contacto de sus semejantes.

Todavía le faltaba sufrir otro gran golpe: la expulsión de su madre, hermanos y sobrinos. Al saberla marchó a La Guaira, se unió a Vicente Celestino y el 25 de marzo ambos recibían en aquel puerto venezolano a los expulsos, que eran Manuela Diez viuda Duarte, Filomena, Rosa, Francisca y Manuel Duarte y cuatro hijos menores de Vicente. A consecuencia de la brutal medida, Manuel había caído en un estado de demencia del que nunca se curará.

— ¡Todo por causa mía! —murmuraba Juan Pablo. —Ustedes tendrían razón si no quisieran soportar mi presencia.

—Estamos orgullosos de ti y ahora te amamos más —fue la respuesta.

En Duarte el deseo de alejarse de todo contacto con su país era cada vez más apremiante. Pensaba que desapareciendo él no habría más fusilamientos y expulsiones de duartistas.

Pasados unos días en La Guaira, los Duarte—Diez y los Duarte—Villeta se trasladaron a Caracas. Los hermanos Diez eran su amparo. Vicente y Juan Pablo hicieron arreglos para ejercer el comercio y llevar el sustento a la familia. Esta había vendido sus dos casas de Santo Domingo: la de la calle de Santa Bárbara en noviembre de 1844 y otra en la zona portuaria en marzo por causa de la expulsión.

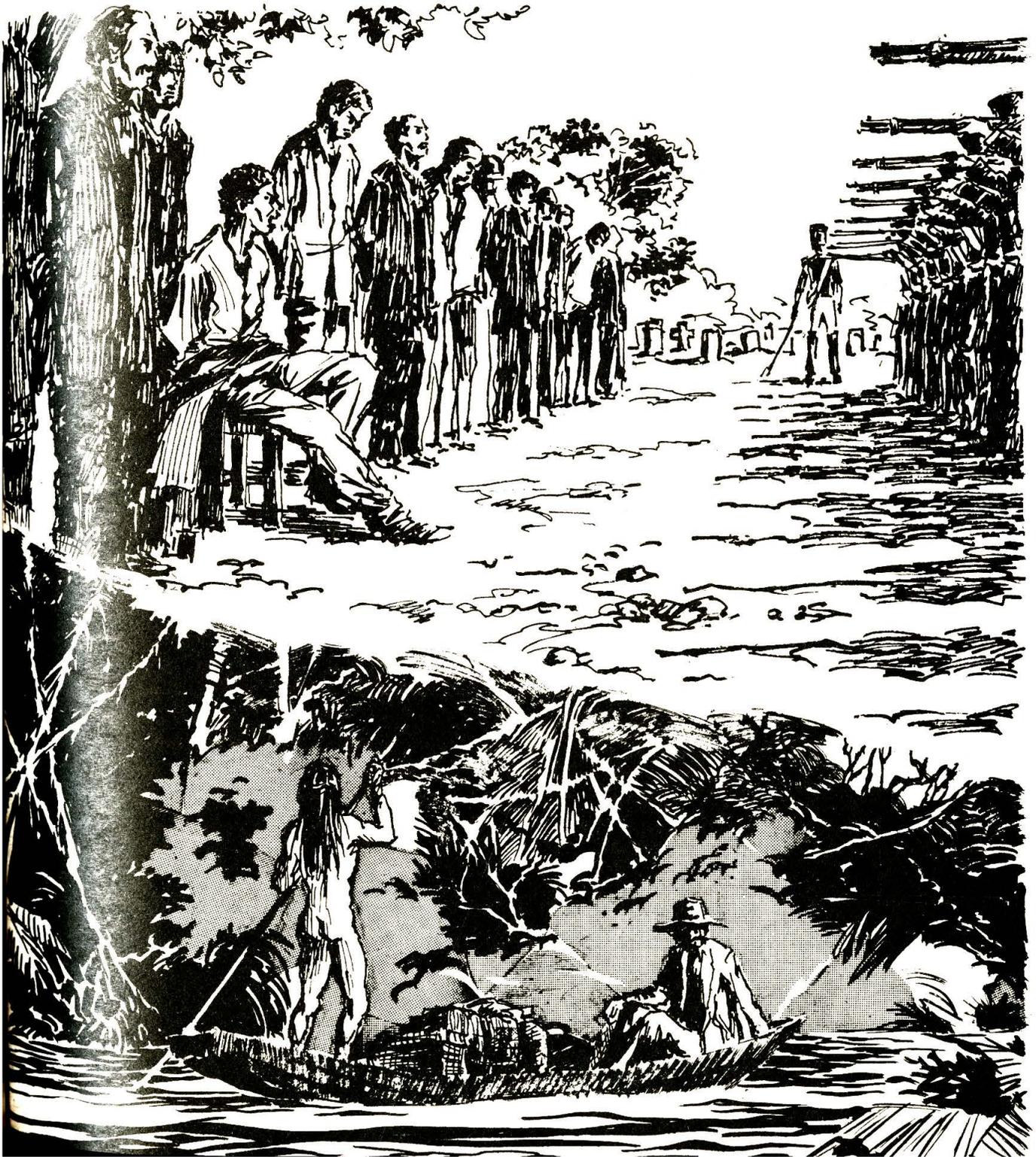
En Caracas tuvo Duarte noticias de sus compañeros de exilio, y viceversa. Se conoce parte de la correspondencia que sostuvo con Juan Isidro Pérez a partir de una carta que éste le dirigió a mediados de 1845, seguida de otra del 25 de septiembre en que le hablaba de Sánchez y Pina. “Nuestra conciencia, nuestra honradez y la Patria —le decía Juan Isidro— pareceme nos imponen el deber de sufrir hasta tanto brillen días más serenos. . .”.

En nueva carta contestando una de Duarte del 15 de noviembre, Pérez se complace al comprobar que coincide con él al juzgar el estado actual del país, al tiempo que le expresa su aflicción por conocer los padecimientos de los Duarte en el exilio. Luego le dice que la religión le proporciona el alivio a su

conciencia, sabiendo “no haber deseado toda su vida sino la libertad, felicidad y ventura de nuestra idolatrada Patria. . .”. En otro párrafo anticipa Juan Isidro el juicio de la posteridad diciéndole: “Sí, Juan Pablo, la historia dirá que fuiste el mentor de la juventud contemporánea de la Patria; que conspiraste, a la par que tus padres, por la perfección moral de toda ella; la historia dirá que fuiste el apóstol de la libertad e independencia de tu patria; ella dirá que no les trazaste a tus compatriotas el ejemplo de abyección e ignominia que le dieron los que te expulsaron cual a otro Arístides; y, en fin Juan Pablo, ella dirá que fuiste el único vocal de la Junta Central Gubernativa que, con una honradez a toda prueba, se opuso a la enajenación de la península de Samaná, cuando tus enemigos, por cobardía, abyección e infamia, querían sacrificar el bien de la Patria por su interés particular. . .”. Le da noticias del “benemérito y desgraciado” Francisco Sánchez y le pide que le escriba “y contribuyas con esto a aliviar un tanto el intenso y acerbo dolor de esta víctima. . .”. También hace un recuerdo honroso del coronel Norberto Linares.

Una tercera y una cuarta carta de Pérez a Duarte, ricas en testimonios de generosa devoción y acendrado patriotismo, no llegaron al parecer a manos de Juan Pablo porque ya éste no estaba en Caracas. Había salido en un largo viaje del que no regresará sino en 1862.

Las cartas de Juan Isidro de 1845 se conocen porque Rosa Duarte tuvo el cuidado de copiarlas en vista del aprecio que les dio su ilustre hermano. De las de Duarte a Pérez sólo se sabe por las referencias que éste hace en las suyas, reveladoras de una grandeza de alma que siempre mantuvo por encima de su enfermedad mental.



Las dos últimas cartas de Juan Isidro Pérez coinciden con el momento en que se inicia el gran paréntesis en la vida de Duarte. La referencia directa a este vacío en los Apuntes de Rosa no pasa de una línea: "Doce años estuvo errante en el interior de Venezuela". José Gabriel García en "Rasgos biográficos de dominicanos célebres" es un poco más explícito. Más aun, es el único cronista que añade algo a la rápida referencia, seguramente apoyado en testimonio obtenido del propio Duarte. Dice: "Dedicado al comercio en las costas orientales de aquella república, fue alejándose poco a poco, hasta que internándose por el Orinoco y por el río Negro llegó a los confines del Brasil, donde se perdieron las huellas de su itinerario hasta para los miembros de su propia familia, que ignorando por completo su paradero llegaron a tenerlo por muerto y a renunciar a la esperanza de poseer sus restos".

Conforme a esta noticia, las huellas de Duarte vinieron a perderse cuando se acercó a la frontera brasileña y no antes. Alguna comunicación mantuvo pues con su familia mientras navegaba hacia el Este y luego se adentraba por el Orinoco y el Guainía hasta llegar al río Negro, que es afluente del Amazonas.

¿Cuánto tiempo empleó hasta verse en la remota aldea de San Carlos? ¿Hasta cuándo permaneció en ella? ¿Qué le ocurrió en su prolongada anacoresis? Misterio. Apenas puede calcularse que habiéndose vuelto a saber de él en 1860 y tomando en cuenta el testimonio de Rosa Duarte de que "doce

años estuvo errante”, la época en que dejó de saberse de él debe situarse en 1848.

Es válido imaginarlo ejerciendo su pequeño comercio, o enseñando letras y religión a los indios, o entregado a lecturas y a observaciones de la naturaleza, o componiendo versos y redactando la relación de sus viajes, que luego se perderán según él mismo lo informa en nota autobiográfica. De haberse conservado estas memorias conoceríamos hoy las impresiones de Duarte sobre la vida de los indios de Río Negro en estado de pura primitividad, que todavía hoy rinden culto a sus muertos incinerando los cadáveres e ingiriendo las cenizas resultantes mezcladas con plátano majado. En sus notas dice: “Las relaciones de mis viajes y de las costumbres de los pueblos que visité corrieron la misma suerte que mis trabajos sobre la historia de mi patria, con la diferencia de que éstos fueron destruidos por las llamas y aquéllas por el fuego de la ambición, que oculta con el manto de la libertad destruye cuanto encuentra a su paso”.

Es posible que al conturbado trotamundos le acometiera de nuevo el paludismo y que la falta de atención médica para combatir la fiebre le deteriorara el organismo con pérdida temporal de la memoria. También cabe suponerlo haciendo esfuerzos infructuosos por continuar su correspondencia con la familia desde aquellos confines.

Lo más cierto es que hacia 1857 el misionero portugués Sanjení lo encontrara en Río Negro y más tarde se lo llevara a San Fernando de Apure, en donde servía la parroquia. Una vez en esta población después de tantos años de aislamiento, comenzó para Juan Pablo una nueva vida. Se dedicó al estudio de la historia sagrada, contrajo amistades y su protector le enseñó el portugués.

Observando el cura la vida recoleta que llevaba Duarte; su fe cristiana; su apego a las disciplinas religiosas y filosóficas; su soltería y su conocimiento del latín, nada encontró más natural que invitar a su amigo a que diera orientación definida a su vida abrazando la carrera eclesiástica. Y se lo propuso. Pero en Duarte el retorno a la sociedad civilizada había sido un fuerte estímulo para despertar al mundo que antes vivió intensamente: la patria, su familia, sus compañeros de lucha, eran otra vez su principal preocupación. Ahora lo devoraba el deseo de tener

noticias de Santo Domingo y de continuar su obra patriótica. Por eso declinó el ofrecimiento: “Por gratitud a él me avecindé en el Apure. Quería me dedicara a la Iglesia, pero los asuntos de mi patria, que esperaba concluir, me impedían tomar estado”.

Escribió a su madre y hermanos y debieron pasar meses antes de recibir respuesta. Para la familia las cartas de Juan Pablo desde el Apure fueron una resurrección. El acariciaba la esperanza de que deshecha en 1845 la rivalidad entre duartistas y santanistas, la República marchaba por el camino de la paz y el progreso. Pero la realidad de los hechos era diferente. En la defensa del país contra las agresiones haitianas de 1845, 1849 y 1856 los dominicanos habían dado excelentes pruebas de unidad, resolución y valentía, pero el panorama político interno se caracterizaba por una lucha desorbitada entre dos partidos furiosamente personalistas: el santanismo y el baecismo, que se alternaban en el poder; por regímenes despóticos que ejercían la persecución del adversario, y por una constante búsqueda de protección de una gran potencia, que garantizara el orden y el desarrollo y anulara el peligro haitiano.

Es probable que en 1859 se enterara del fallecimiento de su madre, ocurrido el 31 de diciembre del año anterior, y también del decreto que lo amnistió el 26 de septiembre de 1848.

En 1860 a Pedro Alejandrino Pina, residente en Curazao, le llegaban los rumores de que Santana, adueñado por tercera vez de la jefatura del Estado, realizaba diligencias para quitarle su independencia al país dominicano y convertirlo en posesión española. Al mismo tiempo recibía la noticia de que Juan Pablo Duarte, su venerado caudillo, no había muerto, como se creía, sino que vivía en el interior de Venezuela. Entonces escribió una carta a Rosa Duarte que en punto a devoción al antiguo maestro y a anticipación del juicio de la Historia corre parejas con las de Juan Isidro Pérez:

“Curazao, septiembre 27 de 1860

Comadre Rosa:

Con qué placer le escribo!

Le escribo, comadre, bajo la impresión que me ha causado la fausta nueva de que nuestro Juan Pablo vive!

Y en qué circunstancia se oye ese nombre! Algo hay de

providencial en el hecho de saberse del hombre, Fundador de la República, que todos creían muerto; de saberse de ese hombre en circunstancias en que la patria está a pique de perderse.

¡Ah, comadre, la patria se salva!

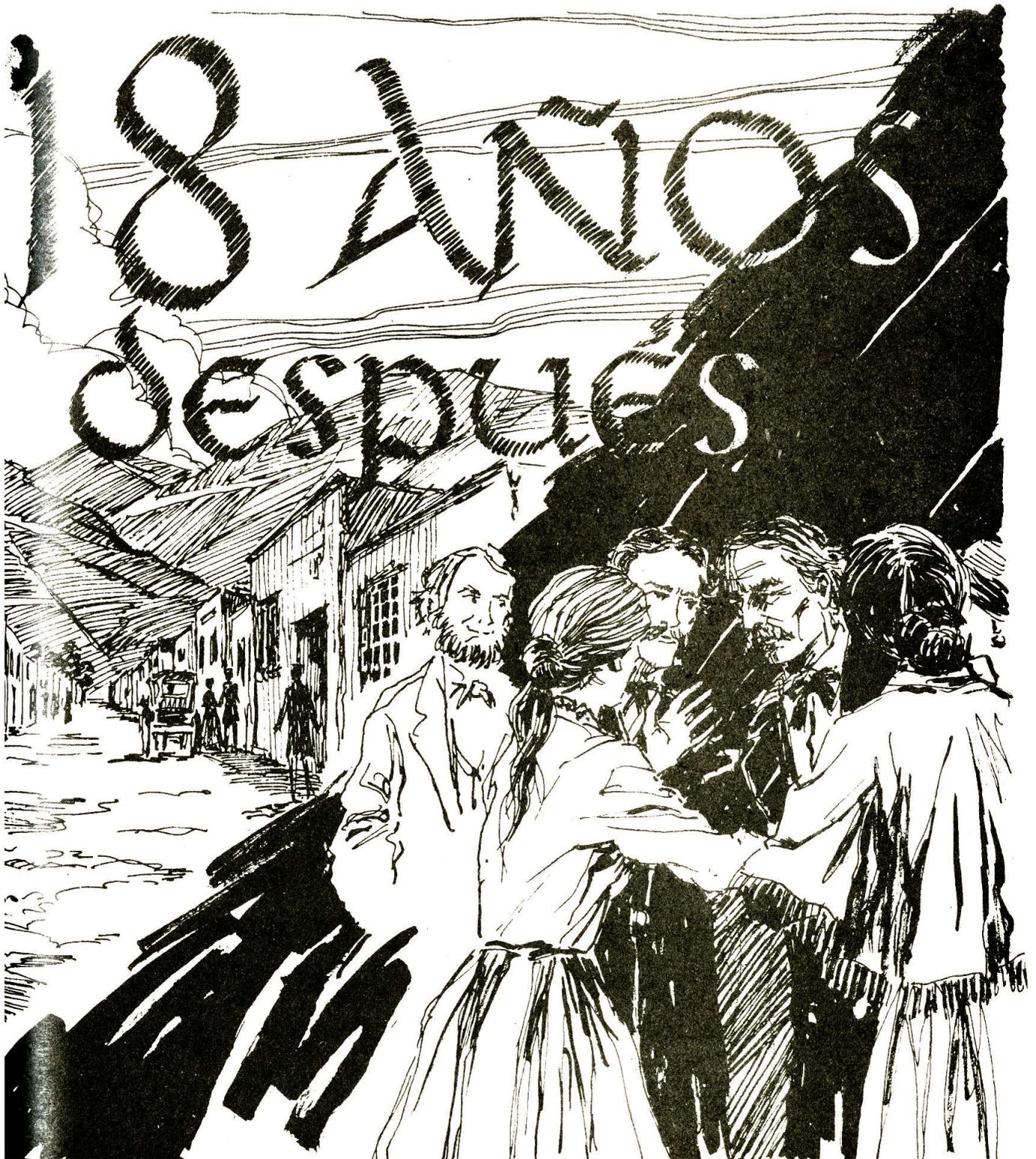
Le doy la enhorabuena, y le saludo con el afecto que siempre le he tenido.

Pedro A. Pina”

Duarte estaba en el Apure ajeno todavía a los alarmantes rumores que inquietaban a Pina y es posible que de aquellos días proceda la única poesía de carácter amatorio que se le conoce, dedicada al parecer a alguna beldad apureña.

No fue sino el 10 de abril de 1862 cuando recibió de sus hermanas “la funestísima noticia” —al decir de él mismo— que lo iba a transformar en el luchador que había sido hasta julio de 1844: la noticia de que su República Dominicana había desaparecido el 18 de marzo de 1861 para bajar a la condición de colonia de España, unida a la desgarradora nueva de que Sánchez, su querido y admirado Francisco Sánchez, había sido fusilado el 4 de julio siguiente cuando trataba de impedir el crimen con las armas en la mano.

Mientras existía la república soberana él podía ser el resignado proscrito víctima de la injusticia de sus enemigos, pero ahora será nuevamente el guerrero dispuesto a combatir hasta la muerte por la libertad de su pueblo. Ahora se pondrá en marcha el “Decano de los Fundadores de la República” y su primer general en jefe para rescatar a la Patria del abismo en que ha caído. Se despide del Apure y del Padre Sanjení y emprende su regreso a Caracas resuelto a organizar una expedición libertadora.



Duarte regresó a Caracas, procedente del Apure, el 8 de agosto de 1863. Después de diez y ocho años de ausencia, allí se reunió con sus hermanos Filomena, Rosa, Francisca y Manuel, éste último en la misma lamentable condición de insania en que lo había dejado. Para su sorpresa, también estaba Vicente Celestino, quien después de retornar amnistiado a Santo Domingo había vuelto a expatriarse en 1858 asfixiado por el despotismo santanista.

Hermanos, parientes y amigos vieron en el reaparecido Juan Pablo a un hombre físicamente deshecho pero movido por una indignación y una voluntad de lucha superiores a su adversidad y al obstáculo que representaba para su proyecto de expedición la grave situación interna de Venezuela.

Vicente sació su avidez de noticias con un relato de todo lo ocurrido en Santo Domingo hasta la consumación de la anexión a España, la crisis trágica de Moca en mayo de 1861 y el martirio de Sánchez y compañeros en julio del mismo año.

—He venido del Apure dispuesto a salvar por segunda vez a nuestra patria de la dominación extranjera, y cuento con tu ayuda —dijo Duarte a su hermano mayor, y éste se la prometió.

A poco de su llegada a la capital venezolana se hicieron notorias las visitas de Juan Pablo a su viejo amigo el doctor Elías Acosta, ministro de Interior y Policía. No tardó en llegar hasta el encargado de negocios de España la versión de que el antiguo caudillo de la independencia dominicana estaba en Caracas

gestionando apoyo a un proyecto de levantamiento de su pueblo contra el poder español. El diplomático la transmitió a Madrid.

Un tiempo después recibía Duarte proposiciones para nombrársele gobernador y capitán general en lugar de Santana o de ponerse fin a las privaciones de su familia, a cambio de que aceptara públicamente la soberanía de Isabel II en su país.

El prócer no vaciló en rechazar estas insinuaciones: “Los sufrimientos de mis queridos hermanos me eran harto sensibles, pero mucho más doloroso me era ver que el fruto de tantos sacrificios, de tantos sufrimientos, era la pérdida de la independencia de esa patria tan cara a mi corazón y por cuya tranquilidad gustoso me inmolará, por lo que en lugar de aceptar el pan de la degradación, acepté con júbilo la copa de cicuta que sabía me aguardaba el día que mis conciudadanos consideraran que mis servicios no les eran necesarios. . . A mí me bastaba ver libre, feliz e independiente mi ínsula, y me dispuse a coadyuvar con todos mis esfuerzos a la redención de la Patria”.

Más tarde recibió otra oferta tentadora: la de un cargo público venezolano, seguramente sugerida por quienes deseaban desviarlo de su propósito patriótico. “Destino que no acepté —dice en sus notas— porque para aceptarlo tenía que reconocer por patria al país a que servía”.

Importa considerar que en aquellos momentos la penuria de Duarte y su deseo de levantar fondos eran tan apremiantes, que se vio en el caso de vender su Geografía Universal en varios tomos al ministro Acosta, con cuya ayuda contaba para su empresa de restauración de la República. Dice en sus notas: “El ilustrado Dr. Elías Acosta, liberal por principio y participante de mis ideas y sentimientos respecto de la independencia de mi patria, me ofreció hacer por ella lo que estuviese a su alcance”.

Duarte iniciaba con buen pie sus diligencias. Contaba ya con el valioso apoyo del ministro de Interior, lo que le hacía esperar el del presidente, mariscal José Antonio Páez, pero esta perspectiva se le derrumbó de la noche a la mañana, al verse obligado a resignar su cargo el Dr. Acosta.

Transcurrieron largos meses sin que el patriota lograra otra buena conexión. La situación de Venezuela empeoraba. Eran los días en que la doctrina federalista se abría paso a tiros y le

resultaba imposible obtener recursos del gobierno y de particulares. Los venezolanos estaban demasiado embargados por el propio conflicto y no ponían atención al problema dominicano. Pero Juan Pablo continuaba planeando su acción, en los aspectos económico, político y militar. Puesto que su futuro inmediato estaba en la manigua, estudió libros sobre táctica y estrategia. También escribió cartas a cuantas personas consideró útil asociarlas a la empresa. Conociendo la importancia de la épica en las empresas de armas, en aquellos días compuso un himno guerrero cuya primera estrofa dice:

Por la cruz, por la Patria y su gloria
denodados al campo marchemos:
si nos niega el laurel la victoria,
del martirio la palma alcancemos.

Es un himno que da motivaciones para encarar la caída honrosa. Sabía Duarte que la mejor moral del guerrero es su disposición a morir.

No fue la única poesía épica que compuso en la ocasión. Escribió otra que intituló "Canto de Guerra". Una tercera composición evoca el martirio de Sánchez y una cuarta se refiere al fusilamiento de Tomás de la Concha. También escribió versos terribles contra Santana y otros en que invitaba a sus compatriotas al combate:

Al arma, valientes,
criollos constantes,
marchad diligentes,
marchad arrogantes.

.....

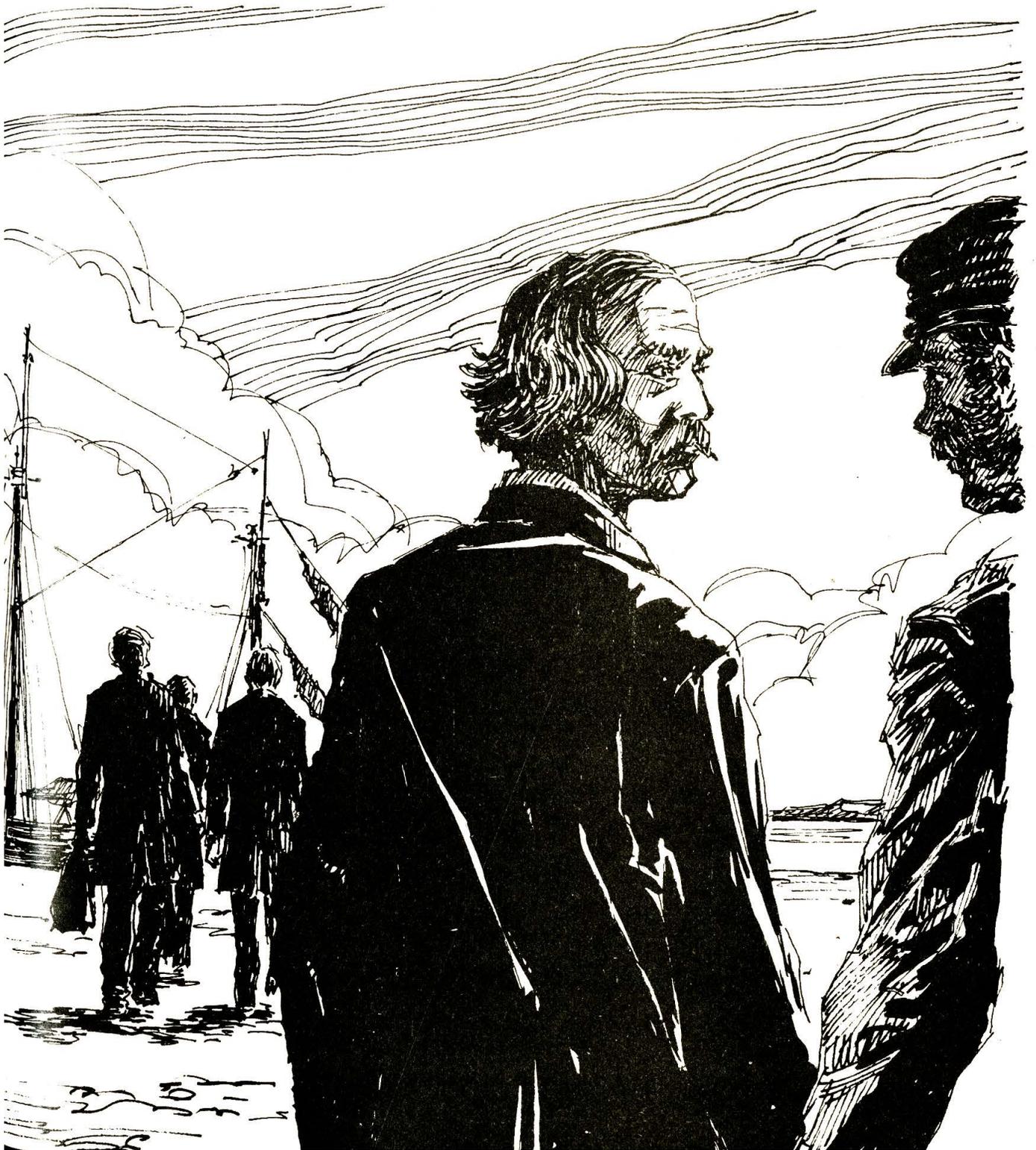
En otro poema de aquella época exige a antiguos trinitarios identificados con la causa anexionista a que vuelvan a sentir el honor de hombres libres.

A principios de octubre de 1863, triunfante en Venezuela la revolución federalista bajo la jefatura del general Juan Crisóstomo Falcón, recibe Duarte una carta de Pedro Alejandrino Pina con la noticia del estallido de la guerra restauradora en la loma de Capotillo el 16 de agosto último. Pina vivía en Coro después

de haberse salvado de la captura y fusilamiento con Sánchez, a quien había acompañado en su trágica expedición. La gran noticia coincidió con la visita que hizo a Juan Pablo el joven poeta y patriota Manuel Rodríguez Objío, quien viajaba en procura de ayuda a la lucha por la independencia dominicana y lo puso al corriente de los sucesos de la patria. Ya existía de nuevo la República Dominicana con su capital provisional en Santiago y brazo armado se expandía a todo el antiguo territorio nacional. Las excelentes dotes del recién llegado le valieron ser nombrado secretario particular del patricio. Este contó con la ayuda de otros jóvenes patriotas dominicanos como Francisco Saviñón, Mariano Antonio Cestero y Juan Esteban Aybar y Valencia.

Rodríguez Objío relacionó a Duarte con uno de los héroes de la guerra federalista, el joven general Manuel E. Bruzual, sobrino de su amigo el consejero de Estado Blas Bruzual, en quienes vio la conexión que necesitaba para conseguir una entrevista con el presidente mariscal Falcón y la solidaridad del gobierno venezolano con la causa restauradora dominicana. Otra conexión valiosa fue la del doctor Felipe Larrazábal, director del periódico "El Federalista", que hizo campaña en favor de la restitución de la independencia al pueblo de Santo Domingo.

Entendió Juan Pablo en aquellos días que "la fusión entre todos los buenos dominicanos" era esencial al triunfo de la Patria en la desigual contienda. De aquí que desplegara esfuerzos para sumar el mayor número de prosélitos en un frente único en que se olvidaran las enemistades que habían dividido a los dominicanos en la primera República.



El 20 de diciembre de 1863 llegó a la capital venezolana procedente de Santo Domingo, Mariano Diez, uno de los tíos maternos de Duarte, y entregó a éste una carta en que Juan Isidro Pérez en momentánea lucidez le expresaba su júbilo por saber de él. “Santo Domingo había deseado saber de ti y yo muy, muy mucho me alegro de haber visto esta carta tuya. . .”, le decía el trinitario de la lealtad heroica.

Al pie de esta carta pondrá más tarde Rosa Duarte: “Las últimas lágrimas del general Duarte fueron para un amigo tan patriota como querido y desgraciado”.

Mariano informó al patricio que los dominicanos se habían enterado con alborozada esperanza de que él estaba “dispuesto a salvar por segunda vez a la Patria de la dominación extranjera” y le transmitió buenas noticias sobre el curso de la guerra restauradora: El gobierno provisorio de Santiago estaba presidido por el general José Antonio Salcedo y lo integraban Ulises Francisco Espailat, Benigno Filomeno de Rojas, Pedro Francisco Bonó, Máximo Grullón, Pablo Pujol, Alfredo Deetjen, Belisario Curiel y Sebastián Valverde. Las fuerzas patriotas continuaban ganando posiciones y amenazaban con dominar la región seibana, baluarte de Santana. Este preparaba la marcha sobre el Cibao desde un campamento establecido en Guanuma, pero el nuevo capitán general español se oponía y ordenaba concentrar sus fuerzas en las plazas fortificadas de la costa. Ramón Mella se había incorporado a la lucha y ocupaba el ministerio de la guerra del gobierno restaurador.

Convencidos de la urgente necesidad de una ayuda exterior, tío y sobrino redoblaron sus diligencias en unión de Manuel Rodríguez Objío, quien se trasladó por orden de Duarte a Coro para verse con Pina e invitarlo a trasladarse a Caracas. Consideraba Juan Pablo que la cooperación del benjamín de los Trinitarios le sería preciosa, dadas su valentía y experiencia militar. Al mismo tiempo dirigía Duarte un mensaje congratulatorio al nuevo presidente de Venezuela, mariscal Juan Crisóstomo Falcón.

Rodríguez Objío encontró a Pina enfermo y de regreso en la capital comunicó a Juan Pablo la sugerencia de su antiguo compañero de juntarse más tarde en Curazao, en donde entendía que había mejores condiciones para organizar la expedición. Pina había participado en la trágica expedición de Sánchez en 1861 y padecía todavía los efectos morales y orgánicos de aquel fracaso, pero la noticia de que su querido y admirado Juan Pablo estaba en movimiento lo puso de nuevo en la situación de un patriota activo.

Antes de pasar a la isla de Curazao quiso Duarte verse con el presidente Falcón y el 16 de enero de 1864, por el intermedio del consejero de Estado Blas Bruzual, celebró su entrevista con el gobernante venezolano, a quien acompañaba el vicepresidente y ministro de Relaciones Exteriores general Antonio Guzmán Blanco. Resultado de este encuentro fue la entrega secreta de mil pesos a beneficio de la causa dominicana. En la carta que Juan Pablo escribe a Bruzual para agradecerle su mediación le dice: "No hay palabras en lengua alguna bastante significativas para expresar nuestra gratitud". Por esta carta se sabe que Bruzual había ayudado a los independentistas dominicanos en las luchas de 1843.

Alentado por la contribución del gobierno venezolano, realizó Duarte nuevas diligencias en Caracas y Puerto Cabello. En aquellos días se le unieron los jóvenes dominicanos Emiliano Tejera y Carlos Nouel, quienes se asociaron a la campaña de prensa. También el joven David León, a quien nombró su representante secreto en otras islas antillanas.

El 16 de febrero se trasladó a Curazao, en donde pudo contar con la ayuda de más compatriotas pero allí no estaba Pina como lo esperaba, por continuar enfermo. Lamentó esta contrariedad y continuó sus preparativos para trasladarse a Santo Domingo

cuanto antes llevando las mayores contribuciones que pudiera reunir en armas y dinero. El 23 de febrero fletó la goleta holandesa Gold Munster, cuyo capitán, José S. Faneyte, se comprometió por escrito a llevar a los expedicionarios hasta las Islas Turcas. De aquí pasarían en otro buque a algún puerto dominicano que estuviera ocupado por los restauradores.

El contrato de fletamento firmado por el patricio y Faneyte preveía llevar cuatro pasajeros: Juan Pablo Duarte, Vicente Celestino Duarte, Mariano Diez y Manuel Rodríguez Objío, y hacer una escala en La Guaira de cuatro días antes de enrumbar hacia el Norte. La intención de Juan Pablo era, evidentemente, volver a Caracas en busca de más dinero, utilizando su propio patrimonio, antes de dirigirse a las costas de la patria. Esto se colige de una nota de Duarte que dice: “. . . a mi vuelta a Caracas vendí una casita en mil cien pesos y me embarqué para Santo Domingo. . .”.

En Curazao tuvo que haber comprobado que aun sumando al aporte venezolano lo agregado por Francisco Saviñón y otros dominicanos y amigos extranjeros disponía de poco dinero para los gastos de la empresa y para entregar una cantidad apreciable al gobierno en campaña. Esta insuficiencia había que superarla rápidamente. ¿Cómo? No podía pensar en abrir una nueva suscripción entre las mismas personas que ya habían dado todo cuanto podían. No sabía de otras a las cuales recurrir. Entonces volvió a ser el Duarte del 4 de febrero de 1844, cuando pidió a su familia ofrendar a la Patria los bienes recién heredados del padre. Se fue a Caracas y propuso a sus hermanos vender la casita que poseían en la capital venezolana. Tratándose de la independencia del país, condición suprema del bien de sus conciudadanos, no podía medirse el sacrificio. Tampoco se debía parar mientes en las decepcionantes experiencias sufridas desde 1844. He aquí la explicación de la recalada en La Guaira.

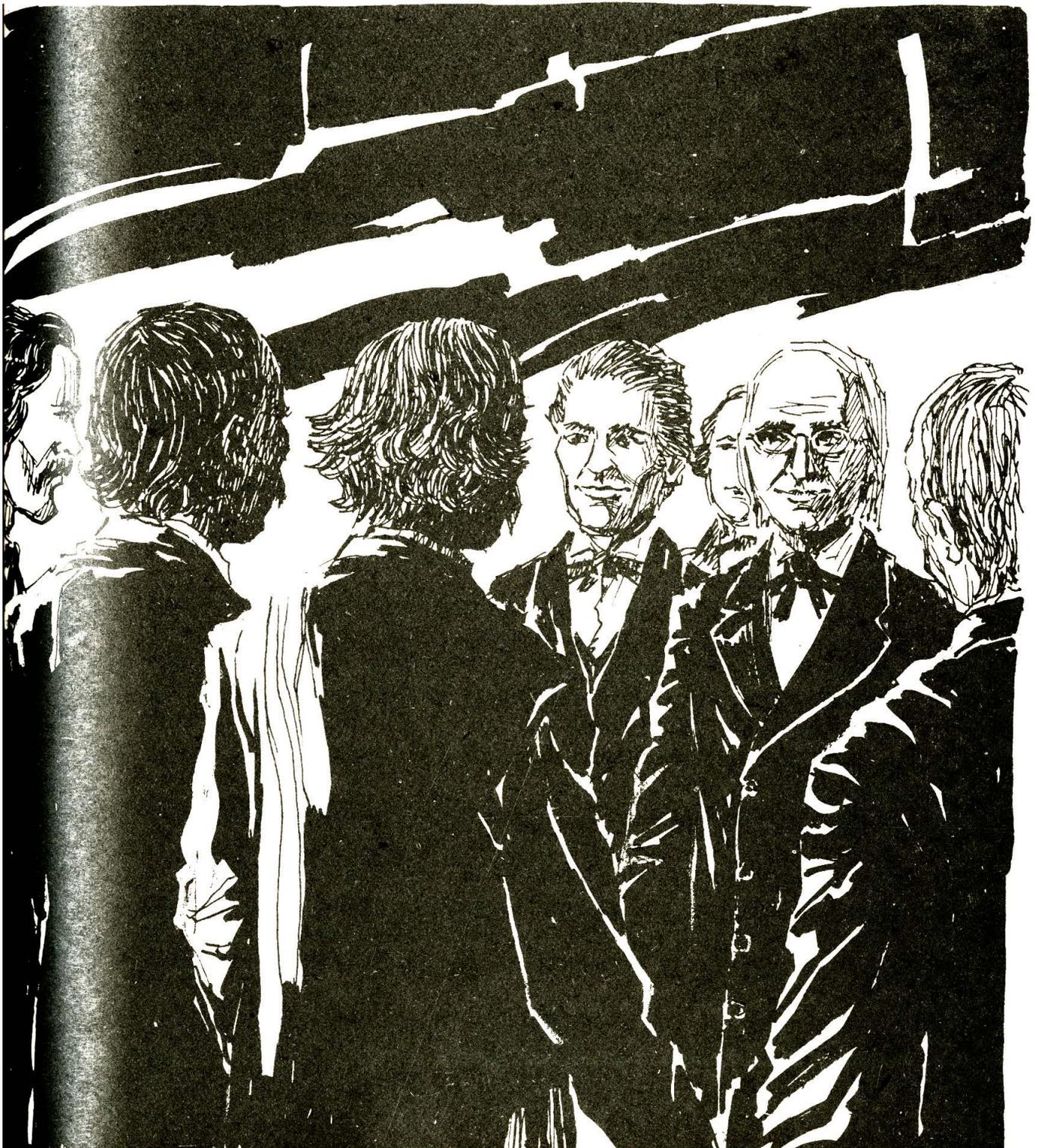
En Caracas, Vicente, Filomena, Rosa y Francisca Duarte oyeron a Juan Pablo y no pusieron objeción a la venta propuesta. Esta se efectuó y el producto entró en el fondo de la expedición. También cargó con su hermano Vicente y con su tío Mariano. En las notas que le copia Rosa dice:

“. . . me embarqué para Santo Domingo en compañía de mi tío el Gl. Diez, de mi hermano el coronel Vicente Celestino Duarte y del comandante Candelario Oquendo”.

Involuntariamente omitió Rosa copiar el nombre de Manuel Rodríguez Objío. Con sobrada razón expresa también la nota: "...dejando a mis queridos hermanos bajo la égida de la Providencia".

Estos hermanos eran las tres mujeres y el infeliz Manuel, sumido en las tinieblas de su demencia. La pasión patriótica de Duarte los dejaba en una situación de indigencia que aceptaban de grado y que sólo la mano de Dios podía aliviar.

Frente a este pasaje de nuestra historia, como ante las otras pruebas de abnegación de todos los Duarte—Diez, la conciencia nacional puede apreciar que todavía no tenemos a esa egregia familia en el alto sitio que le corresponde, expresado en monumentos y en expresivas páginas evocadoras. Nunca será tarde para esta reparación.



Duarte, su hermano Vicente, su tío Mariano y Manuel Rodríguez Objío salieron de Caracas el 1.º de marzo de 1864. Al día siguiente se les unió en La Guaira el comandante Oquendo. Los cinco embarcaron en la goleta Gold Munster a las nueve de la noche.

Antes había recibido Juan Pablo una carta de Pina en que le decía: “Nos veremos en Curazao. Espero su aviso”. También le daba las últimas noticias de la guerra y le remitía copia de un llamamiento de mil dominicanos de La Vega.

Duarte consideró que no debía esperar al compañero trinitario. Quizás pensó que la dura prueba sufrida ya por el admirado amigo y su quebranto de salud eran razones para eximirlo de un nuevo sacrificio.

Agentes españoles que seguían los pasos del patricio advirtieron la salida de los expedicionarios y enviaron a perseguirlos al vapor “Africa”. Esta noticia se la llevó a los hermanos Duarte—Diez en Caracas Emiliano Tejera, quien —dice una nota de Juan Pablo— “amenizaba con su estimable presencia y amena conversación algunos ratos la triste y solitaria existencia de mis queridos hermanos”.

Después de efectuar algunos desvíos para escapar al barco perseguidor, el 10 de marzo llegó la goleta al cayo de la Sal en las islas Turcas. De ahí pasaron los cinco al Gran Cayo, en donde el 18 contrataron otra nave que los puso en el Guarico (Cabo Haitiano) al día siguiente. El 23 embarcaron en un bote de velas de “un liberal español”, que los llevó a Monte Cristi.

Debidamente identificados, fueron recibidos con grandes muestras de complacencia por el jefe de operaciones de la zona, general Benito Monción, héroe de las jornadas de agosto y septiembre de 1863. Monción los acompañó el 26 hasta Guayubín, en donde Duarte fue acometido por un ataque de fiebre palúdica, al tiempo que se reunía con Ramón Mella después de veinte años sin verse. El héroe del trabucazo era vicepresidente de la República y estaba en la población aquejado por una grave disentería tras haber cumplido una importante misión en la región azuana, en la cual los excesos del cabecilla Pedro Florentino perjudicaban la causa restauradora.

El 28 escribió Juan Pablo un mensaje a los miembros del gobierno anunciándoles su llegada y la de sus compañeros:

“Arrojado de mi suelo natal por ese bando parricida que empezando por proscribir a perpetuidad a los fundadores de la República ha concluido por vender al extranjero la Patria, cuya independencia jurara defender a todo trance; he arrastrado durante veinte años la vida nómada del proscrito, sin que la Providencia tuviese a bien realizar la esperanza, que siempre se albergó en mi alma, de volver un día al seno de mis conciudadanos y consagrar a la defensa de sus derechos políticos cuanto aún me restase de fuerza y vida.

“Pero sonó la hora de la gran traición en que el Iscariote creyó consumada su obra, y sonó también para mí la hora de la vuelta a la Patria: el Señor allanó mis caminos y a pesar de cuantas dificultades y riesgos se presentaron en mi marcha, heme al fin, con cuatro compañeros más, en este heroico pueblo de Guayubín dispuesto a correr con vosotros, y del modo que lo tengáis a bien, todos los azares y vicisitudes que Dios tenga aún reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana que con tanto denuedo como honra y gloria habéis emprendido.

“Creo, no sin fundamento, que el Gobierno Provisorio no dejará de apreciar, luego que me comunique con él personalmente, lo que he podido hacer en obsequio del triunfo de nuestra justa causa, y espero de su alta sabiduría que sacará de ello importantes y positivos resultados.

“Dignaos aceptar los sentimientos de alta consideración y aprecio con que se pone a vuestras órdenes,
el Gl. Drt.”

En ausencia del presidente y del vicepresidente de la

República, el 1.º de abril le contestó Ulises Francisco Espaillat, ministro de Relaciones Exteriores, expresándole que “el Gobierno Provisorio de la República ve hoy con indecible júbilo la vuelta de usted y demás dominicanos al seno de la patria, . . . de esa patria sostenida con el heroísmo y la sangre de sus hijos”. . . . “reanudando los lazos que los nobles soldados del 44 habían establecido entre la familia dominicana”.

El 4 de abril los expedicionarios fueron recibidos clamorosamente por el pueblo de Santiago. El 5 comparecieron ante los miembros del gobierno, les entregaron el material traído y les ofrecieron sus servicios. Duarte los puso al corriente de sus diligencias en Caracas y les indicó la conveniencia de designar un agente confidencial en Venezuela —que podía ser Melitón Valverde—, para asegurar la continuación de su ayuda.

Espaillat sentía veneración por Duarte desde cuando teniendo once años apreció la grandeza del Padre de la Patria en su visita a Santiago en julio de 1844. Verle allí de nuevo en circunstancias de tanto mérito colmó aquel sentimiento y lo hospedó en su casa, en Gurabito, cumplimentándolo como a un héroe digno de la mayor reverencia. Inculcó en sus hijos menores la noción de lo que era Duarte, por lo cual a éstos se les grabó su imagen en la memoria: “Era magro y pálido, con la mirada ausente y sin sonrisa”. Ya ancianos, así lo describían.

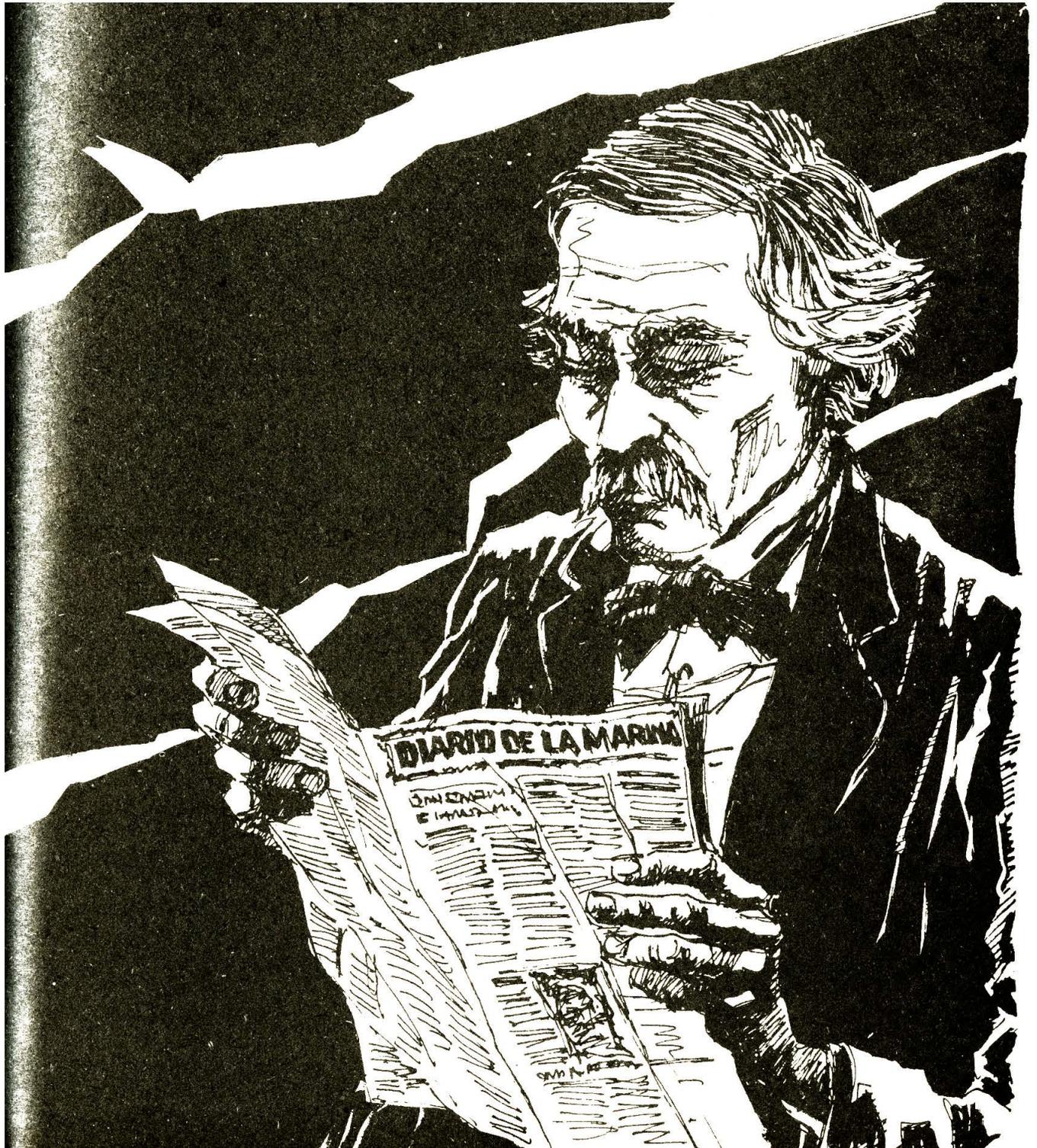
Los días pasaban y Juan Pablo no recuperaba las fuerzas que necesitaba para dedicarse a la misión que lo había traído. Lo devoraba el deseo de salir a campaña o desempeñar las funciones que le asignara el gobierno. Todas las veces que se ceñía la espada y las botas para ir al encuentro del presidente Salcedo en su cuartel general, como era su anhelo, se rendía a la evidencia de que debía esperar.

Mientras tanto se veía con Espaillat, Rojas, Bonó y Grullón, a quienes dirigía palabras orientadoras, que ellos oían con gran interés y deferencia, pero el gobierno no acababa de darle una posición definida.

Captaba Duarte las angustias del momento, la necesidad de una inaplazable ayuda exterior, las dudas de los principales responsables de la empresa restauradora, la tendencia a pensar en negociar un pacto con España utilizando la mediación del presidente de Haití, o en conseguir, con algún sacrificio, el amparo de una gran potencia. En este ambiente de intrigas no

cesaba Juan Pablo de insuflarles fe en el triunfo de la república descartando intervenciones extranjeras.

A los cuatro compañeros de expedición de Duarte se les reconoció el grado de coronel y se les asignaron diferentes puestos. Vicente Celestino quedó incorporado a las huestes del general Luperón y dio muestras de gran valor como combatiente. A Manuel Rodríguez Objío se le expidió orden de ruta para que marchara al Sur a las órdenes del general Castillo. Mariano Diez, que tenía setenta años, se unió al presidente general Salcedo en su cuartel general. El venezolano Candelario Oquendo pasó a comandar un regimiento bajo las órdenes del general Gaspar Polanco.



El 14 de abril de 1864 recibió Duarte la amarga noticia que ya veía venir; la que temió en Caracas cuando preparaba su expedición; la que venía leyendo en la mirada de algunos directores de la Restauración: que sus servicios no se consideraban necesarios en el país.

En breve oficio firmado por el ministro de Hacienda, interino de Relaciones Exteriores, Alfredo Deetjen, se le decía: “Habiendo aceptado mi Gobierno los servicios que de una manera tan espontánea se ha servido usted ofrecer, ha resuelto utilizarlos encomendándole a la República de Venezuela una misión cuyo objeto se le informará oportunamente”.

Verdad que sus años y su mala salud eran menos a propósito para la brega de la manigua que para una diligencia en el extranjero en favor de la República; verdad que después del fracaso de la misión de Pablo Pujol en Washington se imponía romper el aislamiento y continuar solicitando la ayuda de Venezuela, pero su ambición de dar su sangre por la Patria era superior a toda consideración. ¿Por qué él, si ya había recomendado a Melitón Valverde? ¡No! Su destino estaba en el campo de batalla. Tomó la pluma y contestó al ministro Deetjen diciéndole que no podía aceptar el honroso encargo debido a su quebranto de salud, del cual esperaba mejorar para trasladarse al campamento del presidente Salcedo. “Al individuo que el Gobierno se sirva nombrar en mi lugar —agregaba— yo podré dar notas para todas aquellas personas con las cuales me

he entendido y deberá entenderse en Venezuela para el buen desempeño de su comisión”.

Juan Pablo sacó fuerzas de flaquezas y pidió caballos “al Provisorio” para él y algunos edecanes. Ya se ponía en marcha en dirección del cuartel general del presidente Salcedo cuando en sus manos puso alguien un ejemplar de “El Diario de la Marina” de La Habana, del 28 de marzo anterior. En aquel periódico había una crónica enviada por su “corresponsal en Santo Domingo”, firmado con la letra G, que comentaba despectivamente su llegada al país para unirse “a la pésima causa de la rebelión”. El autor del escrito minimizaba la importancia del hecho pero en realidad ponía al descubierto la preocupación que el mismo había producido en los medios españoles.

No puso Duarte atención a la forma despectiva en que lo juzgaba pero lo dejó pensativo la parte final, que comenzaba: “. . . el Presidente Pepillo Salcedo, Polanco el generalísimo y los no menos generalísimos Luperón y Monción no querrán ceder la preeminencia que hoy tienen entre los suyos, y verán de reojo al recién llegado. . .”, y que terminaba así: “La llegada de Duarte entre esa gente, puede asegurarse, por consiguiente, es como una nueva causa de complicación y disolución que surge entre los rebeldes, ya profundamente desmoralizados por sus propios desórdenes”.

En un primer momento pensó Juan Pablo que estos comentarios eran puras especulaciones puesto que habían sido escritos antes de su arribo a territorio dominicano, pero luego se preguntó: ¿a qué razón se debe la decisión gubernamental de enviarlo a Venezuela apenas veinte días después de su llegada? ¿No habría el articulista profetizado lo que ya estaba sucediendo? Su pensamiento oscilaba entre rechazar las intrigas del bando enemigo y aceptar la misión en el extranjero ante la posibilidad de que su presencia causara embarazos en sus conciudadanos. Finalmente se inclinó a la conveniencia de volver sobre su carta anterior y aceptar el cometido. Le pareció que los miembros del gobierno habían preferido encomendarle una plenipotencia en el exterior antes que asignarle un puesto subalterno incompatible con su glorioso título de caudillo de la Independencia.

El 21 de abril escribió a Espaillat:

“El deseo de participar de los riesgos y peligros que arrostran en los campos de batalla los que con las armas en la mano sostienen con tanta gloria los derechos sacrosantos de nuestra querida Patria, y la falta de salud que experimentaba al recibir la nota de fecha 14 del que cursa, por la cual se me ordenaba alistarme para emprender viaje a ultramar, me compelieron con harto sentimiento de mi corazón a renunciar al alto honor que se me dispensaba en la importante misión que se trató de encomendarme; pero al ver el modo de expresarse, con respecto a mi vuelta al país, el Diario de la Marina, se han modificado completamente mis ideas y estoy dispuesto a recibir vuestras órdenes si aún me juzgareis aparente para la consabida comisión, pues si he vuelto a mi patria después de tantos años de ausencia ha sido para servirla con alma, vida y corazón, siendo cual siempre fui motivo de amor entre todos los verdaderos dominicanos y jamás piedra de escándalo, ni manzana de discordia.

“No tomo esta resolución porque tema que el falaz articulista logre el objeto de desunirnos, pues hartas pruebas de estimación y aprecio me han dado y me están dando el Gobierno y cuantos generales, jefes y oficiales he tenido la dicha de conocer, sino porque nos es necesario parar con tiempo los golpes que pueda dirigirnos el enemigo y neutralizar sus efectos”.

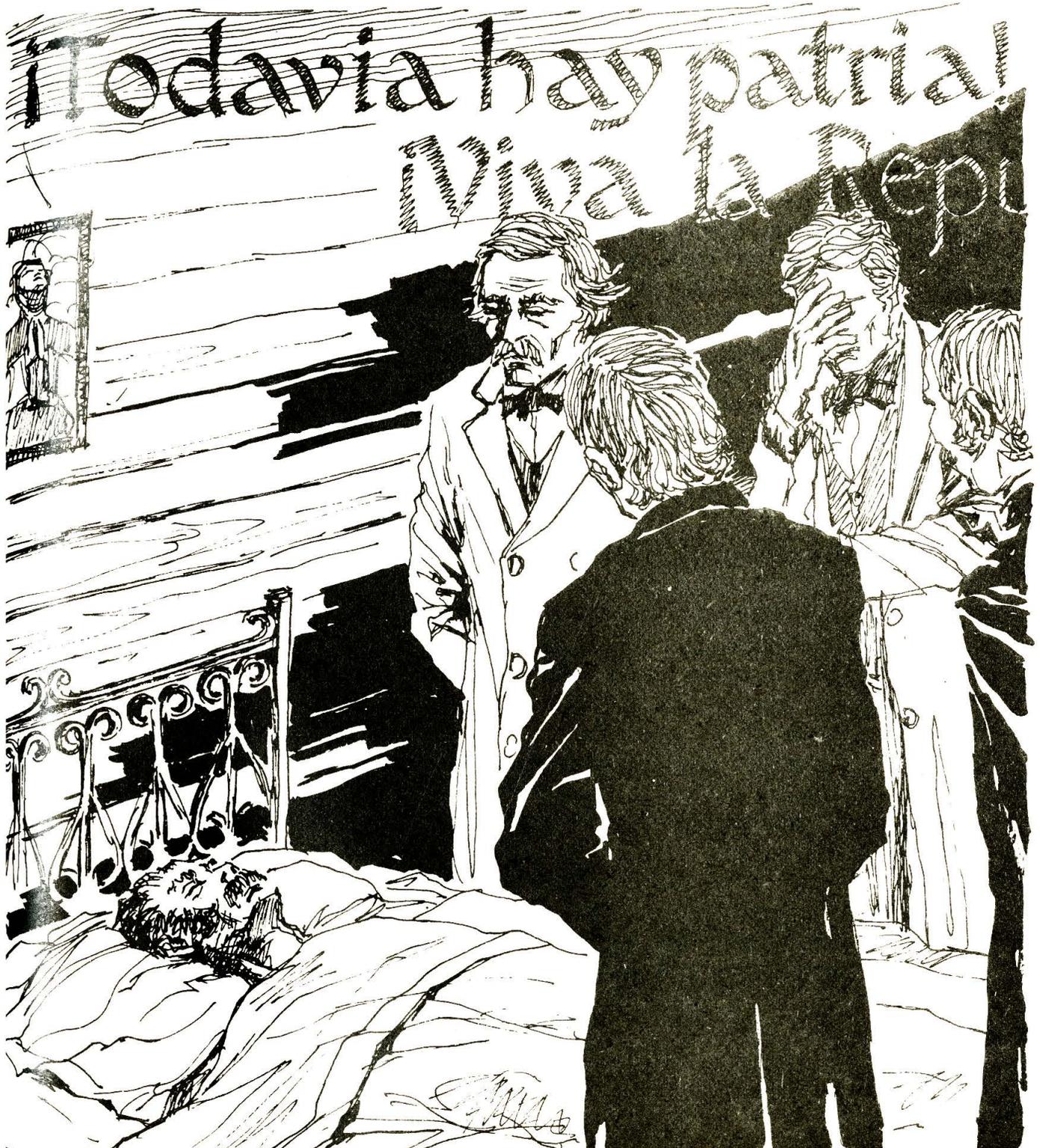
Al otro día recibió Duarte una carta de Espaillat en que, en primer lugar, negaba la veracidad de lo dicho en el “calumnioso artículo del Diario de la Marina”: “. . . no crea usted ni por un momento que su presencia pueda excitar envidia ni rivalidades, puesto que todos lo verían con mucho gusto prestando aquí sus buenos servicios a la Patria”. A continuación le decía: “. . . siendo muy urgente, como usted sabe, la misión a las repúblicas sudamericanas, y habiendo este Gobierno contado con usted para ella como lugar donde usted mayores servicios podrá prestar a su patria, aprovecha su decisión (si bien desaprobando las razones que la motivaron) y se ocupa de mandar redactar los poderes necesarios para que mañana quede usted enteramente despachado y pueda, si gusta, salir el mismo día”.

El 26 de abril escribió Juan Pablo otra carta, esta vez dirigida al presidente de la República, general José Antonio Salcedo, en campaña en el Sur. En ella le relataba en detalle lo sucedido en

relación con su llegada al país, a su nombramiento para un cargo en el exterior, a su renuncia y posterior aceptación de este cargo, y a su deseo de hablarle de viva voz. Terminaba diciéndole: "... si a suceder llegare que mi partida se tarde o deje de efectuarse, me será lo más grato el hallarme a su lado, y me pondré en marcha tan pronto como se me proporcionen los medios para ello".

Era evidente que Duarte hacía todavía esfuerzos por verse en la manigua en lugar de embarcar al extranjero. Por largos días esperó una respuesta de Salcedo y ya en mayo pidió a su tío y compañero de expedición Mariano Diez trasladarse al campamento del presidente con una copia de su carta para reiterarle sus manifestaciones y obtener de él alguna palabra.

No se tiene noticia de la reacción de Salcedo ante las instancias de Duarte. Al parecer deseaba que se mantuviera lo decidido por el gobierno. Este no tomaba alguna nueva iniciativa. Tampoco hay indicios de que Duarte realizara su deseado viaje al cuartel general del jefe supremo de la revolución o de que se hubieran visto en Santiago. Por causa de esta ausencia de información, en la historia luce el general José Antonio Salcedo con una actitud de menosprecio al Padre de la Patria.



Al iniciarse la segunda mitad de mayo de 1864 la guerra tomó un curso muy adverso a los restauradores. Con imponente fuerza naval y de desembarco el general español José La Gándara ocupó a sangre y fuego el puerto de Monte Cristi y se preparaba para la marcha al interior y el asalto a la plaza fuerte de Santiago. En las filas patriotas cundió grande alarma y se murmuraba en los cantones que otras expediciones marítimas atacarían a Puerto Plata y Samaná. También circuló la versión de que el general Juan Prim y Prats vendría de la península a la cabeza de treinta mil hombres para acabar definitivamente con la insurrección.

Influido por el pesimismo, el general Salcedo promovía negociaciones de paz por el intermedio del presidente de Haití Favre Geffrard. En cambio los generales Luperón, Polanco y Monción rechazaban toda idea derrotista y resistían esforzadamente la avalancha.

En medio de estas dramáticas circunstancias se le expidió a Duarte una "orden de ruta" firmada por Espaillat para que se dirigiera a Haití. Al no poder embarcar en Monte Cristi para que cuanto antes cumpliera su urgente misión en Sudamérica, era forzoso que cruzara la frontera y tomara un buque en Cabo Haitiano.

Alguna razón obligó a Juan Pablo a posponer su viaje y al iniciarse el mes de junio lo vemos todavía en Santiago junto al lecho de Ramón Mella, ya moribundo. El héroe del trabucazo, mal alojado en una de las casas reconstruidas después del

incendio del 7 de septiembre de 1863, era víctima de la disentería que desde tiempo lo minaba. Su extrema postración no le quitaba su atención al curso de la guerra, tan crítico en aquel momento, y profería palabras de fe en la victoria final. Pidió que lo cubrieran con la bandera nacional y sus últimas palabras fueron: “¡Todavía hay patria! ¡Viva la República Dominicana!”

El 4 de junio dejó de latir el noble corazón de Mella. A su entierro concurrió Duarte al lado de Luperón, Monción y los miembros del Gobierno Provisorio. Se le rindieron honores de jefe de Estado. Al paso del cortejo por las calles de Santiago, quién sabe si Juan Pablo envidió al viejo compañero de luchas, que se iba a confundir con la tierra de sus amores mientras a él lo alejaban de ella.

El 7 de junio se entregaron a Duarte una carta credencial y unas “instrucciones” que abarcaban a su recomendado Melitón Valverde. Se le encomendaba adquirir recursos con que “subvenir a las apremiantes necesidades de la gloriosa guerra de independencia” y al efecto negociar con gobiernos o con casas e individuos particulares, ofreciendo en garantía “las rentas de las aduanas, que serán afectadas al pago de los objetos contratados tan luego como las circunstancias lo permitan”. Se le instruía actuar ante los gobiernos de Venezuela, Nueva Granada y el Perú, así como enviar lo obtenido a G. Grimard en Cabo Haitiano con la debida cautela.

Estas instrucciones eran ilusorias. Estaban concebidas sobre el supuesto de que las jóvenes naciones sudamericanas disponían de dinero y material bélico para prestar, y de flotas de guerra con que asegurar el pago en las aduanas dominicanas. Juan Pablo sabía que no iba a conseguir compras y empréstitos de la cuantía esperada pero al menos los papeles le servirían para facilitarle las diligencias posibles cerca de gobiernos y particulares en procura de apoyo moral y algunas dádivas.

Viajó por tierra a Cabo Haitiano, en donde se vio con el Sr. Grimard, mencionado en las Instrucciones, y luego tomó un barco que lo puso en Saint-Thomas el 28 de junio. En Carlota Amalia entregó a Melitón Valverde sus papeles y sostuvo algunas entrevistas, entre ellas con Manuel María Gautier. Al iniciarse julio escribió un primer informe a su gobierno dando cuenta de sus diligencias en la isla danesa y sobre su próximo traslado a

otros lugares. Pasó luego a Curazao, en donde lo ayudó su compañero Francisco Saviñón, con quien ya se carteaba. Considerando conveniente permanecer unos días más en la isla holandesa, despachó con destino a Caracas a Valverde, su compañero de misión, provisto de cartas de presentación a sus amigos el general Desiderio Trías, encargado de la presidencia de Venezuela por ausencia del titular mariscal Falcón, y el general Manuel E. Bruzual, ministro de Guerra y Marina. Ambas cartas de presentación llevaban la fecha del 7 de agosto de 1864.

En mala hora se apresuró el patricio a mandar al joven médico a Caracas antes de que él llegara. Melitón Valverde no se condujo con el tacto que correspondía a su delicada misión. Al llegar a la capital venezolana se encontró con que se había producido una ruptura entre los generales Trías y Bruzual, convirtiendo a este último en un opositor, lo cual no fue obstáculo a que el novel diplomático, después de la visita de presentación, continuara visitándolo con demasiada asiduidad, al extremo de que al gobierno llegó la denuncia de que un emisario secreto dominicano frecuentaba los centros de la conspiración. El general Bruzual fue hecho preso por orden de Trías pero Valverde continuó viéndose y simpatizando con los enemigos del gobierno.

No bien llegó Juan Pablo a Caracas sus hermanas y amigos le comunicaron que "su recomendado se había exhibido públicamente como ministro plenipotenciario de la República Dominicana, con su secretario, y que la residencia del ministro dominicano era punto de reunión de revolucionarios".

"Grave entorpecimiento, gravísimo, para la protección que esperábamos del Gobierno", anotará Duarte años después recordando aquellos días. Increpó severamente a Valverde y en seguida se dirigió a la casa del presidente interino, general Desiderio Trías. Este lo acogió con afabilidad recibiendo sus explicaciones y excusas pero no dejó de expresarle disgusto por la censurable actuación de su compañero de misión. Le dijo además que por causa de las indiscreciones de Valverde no podía apoyar la causa dominicana para no empeorar las relaciones de Venezuela con España, cuyos agentes estaban atentos a la conducta del gobierno frente a la guerra de independencia que se libraba en Santo Domingo.

Duarte se marchó desconsolado y tuvo que limitar su trabajo

a coleccionar fondos entre particulares y alentar la campaña de prensa desde "El Federalista". Un tiempo después volvió a visitar al general Trías, luego que éste se viera en Los Teques con el presidente mariscal Falcón. De esta nueva entrevista sacó al menos la esperanza de que la ayuda venezolana se produciría más tarde, cuando la permitieran las desastrosas condiciones del tesoro público.

Mientras tanto, las simpatías suscitadas por la heroica lucha dominicana habían determinado la formación de dos juntas colectoras en favor de la misma: una en Caracas compuesta por el doctor Guillermo Tell Villegas —quien había sido ministro el año anterior—, los generales José Rafael Pacheco y Aureliano Espinal; y otra en San Francisco de Yare presidida por otro ex—ministro: Guillermo Iribarren e integrada por Eduardo Calcagno y Lino J. Revenga.

De aquellos días se conoce una fervorosa respuesta del antiguo comunicado de la Trinitaria Francisco Martínez de León a una de las cartas escritas por Duarte a sus amigos desde Saint—Thomas cuando iniciaba las diligencias que le encomendará el gobierno de la Restauración.



El 20 de agosto de 1864 el encargado de negocios de España en Venezuela, José Antonio López de Cevallos, entregó en el ministerio de Relaciones Exteriores una nota acompañada de un "exhorto" del fiscal de la Comisión Militar de Santo Domingo para que fueran "examinados los S.S. generales Duarte y Manuel Rodríguez al tenor del interrogatorio que comprende dicho exhorto".

Esta diligencia era una consecuencia tardía de la alarma causada en los ambientes hispanos de Caracas por los pasos que daban ambos patriotas antes de embarcar en marzo anterior en La Guaira.

La cancillería venezolana mantuvo por un tiempo en cartera la petición española, sin acceder a ella ni contestarla. Al gobierno se le hacía cuesta arriba corresponder a semejante solicitud. Venezuela no podía admitir dominio extraño en un país cuya independencia había reconocido.

El 13 de octubre recibió el diplomático español una respuesta que negaba lo solicitado, fundada en que "siendo la República Dominicana una nacionalidad reconocida por Venezuela, la circunstancia de hallarse en guerra con la España no la estima este Gobierno suficiente para admitir ante los tribunales del país actos que implican jurisdicción extraña al Soberano de aquel territorio". La firmaba el ministro de Relaciones Exteriores, general José Gabriel Ochoa.

El 7 de noviembre aprovechó el encargado de negocios López de Cevallos que su íntimo amigo el general Antonio Guzmán

Blanco había reemplazado al general Desiderio Trías en las funciones de encargado del Ejecutivo, en ausencia del presidente Falcón, y le escribió una carta muy hábil tratando de convencerlo, con amenazas veladas, de que la cancillería venezolana había incurrido en un error de concepto al negar el “exhorto”.

La nueva diligencia surtió efecto inmediato. El 12 del mismo mes un nuevo canciller venezolano, el Dr. Rafael Agostini, informaba al ministro de Interior y Policía que “el Ciudadano Encargado del Ejecutivo Nacional, a solicitud de la Legación de S.M.C., ha dispuesto que se dé cumplimiento al incluso exhorto venido de Santo Domingo para el examen del general Duarte y don Manuel Rodríguez”.

Pocos días después fue llamado e interrogado Juan Pablo por el juez de primera instancia de Caracas, ante quien negó los hechos que se le imputaban. La contestación a la legación española remitiendo el interrogatorio es del 26 de noviembre y en ella decía que “por estar ausente de Caracas” no había sido examinado Manuel Rodríguez.

Tan mala impresión produjo en Duarte el “examen judicial” de que había sido objeto sin miramiento a su calidad de “ministro confidencial” de la república en campaña, que resolvió viajar a Coro para verse con el presidente titular, mariscal Falcón, de padres dominicanos y simpatizante de la causa restauradora. Despachó para Santo Domingo a Melitón Valverde con el dinero y el material colectado y el 25 de noviembre emprendió la travesía marítima. De paso en el puerto de La Vela, saludó a Pina, quien seguía padeciendo la enfermedad que le había impedido sumarse a la expedición en marzo.

En Coro encontró sorpresivamente a su compañero de aventura de ocho meses atrás Candelario Oquendo, a quien había dejado en el Cibao. Ostentaba el grado de general y un nombramiento igual al suyo expedido por un gobierno provisorio que no era el presidido por el general José Antonio Salcedo sino otro encabezado por el general Gaspar Polanco. Salcedo había sido derrocado y fusilado sin formación de causa, bajo el supuesto de que estaba en connivencia con el enemigo, cargo éste del que lo redime la historia.

Oquendo entregó a Juan Pablo una comunicación firmada

por otro compañero de expedición, el ilustre Manuel Rodríguez Objío, ahora ministro de Relaciones Exteriores, en que oficialmente le comunicaba el cambio efectuado, le remitía algunos impresos y le anunciaba posterior correspondencia con instrucciones para recabar “de los gobiernos republicanos de América” “que nuestra Patria sea reconocida como nación beligerante”.

Duarte tomó aquella correspondencia, a la que se agregaban otras tres notas con instrucciones sobre ciertos puntos concretos, recibiendo como una señal muy adversa a la causa de la República la noticia del trágico acontecimiento. Sabía ya de la muerte de Pedro Santana, en desgracia con las autoridades españolas y anatematizado como traidor por los patriotas dominicanos; sabía que la guerra tomaba un curso más favorable; conocía el estancamiento de las tropas españolas en Monte Cristi y las hondas divergencias entre Salcedo y los otros jefes militares criollos con respecto a los planes de campaña. Pero no esperaba que en medio de aquella lucha desesperada, en que se necesitaba la unión de todas las voluntades, las internas disidencias culminaran en una crisis tan honda.

A preguntas del horrorizado Juan Pablo, Oquendo le hizo la narración de los sucesos, según los apreciaba desde su punto de vista:

—En su cuartel general de Guayubín, el presidente Salcedo se resistía a atacar a Monte Cristi, por no contar con suficiente armamento, contrariando el dictamen de Luperón, Polanco y demás jefes militares. A esta grave situación se agregó la decisión de Salcedo de indultar a un condenado a muerte por traición. Al impedirsele el consejo de ministros, su reacción fue destituir y ordenar el arresto de los miembros del gobierno, con excepción de Espaillat, sustituyéndolos con individuos de ninguna significación. Por estas causas y para salvar la victoria, en peligro de perderse, el 10 de octubre en la fortaleza de San Luis el general Gaspar Polanco, apoyado por los otros jefes de operaciones, desconoció la autoridad de Salcedo y formó nuevo gobierno bajo su presidencia. Polanco ordenó en seguida la prisión y expatriación del depuesto y cuando Luperón, encargado de ejecutar esta orden, conducía a Salcedo a la frontera tuvo que hacer esfuerzos para evitar fuera arrebatado y fusilado el prisionero por el general Monción y más tarde por el general Pimentel. Para desgracia de Salcedo, no fue admitido en el

territorio haitiano y tuvo que volver a Santiago, siempre bajo la protección de Luperón. Afectado éste por un quebranto de salud que lo obligó a recogerse, el presidente Polanco aprovechó la ocasión para ordenar secretamente el fusilamiento del derrocado presidente, acto que se consumó en la playa de Maimón el 5 de noviembre.

La presencia de Candelario Oquendo en Coro y su investidura diplomática entorpeció el plan de Duarte para obtener el apoyo de Falcón. Oquendo pertenecía al bando de los desplazados junto con Bruzual y su designación no pudo ser más desafortunada. Sin forjarse grandes ilusiones acudió solo a la cita que le había fijado el presidente y abrió a éste su corazón con toda la elocuencia de que era capaz.

Sus esperanzas renacieron al ver el modo franco y cordial con que lo acogió el mariscal. Este fue tan expresivo, que Juan Pablo creyó cercano el momento de la esperada ayuda substancial del gobierno venezolano al pueblo hermano que luchaba por recuperar el preciado don de la independencia.

“¿Y por qué no lo había de creer —escribiré días después—, cuando el ciudadano Mariscal Falcón en presencia del general P. me despide con estas halagüeñas palabras: —Vaya usted (a Caracas) con el general, y le aseguro que usted quedará complacido; él lleva mis instrucciones?”



Durante su estancia en la ciudad venezolana de Coro, Juan Pablo recibió cartas reconfortantes de su ayudante Francisco Saviñón y del trinitario Pedro Alejandrino Pina. El primero, con fecha 11 de diciembre de 1864, le hablaba de cómo contribuía al triunfo de la Restauración la fiebre amarilla que diezaba las filas españolas y del concurso británico para burlar el bloqueo de las costas dominicanas establecido por los peninsulares. El segundo le participaba el 14 la mejoría de su salud y su resolución de unirse pronto a los combatientes de la República. También le decía: "Supongo que usted se haya visto con el Gran Mariscal y que esté usted contento del resultado de la entrevista, porque aunque es muy cierto que Venezuela ha quedado atrasada y empobrecida por la revolución de cinco años que acaba de sufrir, sin embargo, algún sacrificio hará por nosotros que no somos sino la avanzada de la América que se bate heroicamente contra los Estados de la Europa conquistadora. Sobra de argumentos tendrá usted para tratar el asunto. Hay además de todo una circunstancia que nos favorece, y es que el general Falcón es de sentimiento muy americano".

El 3 de enero de 1865 embarcó Duarte en La Vela, de regreso a Caracas. Estaba esperanzado pero con justos motivos de preocupación: estar actuando ante las autoridades venezolanas sin haber recibido del nuevo presidente dominicano una confirmación autógrafa de su plenipotencia; el estado de bancarrota y turbulencia de Venezuela, que le impedía esperar la ayuda substancial que necesitaba la República; el mal efecto

producido en el gobierno venezolano por el regreso de Candelario Oquendo, y por último la situación desfavorable que le había creado el vicepresidente y encargado del Ejecutivo, general Antonio Guzmán Blanco, después de desconsiderarlo ordenando acceder al exhorto solicitado por el representante de España.

Aprovechó la escala obligada en Curazao para escribir al gobierno provisorio de Santiago. Lo hizo en forma seca y lacónica, sin formular votos por el nuevo presidente y desaprobando la designación de Oquendo. “Me parece conveniente advertir al Gobierno —le dice— que no se empeñe en mandar nuevos comisionados para este asunto, puesto que solamente, y sin presunción lo digo, yo basto para el caso; y no hay necesidad de hacer gastos inútiles sobre entorpecer las negociaciones que de antemano tenía yo tan bien preparadas”. Y le agrega: “El Gl. Oquendo figuró en el Gobierno caído; necesariamente no tenía simpatías en el Gobierno triunfante, por lo que su llegada a Coro como Ministro de la República Dominicana fue desagradable”.

De nuevo en Caracas, tuvo que vencer su repugnancia y visitar al general Guzmán Blanco, a quien el mariscal Falcón había enviado sus recomendaciones. Para su sorpresa, la primera respuesta del vicepresidente en funciones fue una negativa. Después de una segunda consideración del encarecimiento presidencial, Guzmán Blanco convino en entregarle quinientos pesos sencillos, suma muy inferior al mínimo que razonablemente esperaba merecer.

Turbado por esta experiencia decepcionante y por las intrigas que percibía en su rededor, recibió Juan Pablo una nueva comunicación de Rodríguez Objío con boletines impresos y luego otra en que el ministro se excusaba de no haberle enviado la anunciada memoria “por haber continuado hasta hoy las negociaciones relativas a la paz con España, bien que por el intermedio del señor general Geffrard”.

Esta referencia a negociaciones de paz produjo en Duarte un sobresalto y una alarma que luego expresará en su contestación, no obstante que el mismo oficio contenía muy buenas noticias sobre el curso de la guerra.

Un oficio más recibió Juan Pablo de su cancillería, a fines de febrero, cuyo tema le interesó de tal manera que inmediata-

mente lo puso en movimiento y lo impulsó a escribir prontamente a su gobierno informándole lo que debía hacer para la recta conducción de sus diligencias. Tenía la fecha del 27 de diciembre de 1864 y le pedía gestionar en el Gran Congreso Interamericano que en aquellos días se reunía en Lima el reconocimiento de la República Dominicana “no ya como parte beligerante sino como poder independiente”. Ya era tarde, pero al menos podía tratar de obtener un apoyo moral al esfuerzo del pueblo dominicano por reconquistar su soberanía.

Su primer paso fue visitar al cónsul del Perú en Caracas para por su medio y el de la cancillería peruana solicitar ser admitido en aquella asamblea de naciones hermanas y ser oído como la voz de una república americana en trance de reconstituirse. A juzgar por las expresiones que Duarte emplea en la comunicación que luego dirigió al Gobierno Provisorio informándole de la visita, aquel funcionario consular no estuvo a la altura del asunto que Juan Pablo le planteó. Parece que nada comunicó a su gobierno. Al menos nada se ha encontrado hasta ahora en los archivos de Lima que constituya una huella de la gestión de Duarte en el consulado peruano en Caracas.

Para la fecha de esta actuación duartiana, aquel segundo encuentro de Estados americanos —el primero había sido el anfictiónico reunido en 1826 en Panamá a iniciativa de Bolívar— finalizaba sus trabajos y aprobaba cuatro tratados: sobre unión y alianza defensiva entre los Estados de América; sobre conservación de la paz entre los mismos Estados; sobre correos, y sobre comercio y navegación. Había comenzado con propósitos valientes y desafiantes frente a las agresiones del imperialismo europeo en perjuicio de algunos países americanos, pero en el curso de las reuniones había morigerado su actitud hasta convertirse en una reunión inocua.

Los congresistas eran: Por la República Argentina, Domingo Faustino Sarmiento; por Bolivia, Juan de la Cruz Benavente; por Colombia, Justo Arosemena; por Chile, Manuel Montt; por Ecuador, Vicente Piedrahita; por el Salvador, Pedro Alcántara Herrán; por Guatemala, el mismo representante de El Salvador; por el Perú, Juan Antonio Ribeyro y José Gregorio Paz—Soldán, y por Venezuela, Antonio Leocadio Guzmán, padre de Antonio Guzmán Blanco. La convocatoria peruana para la celebración del Gran Congreso, en enero de 1864, coincidió con una

iniciativa del general Guzmán Blanco, en su calidad de ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, para promover la alianza, liga y confederación de las naciones americanas. Al dirigirse a este respecto a su colega del Perú le expresó: “Ese país, que siempre se ha señalado por sus sentimientos americanos, que con tanta energía y caudal de razones protestó contra la anexión de Santo Domingo por España. . . sin duda prestará a tan útil idea el importante auxilio de su cooperación”.

Más de un motivo tuvo Duarte para escribir cuanto antes a su gobierno. No era solamente la necesidad de nuevas credenciales para dirigirse a Lima y Bogotá. Era también la amenaza de mediatización de la soberanía nacional que percibía en las noticias llegadas a él por diversos conductos, que hablaban de arreglos para la terminación de la guerra y el futuro del país. Estas versiones lo desesperaban. El juramento en su corazón volvía a quemarle el pecho.

Juntó en su mesa de trabajo todos los oficios recibidos y escribió su carta del 7 de marzo de 1865, dirigida a un gobierno que, como veremos, ya no existía desde el 23 de enero anterior. En esta fecha un tercer gobierno se había formado durante la campaña restauradora.

stro, nuestra Patria ha de
er libre e independiente
e toda Potencia extranjera
se hunde la Isla”



Juan Pablo ordenó cronológicamente la correspondencia que había recibido de su gobierno hasta ese día —7 de marzo de 1865— y comenzó a escribir refiriéndose al cambio efectuado en el personal gubernamental. Lo hizo en términos tan secos y breves como en su carta del 5 de enero.

Luego alude a la falta de cumplimiento de promesas de ayuda hechas por “personas de crédito” y comenta discretamente: “. . . si vale decir verdad, éstas como que no tienen hoy toda la independencia que ayer tenían”.

Relativamente al desempeño de su misión ante los gobiernos sudamericanos aclara que debido al cambio de presidente sus poderes finalizaron el 17 de octubre y necesita de una carta credencial firmada por el general Polanco.

Un reproche les hace a las nuevas autoridades por su conducta al decirles: “El Gobierno debe mostrarse justo y enérgico en las presentes circunstancias o no tendremos Patria y por consiguiente ni libertad ni independencia nacional”.

Cuando entra al tema de las negociaciones su ánimo se altera y pone: “¡Quiera Dios que estas paces y estas intervenciones no terminen (cual lo temo, y tengo más de un motivo para ello) en guerras y en desastres para nosotros, o mejor diré, para todos!”

Asaltado por temores que no puede descartar le dice a su destinatario: “Usted desengañese, Señor Ministro, nuestra Patria ha de ser libre e independiente de toda potencia extranjera o se hunde la isla”.

Luego pasa al asunto del Gran Congreso de Lima, ya tratado

arriba, y al problema del comandante Oquendo para entrar en una parte de su carta en que ésta cambia de naturaleza. De aquí en adelante, Duarte no es ya el funcionario diplomático que informa a su cancillería. Rompe las barreras que limitan su cometido burocrático y se constituye nuevamente en el apóstol que siempre fue cuando vio la Patria en peligro; en el orientador que expone e impone su profesión de fe irreductiblemente nacionalista. Es el líder quien habla ahora; quien “truenas en la tribuna política” —como dirá de él Félix María del Monte— para señalar el camino a seguir en el difícil momento; es el caudillo y maestro que previene, corrige y reprende las posibles desviaciones del patriotismo; es el jefe nato que ejemplifica, orienta y estimula las acciones de cuantos dominicanos tienen en sus manos la suerte de la república por él concebida en 1838. Aquí están las palabras del Padre de la Patria. No hay en ellas preocupaciones literarias. Son el grito desorbitado de quien ve en trance de zozobrar a su criatura:

“Mucho se habla en Europa y en América sobre el abandono de la isla de Santo Domingo por parte de España y aun hay quien lo afirme como si estuviera en el secreto de los gabinetes; otros opinan que el abandono no será total sino a reserva de quedarse con la península de Samaná, que es lo mismo (en mi opinión) que aplazar la ocupación total para tiempo más oportuno. Pero sea el abandono total o parcial, y digan lo que quieran sobre el particular, los amigos o enemigos de la República Dominicana y aun los de la España, este abandono me parece una conseja con que entretener a los crédulos y con la cual se pretende adormecer a los dominicanos y aun al Gobierno para caer repentinamente sobre nuestro suelo y como caerá el ejército expedicionario que al efecto se organiza en España; no hay, pues, que dormirse, y en vez de ponerse a creer en paparruchas, el Gobierno debe tomar sus medidas para recibir al enemigo, que según se dice atacará por tres puntos diferentes, si ya no es que sea (digo yo) por cuatro, y los cuales (supongo) deberán ser Montecristi, Puerto Plata, Samaná y el Sur. . .”.

A continuación recoge la versión de que en Santo Domingo el pueblo está dividido y afirma: “. . . esto es falso de toda falsedad; en Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia

extranjera, y una facción miserable que siempre se ha pronunciado contra esta ley, contra este querer del pueblo dominicano...”.

Para que no hubiera dudas respecto de su propia posición proclama: “...si me pronuncié dominicano independiente desde el 16 de julio de 1838, cuando los nombres de Patria, Libertad y Honor Nacional se hallaban proscritos como palabras infames, y por ello merecí (en el año del 43) ser perseguido a muerte por esa facción entonces haitiana y por Rivière que la protegía, y a quien engañaron; si después en el año de 44 me pronuncié contra el protectorado francés decidido por esos facciosos y cesión a esta potencia de la península de Samaná, mereciendo por ello todos los males que sobre mí han llovido; si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi Patria a protestar con las armas en la mano contra la anexión a España llevada a cabo a despecho del voto nacional por la superchería de ese bando traidor y parricida, no es de esperarse que yo deje de protestar (y conmigo todo buen dominicano) cual protesto y protestaré siempre, no digo tan sólo contra la anexión de mi Patria a los Estados Unidos, sino a cualquiera otra otencia de la tierra, y al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menoscabar en lo más mínimo nuestra Independencia Nacional y cercenar nuestro territorio o cualquiera de los derechos del Pueblo Dominicano”.

Refiriéndose al riesgo de verse un día ocupado el país por potencias extranjeras declara: “...por desesperada que sea la causa de mi Patria siempre será la causa del honor y siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre”.

Juan Pablo entregó el original de su carta a Candelario Oquendo junto con otra de la misma fecha 7 de marzo dirigida a uno de los adalides de la lucha restauradora y en la cual manifiesta su preocupación por la suerte de su hermano Vicente, de quien nunca volverá a tener noticia.

Con ambas cartas y un dinero para la causa restauradora se ausentó Oquendo de Caracas el 8 de marzo pero antes de embarcar en La Guaira supo que un grupo de generales había depuesto al presidente Polanco y a él se le llamaba desde Santiago para pasarle causa por su culpabilidad en el asesinato del general-Salcedo.

La noticia le había llegado a Duarte el 20 de marzo. Desde el

23 de enero gobernaba una “Junta superior Directiva” presidida por Benigno Filomeno de Rojas, la cual ordenaba a Juan Pablo recoger las credenciales de Oquendo y notificarle el emplazamiento. El oficio era del 2 de febrero anterior y estaba firmado por un nuevo ministro de Relaciones Exteriores: Teodoro Stanley Heneken, la misma persona que en junio de 1844, en calidad de representante oficioso de Inglaterra, había manifestado a la Junta Central Gubernativa presidida por Sánchez la preocupación del gobierno de su país de origen ante el rumor de que Samaná iba a ser cedida a Francia.

El cambio parecía ser una reivindicación de la honra del victimado general Salcedo, pero a la madurez política de Duarte, que tantas veces prefirió el sacrificio a quebrantar la concordia nacional y la legalidad, la nueva prueba de moral cívica que en plena guerra santa daban los dominicanos le pareció pésima y le reavivó sus angustias y desesperanzas.

11 de Julio de 1865



Después de las noticias recibidas de la patria y sabiendo que por la vía del comandante Oquendo no iba a llegar a manos del nuevo canciller dominicano su carta del 7 de marzo, Juan Pablo hizo una nueva copia de ésta y el 22 de marzo le agregó un “aumento” refiriéndose a la comunicación recibida por él dos días antes. Con estos papeles viajó el 23 a Curazao y los remitió al agente dominicano en Saint-Thomas, Alvaro Fernández, encargándolo de remitirlos sin pérdida de tiempo a los dirigentes restauradores. De este modo evitaba las dilaciones del envío desde Caracas y la más pronta recepción de su catilinaria, que él juzgaba produciría un efecto saludable en el ánimo del gobierno.

Fue la última actuación de Duarte como apóstol del nacionalismo radical. Con fecha posterior, y en su calidad de plenipotenciario, sólo se le conoce un oficio del 26 de marzo por el cual comunicaba haber dado con Oquendo y haberle comunicado la orden de comparecer en la comandancia de armas de Santiago para responder al cargo de complicidad en el asesinato del general José Antonio Salcedo.

No hay constancia de haber llegado a su destino aquella admirable toma de posición duartiana ante la hora que vivía el pueblo dominicano. Tampoco hay testimonio expreso de sus efectos. Sin embargo, procede suponer que fue recibida y que alguna relación hay entre la impresionante misiva y la digna actitud asumida por los gobernantes dominicanos al desafiar la peligrosa soberbia del capitán general español La Gándara, bajo

cuya presión los delegados restauradores Reinoso, Valverde y Quezada habían firmado el 6 de junio de 1865 el primer pacto del Carmelo a consecuencias de la Ley de Abandono votada por las Cortes de Madrid el 1.º de mayo anterior. Las acuciadoras palabras de Duarte pudieron haber alentado la valiente intransigencia de los generales criollos cuando rechazaron aquel pacto incompatible con el honor y el interés de la nación.

No tardó Juan Pablo en tener noticias que disipaban los temores expresados en su angustiada carta. Ciertamente en el gabinete presidido por Ramón María Narváez, duque de Valencia, estaba el propósito de hacer derogar la ley del 19 de marzo de 1861 y disponer el abandono absoluto de Santo Domingo. El 7 de enero de 1865 el gobierno de Narváez había sometido a las Cortes el proyecto, que quedó al estudio de una comisión. Esta rindió informe favorable y la ley fue votada por el parlamento el 3 de marzo. Sólo le faltaba el decreto de la reina ordenando su ejecución.

También supo Duarte que las tropas peninsulares se reconcentraban en las plazas fuertes de la costa, las actividades bélicas disminuían, nuevos pueblos se adherían a la causa restauradora y numerosos cabecillas dominicanos enrolados en las filas españolas se pasaban con sus tropas al bando patriota. Desde el 25 de marzo el presidente de la República lo era el general Pedro Antonio Pimentel, a cuyo gobierno le tocó la gloria de evitar que la terminación de la guerra tomara la forma de una rendición con pago de indemnización como lo pretendía el general La Gándara.

Las graves amenazas lanzadas por el contrariado espadón no tuvieron efecto y los hechos derivaron hacia la generalización de la protesta contra la inconsulta anexión y hacia la completa retirada de los españoles. A medida que las noticias mejoraban, el espíritu de Duarte entraba en una etapa de relativo sosiego. Dejó de recibir comunicaciones oficiales y se dedicó a trabajos particulares, pero siempre atento a las noticias del terruño, animado por la esperanza de que sus compatriotas administrarían el país sin pensar ya en extrañas tutelas.

Una muestra de cómo alternaban en Juan Pablo momentos serenos y tormentosos en el mes de marzo de 1865 la ofrece la carta que escribió el 18 a su viejo compañero el poeta Félix María del Monte, residente en Puerto Rico. Por una parte le

habla plácidamente del amor a la Patria y de los encantos de la amistad, pero en otros pasajes le expresa el temor de que la situación “no promete un desenlace tan suave y natural como lo esperan los necios que representan esta comedia”.

La contesación de Del Monte pone al descubierto al escritor nato, dueño de una erudición y de los secretos de la estilística. En ella le expresa en bellos términos su devoción al caudillo de la independencia. Este documento, como sus escritos de 1852, está entre los más antiguos testimonios sobre el supremo valor de Duarte en la fundación de la República.

La carta del amigo le llegó a Juan Pablo en días en que desesperaba de recibir noticias concluyentes sobre la solución del conflicto en que la nación dominicana se debatía. Viajeros y periódicos especulaban sobre la suerte futura del país poniendo en duda que se llegara a una solución justa. Estos comentarios inquietaban al patricio porque alguna base de verdad les concedía. La carta de Del Monte ha debido aumentar la agitación de su turbado espíritu. Así lo evidencia su nueva carta al compañero de otros días, la cual trasuda intenso sufrimiento y lo presenta a ratos como una cabeza que delira. Sin embargo, por encima de esta fiebre se perfila el apóstol inmaculado en angustiosa unidad con la tragedia de su pueblo y dispuesto siempre a “no descender a la tumba sin dejar a su patria libre, independiente y triunfante”. Es de fecha 2 de mayo y en ella reafirma su fe en la Providencia y su convicción de que “todo es providencial” haciendo una extensa correlación de las fechas en que tuvieron lugar en la historia general y en la dominicana en particular acontecimientos significativos.

Le dice: “... escrito está: ‘Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos’, y el buen dominicano tiene hambre y sed de justicia ha largo tiempo y si el mundo se le negare, Dios, que es suma bondad, sabrá hacerla cumplida y no muy dilatado”.

La carta sigue desenvolviéndose cada vez más atropellada y tempestuosa anunciando “la hora tremenda del juicio de Dios” en que “el Providencial no será vengativo pero sí justiciero”, y a este respecto cita nombres y se refiere a hechos e intenciones en un largo párrafo en que brilla su irrefrenable pasión nacionalista.

Los Apuntes de Rosa Duarte no van más allá de aquellos días

de 1865. Una nota puesta por ella en el final dice: “Hasta aquí sus relaciones con la Patria”.

La razón de este corte en la vida de Duarte sólo puede encontrarse en la deplorable condición de su salud. Aquel maltratado organismo, que había sufrido pruebas tremendas durante largos años, no podía responder ya a los requerimientos del alma heroica que albergaba, y entraba en una última etapa de penumbra, con sus alzas y sus bajas, en espera del día del retorno a la tierra o simplemente de la muerte, delirando siempre por el porvenir de su patria, según el testimonio del Padre Meriño.

Unos cortos versos en que el solitario repúblico pide a quiméricas sirenas del río Ozama que canten “la libertad al suelo donde nací”, fueron compuestos por Duarte, al parecer, cuando le llegó al fin la noticia del decreto de abandono, dictado por la reina de España el 1ro. de mayo de 1865, y de la total desocupación del territorio dominicano por las tropas españolas el siguiente 11 de julio.



Mientras Duarte, vencido por sus quebrantos, pasaba a lo que pudiéramos llamar su ultra—historia, en Santo Domingo no amainaba el huracán de las pasiones. Superado el período de la anexión y de la guerra, los hechos se desarrollaron de un modo diferente de como los anticipaban las esperanzas del patricio. La secuela de males que dejó la contienda hicieron imposible que en el país dominicano se crearan las condiciones de cordura que se necesitaban para emprender la reorganización de la nación.

En la presidencia de la República estaba el general Pedro Antonio Pimentel, tan buen guerrero como pésimo estadista, que no tardó en ser derrocado el 4 de agosto de 1865 por una revolución dirigida por otro héroe de la independencia, el también general José María Cabral, a quien triunfante el movimiento se le otorgó el título de “Protector de la República”. Cabral se rodeó de gente ilustrada del sector liberal y su gobierno comenzó a tomar buenas medidas de recuperación, pero antes de finalizar el año cedió a la presión del reconstituido y poderoso partido rojo y le allanó el camino a la presidencia al caudillo Buenaventura Báez, quien durante la guerra patriótica se había identificado con la causa anexionista.

Es de imaginar la sorpresa de Juan Pablo ante el increíble sesgo tomado por los acontecimientos. Su decepción no tuvo límites y pronto vio en Caracas, en obligado exilio, al ilustre sacerdote Fernando Arturo de Meriño, con quien desahogaba su ira santa cuando se juntaban a considerar los asuntos de la

patria, manteniendo la ilusión de que todavía podía hacer algo por la salvación de sus conciudadanos.

El nuevo gobierno baecista vio pronto ante sí un frente liberal que le hizo la guerra. Báez restableció la Constitución dictatorialista de los tiempos de Santana, implantó un régimen de persecuciones y buscó la protección política y económica de los Estados Unidos. Fue derrocado en 1866 y después de un breve gobierno de tres volvió Cabral a la jefatura del Estado restableciendo la Constitución liberal de 1865. Cabral logró dominar dos revueltas baecistas y en 1867 reinó la paz por corto tiempo, durante el cual se gestionó un empréstito en los Estados Unidos y se firmó el 26 de julio el primer tratado de paz y amistad con Haití.

El 7 de octubre estalló en el Noroeste del país una gran revolución baecista apoyada por el presidente Salnave, de Haití. Cabral buscó entonces el apoyo de los Estados Unidos ofreciéndoles la bahía de Samaná, lo que le enajenó el favor de los patriotas liberales, entre ellos el caudillo restaurador general Gregorio Luperón. La revolución creció en la región norteña y estableció gobierno en Santiago, el cual envió al general Manuel Altagracia Cáceres al frente de un ejército sobre la ciudad de Santo Domingo, que obligó a Cabral a capitular el 31 de enero de 1868.

Estos hechos coincidieron con una epidemia de cólera, una de cuyas víctimas fue el nunca bien alabado prócer trinitario Juan Isidro Pérez, quien perdida la razón había llevado una vida infeliz desde 1848. Así terminó sus días aquel paradigma de patriotismo y lealtad, a quien Duarte ofreció el tributo de sus últimas lágrimas, según lo informa Rosa, la hermana del patricio, en sus célebres Apuntes.

Triunfantes en el mes de marzo los baecistas, un gobierno provisional invitó al viejo caudillo a regresar del exilio y le ofreció un pomposo recibimiento mientras reponía la Constitución de 1854. Hubo votaciones de pura formalidad el 2 de mayo de 1868 y Buenaventura Báez quedó convertido por cuarta vez en presidente de la República.

A raíz de este hecho quedó restablecida la pena de muerte para delitos políticos y el gobierno gestionó la obtención de armas y recursos en el extranjero para afianzarse. También se reiniciaron las diligencias para vender la península y bahía de

Samaná a los Estados Unidos o para anexar el país entero a la gran nación nortea.

La preocupación de Duarte ante estas noticias disminuyó un tanto cuando supo que una resistencia armada de carácter patriótico había comenzado a fines de 1868 con la insurrección del general Timoteo Ogando, superviviente de la trágica expedición de Sánchez, en la región del Sur, secundada en el Noroeste por el general restaurador José Cabrera. A estos hechos siguió el levantamiento de Cabral y Luperón, quienes se unieron para combatir el proyecto de anexión e hicieron de la ciudad haitiana de Jacmel su centro de operaciones. El prócer trinitario Pedro Alejandrino Pina se les unió. Mientras la zona de Azua quedaba convertida en zona de guerra, en el país entero reinaba el terror.

En conocimiento de estos hechos, el Secretario de Estado de los Estados Unidos propuso al gobierno de Báez convocar a un plebiscito a fin de que el pueblo dominicano en masa manifestara libremente en forma directa si deseaba o no convertir la República en territorio perteneciente a la Unión. El presidente prometió hacerlo y en seguida comenzaron los preparativos.

En la certeza de que esta consulta popular no iba a reflejar el verdadero querer de los dominicanos, la guerra patriótica siguió cobrando alientos. La nueva desaparición de la nación independiente, tan temida por Duarte en su carta del 7 de marzo de 1865, era una inminencia que urgía anular.

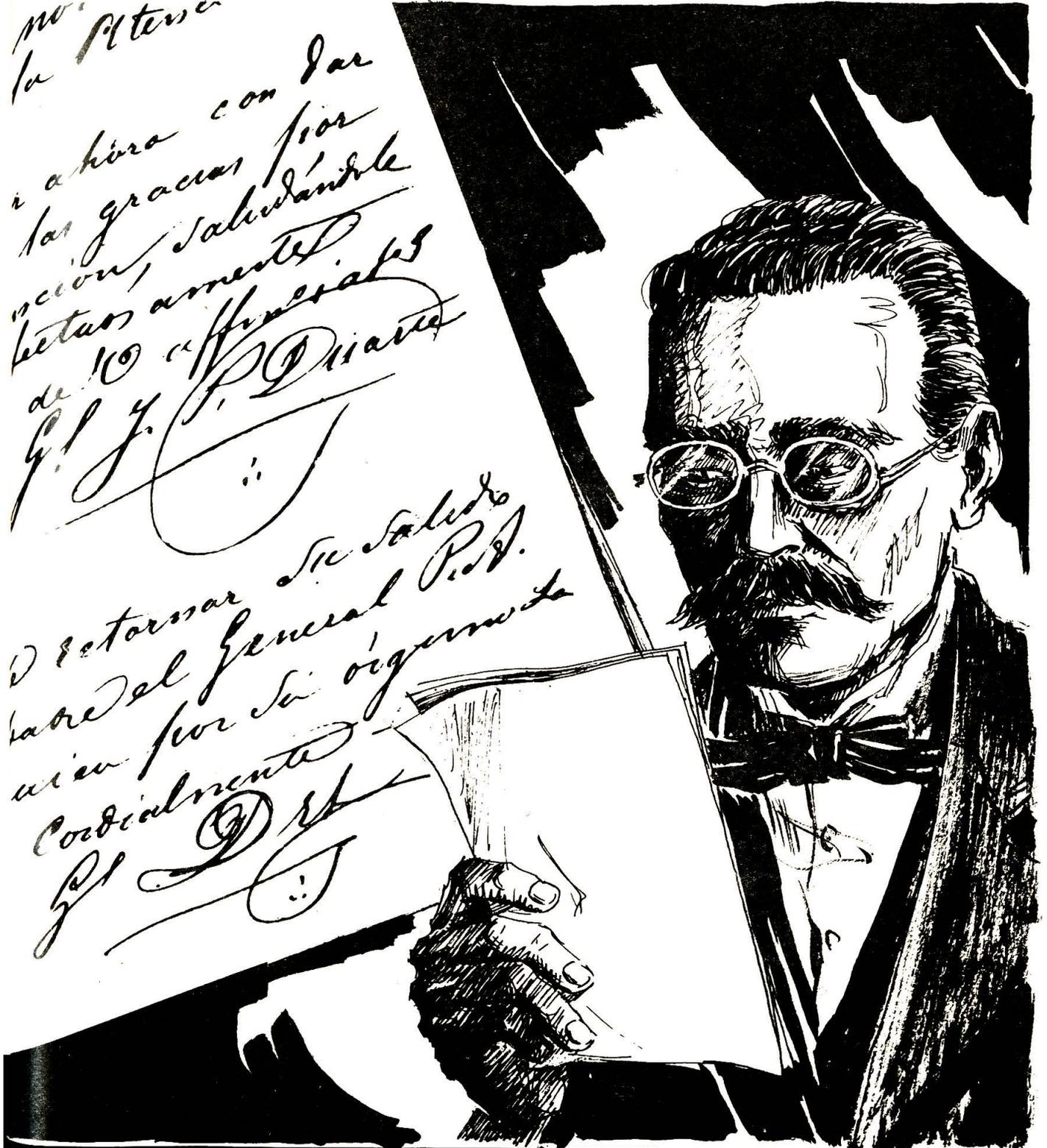
El año 1869 comenzó con noticias buenas y malas. Por un lado la apertura de nuevos focos revolucionarios, especialmente en la región oriental; una fuerte oposición de senadores estadounidenses al proyecto de anexión, y el desembarco de Luperón en Samaná desde "El Telégrafo", un vapor adquirido y artillado para combatir a Báez. Por otro lado, la captura y fusilamiento de cabecillas rebeldes; el apasionado apoyo que daban al proyecto anexionista el nuevo presidente de los Estados Unidos, general Ulises Grant, y su secretario de Estado, Hamilton Fish; la contratación de un empréstito en libras esterlinas al gobierno dominicano, el 1.º de mayo de 1869, con un señor Hartmont, de Londres; la presencia en Santo Domingo del señor Babcock, representante personal del presidente Grant, y la substitución del agente comercial de los Estados Unidos en Santo Domingo, Somers Smith, quien expresaba dudas respecto

de la conveniencia de la anexión, por Raymond H. Perry, que parecía ser su decidido partidario.

El optimismo de los expulsos dominicanos con quienes Duarte se veía en Caracas calmaba sus inquietudes. Ellos residían y se movían en Curazao, por reunir esta isla mejores condiciones que la perturbada Venezuela para su trabajo en favor de la revolución, pero algunos pasaron a la capital venezolana y lo visitaron. Eran entre otros José Gabriel García, Mariano Antonio Cestero, Juan Ramón Fiallo, Alejandro Román, Juan Hilario Meriño, Daniel Henríquez, Pedro Antonio Delgado, Juan Francisco Travieso, Nicolás Rutz, Manuel María Calero, José María Travieso y Apolinar de Castro.

no. p. tener
 a ahora con dar
 las gracias por
 su atencion, saludándole
 afectuosamente
 de 10 años
 G. J. P. Diaries

Retornar su saludo
 al General P. D.
 muy por su dignidad
 cordialmente
 G. J. P.



El mas ilustre de los jóvenes revolucionarios dominicanos que se encontraban expulsos en Curazao en 1869: el historiador José Gabriel García, escribió a Duarte el 10 de octubre una carta con la cual le remitía “dos libritos” editados en Santo Domingo en 1867: el primer tomo de su “Compendio de Historia de Santo Domingo” y “Elementos de Geografía Física, Política e Histórica de la República Dominicana”, por Fernando Arturo de Meriño.

El recibo de esta carta y sus anexos fue para Juan Pablo una recompensa espiritual como quizás no la había recibido desde el homenaje que le rindió el pueblo dominicano en 1844. Esos documentos eran un anuncio de cómo la posteridad iba a hacerle justicia no obstante el juicio negativo y las persecuciones de que le habían hecho víctima sus poderosos enemigos.

García, viendo en él al auténtico e indiscutible fundador de la República, le pedía recoger y enviarle cuantos apuntes creyera necesarios para hacer la historia de la independencia. Meriño en su obra lo presentaba como “el primero que concibiendo el pensamiento de sacudir la dominación haitiana, se lanzó en la vía revolucionaria; el primero que sacrificó su patrimonio, sus afecciones de familia, su reposo, todo, exponiendo su vida mil veces por dar libertad a sus conciudadanos; y después de conseguirlo, se vio calumniado y arrojado de su Patria. Fue a ocultar su dolor en el centro de la República de Venezuela, permaneciendo obscurecido, hasta que viendo alevemente inmolada por sus mismos perseguidores esa indepen-

dencia que le costó tantos sacrificios, volvió a su país ofreciendo su espada a la revolución regeneradora. Enviado después al extranjero a desempeñar una misión, se fijó en la ciudad de Caracas, donde vive delirando con el porvenir de su Patria”.

En la misma obra tuvo Duarte la satisfacción de ver que el autor le hacía también justicia a su entrañable y admirado Sánchez en estos términos:

“El ciudadano Francisco del Rosario Sánchez fue quien aquel día en la ciudad de Santo Domingo (se refiere al 27 de febrero de 1844), apoderándose del castillo del Conde, dio el grito de Separación y Libertad. Perseguido constantemente por el Gobierno Haitiano, corriendo los mayores peligros, este esclarecido patriota no abandonó los trabajos de la revolución hasta que tuvo la gloria de hacerla triunfar. Fue una de las primeras víctimas que acompañó en el destierro, por resolución de la segunda Junta Central Gubernativa, en su Consejo de 22 de agosto del mismo año 1844. Y siempre desgraciado, sufrió una serie de persecuciones hasta que, estando en el ostracismo cuando se hizo la anexión de Santo Domingo a España, volvió a su patria jurando morir o librarla de la servidumbre a que la acababan de reducir Santana y su Gobierno. El día 29 de mayo del funesto año 1861, volvió Sánchez a enarbolar de nuevo el glorioso pabellón nacional en el Cercado, puesto militar de la común de Las Matas de Farfán; pero lo traicionaron, y después de perecer varios patriotas y él quedar herido en una emboscada que le pusieron, fue preso con 20 compañeros más, conducido a la villa de San Juan de la Maguana y fusilado. Honra y prez a la memoria del mártir insigne, del patriota benemérito que bajó a la tumba en defensa de la libertad americana! ”

La contestación e Duarte a García, que es el último de sus escritos conocidos, es de fecha 29 de octubre de 1869 y dice:

“Muy mi estimado:

De suma complacencia nos han sido su muy apreciable fechada en ésa a diez de los corrientes y los dos libritos que la acompañaban y de que usted me hace presente, que conservaré como el más grato y satisfactorio a mi corazón.

Ambas cosas son y serán siempre para nosotros del más alto aprecio y satisfacción, pues nos revela que con patricios tales como Ud. y el Padre Meriño nuestros trabajos no serán perdidos

para la posteridad, cuando hoy mismo hay ya quien se dedique a utilizarlos; así lo poco o mucho que hemos podido hacer o hiciéremos aun en obsequio de una Patria que nos es tan cara, y tan digna de mejor suerte, no dejará de tener imitadores y este consuelo nos acompañará en la tumba.

Seguid, jóvenes amigos, dulce esperanza de la patria mía, seguid con tesón y ardor en la hermosa carrera que habéis emprendido y alcanzad la gloria de dar cima a la grandiosa obra de nuestra regeneración política, de nuestra independencia nacional, única garantía de las libertades patrias. Seguid, repito, y vuestra gloria no será menor por cierto que la de aquéllos que desde el 16 de julio de 1838 vienen trabajando en tan santa empresa bajo el lema venerando de Dios, Patria y Libertad, que son los principios fundamentales de la República Dominicana.

Tan luego como las circunstancias me lo permitan me ocuparé seriamente en recoger apuntes y traer a la memoria los hechos pasados y tendré mucho gusto en poner a usted al corriente de todos los que nos conciernan y merezcan la atención del historiador.

Concluiremos por ahora con dar a usted, una vez más, las gracias por su exquisita atención, saludándole muy cordial y afectuosamente.

Soy de usted affmo. y atto. s.

Gl. J. Duarte

Ad. Sírvase retomar su saludo a mi compadre el General P. A. Pina, a quien por su órgano saludo muy cordialmente,

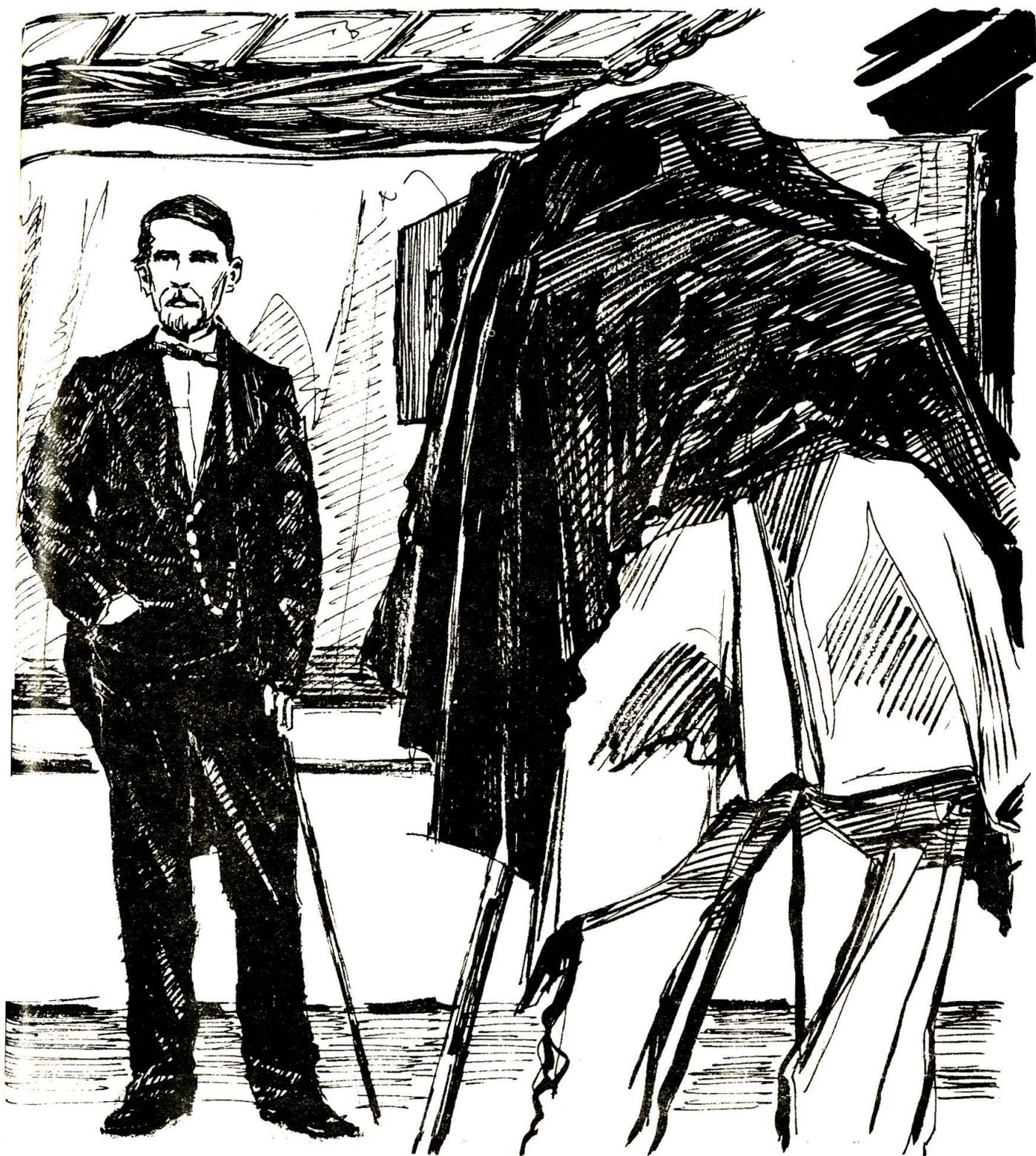
Gl. Drt.”

Eran días de gran preocupación los que corrían cuando escribió esta carta. Los presidentes Báez, de la República Dominicana, y Grant, de los Estados Unidos, estaban confabulados para convertir en posesión estadounidense el territorio dominicano, y si bien había muy fuerte oposición a este insólito proyecto, el desenlace de la trama era incierto todavía. Por eso Duarte promete gloria a los autores de ambos libros, no como historiadores sino como libertadores.

La carta de García fue acicate para que Juan Pablo, con la

ayuda de sus hermanas, reuniera sus notas y recuerdos, y para que Rosa Duarte comenzara a escribir su inestimable código. Ella no era escritora, pero se trataba de hacer valer en la historia los méritos de su idolatrado hermano. Este motor empujaba su voluntad y le hizo vencer todos los obstáculos hasta lograr su cometido.

A finales de 1869 y comienzos de 1870 las noticias eran alarmantes. Se había firmado ad referendum en noviembre 29 el tratado de anexión, y el 19 de febrero siguiente se había celebrado un aparente plebiscito dominicano ratificador del mismo. Empero otras informaciones sirvieron para neutralizar la angustia de las anteriores: que el senador Charles Sumner, presidente del comité de relaciones exteriores del Senado de los Estados Unidos, movía sus influencias para hacer rechazar el tratado en el Congreso, y que en Haití el presidente Salnave, aliado de Báez, había sido sustituido por Nissage Sayet, amigo de los revolucionarios dominicanos, lo que significaba pleno apoyo a la guerra patriótica desde la frontera.



A lo largo del año 70 la vida de los Duarte discurría entre sus afanes industriales y comerciales, en asociación con la firma Vegas, Fernández & Compañía, y la recolección de datos y documentos para el código que Rosa preparaba. Ella lo intituló: “Apuntes para la historia de la Isla de Santo Domingo y para la biografía del General dominicano Juan Pablo Duarte y Díez”.

Las noticias que les llegaban de Santo Domingo eran ocasiones para añorar el lar nativo y seguir los vaivenes de la guerra, que ya llevaba cerca de tres años. No cesaban de pensar en el desdichado hermano mayor, Vicente Celestino, cuya suerte ignoraban y a quien suponían muerto. Era inútil sus averiguaciones para saber dónde estaba o bajo qué suelo yacían sus restos. El menor de los Duarte, el infortunado Manuel, se mantenía en su estado crepuscular y participaba o no en los corrillos según estuviera en días críticos o de calma.

Un día llegó a Duarte la noticia de que su glorioso compañero de luchas Pedro Alejandrino Pina había muerto el 24 de agosto de 1870 en el campamento de Las Matas de Farfán, enrolado en las filas de los que defendían la soberanía nacional contra el proyecto anexionista. Juan Pablo rindió el tributo de su hondo duelo al patriota que había sido fiel al juramento trinitario en 1844 y en 1861 hasta caer en la demanda en la última prueba.

En el mismo año, según observaba Duarte que Venezuela entraba en una etapa de paz con Guzmán Blanco, más inconforme se sentía con la conducta de sus conciudadanos, que

no le daban la oportunidad de una esperanza ni le favorecían la disposición a regresar. “Pobre país el mío; tan digno de mejor suerte”, solía decir. Emiliano Tejera, testigo de la vida de Duarte posterior a 1865 dice:

“Once años estuvo Duarte en espera de mejores tiempos en su país; años interminables, de angustias infinitas, de dolores profundos”. . . “La independencia se veía al borde del abismo; una bandera extraña flotaba amenazante en un extremo del territorio, codiciado desde antiguo. ¡Años terribles para corazón tan dominicano! ”

Alarmados ante la decreciente condición de la salud de Juan Pablo, no faltaron allegados que osaron aconsejarle olvidar un poco la patria para que recuperara la paz de espíritu y las fuerzas corporales. El mismo testigo excepcional nos da cuenta de la vehemente contestación del patricio:

“El día que la olvide será el último de mi vida! ”

Con el tiempo la familia caraqueña de Duarte había crecido y contribuía a hacerle llevaderos sus últimos años. El llorado Vicente y su esposa, María Trinidad Villeta, habían procreado a Enrique, Vicente, María Ignacia, Romualdo Ricardo y Wenceslao Camilo. Estos a su vez dejaban larga descendencia. Del matrimonio de Romualdo Ricardo con Francisca Rodríguez de Cosgaya —viuda de Miguel Tejera de la Mota— nació Matilde, quien casaría con José de Ayala, dejando prole ilustre. Por su parte los tíos maternos Mariano, Prudencio y José Diez, ya fallecidos los dos primeros para la época relatada, dejaron descendientes, entre los cuales descollará un primo de Juan Pablo con quien éste congeniaba: Manuel Antonio Diez, que en calidad de Segundo Número del Consejo de Estado ocupará interinamente la presidencia de la República en 1886.

También formaban parte de la comunidad familiar y querían a Duarte como a un tío los hijos del primer matrimonio de la esposa de Romualdo Ricardo. Ellos eran Francisco, Felipe, Miguel y Andrés Tejera, todos personas de gran prestancia y extensas vinculaciones.

Hacia 1873 ya vivían los Duarte—Diez en una típica casona de la Caracas colonial, entre las esquinas de Zamuro y el Pájaro. Un buen día obligó Rosa a Juan Pablo a que se pusiera la casaca para que el fotógrafo español Próspero Rey le hiciera un retrato.

—Como has visto, la nueva generación dominicana se interesa

en ti y te agradece tu obra de libertador. Junto con tus notas para la historia tienes que dejarle tu fotografía —le dijo convincente.

Duarte tomó su bastón y se dirigió con la hermana al estudio del fotógrafo. Pronto estuvo ante la enorme cámara, sometido a las indicaciones del artista. El patricio permanecía en pies, inmóvil, en paciente espera, descuidada la corbata y apoyado ligeramente el cuerpo en el bastón. En esos minutos su mente se fue lejos, tal vez a la Patria y sus desventuras, olvidado de la situación en que se encontraba y comunicando inconscientemente a su mirada un aire de tristeza y a su rostro enjuto una expresión de insuperable dignidad.

Así lo captó la cámara y así ha llegado hasta nosotros en el único retrato fotográfico que se le conoce.

A principios de 1874 le llegó la noticia de que el régimen baecista había sido derrocado cerrando un período de casi seis años de despotismo, manejos antinacionales y guerra. Los jefes de la revolución habían sido los jóvenes generales Ignacio María González y Manuel Altagracia Cáceres. Báez había capitulado el último día del año 73.

Ningún momento fue tan propicio para concebir nuevas esperanzas. Parecía que con la derrota del caudillo anexionista los destinos del país iban a quedar en las manos de gente con más conciencia nacionalista. Casi todo el año 1874 fue de sanas rectificaciones que a Juan Pablo pudieron haber inducido a regresar a “la cara Patria”, pero el empeoramiento de sus males le cerraba el paso hasta a su propia capacidad de iniciativa. El desgaste de sus neuronas cerebrales avanzaba y una tisis de lento desarrollo, típica de su edad, le afectaba los pulmones y lo sometía a un estado de perpetua y extenuante fiebre.

La mejor prueba de que los nuevos gobernantes miraban las cosas de diferente manera de como lo hacían los viejos caudillos, y los animaba un espíritu de superación, la constituyó precisamente el hecho de que el general González, elegido presidente de la nación, volvió sus ojos al glorioso proscrito, al iniciador y director del movimiento de independencia y forjador de la República, y le escribió una carta el 19 de febrero de 1875, invitándolo a regresar al país y vivir en él en la forma condigna a su jerarquía sin par.

Esta iniciativa del presidente González fue seguida, meses

después, por otra parecida del héroe restaurador general Gregorio Luperón. Ignorando en su residencia de Puerto Plata el paso dado por el presidente, Luperón propuso a su vez en diciembre del mismo año 75 a la llamada “Liga de la Paz” abrir una suscripción para “poder volver al seno de su querida patria al general Juan Pablo Duarte, benemeritísimo patriota, Padre de la Patria y Mártir de todas nuestras contiendas. . .”.



La carta dirigida a Duarte por Ignacio María González dice:

“El Presidente de la República Dominicana

Santo Domingo, Febrero 19, 1875.

Mi querido General y amigo:

Me había abstenido de escribir a V. porque no quería hacerlo mientras no me fuera posible, como hoy, anunciarle la completa pacificación de la República que concibió y creó el patriotismo de V.

La situación del país es por demás satisfactoria y si concedemos a los dominicanos la suma de juicio necesaria para establecer un paralelo entre nuestro pasado y nuestro presente, debemos confiar en que esa situación se consolidará cada día más y en que ha sonado ya la hora del progreso, para este pueblo tan heroico como desgraciado.

Mi deseo, mi querido General, es que V. vuelva a la patria, al seno de las numerosas afecciones que tiene en ella, a prestarle el contingente de sus importantes conocimientos, y el sello honroso de su presencia.

Al efecto se dan órdenes al señor Cónsul de la República en Curazao para que ponga a la disposición de V. los recursos que necesita para su transporte con el de su apreciable familia.

Espero confiado que V. realizará mis deseos, que son, me atrevo a asegurarlo, los de todos los buenos dominicanos.

Con mis saludos respetuosos para su apreciable familia me suscribo de V. muy amigo,

(fdo.) Ignacio Ma. González

Ciudadano General Juan Pablo Duarte, Caracas”.

Este hermoso mensaje revela que su remitente conocía la condición en la cual podía el patricio decidirse a regresar a su país: que sus compatriotas se condujeran como hermanos, en libertad, justicia y paz. En julio de 1844 a los habitantes de Puerto Plata, la villa de donde González procedía, les había dicho Duarte: “Sed felices, . . . pero sed justos lo primero, si queréis ser felices. Ese es el primer deber del hombre, y sed unidos, y así apagaréis la tea de la discordia. . . y la patria será libre y salva”. Es lo que parece tuvo presente el mandatario al describirle la situación satisfactoria del país y prometerle un buen futuro, antes de formularle la invitación a regresar.

La carta de González le llegó a Juan Pablo cuando la disminución de sus facultades le impedían darle una cumplida contestación, como era habitual en él en el manejo de su correspondencia. Fue hallada dentro de su sobre bajo la almohada en que Duarte apoyaba la cabeza el día de su muerte. Parece que allí la guardaba como cuestión pendiente de resolver. Este detalle habla de la estima que le mereció. Quizás pensaba en esperar a mejorar para realizar su anhelado retorno a la patria o para dar al presidente una cortés respuesta.

Contrariamente a esta perspectiva, las condiciones de salud de Duarte empeoraron de marzo de 1875 en adelante. Quedó inhabilitado para el trabajo, lo cual conllevó una merma en las entradas de la casa. Al mismo tiempo, su estado requería mayores gastos en medicinas y alimentos. Mientras se acentuaba la penuria de los Duarte hacia mitad de año, la creciente debilidad del patricio lo obligó a guardar cama todo el tiempo.

Así comenzó su largo lecho, que duró un año.

Los parientes y los médicos —a la cabeza de los cuales estaba el doctor Federico Tejera— realizaban los máximos esfuerzos para detener la enfermedad y calmarle el sufrimiento. Lo visitaban con frecuencia los Tejera, el general Vizcarrondo, José

Ayala y otros allegados. Uno de sus más consecuentes amigos lo era Marcos Guzmán, a quien las circunstancias convirtieron en el ángel protector de Juan Pablo y los suyos. Gracias a su buen corazón y a sus recursos, no les faltó nada en el largo y penoso trance. Guzmán solía suplir la diferencia las veces que los Duarte no disponían de dinero suficiente para los gastos de la enfermedad.

Duarte fue siempre un campeón de la virtud de la esperanza, pero llegó un momento en que se convenció de no tener ante sí más desenlace que la muerte. La secreta confianza en que nuevamente algún día volvería Dios a allanarle sus caminos para regresar al país de sus amores se le extinguió.

Entonces se preparó a bien morir. El convencimiento de que pronto terminaría su paso por el mundo serenó su espíritu y lo dispuso a comparecer ante el Supremo Juez con la fe y el valor de un perfecto caballero cristiano. Su confesor, el prebendado Francisco Tejera, lo acompañaba y confortaba de tiempo en tiempo. Su plegaria era entonces la que dice "Hágase Señor tu voluntad".

Sufrió todavía durante meses las torturas de la asfixia, a consecuencias del deterioro de sus pulmones. Cuando la extenuación de su cuerpo apenas le permitía percibir lo que pasaba en su rededor, por su mente delirante desfilaban claramente los pasajes culminantes de su existencia:

su infancia en el barrio de Santa Bárbara, sus padres, su hermano Vicente;

su primer viaje a Europa y la afrenta de aquel despiadado capitán de barco que lo llenó de vergüenza y desesperación y lo hizo jurar no descansar hasta rescatar de la ignominia a los dominicanos;

sus días en Nueva York, Londres, París y Barcelona;

la lucha de los catalanes por conquistar sus fueros y libertades;

el reencuentro con la dolorosa realidad dominicana;

su anuncio al regresar y la labor de prédica en el círculo de los amigos;

la fundación de la sociedad secreta La Trinitaria y su dirección de la trama revolucionaria independentista;

su encuentro con el Padre Gaspar y sus enseñanzas en la sacristía de Regina;

los discursos en las reuniones de la sociedad La Filántrópica;
las funciones teatrales de la Sociedad Dramática, destinadas a
levantar el espíritu público;

la misión de Ramón Mella a Haití y la participación de los
Trinitarios en la revolución haitiana de La Reforma;

la tarde trágica del 24 de marzo de 1843 y el posterior
triunfo revolucionario;

su viaje a la región oriental y las luchas y persecuciones del
mismo año;

las angustias del exilio y el triunfo de la causa nacional
gracias a los gloriosos patricios Sánchez y Mella;

y los sucesos posteriores hasta su último esfuerzo para unirse
a la lucha por la recuperación de la independencia en 1864. . .

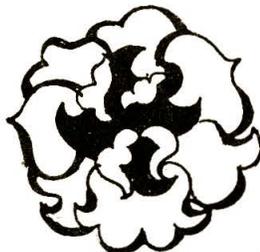
El prebendado Tejera recogió sus últimas palabras, que
fueron de perdón a quienes lo habían ofendido. Dijo algo más,
como delirando, en que sólo se percibió la palabra “patria”.

Al delirio sucedió la agonía.

Nunca fue la muerte tan piadosa como a las tres de la
madrugada del 15 de julio de 1876, cuando besó y puso paz
perpetua en la frente atormentada de Juan Pablo Duarte.



16 de Julio
de 1838

un  juramento

27 de Febrero
de 1844
una realidad



El entierro del despojo mortal del héroe fundador de la República fue dispuesto para el día siguiente, 16 de julio, a las once de la mañana. La esquila mortuoria distribuida en el barrio de Santa Rosalía, en Caracas, daba cuenta de que había fallecido el caudillo de la Independencia Dominicana y la firmaban Manuel Duarte, Enrique Duarte, José Ayala, Pdo. Francisco Tejera, Dr. Federico Tejera, A. S. de Vizcarrondo, Francisco Tejera, Marcos Guzmán, Felipe Tejera, Miguel Tejera y Andrés Tejera.

Como para confirmar la fe de Duarte en una Providencia cuyas señales veía él en sorprendentes coincidencias de fechas, aquel día se cumplían treinta y ocho años desde el 16 de julio de 1838, fecha de fundación del grupo de patriotas que imprimió un rumbo nuevo al destino del pueblo dominicano.

Además, en Santo Domingo gobernaba en julio de 1876 Ulises Francisco Espaillat, un patricio que como Duarte se adelantó a su tiempo actuando en política con madurez espiritual. Duró poco su gobierno, pero fue el primer modelo de democracia verdadera en nuestro país, ofrecido significativamente en el momento en que Duarte pasaba a la eternidad con su carga de esperanzas.

Cuatro necrologías se publicaron a raíz de la muerte de Juan Pablo. Una en Caracas por Andrés Salvador de Vizcarrondo y tres en Santo Domingo por Félix María del Monte, Manuel de Jesús Galván y Apolinar Tejera respectivamente.

La de Vizcarrondo tiene valor de fuente para la historia, dada la estrecha amistad que le unió a Duarte. Lo califica de “buen cristiano, político, financista, militar, y como hombre instruido en varias ciencias, poseyendo los idiomas español, inglés, francés, alemán y portugués”.

La necrología de Del Monte es también un reflejo de lo que directamente conoció:

“...aquel joven de alma libre y entusiasta no pudo resignarse a vivir tranquilo al ruido de las cadenas de la patria. La idea de libertarla del yugo de Haití llegó a ser su único pensamiento; y a él lo sacrificó todo”... “el general Duarte crecerá con los tiempos, mejor dicho, se elevará a sus verdaderas proporciones de héroe tallado a la antigua; y la posteridad, más justa siempre con los grandes hombres (porque no le importuna su presencia) concederá a su memoria el tributo de admiración y respeto que con tanto tesón le negaron sus contemporáneos”.

El elogio de Galván llama a Duarte “primer caudillo de nuestra independencia nacional en 1844” y dice: “. . . reducido a deplorar en el destierro las aberraciones políticas de sus compatriotas, Duarte sólo reaparecerá en nuestro escenario en la época memorable de la lucha empeñada contra las armas españolas; dirigió su voz inspiradora a los jefes restauradores para infundirles fe y aliento. . .”.

En la necrología escrita por Apolinar Tejera sorprende el claro concepto respecto de la posición de Duarte en la historia nacional y la vehemencia con que lamenta haya ocurrido su deceso en tierra no dominicana. Le llama “adalid de la libertad, un émulo de Washington y Bolívar!” “que no pudo. . . siquiera saborear las dulzuras de la independencia”... “Tal vez la generación futura, más diligente que la presente, podrá hacer la apoteosis del ilustre prócer, que duerme el último sueño, allá en lejana tierra, muy lejos de la que libertó. . .”.

Años después de muerto Juan Pablo Duarte, tan largamente desdeñado en vida, y tal como lo vaticinaron sus panegiristas, es cuando la conciencia pública dominicana, librándose de la noción oficialmente impuesta durante la primera República, cae plenamente en la cuenta de que por él tenemos patria.

Un estímulo para esta rectificación fue la llegada al país de José Prudencio Diez en febrero de 1883 trayendo una copia grande del retrato hecho a Juan Pablo en el estudio fotográfico

de Próspero Rey en 1873, para el Ayuntamiento de Santo Domingo.

El movimiento de reparación nacional iniciado entonces tuvo culminación en la repatriación de los restos y apoteosis del apóstol y caudillo independentista, realizados al año siguiente a diligencia del Ayuntamiento de Santo Domingo en el XL aniversario de la fundación de la República.

Desde entonces el pueblo dominicano reverencia su nombre, asociado a los de Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella, consagrados los tres como Padres de la Patria.

Al dar hoy remate a los episodios biográficos que cada sábado han ofrecido el Instituto Duarteano y el Listín Diario desde el 3 de enero del corriente año para honrar la memoria del Fundador de la República en el año centenario de su muerte, una reflexión final es oportuna.

La vida, la doctrina y la conducta de Duarte son un tesoro moral cuya fuerza de ejemplo no ha sido todavía bien aprovechada para el perfeccionamiento político de los dominicanos. Todavía no nos comportamos como corresponde a un pueblo salvado por un arquetipo de ciudadano de tan alta jerarquía.

Duarte encarnó las cualidades y virtudes que más falta nos han hecho en el camino hacia una verdadera vida republicana; las cualidades y virtudes que son la antítesis de los vicios y defectos en que han solido incurrir quienes han tenido en sus manos la suerte del país.

Duarte es el mejor ejemplo que podemos oponer a los tentados por los apetitos de goce, poder y posesión; a los dominados por la obcecación y la impaciencia; a los irreflexivos y truculentos; a los orgullosos y arbitrarios. Su única pasión fue la patria libre, unida y en paz; su única ilusión el bien y la justicia para todos; su más alta vocación la renuncia a la propia ventaja para provecho del conjunto.

La palabra y la actuación de Duarte en los momentos estelares de su vida lo destacan como al adulto de razón que mantiene sin flaquear, hasta el sacrificio, un ideal político, y deja atrás las ruindades propias de la condición psíquica inferior

que en las sociedades inmaduras suele mover a quienes están colocados en posición de mando o de ambición de mando.

Cuando no quiso ser presidente en julio de 1844 dejó sentados algunos principios que pudieran repetirse para dar término a esta serie de episodios:

Ser justo es el primer deber del hombre.

Ser justo es la condición para ser feliz.

Con unión y justicia la Patria será libre y salva.

Sólo es legítimo el gobierno elegido por la mayoría del pueblo en comicios absolutamente libres.

La nación sólo acuerda a sus delegados el derecho de gobernar “con arreglo a las leyes y en bien general de los asociados”.

Urge mantener la cohesión nacional por encima de las divisiones de partido para no arruinar los bienes básicos comunes a todos.

COLOFON

Esta primera edición se terminó de imprimir en los talleres de

editorial gaviota

San Juan Bosco No. 6, Santo Domingo, R. D.

el día 23 de Abril del 1977.

(Consta de 4,600 ejemplares)